

Entre tiranos

La guerra civil de César

Pedro López Barja de Quiroga



Marcial Pons **Historia**

Ejemplar destinado a la acreditación del autor.
Prohibido su uso comercial o cualquier otro que no sea el específico.

Estudios/Antigua

Colección dirigida por
Javier Arce

**MARCIAL PONS HISTORIA
CONSEJO EDITORIAL**

Antonio M. Bernal
Pablo Fernández Albaladejo
Eloy Fernández Clemente
Juan Pablo Fusi
José Luis García Delgado
Ramón Parada
Carlos Pascual del Pino
Juan Pimentel
Borja de Riquer
Pedro Ruiz Torres
Ramón Villares

ENTRE TIRANOS
La guerra civil de César

PEDRO LÓPEZ BARJA DE QUIROGA

ENTRE TIRANOS

La guerra civil de César

Marcial Pons Historia
2021

Ejemplar destinado a la acreditación del autor.
Prohibido su uso comercial o cualquier otro que no sea el específico.

Ilustración de cubierta: detalle de la obra *Fulvia con la cabeza de Cicerón*, de Pavel Alexandrovich Svedomsky.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Pedro López Barja de Quiroga
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-18752-00-1
Depósito legal: M. 34.005-2021
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Maquetación: Francisco Javier Rodríguez Albite
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. L.
Madrid, 2021

Ejemplar destinado a la acreditación del autor.
Prohibido su uso comercial o cualquier otro que no sea el específico.

«Todo es terrible en las guerras civiles, que nosotros hemos padecido varias veces y nuestros mayores, en cambio, ni una sola, pero nada más terrible que la propia victoria, pues incluso si la obtienen los mejores los vuelve más feroces y crueles, hasta el punto de que, si no lo son por naturaleza, se ven obligados a serlo por necesidad».

Carta de Cicerón a Marcelo,
septiembre del 46.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 1. EL DIVINO TERCER CONSULADO DE POMPEYO.	11
Memoria.....	33
CAPÍTULO 2. TULIO.....	41
CAPÍTULO 3. LA GUERRA DE CÉSAR.....	47
Causa.....	68
CAPÍTULO 4. COMPAÑERO DE QUIRINO.....	75
«¡Viva la muerte!» El ejército colonial.....	107
CAPÍTULO 5. POR ESTA SOLA DEIDAD: LA TIRANÍA.....	115
Miedo.....	157
CAPÍTULO 6. FULVIA.....	165
CAPÍTULO 7. GUERRA CIVIL Y REVOLUCIÓN.....	175
NOTAS.....	189
BIBLIOGRAFÍA.....	231
PALABRA DE AUTOR.....	251
ÍNDICE DE NOMBRES.....	253

CAPÍTULO 1

EL DIVINO TERCER CONSULADO DE POMPEYO

Los asesinos le quitaron al cadáver de Clodio el anillo de senador, un gesto elocuente. No se atrevieron a cortarle la cabeza como había sido costumbre en las proscripciones silanas, pero sí querían un trofeo que demostrase su hazaña, como lo había hecho Aníbal, que envió sacos con miles de anillos a Cartago para probar su victoria en Cannas o como lo hará César, años más tarde, cuando envíe a Roma el anillo del gran Pompeyo para convencer a los escépticos de que, en verdad, había muerto¹. También Milón quiso tener una prueba, no de la muerte, sino de su participación en ella, para atribuirse el mérito de los hechos gloriosos que habían ocurrido en la vía Apia, cerca de la pequeña aldea de Bovilas. Hacía tiempo que Tulio y sus restantes amigos sabían de su urgente deseo de matar a Clodio y ahora que por fin lo había logrado no iba a esconderse ni mucho menos². Años de insultos, peleas callejeras, pleitos y denuncias cruzadas terminaban al fin. Su primer error fue precisamente ese: enorgullecerse del crimen, pero ¿cómo callarlo? Podía fácilmente recordar otros asesinatos políticos que habían quedado impunes, gloriosos precedentes, que habían ido engrosando el martirologio particular de los demócratas romanos. Milón confiaba en que este de Clodio sería uno más en la lista y en que pronto podría proclamar públicamente su hazaña y presentarse como el heroico salvador de la república. El crimen podría incluso ayudarle a ganar las inminentes elecciones al consulado.

De los esclavos, unos treinta, que acompañaban a Clodio, once murieron en la refriega y algunos otros fueron heridos de gravedad. También iban con él personas de mayor rango, que, debemos suponer, lograron huir indemnes, pero abandonando cobardemente el ca-

dáver, despojado de su anillo, en medio de la vía Apia, cerca de la pequeña Bovilas. Todos divulgarían después versiones contradictorias de lo sucedido, terribles y escandalosas, para que el espanto creciese con el correr de los días. Uno de ellos (Causinio Escolá), amigo suyo desde los tiempos del escándalo de la Bona Dea, en el 61, fue más tarde testigo de cargo en el juicio contra Milón, lo que prueba que sobrevivió a la escaramuza³. Él, como todos los demás, huyó para ponerse a salvo. Poco tiempo después, un senador que pasaba por aquel lugar encontró el cuerpo maltratado de Clodio y lo hizo conducir a Roma, mientras él se volvía por donde había venido, seguramente asustado por lo que aventuraba que iba a suceder en los días siguientes. En unas cuatro horas, la triste comitiva recorrió los dieciocho kilómetros de distancia que median entre Bovilas y Roma.

Al caer la noche del 18 de enero del 52, el cadáver de Clodio se exponía entre gritos y lamentos en su lujosa residencia del Palatino, en la zona más exclusiva de todas, la que daba a la Vía Sacra y al foro, cerca de donde hoy se alza el arco de Tito. La cólera incendiaba las calles de la ciudad. La gente se amontonaba alrededor de tan espléndida casa, que su dueño había comprado sólo unos meses antes, a finales del año 53, por 14,8 millones de sestercios, mientras que a Tulio la suya le había costado apenas 3,5 millones y casi le había llevado a la ruina, pues había tenido que pedir prestados dos millones a P. Cornelio Sila⁴. En la espiral de lujo y esplendor en la que vivía la aristocracia romana, estas moradas principescas no tenían nada que envidiar a los palacios suntuosos de los monarcas helenísticos. Lucio Licinio Craso (cónsul en el año 95) mereció el apodo de Venus Palatina por ser el primero que introdujo columnas de mármol en su casa: seis, de unos cuatro metros de altura cada una⁵. Muy pronto su ostentación quedó obsoleta. El atrio de la casa de Clodio seguramente medía más de 450 metros cuadrados y no sólo su amplitud era colosal. Tenía columnas de mármol de once metros de altura, procedentes de la isla de Melos, en el Egeo, que por su enorme peso se temió que dañasen las cloacas del subsuelo cuando M. Emilio Escauro las hizo transportar hasta allí en el año 58⁶. Las excavaciones modernas no nos han revelado el antiguo esplendor de la casa solariega, sino los cimientos que hubieron de soportar su enorme peso y donde se disponían sesenta y dos habitáculos, posiblemente morada de los numerosos esclavos que atendían a las necesidades del menos plebeyo de los tribunos y que luego, cumplida la tarea, bajaban a dormir bajo tierra⁷.

En aquel atrio gigantesco y palaciego, donde se ha calculado que cabían unas dos mil o dos mil quinientas personas, en la noche del 18 de enero, Fulvia, la temible Fulvia, de quien se decía que tenía de mujer sólo el cuerpo⁸, la esposa de Clodio, mostraba a todos las crueles heridas en el cadáver de su marido, un hombre joven de unos cuarenta y dos años. A la mañana siguiente, se presentaron allí dos tribunos de la plebe: Tito Munacio Planco Bursa y Quinto Pompeyo Rufo. Los diez tribunos de la plebe eran entonces los únicos magistrados que había en Roma, porque no se habían podido celebrar elecciones de cónsules ni de pretores en julio del año anterior, como era costumbre. Ambos, Planco y Rufo, se pusieron al frente del dramático cortejo fúnebre que condujo el desnudo cuerpo asesinado hasta la tribuna de los oradores (*rostra*) en el foro. En aquella tribuna, de unos tres metros y medio de altura, se alzaban estatuas de romanos ilustres, injustamente asesinados, como los embajadores a los que había dado traidora muerte la reina iliria Teuta en 230 o Cn. Octavio (cos. 165), asesinado cuando formaba parte de una embajada en Siria⁹. También se alzaban allí la estatua de Marsias, asociada, como veremos, a la libertad plebeya, y la ostentosa ecuestre, chapada en oro, de Sila. El hijo de Clodio, P. Claudio, era aún un niño, demasiado pequeño para pronunciar el elogio fúnebre de su padre, de manera que les correspondió hacerlo a los dos tribunos de la plebe. No sabemos qué dijeron, pero tienta imaginar que establecieron obvias comparaciones entre aquellas estatuas, que evocaban traiciones y muertes gloriosas al servicio de la república, y el cadáver acuchillado de Clodio, buscando también un interés electoral inmediato: necesitaban evitar a toda costa que el crimen se convirtiese en hazaña y elevase al irascible Milón al consulado.

Tras el elogio fúnebre, había que dar sepultura a Clodio, pero no se quiso hacerlo fuera de la ciudad, como ordenaban la ley y la costumbre, sino en su mismo centro, en la sede del Senado. Los enfurecidos oyentes del discurso de los tribunos arramblaron con todo lo que podía arder: las sillas de los pretores, las de los tribunos, los códices de los escribas. Con sus hoces en las manos y teas encendidas, se congregaron junto al templo de Castor y, siguiendo las instrucciones del hombre más leal a Clodio, el escriba Sexto Cloelio, introdujeron el cadáver dentro de la curia y le prendieron fuego¹⁰. Este improvisado ritual de incineración convirtió en cenizas la venerable curia, construida, según la leyenda, por Tulio Hostilio, el tercer rey de Roma, y recientemente

reconstruida por el dictador Sila; ardió también la vecina basílica Porcia, del imponente Catón el Viejo. Los leales a Clodio arrasaron la sede y símbolo del poder del Senado, mostrando así que lo hacían responsable de la muerte de su amado cabecilla. Hasta que pudiera levantarse de nuevo, el Senado tendría que prescindir de su venerable curia y reunirse en alguno de los restantes templos de Roma.

La cólera que había destruido la curia se trasladó luego a la casa de Milón (quien estaba fuera de Roma, pues no regresó hasta la tarde del 20 de enero), también situada en el Palatino, pero algo más al norte, detrás del templo de Saturno, y a la casa de Manio Lépido (cónsul en el 66), aunque aquí los asaltantes encontraron una fiera resistencia. Esto último, lo de Lépido, requiere una explicación. Puesto que no había cónsules ni pretores en Roma, esa misma turbulenta mañana del 19 de enero, con el foro tomado por los clodianos, los patricios se habían reunido en el Palatino —no sabemos exactamente dónde— para designarlo a él regente (*interrex*), cargo brevísimo (duraba sólo cinco días), al que le incumbía la exclusiva misión de celebrar las elecciones pospuestas. Aunque la tradición y el escrúpulo religioso dictaban que el primero de estos regentes no convocase los comicios, sino que debía dejar que lo hicieran sus efímeros sucesores en el mismo cargo, los partidarios de Plautio Hipseo y de Metelo Escipión (los candidatos al consulado) no estaban dispuestos a aguardar más tiempo ni a respetar minucias de la tradición patricia. Exigían elecciones inmediatas para nombrar a unos cónsules capaces de vengar la muerte de Clodio. Forzaron las puertas, entraron en el atrio y destruyeron lo que allí encontraron: el lecho y el telar, símbolos del matrimonio y la castidad de la esposa, y las venerables imágenes de los antepasados del patricio Lépido. Aunque fueron rechazados a flechazos, aquella casa romana estuvo bajo asedio los cinco días de mandato del *interrex*. Antes, la misma tarde del día 19, una parte de la plebe se congregó en el bosque sagrado de Libitina, en el Esquilino, donde tenían sus cuarteles los encargados de las pompas fúnebres con todo lo necesario para celebrar los solemnes funerales de los aristócratas romanos, incluidos los fasces, el haz de varas que simbolizaba el poder y que no podía faltar en el desfile de antepasados que constituía el núcleo del funeral aristocrático¹¹. Los romanos enfurecidos, sin embargo, no tomaron los fasces sólo para mostrarlos en el peculiar entierro de Clodio, sino para ofrecérselos a los dos rivales de Milón en las elecciones al consulado: Publio Plautio Hipseo y

Quinto Metelo Escipión, cuyos seguidores, como hemos visto, mantenían sitiada la casa de Lépido. No querían ver a Milón cónsul después del crimen.

Naturalmente, no fue aquel el entierro que le correspondía a un aristócrata y menos aún si pensamos en el glorioso linaje al que pertenecía, el de los Claudios. Su cuerpo habría sido piadosamente lavado, el cortejo fúnebre habría incluido actores con las máscaras de los antepasados, ataviados con las enseñas de las magistraturas que hubieran ejercido, con los fasces de ser el caso, y, al llegar a la tribuna de los oradores, un pariente cercano —su hijo, como vimos, era aún un niño— habría hecho el conmovedor elogio de su vida y de sus antepasados. Nada de esto se hizo ahora, pero ciertamente su entierro fue memorable: el discurso incendiario de los tribunos, el cuerpo de Clodio que, ardiendo, envolvió en llamas la sede del Senado y, a las dos de la tarde, es decir, a la misma hora en que se había cometido el crimen el día anterior, el solemne banquete fúnebre en pleno foro, con el que se convirtió la curia del Senado en la tumba de Clodio, sede de su culto funerario¹². Debemos imaginarnos el airado silencio de aquella Roma donde hombres y mujeres vestidos de luto contemplaban el cadáver humeante de la curia, los tribunales de los pretores reducidos a cenizas y la casa patricia del regente, del *interrex*, expoliada y bajo asedio, mientras varios tribunos de la plebe exigían venganza. Clodio había pasado a formar parte de la memoria democrática, de la larga lista de cabecillas demócratas asesinados: Tiberio Graco, Cayo Graco, L. Apuleyo Saturnino, Livio Druso, Publio Sulpicio, Mario Gratidiano... Con una diferencia importante: en otros casos, sus cadáveres habían sido arrojados al Tíber o habían desaparecido, lo que impidió celebrar siquiera el correspondiente funeral. Ahora sí, en cambio, el cadáver del menos plebeyo de los tribunos pudo mostrarse al pueblo, en toda su crudeza.

Sus exequias tardaron mucho tiempo en borrarse de la memoria de los hombres. Ocho años más tarde, cuando el muerto sea el propio César, sacrosanto porque, pese a su condición patricia, ostentaba la potestad del tribuno de la plebe, su funeral inevitablemente evocará el de Clodio, aunque con mucho mayor aparato. Con presencia de soldados y cónsules y magistrados, sus heridas serán mostradas al pueblo (mediante un muñeco que las representaba) y su cuerpo arderá en el foro, en el centro de la ciudad. El recuerdo de estos dos funerales febriles de memoria y venganza se percibe también en la ma-

nera en que los historiadores de la época relataron crímenes célebres del pasado lejano, como el de Lucrecia, cuya muerte injusta causó la caída de la monarquía romana o el de Virginia, que se llevó por delante el tiránico colegio decenviral del siglo V¹³: los cuerpos de ambas fueron expuestos a la vista de todos en el foro de Roma, dos muertes crueles e injustas que derribaron sendos gobiernos tiránicos. Las heridas visibles de Clodio denunciaban las invisibles que se iban abriendo entre los dos cuerpos, el Senado y el Pueblo, de la híbrida República: SPQR, es decir, *Senatus Populusque Romanus*.

La situación que se vivió en Roma las semanas siguientes fue dramática, sin cónsules ni pretores electos —pues la ley romana no permitía que los magistrados siguiesen «en funciones» en el cargo—, y con los partidarios de Clodio y Milón exigiendo los unos venganza, proclamando los otros su inocencia y reclamando todos que se convocasen elecciones de inmediato. No podía hacerse, sin embargo, porque se necesitaba una mínima tranquilidad y orden público para convocarlas, algo también irrealizable sin magistrados que tomaran las medidas necesarias. Al día siguiente del incendio de la curia, el 20 de enero, Milón regresó a Roma, habló ante el pueblo para jactarse del crimen y retomó su campaña al consulado sobornando incluso descaradamente a los electores, repartiéndoles dinero a manos llenas. La verdad es que la respuesta que dieron los senadores a los desórdenes fue desesperantemente lenta. Tardaron diez días en adoptar una primera decisión, de dudosa legalidad, pero que contaba ya con varios precedentes: a primeros de febrero declararon el estado de excepción (senadoconsulto último o SCU), una medida de emergencia del Senado que confiaba la salvación de la República a Pompeyo (que era procónsul desde el 54), junto con los tribunos de la plebe y los regentes (*interreges*). El Senado se ponía de este modo en manos de Pompeyo, autorizándole a proceder al reclutamiento de tropas, tarea que asumió con firmeza, pues abandonó Roma al instante, para no regresar, con los nuevos reclutas, hasta finales de este mes de febrero. Hasta entonces, durante tres semanas, la confusión hubo de hacer presa en la ciudad, con la curia y la basílica Porcia destruidas, sin magistrados electos y con uno de los candidatos al consulado, Milón, asesino confeso de su enemigo. Tal vez fue por aquellos días cuando se produjo un robo espectacular en el templo más importante de Roma. Los ladrones se llevaron unos trescientos kilos de oro del trono de Júpiter en el Capitolio¹⁴. El guardián del templo fue

apresado, pero se suicidó envenenándose, con lo que no hubo modo de recuperar el oro ni prender a los ladrones. Roma no era capaz de proteger ni siquiera a su dios supremo.

Con el regreso de Pompeyo y la llegada de sus tropas, seguramente acuarteladas en las inmediaciones de la ciudad, se puede decir que el orden público se había restablecido en Roma. Una vez recobrada una cierta calma, podían afrontarse los terribles hechos del 18 y el 19 de enero. Primero había que ocuparse de la curia, destruida desde el día 19. El Senado ordenó que se retirasen de allí los huesos de Clodio¹⁵ y confió la reconstrucción del edificio a Fausto Sila, hijo del dictador: la memoria optimate (silana) debía prevalecer sobre la clodiana y democrática. Lo más importante, sin embargo, era esclarecer el crimen de Bovilas y condenar a los culpables. Dos jóvenes nobles de igual nombre (Apio Claudio), sobrinos de Clodio, solicitaron que fueran conducidos ante Pompeyo determinados esclavos de Milón y de su mujer, Fausta, que habían participado en los sucesos de enero, con el fin de interrogarlos. Para defender los intereses de Milón, intervinieron los representantes del sector más duro de los optimates: Q. Hortensio, Tulio, Marco Marcelo, Marco Calidio, Marco Catón y Fausto Sila. Puesto que la ley romana sólo aceptaba las declaraciones de esclavos hechas bajo tortura, lo que se buscaba era obtener declaraciones incriminatorias que se pudieran utilizar luego en el previsible juicio. La maniobra fracasó. Hortensio declaró ante Pompeyo que los esclavos que se reclamaban ya no eran de Milón, porque este los había manumitido como recompensa por la fidelidad que le demostraron en aquel momento de grave peligro para su vida. No sabemos si finalmente prestaron declaración en el juicio, aunque como hombres libres. Cabe preguntarse ante quién se había realizado el acto liberatorio, puesto que, como sabemos, no había cónsules ni pretores en Roma, imprescindibles para proceder a una manumisión de esclavos plenamente válida, que les liberase también del interrogatorio y la tortura. Sólo podemos pensar en alguno de los regentes (*interreges*) que se habían ido sucediendo desde el 19 de enero: tenían el poder necesario, puesto que presidían los comicios para la elección de los cónsules y se encargaban de los asuntos ordinarios. Evidentemente, los hermanos Apio Claudio pudieron sospechar que Milón haría algo así y de ahí su prisa en solicitar la tortura de los esclavos, aunque llegaron tarde. Milón y su esposa Fausta los habían manumitido quizás ya a finales de enero o, en todo caso, antes del senadoconsulto de primeros

de febrero que había entregado todo el poder a Pompeyo. Debió de ser una ceremonia espectacular, si liberaron a todos los esclavos que los acompañaban en aquel funesto día, pues pasaban de los cincuenta, pero que hubo de celebrarse discretamente.

El mes siguiente al de febrero era un mes intercalar, de veintisiete días, con el que los romanos buscaban paliar el desajuste entre el calendario oficial, de 355 días, y el astronómico¹⁶. Aunque no tenemos pruebas directas, podemos suponer que se desarrollaron intensas negociaciones. Como hemos visto, los candidatos presionaban con fuerza para que se celebrasen elecciones, pero resultaba inaceptable que Milón pudiera presentarse al consulado como si no hubiera sucedido nada. La propuesta que triunfó al final fue la de Bíbulo (enemigo personal de César desde que ambos fueron cónsules en el año 59): que el regente (*interrex*) Servio Sulpicio Rufo sometiera a la aprobación de los comicios un único nombre, el de Pompeyo. Así lo hizo el 24 del mes intercalar, una vez transcurridos los plazos legales, y desde ese momento Pompeyo se convirtió en cónsul en solitario (*sine collega*), ocupando una posición sin duda extraordinaria, que evitaba las resonancias funestas de la dictadura (asociada a Sila), sin otorgarle tampoco el monopolio del poder, pues los tribunos de la plebe podían vetar sus decisiones, y en todo caso su mandato concluiría a final de año.

El consulado en solitario o *sine collega* satisfacía las ambiciones de Pompeyo, desde su juventud acostumbrado a presentarse como el hombre providencial capaz de resolver las amenazas que gravitaban sobre la República, pero suponía asimismo un drástico cambio de la situación general. Desde el año 60, mantenía con César y con Craso un pacto nada secreto que les había dado a los tres dinastas numerosas ventajas. Le había abierto a César el camino para iniciar la conquista de las Galias y a Pompeyo le había permitido repartir, por ley, tierras itálicas entre sus veteranos de las campañas de Asia. Como contrapartida, el pacto les reportó la hostilidad de muchos senadores. Marco Terencio Varrón dejó escrita una obrita de la que sólo tenemos el título, *Tricáranos*, es decir, *Tricéfalo*, en el que daba curso al hondo resentimiento senatorial contra los dinastas, comparados con un monstruo de tres cabezas¹⁷. Los senadores de Roma, señores del mundo, se veían a sí mismos maniatados por tres hombres prepotentes, sin más remedio a su alcance que patear su frustración. No sabemos en qué fecha lo escribió Varrón, seguramente poco después

del consulado de César en el 59. En el 54, como joven magistrado monetario, Junio Bruto hizo acuñar dos denarios en los que figuraba una representación de la libertad, y dos imágenes de célebres y supuestos antepasados suyos: L. Junio Bruto, el libertador de Roma que había puesto fin al reinado de Tarquinio el Soberbio, y Servilio Ahala, el justiciero legendario que había acabado con las pretensiones monárquicas de Espurio Melio¹⁸. Dos años más tarde, en el crucial año 52, ese mismo Junio Bruto, aún no tiranicida, dejaba clara su posición publicando una defensa ficticia de Milón, en la que lo elogiaba, porque matando a Clodio había dado muerte a un ciudadano peligroso para la República¹⁹. Bajo la apariencia de un ejercicio retórico, reivindicando la libertad tradicional de la República que no consiente la tiranía, Bruto se enfrentaba a Pompeyo, empeñado en obtener la condena de Milón. Incluso dejaba constancia, por escrito, de la sorna de un ciudadano medio loco que se había atrevido, en el año 59, a llamar a Pompeyo, rey, y a César... reina²⁰.

El pacto de hierro y de sangre entre los dinastas, que tantas ventajas les había reportado, pero que atenazaba a los senadores y los enfurecía, se estaba resquebrajando. Lo que Craso obtuvo de aquel pacto fue ir a encontrarse con su destino: para alcanzar un prestigio militar equiparable al de Pompeyo y César, emprendió una irresponsable campaña contra los partos, que los condujo a la muerte a él, a su hijo y a buena parte del ejército romano en la batalla de Carras (año 53). El trípode perdió entonces una de sus patas. Otro de los elementos que daban estabilidad al pacto desapareció igualmente: Julia, la hija de César, que se había casado con Pompeyo a principios del 59 para rubricar la alianza entre ambos, murió de sobrepeso en agosto del 54 y fue enterrada con honores en el Campo de Marte²¹. Los intentos de César por establecer nuevas alianzas matrimoniales con su otrora yerno fracasaron. Sin Craso ni Julia, las ambiciones de los dos dinastas tenían que chocar de frente. Pompeyo llevaba las de ganar, porque al mantenerse cerca de Roma podía influir directamente en la evolución de los acontecimientos. En vez de vincularse de nuevo a César, prefirió casarse con la hija de Metelo Escipión, representante de lo más granado de la aristocracia, pues el atrio de su casa reunía las imágenes de ilustres antepasados de varios linajes: los Cecilio Metelo, los Cornelio Escipión, los Licinio Craso²². Así, cuando Bíbulo le propuso el consulado en solitario, Pompeyo creyó que había llegado el momento de un cambio estratégico de alianzas: al acuerdo con César

ya le había sacado todo el fruto, mientras que ahora resultaba posible, y le convenía mucho más, el entendimiento con la oligarquía senatorial²³. Naturalmente, tras años de desconfianza mutua, los lazos entre Pompeyo y el Senado tardaron un tiempo en restablecerse, aunque acabaron siendo firmísimos, pues la causa pompeyana terminó identificándose con la defensa de la República frente a la tiranía. Podemos entender que, en octubre del año 50, Tulio calificase retrospectivamente como «divino» ese tercer consulado del Magno²⁴. Cuando llegue el momento y estalle la guerra, Varrón y Bruto, hostiles o críticos en los años del pacto tricéfalo, se pondrán incondicionalmente de su parte contra el vencedor de las Galias.

César ha permanecido todo este tiempo a la expectativa. Como ha hecho siempre, una vez terminados los meses de campaña militar, ha retornado a la Cisalpina a finales de enero de este año 52 —conviene recordar que los primeros días de enero del maltratado calendario romano correspondían por entonces, de acuerdo con el calendario astronómico, a finales de noviembre—. Allí tuvo noticia de la muerte de Clodio y, obedeciendo el decreto senatorial de febrero (el senadoconsulta último), ordenó el reclutamiento de tropas en su provincia. Esto le vino muy bien, pues el levantamiento general acaudillado por Vercingetórix, ocurrido ese mismo mes, le cogió completamente por sorpresa, pero pudo justificarse escribiendo en sus *Comentarios* que, al tener que quedarse en la Cisalpina para llevar a cabo la leva, no había podido ocuparse a tiempo de lo que ocurría en una Galia supuestamente sometida al poder de Roma y pacificada²⁵. El nuevo rumbo que parecía haber tomado Pompeyo le inquietaba: el matrimonio de Magno con la hija de Metelo Escipión y su consulado en solitario abrían la puerta a nuevas desconfianzas. Para tranquilizar a César, Tulio, tan reacio siempre a abandonar su amada Roma, viajó al norte y se entrevistó con él en su provincia, en Rávena. Ambos acordaron, con el consentimiento de Pompeyo, que M. Celio Rufo, tribuno de la plebe y obediente colaborador de Tulio, preparase una ley que le permitiría a César, llegado el momento, presentar su candidatura al consulado sin desplazarse hasta Roma ni hacer campaña como era obligado²⁶. Lo acordado se cumplió. Celio no puso obstáculos y el plebiscito se aprobó como una iniciativa conjunta de los diez tribunos de la plebe. César creyó que podría conservar su provincia y la protección de su ejército hasta que, una vez cónsul electo, obtuviese automáticamente inmunidad frente a cualquier tipo de acusa-

ción por su conducta pasada. Al tercer consulado de Pompeyo (este del 52) debía seguirle un segundo consulado de César en el 48, con la celebración de un brillante triunfo sobre las Galias, de manera que se preservase un cierto equilibrio entre ambos.

A partir del 24 del mes intercalar del año 52, la caza de Milón quedaba abierta y Pompeyo, como cónsul en solitario, iba a encabezar la cuadrilla de perseguidores. Tres días más tarde, el 27, Quinto Hortensio, uno de los partidarios de Milón como acabamos de ver, pues lo defendió en el asunto de los esclavos, presentó en el Senado una hábil moción: proponía que el Senado acordase que tanto la muerte de Clodio como el incendio de la curia y el asedio de la casa de Lépido habían sido actos contrarios a la República que debían ser juzgados por el jurado que se ocupaba de los delitos violentos (*quaestio de ui*). La iniciativa era peligrosa: satisfacía al mismo tiempo a los clodianos y a los intereses de Milón, porque el tribunal escogido le sería favorable. La respuesta fue aún más hábil. Q. Fufio Caleno (futuro cónsul del año 47) instó a Hortensio a dividir la moción en dos partes: la primera, la que reconocía como actos contrarios a la República lo ocurrido los días 18 y 19 de enero, fue aprobada sin dificultad, pero la segunda, la relativa al tribunal que debía juzgarlos, tropezó con el veto de los tribunos T. Munacio Planco y C. Salustio Crispo (el futuro historiador) y no salió adelante²⁷. Ahora los partidarios de Clodio tenían un arma más que esgrimir ante el tribunal, un arma que, como veremos, condicionará la defensa de Tulio en su momento, pues le impedirá sostener que el crimen no había sido tal, sino un acto por la salvación de la República²⁸. El decreto del Senado proclamaba solemnemente lo contrario.

El 1 de marzo, Pompeyo presentó dos leyes para que fueran debatidas durante el plazo legal de veinticinco días y luego sometidas a votación por la asamblea de tribus. La primera trataba sobre el gobierno de las provincias (*lex Pompeia de prouinciis*) e introducía una novedad de fuste, disponiendo que su gobierno se confiase, no a los cónsules y pretores en ejercicio, como se había hecho siempre, sino a senadores que hubieran desempeñado esas magistraturas al menos cinco años antes. Es muy probable que la intención de Pompeyo fuese poner fin a los gravísimos casos de soborno y corrupción electoral que habían dificultado tanto el normal funcionamiento de las instituciones. Algunos eran muy recientes, como el escándalo que se destapó hacia septiembre del año 54, que salpicó a los cónsules y

a algunos de los candidatos a esa misma magistratura. El asunto se fue enredando cada vez más durante varios meses con intervenciones de los tribunos de la plebe, denuncias ante los tribunales y violencia en el foro, de manera que no hubo nuevos cónsules hasta julio del año 53. La corrupción no estaba haciendo a la aristocracia más rica, como sucede habitualmente, sino que amenazaba con dejar fuera de juego a algunos de sus más ilustres vástagos. Las campañas electorales resultaban ruinosas y el perdedor se quedaba sin medios para recuperarse de las deudas contraídas esquilmando la provincia que le hubiese correspondido. En diciembre del año 53, pocas semanas antes de caer asesinado en Bovilas, Clodio acusó a Milón ante el Senado de no haber declarado todas sus deudas, pese a estar obligado a hacerlo como candidato (sólo había reconocido una deuda, relativamente pequeña, de seis millones de sestercios), porque eran asombrosas²⁹. Según decía el propio Tulio, en su violenta carrera hacia el consulado, Milón se había gastado tres patrimonios, organizando en diciembre del año 54, entre otros despilfarros con los que esperaba ganar votos, unos carísimos juegos, cuando ya había ofrecido al pueblo, poco tiempo antes, unos espléndidos gladiadores en el foro —locura absurda—³⁰. Plinio el naturalista incluye entre los prodigios del alma humana el hecho de que Milón pudiera llegar a acumular una deuda tan enorme, que cifra en setenta millones³¹. Conseguir el consulado se había convertido para él en el único modo de evitar la ruina. Aunque su situación fuera particularmente mala, el círculo vicioso de elecciones y sobornos estaba ahogando a la aristocracia y las numerosas leyes aprobadas en los últimos años contra la corrupción electoral (*ambitus*) habían resultado ineficaces. Ahora, Pompeyo planteaba un acercamiento indirecto al problema. La intención era clara: las fabulosas sumas que se gastaban para sobornar a los electores y ganar una magistratura ya no podrían recuperarse fácilmente al año siguiente, extorsionando a los provinciales, porque los elegidos tendrían que esperar cinco años antes de ponerse al mando de una provincia y de sus habitantes.

La ley era necesaria, pero tuvo consecuencias desagradables. Por un lado, prohibía las candidaturas *a distancia*, salvo autorización expresa del Senado, con lo cual a César se le privaba de hecho del privilegio que le había concedido el plebiscito de los diez tribunos de la plebe aprobado en febrero, pues estaba claro que el Senado nunca aprobaría su candidatura al consulado en esas condiciones. Presen-

tar en persona su candidatura le obligaba a entrar en la ciudad, perdiendo automáticamente su condición de procónsul. Si él no había puesto obstáculos al excepcional consulado en solitario de Pompeyo, había sido a cambio de que se le despejara el camino para ser de nuevo cónsul en el 48, pero comprobaba ahora que Pompeyo no parecía dispuesto a cumplir su parte del trato. Por otro lado, la ley retiraba al pueblo la potestad de elegir, de manera indirecta, a los gobernadores provinciales, para trasladar esa facultad al Senado. Sin mayores trabas, ponía las provincias y sus enormes riquezas en manos de la mayoría senatorial, para que decidiera arbitrariamente quiénes eran los invitados al banquete del imperio y quiénes los excluidos. La idea estaba en el aire desde hacía algún tiempo, pero seguramente sólo en las excepcionales circunstancias del año 52 se pudo transformar en ley, una ley, de hecho, tan escandalosa que le proporcionó a César uno de sus principales argumentos para justificar su invasión de Italia, en enero de 49, pues le permitió presentar a sus enemigos como a una cuadrilla de oligarcas repartiéndose el botín³². Sin embargo, la ley tenía un flanco débil. Al modificar el sistema gracano de adjudicación de provincias, permitía implícitamente que los tribunos de la plebe vetasen las resoluciones senatoriales sobre este punto, algo que la ley de Cayo Graco había prohibido expresamente. César comprendió pronto que esto ponía en sus manos un arma poderosa, siempre que contase con tribunos de la plebe leales a sus órdenes. El enfrentamiento entre el Senado y los tribunos, representantes del pueblo, comenzará en ese momento, durará dos años y acabará desembocando en una espantosa guerra civil de veinte.

La segunda ley de Pompeyo afectaba directamente a Milón. Establecía un procedimiento algo más abreviado que el ordinario, pero, sobre todo, creaba un tribunal especial para juzgar los sucesos del 18 y el 19 de enero. Los defensores de Milón querían que el asunto lo viese el tribunal de jurados para delitos violentos establecido por la ley Plautia, del año 70 (*quaestio de vi*)³³. Su intención era embarullarlo todo, mezclando en una misma causa la muerte de Clodio, el incendio de la curia y el asedio a la casa del *interrex*, pero Pompeyo tenía otros planes: quería a toda costa una ley específica, más rápida y eficaz, para juzgar el crimen de Bovilas. Su mala relación con Milón era conocida desde hacía meses, de manera que no nos sorprende que el tribuno M. Celio Rufo (tal vez a instancias de Tulio) intentase bloquear la ley argumentando que se trataba de un privilegio, prohibido

desde las XII Tablas, en tanto que pensada para juzgar a una persona concreta. Pompeyo no iba a detenerse por tan poco; tenía el pleno control militar de la situación en Roma y amenazó con emplear la fuerza. La ley salió adelante, pues fue aprobada por las tribus, una vez vencido el plazo de los veinticinco días, hacia el 27 de marzo. A partir de ese momento, comenzó a circular el rumor de que Milón tenía planes para asesinar a Pompeyo y este puso buen cuidado en hacer saber que temía al asesino de Bovilas. Cierta día, un senador lo acusó de llevar un puñal atado a la pierna, pero Milón se levantó la toga demostrando la falsedad del cargo y Tulio aprovechó el momento para gritar que tan falsos como este eran todos los demás que había contra su amigo y aliado. Los tribunos de la plebe contribuyeron a caldear aún más el ambiente. Hicieron que hablase ante el pueblo un liberto, M. Emilio Filemón, que decía ser testigo directo de los hechos. Contó cómo había visto asesinar a Clodio y cómo Milón lo había retenido a él en una de sus casas de campo durante cuatro días, para evitar que contase lo que sabía. Cabe dudar, sin embargo, de sus afirmaciones, pues parece que no declaró luego en el juicio, lo que no se entiende si de verdad era un testigo ocular.

Una vez asegurado el control militar de Roma y delineado el excepcional marco jurídico (un cónsul en solitario, una ley aprobada para juzgar unos hechos concretos y anteriores a la propia ley), se presentó una batería de acusaciones contra Milón. Los hermanos Apio Claudio, sobrinos de Clodio como ya sabemos, lo denunciaron por violencia (*de vi*) según la nueva ley de Pompeyo. Esta era la causa principal a la que se añadió otra denuncia por corrupción electoral (*de ambitu*) durante su turbulenta campaña al consulado, en la que había quebrantado reiteradas veces los límites al repartir dinero, organizar juegos, etc.; y una tercera, por constituir asociaciones, lo que estaba prohibido (*de sodaliciis*). No era fácil que Milón pudiese atravesar, sin quedar atrapado en ella, la tela de araña que lo iba envolviendo.

La importante era la acusación de violencia. La ley de Pompeyo determinaba que el presidente del jurado tenía que ser alguien de rango consular y elegido en comicios. Así, fue designado para el cargo L. Domicio Enobarbo, del grupo de los leales a Catón. Luego, Pompeyo redactó la lista de jurados. El procedimiento era bastante complejo, en realidad. Esta lista inicial estaba formada por senadores, personas de rango ecuestre y tribunos del erario, es decir, miembros de la clase alta romana, que, como sabemos, estaba escindida en sus

simpatías optimates o democráticas. Eran 360 jurados, que asistían al interrogatorio de testigos durante tres días, pero después, mediante sorteo, se reducía esa lista inicial a sólo 81, que eran quienes escuchaban los alegatos de la acusación y de la defensa. Finalmente, ambas partes recusaban a 15 jurados cada una, con lo que quedaban 51, que eran los que, votando, determinaban la culpabilidad o inocencia del acusado. Esto quiere decir que la lista inicial, redactada por Pompeyo, tenía sólo una influencia relativa en el veredicto, porque aún debía atravesar el tamiz del sorteo y las recusaciones. Con todo, no hay duda de que el llamado Magno se esforzó en incluir muchos nombres de personas que garantizaran una condena³⁴, pese a que entre ellos estaba el de Catón, pero el suyo era sólo un voto, más útil para aparentar imparcialidad que decisivo en el veredicto, y lo cierto es que no sabemos si votó o no a favor de la absolución³⁵. El Senado y toda Roma llevaban tres meses discutiendo sobre el asunto, por lo que debía de ser bastante fácil saber la opinión que cada uno se había formado sobre los hechos ocurridos el 18 y el 19 de enero.

El juicio comenzó el 4 de abril en la parte oriental del foro, seguramente sobre unas estructuras de madera preparadas para el jurado, los oradores y los testigos y, sin duda, con el público apretujándose alrededor, de pie en las escaleras de los templos o asomado a los balcones. Entre los primeros en dar testimonio estuvo Causinio Escolá, el amigo de Clodio que viajaba con él cuando se produjo el ataque, pero en el momento en que empezó a hacerle preguntas uno de los abogados de Milón (Marco Marcelo), los clodianos armaron un griterío tal que hubo de interrumpirse la sesión. Milón, Marcelo y el propio Tulio acudieron a Pompeyo, que no asistía al juicio, pero estaba cerca, en la parte occidental del foro, delante del erario de Saturno, a pedirle protección para el acusado, sus defensores y sus testigos³⁶. Pompeyo rodeó con sus tropas el foro para que los interrogatorios pudieran proseguir, aunque fuese al precio de ver a la ciudad convertida en un campamento militar, con soldados armados dentro del sagrado recinto (*pomerium*), algo prohibido por todos los testimonios de la tradición, salvo durante los festejos solemnes del triunfo, como algo excepcionalísimo. Pompeyo pisoteaba la ley para defender la ley, y César tomará buena cuenta del desafuero, que le daba más munición para su defensa en el momento en que invada Italia al frente de sus hombres³⁷. En ese ambiente cargado, bajo la presión ya sorda de los clodianos y la protección armada, se desarrolló el resto del jui-

cio. Seguramente fue entonces cuando Pompeyo prohibió mediante un edicto, de modo drástico, la posesión de arma alguna en la ciudad para evitar en lo posible el derramamiento de sangre durante aquellos tensos días de abril³⁸. Roma se encontraba en estado de sitio.

No tenemos nada más que referencias aisladas sobre lo que dijeron los testigos en el juicio. Volvió a solicitarse que se presentaran los esclavos de Milón ante el tribunal, cincuenta y tres esclavos en concreto, y volvió a repetirse que ya no lo eran, sino hombres libres y, por ende, muy agradecidos a su antiguo amo. Los de Clodio, en cambio, sí fueron sometidos a tortura, quiero decir, a interrogatorio, en el Atrio de la Libertad. Se discutió sobre la hora exacta del crimen. Clodio regresaba de Aricia y se había detenido en su villa albana, en Bovilas, con la intención de pernoctar allí, pero al enterarse de la muerte de un arquitecto amigo suyo, tomó la decisión de continuar. Esto fue, según la acusación, sobre la hora novena del día, es decir, hacia las dos de la tarde, aunque la defensa lo retrasaba dos horas. Tulio quería probar que, a una hora tan tardía, las cuatro de la tarde, Clodio debería haber ya regresado a Roma si esa hubiera sido su intención, pero, en lugar de eso, se había quedado aguardando a Milón con la intención de atacarlo. Incluso se permitió algún chascarrillo porque nunca supo refrenar su lengua. Le preguntaron cuándo había muerto Clodio, a qué hora, y se limitó a contestar, lleno de arrogancia, pero fiel a sí mismo y a sus convicciones: «demasiado tarde»³⁹. La cuestión tenía cierta trascendencia porque ambas partes coincidían en la premeditación: la acusación argumentaba que Milón había salido de Roma bajo el pretexto de viajar a Lanuvio, de donde era originario, pero con la intención secreta de tenderle una trampa a Clodio en su camino de regreso a Roma, mientras que la defensa sostenía que Clodio había salido de su villa para asaltar a Milón en medio de la vía Apia. Esto último es difícil de creer, porque la diferencia de fuerzas en los séquitos respectivos resultaba muy notable: trescientas personas acompañaban a Milón y sólo treinta a Clodio. Además, varios gladiadores de fama viajaban con el primero y, como es lógico, su experiencia y habilidad en el combate hicieron que se decantase rápidamente de su lado.

Prestaron testimonio también vecinos de Bovilas que habían presenciado la pelea, y dijeron haber visto cómo daban muerte al dueño de la posada donde se había refugiado Clodio al verse herido, cómo asaltaban la posada y cómo lo sacaban de allí. Afirmaron también que los hombres de Milón lo remataron acto seguido, siguiendo sus

órdenes. Las vestales albanas, que vigilaban el sagrado fuego en Bovilas (tal vez herencia del de Alba Longa), declararon que una misteriosa mujer se había presentado ante ellas por mandato de Milón para cumplir el sagrado voto, porque Clodio había sido asesinado. Si las vestales albanas gozaban de un prestigio y una autoridad semejantes a las de Roma, tal revelación hubo de ser devastadora para la inocencia del acusado. El último turno de testigos fue el más desgarrador de todos. Hablaron la suegra de Clodio (Sempronía) y su viuda, la imponente Fulvia, femenina sólo de cuerpo. Aunque ellas no habían estado en Bovilas y no supieron nada de lo sucedido hasta que el cadáver de Clodio llegó a Roma, los asistentes al juicio no olvidaron sus dramáticas palabras, que seguramente tenían la intención no sólo de conmover a los jurados, sino también de dismantelar el argumento que sostenía la defensa, según el cual Clodio había partido de Roma con la idea de asesinar a Milón y, por tanto, este se había limitado a responder al ataque. No prestó declaración, en cambio, la hermana de Clodio, la célebre Clodia, es decir, la Lesbia del poeta Catulo. No sabemos por qué. Por parte de la defensa, sólo se nos dice que Catón (testigo y jurado a la vez) declaró haber oído de un tercero que Clodio había dicho que Milón moriría tres días más tarde, lo que coincidía con la fecha del crimen de Bovilas⁴⁰. No parece un testimonio particularmente sólido, ni suficiente para contrarrestar el de las vestales albanas y los vecinos de Bovilas. Acabados los testigos, se levantó la sesión del tercer día hacia las tres de la tarde. Munacio Planco, tribuno de la plebe, convocó un mitin (*contio*) para incitar a los suyos a cerrar al día siguiente las tiendas que rodeaban el foro y acudir todos a presenciar el momento supremo del juicio: los discursos de los oradores y la votación de los jurados. Por su número y con sus gritos, debían dejar muy claro qué veredicto se esperaba de ellos.

Así se llegó al día 7 de abril. Los acusadores, es decir, el mayor de los hermanos Apio Claudio, Marco Antonio (el futuro triunviro), Publio Valerio Nepote y Publio Valerio León hablaron durante dos horas para argumentar su tesis: Milón llevaba años acechando a su enemigo, había incluso prometido a las vestales de Bovilas hacer una ofrenda a la diosa si le era propicia, tal como ellas mismas lo habían declarado ante el tribunal, de modo que cuando aquel abandonó Roma la mañana del 18 de enero rodeado de esclavos y gladiadores, su intención no era otra que la de matar a Clodio⁴¹.

La defensa podía disponer de tres horas. La leyenda negra nos dice que las fuerzas de Tulio flaquearon al ver el foro tomado por los soldados y a sus enemigos en actitud amenazante⁴²; según cuentan, el orador se quedó sin palabras, apenas pudo pronunciar una parte del discurso que tenía preparado, sin el vigor con el que solía hablar, y abandonó la tribuna. Una vez terminado el juicio, escribió otro discurso distinto, que es el que ha llegado a nosotros, y se lo envió a Milón, para entonces exiliado en Masilia: «cuánto me alegro», vino a decir este después de leerlo, «de que el discurso que pronunciaste ante el tribunal no se pareciese en nada al que me envías, porque, de no ser así, no estaría ahora comiendo estos deliciosos salmoneces en Masilia». La frase achaca la condena a la torpe defensa de Tulio, lo que no es verosímil, como tampoco lo es la cobardía que se le echa en cara, pues, como hemos visto, la protección militar la había solicitado el propio Tulio. Los soldados no le amenazaban a él, sino a los clodianos. Hubo graves disturbios el primer día del juicio, gravísimos, con varios heridos, pero los siguientes se desarrollaron con mayor normalidad. Esto no excluye que hubiera gritos y amenazas por ambas partes, a pesar de la presencia de los soldados, que pudieron afectar al discurso del orador, menos contundente que otras veces en el uso de la palabra, pero el de Milón era un caso perdido antes de que Tulio subiese a la tribuna. Por cobardía o cálculo político, hubiera debido escamotearle su ayuda, esconderse, pero mostró una firme lealtad a su peligroso amigo y aliado político desde el primer momento, pese a las presiones que le llegaban de todas partes para que lo abandonase a su suerte, y ahora, en el momento supremo, él fue el único orador que asumió por entero su defensa. Por razones que podemos adivinar, los restantes optimates hicieron mutis por el foro: muerto Clodio, el violento y arruinado Milón ya era sólo una carga.

Todavía a finales del siglo I d.C. circulaba por Roma un pequeño discursito que se decía era el que Tulio había realmente pronunciado en defensa de Milón. No tenemos motivos para sospechar de esa atribución: probablemente algunos estenógrafos lo tomaron al dictado allí mismo y lo hicieron copiar después, dada la fama del caso y del orador. Fue el último que pronunció ante un tribunal, el cierre nada glorioso de su dilatada carrera forense. ¿Qué diferencias había entre el discurso que oyeron y el que leyó Milón, exiliado en Masilia, entre el «real» y el «literario»? No podemos compararlos a ambos en-

tre sí, pero cabe hacer algunas conjeturas. Sabemos que Marco Bruto escribió una (imaginaria) defensa de Milón en la que justificaba el asesinato argumentando que Clodio era una amenaza para la República⁴³. Sabemos también que Tulio no quiso seguir esta línea argumental, sino que todo su discurso descansaba en el argumento de la legítima defensa: Clodio le había tendido una trampa a Milón en Bovilas y los esclavos de este, cuando creyeron que su dueño había muerto, actuaron por propia iniciativa matando a su asesino. Actuaron, dice Tulio, como todos querríamos que lo hicieran los nuestros propios. Una historia edificante e inverosímil. Ahora bien, el discurso que podemos leer nosotros, el literario, no se detiene sólo en la legítima defensa. Sobre ese hilo va anudando otro, el de la muerte de Clodio como necesaria para la salvación de la República. Clodio atacó a Milón y a la patria y ambos tienen, por ley natural, derecho a defenderse⁴⁴. Es probable que este segundo hilo lo entretrejesen Tulio más tarde, pues ciertamente no habría podido sacarlo a relucir en el proceso. El Senado, como vimos, había decretado solemnemente que la muerte de Clodio atentaba contra la República: ¿cómo iba él a contradecir ahora abiertamente el acuerdo del Senado? En lugar de eso, Tulio se aferró a la historia increíble de los esclavos dispuestos a vengar la falsa muerte de su dueño. Tal vez su defensa careció de la fuerza de otras ocasiones, porque sabía que su argumentación era endeble, los jurados, hostiles y su posición, sumamente frágil. Había estado soportando presiones y amenazas durante varios meses, se había enajenado el favor popular por su incommovible lealtad a Milón y a su causa, había visto cómo le atacaban por ello algunos tribunos de la plebe en incendiarios discursos en el foro. Milón arriesgaba el exilio; Tulio, su nombre, su prestigio y su futuro político.

El discurso que podemos leer desarrolla dos temas entrelazados: la legítima defensa de Milón y la de la República. Ya hemos visto que el argumento fundado en la legítima defensa —quizás el único que se esgrimió en el juicio— era endeble. Era también parcial, porque Tulio no quiso analizar las implicaciones religiosas. Según algunos pensaban, la ley divina exigía que quien hubiera confesado haber matado a un hombre no volviera a ver la luz del día⁴⁵. Tanto en el parricidio, cuya pena estaba fuertemente teñida de prescripciones religiosas, como en el asesinato, los dioses castigaban, no el hecho en sí, sino la confesión del autor⁴⁶. Milón debería haberse encerrado en su casa, o tal vez deberían haberlo enterrado vivo para que no volviese a ver la

luz del día, porque había reconocido haber matado a un hombre, un gesto de soberbia que lo había contaminado a él de modo inexplicable⁴⁷. Su abogado, sin embargo, prefirió soslayar este punto.

En cuanto a la defensa de la República, Tulio es todo lo explícito que uno podría desear: la muerte de Clodio fue vuestra salvación, vuestra, es decir, de los jueces, miembros de los estamentos superiores de la sociedad romana (senadores, caballeros y tribunos del erario), sustentando así su argumentación en un conflicto social al que recurre a menudo cuando le conviene identificar a los demócratas con los más peligrosos entre los desheredados. Describe a Clodio como un loco furioso, contrapuesto a un Milón imperturbable, que mantiene en todo momento su frialdad de ánimo. Pone empeño en resaltar la estrecha amistad entre Milón y Pompeyo, lo que era falso, e intenta dar una explicación al hecho, perjudicial para su causa, de que se hubiese creado un tribunal específico para juzgar el crimen. Tulio lo considera inútil y seguramente muchos lo vieron como un indicio de que Pompeyo buscaba la condena de Milón. Dedicó la mayor parte de su intervención a relatar los ataques de Clodio, pasados o futuros, contra la República. Se esfuerza en lo posible por ennegrecer la imagen de la víctima. Lo presenta ante nuestros ojos como una bestia salvaje, apenas humano, un tirano en potencia preparado para abalanzarse sobre Roma y destruirla. Para una acusación tan grave, hacían falta pruebas. Nuestro orador se remonta a viejas historias, como la profanación de las ceremonias de la Buena Diosa en el 61, episodio por el que Clodio ya había sido juzgado y absuelto, o el oscuro incendio del templo de las Ninfas en el 56, donde su responsabilidad dista de estar clara. También le acusa de haber alterado la composición de la tribu Colina, incluyendo en ella a ciudadanos de los más pobres, con el fin de impedir la elección de Milón como cónsul, pues las tribus eran unidades de voto. Tulio no da detalles y a nosotros se nos hace muy difícil entender cómo podría haber intentado siquiera tal cosa, pues la adscripción a las tribus era competencia de los censores, pero tal vez no sea coincidencia que Sexto Cloelio, el hombre de confianza de Clodio, perteneciese precisamente a la tribu Colina. En todo caso, ninguno de estos episodios representaba un peligro inminente para la República. Por ello, Tulio recurre a un argumento algo retorcido, invocando las leyes que supuestamente Clodio, el menos plebeyo de los tribunos, habría logrado que se aprobasen de haberse hecho él con la pretura. Ciertamente que los pretores no solían presentar leyes a la asamblea, pero, según

dice Tulio, Clodio confiaba en encontrar a un tribuno de la plebe de confianza, dispuesto a presentarlas en su nombre (lo cual es una excelente prueba de que algunos magistrados romanos podían actuar con mucha menor independencia de lo que habitualmente se les supone). Si creemos a nuestro orador, Clodio ya tenía las leyes redactadas y Sexto Cloelio, su fiel segundo, se las había llevado de su casa del Palatino, aquel espléndido palacio donde velaban su cuerpo, la noche del 18 de enero, pero no se nos dice con qué intención lo hizo. Tampoco se nos describen en detalle, ni se nos explica cómo llegó Tulio a conocerlas. Se limita a agitar ante nuestros ojos el trapo rojo del peligro servil: el aspirante a tirano habría convertido a los esclavos de todos en libertos suyos... No sabemos cómo pretendía lograr tal cosa, ni el orador nos lo explica tampoco, seguramente porque el peligro, la amenaza, no era tan grave y Tulio asustaba más velándola que desvelándola. Resulta entonces que el tirano no planeaba incendiar el Capitolio, destruir la Curia ni asesinar a los cónsules, como un nuevo Catilina, sino presentar leyes a la asamblea. Ese fue su gravísimo crimen, eso fue lo que hizo disculpable su muerte. Según el abogado de la defensa, lo peligroso era la ley.

El veredicto fue contundente: sólo trece jurados votaron por la absolución, mientras que treinta y ocho condenaron a Milón. En los días siguientes, como cascada incontenible y súbita, tres tribunales distintos lo condenaron, además, por los delitos de corrupción electoral, asociación ilegal y actos violentos. El 13 de abril abandonó Roma camino de Masilia. Sus bienes se malvendieron para pagar una parte de sus descomunales deudas. A partir de ese momento, la situación en Roma dio un giro radical. A Marco Saufeyo, quien había dirigido el asalto a la posada donde se había refugiado Clodio, lo defendieron con inexplicable éxito Tulio y su «protegido», el tribuno Celio. Fue absuelto de los mismos hechos que habían motivado la condena de Milón. Los tiempos habían cambiado porque ahora la marea se dirigía contra los clodianos. Sexto Cloelio, quien había ordenado introducir en la curia el cadáver de Clodio, fue condenado, y tras él lo fueron muchos otros de sus partidarios. Cuando, el 10 de diciembre, los tribunos de la plebe cesaron en el cargo como era reglamentario, un verdadero alud de acusaciones se volcó sobre ellos. Celio logró la condena de Q. Pompeyo Rufo y Tulio, la de T. Munacio Planco Bursa, pese al encomio que de este hizo Pompeyo ante el tribunal⁴⁸. Rufo y Bursa habían sido quienes encabezaron el cortejo

que condujo el cadáver de Clodio desde su casa hasta el foro. Los clodianos que fueron condenados se exiliaron y acabaron encontrando refugio, no por casualidad, en la protección que les brindaba César, fuera de Italia.

De este modo, a partir de abril del 52, el desequilibrio que había entre ambas partes, en cuanto a poder militar, se redujo de manera considerable: el de los demócratas con César a la cabeza y el de los optimates con Pompeyo ahora de su lado. En agosto, Pompeyo cooptó a su muy ilustre suegro, Metelo Escipión, como colega suyo al consulado, pues, una vez retornada la normalidad al foro, cuando los tribunales han terminado su trabajo castigando la furiosa violencia con la que había comenzado el año, debían restablecerse los usos tradicionales. Sus días como cónsul en solitario (desde finales del mes que se intercaló entre febrero y marzo) habían terminado. Ahora era el momento de exhibir la nueva alianza, la del «divino tercer consulado», como lo llamó Tulio. Los actos de Escipión como cónsul y colega de Pompeyo subrayan sutilmente el cambio de postura de este último: mediante una ley, devolvió a los censores los poderes que les había quitado Clodio en el año 58, lo cual despejaba el camino para purgar al Senado de partidarios de César, que fue lo que se hizo en la censura del año 50.

El año que empezó con el funeral incendiario de Clodio, cuando se destruyó la sagrada curia del Senado, vio cómo se alzaban por primera vez en Roma un anfiteatro y un teatro permanente. Había ya algunos anfiteatros en Italia, en Pompeya y otros lugares, pero en Roma los gladiadores combatían en el foro, como lo habían venido haciendo durante más de cien años. Este primero era, por otra parte, muy singular⁴⁹. Lo formaban dos teatros que se daban la espalda por la mañana de modo que pudieran verse dos obras a la vez, sin estorbarse entre ellas; luego los teatros giraban sobre unos pivotes y se unían entre sí, conformando un espacio cerrado, para que ambos públicos asistieran a los combates de gladiadores. Según parece, la maquinaria era capaz de funcionar incluso con algunos espectadores sentados en sus asientos. El ingenio fue obra de C. Escribonio Curión, un personaje trágico, al que volveremos a encontrar pronto, como tribuno de la plebe en el año 50, defendiendo la causa de César. En esta primera ocasión, en el año 52, los gladiadores fueron una ofrenda de Curión a su padre muerto, que así lo había dispuesto en su testamento. Puesto que se trataba de una obligación piadosa y le-

gal, pudo burlar la ley Tulia, que, salvo excepciones tasadas, prohibía este tipo de espectáculos a los candidatos, porque conferían una enorme popularidad y lindaban con la simple y descarada compra de votos. El «teatro de Curión», tal como era conocido y que tanta fama le dio a su autor, seguía en buen uso un año más tarde⁵⁰. No sabemos el lugar exacto en el que se emplazaba, pero sí sabemos que su carácter híbrido no encontró continuadores, porque los espectáculos de gladiadores siguieron celebrándose en el foro y porque el siguiente que se levantó en Roma, ya en el año 29, fue un anfiteatro convencional, inmóvil, en piedra.

También en piedra se construyó el colosal teatro de Pompeyo en el Campo de Marte, con capacidad para unos veinte mil espectadores⁵¹. Las obras habían comenzado, seguramente, tras su gran triunfo del 61, y el coste se asumía con el botín de sus victorias. A su lado, se abrían unos grandes jardines para disfrute de los romanos y una casa que imaginamos magnífica, adornada con las proas de los barcos que había capturado a los piratas. Allí residiría de manera habitual aquellos años, pues como procónsul tenía prohibida la entrada en el recinto sagrado que delimitaba la ciudad (*pomerium*)⁵². Pompeyo coronaba su divino tercer consulado dedicándole a Venus Victoriosa la tercera capilla de su teatro⁵³, donde un gran pórtico, que cubría la parte superior de la cávea, albergaba las catorce estatuas que simbolizaban a los pueblos sometidos por el llamado Magno⁵⁴. En la cima de su poder, recordaba sus victorias con un monumento perdurable, que acogía al pueblo y el Senado (SPQR), unidos bajo el manto protector de quien había triunfado tres veces, había sido cónsul tres veces y había eliminado a los enemigos de Roma. La noche anterior a su derrota definitiva en Farsalia, en el año 48, Pompeyo se soñará a sí mismo entrando en su gran teatro, donde lo reciben con un aplauso ensordecedor⁵⁵.

Memoria

A quien se adentre por vez primera en el estudio de los últimos años de la República romana, tal vez lo que más le sorprenda sea la enorme tensión ideológica que se vivía, el enfrentamiento feroz, sin paliativos, entre los defensores de la supremacía política del Senado, que se llamaban a sí mismos los «mejores» (*optimates*) y los que anteponían la voluntad del pueblo a la del Senado (*populares*), a los que denomina-

remos aquí *demócratas*⁵⁶. Podemos fácilmente imaginar que esta cruel enemistad entre unos y otros se extendía más allá de la aristocracia e infectaba en mayor o menor medida todo el cuerpo político; lo imaginamos, aunque cuesta encontrar las pruebas para medir la gravedad de la infección, porque nos faltan las fuentes adecuadas, no sabemos apenas nada de lo que pensaba el pueblo llano, lo cual no quiere decir, sin embargo, que no pensase nada. En todo caso, entre los senadores, la violencia del enfrentamiento no conoce límites: los unos creen con toda el alma que la República se hundirá si no gobierna el Senado ni se somete el pueblo a sus decisiones; los otros rechazan de plano el predominio de la cerrada oligarquía, causa de infinitos males, y buscan quebrar su hegemonía apelando a los ciudadanos para que impongan su mayor número. La cuestión política fundamental, esto es, determinar si Roma debía seguir siendo una aristocracia —el gobierno de los mejores— o convertirse en una democracia —el gobierno de la mayoría— no estaba decidida ni resuelta. La escisión en el centauro que era Roma, un híbrido de Senado y de pueblo (SPQR), el difícil entendimiento entre sus dos partes constituyentes se estaba convirtiendo en una herida abierta e incurable.

La tensión ideológica iba acompañada por el recuerdo de los muertos, con el que se iba construyendo una memoria propia de los optimates, enfrentada a la de los demócratas. Era una memoria de sangre y venganza, de una fiereza terrible, que se entremezclaba con la lealtad que cada uno debía a su causa y se plasmaba en monumentos o en textos escritos, como la primera obra de una cierta extensión que acometió Tulio en el año 55: *Sobre el orador*. Aunque sabemos que se habían publicado en Roma algunos diálogos antes de este (que no han llegado a nosotros), en realidad, no parece que nunca hasta entonces se hubiera escrito nada semejante: un diálogo al modo platónico que abordaba cuestiones de teoría política. La fecha dramática es el año 91 y los personajes que Tulio hace intervenir en la obra son, en su mayor parte, optimates, la mayoría asesinados por los demócratas, en los difíciles momentos del 88-86. Sabemos cómo murieron. Marco Antonio, consiguió intimidar con su presencia a los soldados que iban a matarlo hasta que el tribuno Publio Anio cortó la discusión cortándole la cabeza y se la llevó a Cayo Mario. De modo cruel, murió otro de los personajes del diálogo, Cayo Julio César Estrabón, traicionado por alguien al que le unía una relación de hospitalidad, y asesinado por los marianistas. El final del tercero de los contertulios, Quinto Lu-

tacio Catulo, fue similar. El tribuno de la plebe Marco Mario Grati-diano presentó una acusación capital contra él y la condena era indudable. Catulo se suicidó tras haber buscado en vano la protección del gran Mario, su antiguo colega, quien rehusó prestársela. No una sola vez, sino varias, respondió a las súplicas con un tajante «¡que muera!». En suma, los protagonistas elegidos por Tulio para su diálogo dramático lo convierten en un monumento a la memoria de los asesinados, en una obra *Sobre las muertes de los optimates*, que increpa a sus enemigos⁵⁷. Algo semejante volvió a hacer Tulio más tarde, en *Del supremo bien y del supremo mal*, donde encontramos, entre los personajes, a M. Porcio Catón y a L. Manlio Torcuato (ambos se suicidaron tras Tapso) y a C. Valerio Triario, que murió combatiendo contra César en Farsalia. Por esta vía indirecta, Tulio rinde homenaje a los muertos y preserva la memoria anticesariana⁵⁸.

En cuanto a la memoria, digamos, democrática, las escuelas latinas de retórica, clausuradas por orden de los censores en el año 92, eran un lugar en el que estaba muy presente el recuerdo de las muertes crueles de algunos tribunos como los hermanos Graco, Sulpicio o Livio Druso⁵⁹. La escuela más famosa, en la que quiso estudiar el propio Tulio, aunque no llegó a hacerlo, era la de L. Plocio Galo, amigo de Cayo Mario y más tarde —pues tuvo una larga vida— colaborador del propio Clodio⁶⁰. En ellas pudieron formarse algunos de los historiadores de estos tiempos que adoptaron una posición democrática, en la que se entrelazaban pasado y presente. Ninguno tan claramente como C. Licinio Macro, pretor en el año 68, autor de una historia que arrancaba con Rómulo y llegaba al menos hasta comienzos del siglo III (de la que apenas se conservan unos pocos fragmentos), quien impuso a su hijo el cognomen de Calvo para honrar la memoria de dos antepasados del siglo IV que habían tenido un destacado papel en la lucha entre patricios y plebeyos⁶¹. Su maestro de retórica había sido L. Plocio Galo.

Las estatuas eran importantes. Tulio, en su diálogo *Sobre la república*, cuya fecha dramática es el año 129, incluye una discusión sobre por qué Escipión Nasica, el asesino de Tiberio Graco, no tenía una estatua en Roma⁶². Los personajes del diálogo consideran esta ausencia un ultraje, si bien, cuando Tulio escribía, ya se había reparado. En el año 52, Metelo Escipión, como colega de Pompeyo, erigió una estatua, dorada y ecuestre, de Nasica, que era su bisabuelo, si bien torpemente lo confundió con Escipión Africano, dándole el aspecto de

este⁶³. Decidió colocarla delante del templo de *Ops*, en la colina del Capitolio, muy cerca del lugar donde se alzaba la estatua en recuerdo de Tiberio Graco: dos estatuas, la del asesino y la de su víctima, dos memorias en conflicto en el centro de Roma y en un momento crucial de su historia. Hay más, sin embargo, una tercera estatua en esta memoria entrelazada, cargada de referencias simbólicas. En algún impreciso momento, a comienzos del siglo I, se había colocado también en el mismo lugar, en el Capitolio, cerca del templo de *Fides*, un conjunto escultórico que representaba a los tiranicidas por antonomasia, es decir, Harmodio y Aristogitón, a quienes se les atribuía el haber acabado con la tiranía de los hijos de Pisístrato en Atenas. Este Aristogitón sí ha llegado a nosotros, aunque mutilado. El emplazamiento cobraba sentido como una referencia al final de la monarquía en Roma, pero también cabía una lectura contemporánea⁶⁴: la estatua de Escipión Nasica, situada cerca de las de Harmodio y Aristogitón, evocaba la muerte del tirano, que, en esta lectura indirecta, era inequívocamente Tiberio Graco, precisamente en el año en que se había dado muerte a uno de sus más prominentes herederos políticos, a Publio Clodio. Unos pocos años más tarde, en el 47, el cesariano Dolabela erigió o propuso que se erigiera una estatua a Clodio, aunque no parece que el proyecto saliera adelante⁶⁵.

El recuerdo de los muertos es la memoria por excelencia, la memoria que funda una comunidad, la crea⁶⁶. El recuerdo de los caídos en combate frente al enemigo se mantiene vivo con estatuas, listas de nombres o banderas gloriosas, que forman el esqueleto de la nación o de la ciudad. Sin embargo, los romanos no dejaban constancia de los nombres de los héroes, es decir, de los caídos en combate. Cuando la batalla terminaba, erigían un trofeo como monumento a la victoria; los soldados muertos se amontonaban y quemaban en el sitio, no los llevaban a Roma, ni escribían sus nombres para honrarlos y recordarlos⁶⁷. Sin embargo, los atenienses sí lo hacían: consignaban los nombres de sus héroes en cuidadas estelas de piedra y los enterraban en funerales públicos en el cementerio del Cerámico⁶⁸. El discurso fúnebre que cada año decía el orador constituía un elemento esencial en la educación del ciudadano. Los romanos, en cambio, dejaban constancia de sus victorias (sobre todo lo hacían dedicando templos con el botín), pero no honraban la memoria de sus caídos. Se han dado diversas explicaciones de esta paradoja que seguramente sólo lo sea en apariencia —al fin y al cabo, la práctica ateniense parece la excepción

más que la regla—, pero que puede obedecer al fuerte carácter aristocrático que impregna las conductas en la Roma tardorrepublicana⁶⁹. El funeral público en Roma se reservaba sólo para personas que hubieran destacado por alguna causa o perteneciesen a determinados linajes, no era algo indiscriminado que beneficiara con carácter general a *todos* los soldados muertos.

La guerra no sólo destruye ciudades o Estados, también los hace nacer y los alimenta. Sin embargo, cuando los muertos se dividen, la comunidad se resquebraja, porque el recuerdo se dirige contra un enemigo que es conciudadano. Nacen de este modo comunidades contrapuestas, abocadas a enfrentarse entre sí, cada una de las cuales se ve a sí misma como la única verdadera y expulsa a la otra, negándole cualquier derecho a formar parte de un todo común⁷⁰. Si Tulio rememora en el diálogo *Sobre el orador* las muertes crueles de *optimates* admirables, es porque había también una memoria *democrática* con sus correspondientes mártires, testigos de un credo que exigía recuerdo y venganza⁷¹. En ella ocupaban lugar destacado los más célebres entre los mártires, los hermanos Graco, a quienes se recordaba con estatuas emplazadas en los lugares exactos en los que cada uno de ellos había muerto, es decir, el Capitolio (Tiberio) y el templo de Furrina en el Aventino (Cayo)⁷². Se erigieron altares donde se les ofrendaban las primicias de las cosechas, en lo que parece una forma de culto popular (que luego veremos repetido con Gratiadiano). Asumió su legado ideológico L. Apuleyo Saturnino, tribuno de la plebe igualmente, linchado por una turbamulta anónima. Se intentó borrar su recuerdo, prohibiendo que nadie tuviese una imagen suya. Hasta tal extremo eran conscientes los senadores del peligro que contenía esta memoria democrática que la prohibición no se limitaba al ámbito público. Por quebrantarla, el tribuno de la plebe del año 99, Sexto Ticio, fue condenado al destierro un año más tarde, pues tenía una estatua de Saturnino en su casa. La misma suerte corrió C. Apuleyo Deciano por haber mostrado su tristeza por la muerte de Saturnino⁷³. En el 63, Labieno escandalizó a Tulio cuando se presentó con una estatua del infortunado tribuno en el juicio que se había abierto, casi treinta años después, contra uno de los instigadores de su linchamiento⁷⁴. El propio Mario, no en tanto que tribuno de la plebe, sino como caudillo militar de enorme éxito que, de modo extraordinario, no pertenecía a ninguna de las oligárquicas familias romanas, se convirtió, pese a todo, en uno de los íconos de esta galería democrática

de retratos: reivindicar su memoria, en una Roma aún dominada por la facción silana, constituyó un acto de desafío juvenil por parte del orgulloso César. En los comienzos de su carrera política, como edil curul, colocó en el Capitolio, secretamente y por la noche, una estatua de Mario y varios trofeos de sus victorias contra los cimbrios que Sila había ordenado retirar⁷⁵. La plebe de Roma aprobó el gesto y muchos marianistas recobraron el vigor suficiente para mostrarse a la luz pública, acercarse a las estatuas y recordar con orgullo a su general muerto, sus campañas pasadas y sus victorias. La facción silana se encolerizó, pero no le sirvió de nada. En este caso, las estatuas se quedaron en su sitio.

No todo fueron estatuas. Tenemos algunos indicios que nos permiten pensar en formas más sutiles de esta memoria democrática, también más baratas y discretas, aunque por ese mismo motivo hayan dejado menor huella. A lo que parece, circulaban retratos en pasta vítrea de los principales dirigentes políticos⁷⁶. También se mencionan garabatos en las paredes que interpelaban a los políticos de uno u otro signo, o que los recordaban después de muertos: un grafito en Terracina menciona a Publio Clodio, del linaje de Apio Claudio, el tribuno asesinado; fue escrito en una fecha imprecisa, pero seguramente posterior al año 44 y, por lo tanto, al menos nueve años después del suceso: «Publio, descendiente de Apio, apellidado Pulcro, encontró la muerte»⁷⁷. Otras veces fueron simples ofrendas florales. La condena de Antonio Híbrida en el año 59 por su mal gobierno de Macedonia la celebraron algunos llevando flores al sepulcro de Catilina y organizando allí banquetes fúnebres en su honor⁷⁸. Había sido este Antonio, como procónsul, el que acabó con Catilina y con su ejército en Pistoria en 62, aunque el día de la batalla dijo estar enfermo y el mando había recaído sobre Petreyo.

Las tumbas y las estatuas son, por supuesto, lugares orientados a preservar la memoria. Hay otros que sirven no tanto para el recuerdo cuanto para mantener la cohesión ideológica y coordinar las iniciativas políticas. En Roma, el más destacado de todos estos lugares eran los altares o pequeñas hornacinas a los dioses Lares que se alzaban en la plaza o encrucijada principal (*compita*) de cada barrio de la ciudad, donde se celebraba una fiesta muy importante, las Compitales, que no tenía un día fijo, pues oscilaba entre finales de diciembre (después de las famosas Saturnales) y principios de enero. Tenía elementos muy arcaicos, como la ofrenda de muñecos o bolas de lana, también

el sacrificio de un cerdo, procesiones, y representaciones teatrales a cargo de mimos, quienes a veces podían servirse de sus versos para comentar cuestiones políticas de actualidad. La fiesta tenía elementos carnavalescos, pues se les daban ciertas libertades a los esclavos, y una ración extra de vino⁷⁹. Por su parte, los encargados de organizarlo todo, que solían ser libertos, es decir, antiguos esclavos, estaban revestidos de una autoridad extraordinaria el día de la fiesta, pues vestían la toga pretexta, que era la propia de los magistrados, e iban acompañados de lictores; eran auténticos «jefes de barrio»⁸⁰.

Los barrios de Roma cobraban protagonismo político no sólo un día al año. Durante las décadas de los 60 y 50 se convirtieron en auténticos y principales focos de agitación: Clodio reclutaba en ellos a sus seguidores. En abril del año 56, durante las fiestas de Cibeles que se celebraban delante de su templo, en el Palatino, una multitud procedente de los diversos barrios de Roma, con Clodio al frente, que era edil ese año, se apoderó de la escena del teatro donde se escenificaban los dramas en honor a la diosa. Probablemente buscaba con esta acción presionar a favor de la condena en el juicio contra M. Celio Rufo, que se estaba celebrando precisamente en esos mismos días y en el que su hermana, la perturbadora Clodia/Lesbia, era testigo de cargo⁸¹.

Tenemos algunos datos que apuntan a una estrecha devoción de los barrios de Roma no sólo a los Lares, sino a una misteriosa y arcaica divinidad: la «Madre (que está) de Pie» o *Stata Mater*. Hacia el año 75 se colocó un pavimento nuevo en la zona del Comicio y, para evitar que se deteriorase, se decidió quitar de allí la venerable estatua de la «Madre (que está) de Pie»⁸². Como el culto se hacía de noche, se temía que el fuego que lo alumbraba estropease las losetas recién colocadas, así que se trasladó a los barrios, donde arraigó con fuerza hasta el punto de que uno de ellos, situado en el monte Celio, tomó de la diosa su nombre⁸³. Seguramente sus devotos, a menudo libertos, articulados también en torno a los «jefes de barrio», podían hacer oír su voz e inmiscuirse en cuestiones propiamente políticas⁸⁴. Aunque no parece que hubiese nunca una «zonificación» en Roma ni tampoco, por consiguiente, barrios exclusivamente plebeyos —lo cual implica que se daba un contacto cotidiano entre la élite y el resto de la sociedad—, no se puede negar el contraste entre el «centro» de Roma (foro+Palatino, con una zona secundaria en el Celio y el Esquilino) y sus barrios. Los estudios arqueológicos han resaltado

la magnificencia de las casas aristocráticas del Palatino (la de Tulio, la de Clodio, la de Lutacio Catulo, la de M. Claudio Marcelo, etc.). Frente a eso, encontramos ciertos episodios (Gratidiano) y algunos cultos (*Stata Mater*, Compitales) que se desarrollaban en los *barrios*, lejos del centro, y que buscaban la participación en política de una parte muy considerable de la plebe de Roma que, por vivir alejada del foro, no se involucraba en las deliberaciones ni en los acalorados mítines que allí tenían lugar⁸⁵.

En las zonas protestantes de las montañas de Cévennes, al sur de Francia, se han conservado numerosos relatos orales sobre las revueltas de los *camisards* de 1702-1704, cuya función era identificar a la comunidad protestante como un núcleo de resistencia que ha continuado hasta la actualidad; allí, la lucha antialemana en la Segunda Guerra Mundial se interpretaba precisamente como la prolongación de la lucha de los *camisards*⁸⁶. De modo semejante, la memoria democrática, antisenatorial, veía el enfrentamiento entre demócratas y optimates como una prolongación del conflicto patricio-plebeyo, varios siglos anterior, y bajo esa luz lo leyó y lo reinterpretó. Todavía en el año 158, delante del templo de la diosa Tierra (*Tellus*), había una estatua en honor a Espurio Casio, un personaje semimítico del siglo V, ejecutado en el año 485, al que, por una parte, se le integra en la tradición democrática y se le atribuyen medidas favorables a la plebe, pero quien, desde otra perspectiva, para los optimates, encabeza la infame lista de demagogos, simples aspirantes a la tiranía que pagaron su ambición con su vida, una lista de nombres evocada y repetida a menudo, como advertencia que servía para exaltar en la juventud aristocrática el amor republicano por la libertad⁸⁷.

CAPÍTULO 2

TULIO

La historia de Roma se parece a una baraja de cartas. Los hechos históricos, en general, son bien conocidos por los especialistas, pero la forma en que se ordenen y dispongan altera de manera drástica el resultado: obtendremos dobles parejas o trío de ases o incluso escalera... Cierto es que a veces se puede echar mano de un comodín —una inscripción inédita, un hallazgo arqueológico novedoso, un tesoro escondido—, pero de poco nos servirá si las demás cartas no tienen la disposición adecuada. El historiador es como el jugador de póquer: en ambos influye la suerte casi tanto como la habilidad.

Nuestras cartas son muchas, es imposible sostenerlas con una sola mano ni comprimirlas todas en este solo libro, pero hay dos que destacan principalmente, que tiñen con su color la entera baraja: una se llama Cicerón y la otra, su contemporáneo, aunque treinta años más joven, Asinio Polión. La aristocracia de entonces, a la que ambos pertenecieron, se caracterizaba por poseer una esmerada educación literaria. Tal vez por ello, los principales actores de aquellos años cruciales escribieron tanto: Sila, César y Octavio dejaron testimonio autógrafa, su propia versión de los hechos que protagonizaron. No todos lo hicieron, pues algunos, como Pompeyo, carecían del talento suficiente y confiaban en el de otros, en el de Teófanos de Mitilene, en su caso, historiador de sus campañas en Asia¹. Es difícil encontrar algo semejante en la historia europea, tantos reyes o príncipes versados en las armas y en las letras. Por desgracia, la mayoría de tales relatos se ha perdido y de ahí que nuestro principal informador para esos diez años crueles (52-43) sea alguien que apenas pisó alguna vez el campo de batalla, y cuando lo hizo fue con desgana y escasa virtud

militar. Con todo, salvo en ese escenario principal de todas las guerras, Cicerón se presentó en todos los demás, tomando parte en muchos de los acontecimientos decisivos, haciendo oír su voz, que era escuchada con respeto o con irritación, porque su dominio de la palabra lo había elevado hasta la magistratura más importante de su ciudad: el consulado. Nunca fue un militar, en una ciudad donde eran cónsules los generales, pero sabía cómo hacer daño, cómo ser incisivo, a veces también inoportuno. Sus chistes y frases agudas se incluían en el resumen de lo ocurrido que puntualmente cada día le entregaban a César sus colaboradores. Algunos de ellos, tal vez no los mejores, sobrevivieron al paso del tiempo y los recogió Macrobio en sus *Saturnales*, más de cuatro siglos después². Nunca fue un actor secundario, como Salustio, nunca un mero observador, sino coautor del violento drama que concluyó, como en tantas tragedias, con su propia muerte. Nos ha legado una extensa correspondencia, que permite seguir los acontecimientos, en ocasiones, día a día, llena de observaciones penetrantes, tensas y, sin embargo... infrutilizadas debido al desprecio que ha recaído sobre la figura de su autor desde la condena severísima que contra él pronunció Theodor Mommsen. Quien lea sus cartas no necesitará recurrir a una historia propiamente dicha de aquellos tiempos, porque en ellas está todo: las ambiciones de los caudillos, los vicios de los generales, los cambios que sufrió la República³. Ciertamente también dejó escritas reflexiones muy meditadas, como el diálogo *Sobre la república* y el tratado *Sobre los deberes*, en las que quiso entender por qué acabó por venirse abajo y hundirse la Ciudad Ideal, la república que él tanto amó hasta convertirla en su estandarte. Hoy ya no se consideran sus obras más ambiciosas una mera traducción al latín de ideas griegas, sino que se reivindica su figura de pensador y filósofo. Es hora de que otorguemos también cierto crédito a su versión personal de lo que ocurrió durante la guerra civil de veinte años (49-30), de los que a él le tocó vivir apenas siete (49-43).

Cicerón, hemos dicho, pero esto requiere una breve explicación. Los romanos tenían, por lo general, dos o tres nombres, a veces más, de los cuales nosotros utilizamos sólo uno para referirnos a ellos, habitualmente el tercero. Así, denominamos Cicerón a quien se llamaba Marco Tulio Cicerón o entendemos que César remite a Cayo Julio César. Los romanos, sin embargo, empleaban los tres, o algunos de ellos, en distintas combinaciones, según las circunstancias, la relación en-

tre el remitente y el destinatario o el contenido de la carta, como podemos observar muy bien en la correspondencia del propio Cicerón⁴. En las cartas que le escribe a su hermano, emplea el primero de los tres nombres, pues era el único que les diferenciaba entre sí: «A Quinto, de Marco». Con los amigos de su mismo rango o parecido, utiliza sólo el tercero, como muestra de familiaridad, «Cicerón saluda a Rufo» o «Cicerón saluda a Ático» o bien, si el grado de familiaridad era menor, el primero y el tercero: «M. Cicerón saluda a C. Marcelo». P. Clodio Pulcro leyó en público el encabezamiento de una carta que le había dirigido César porque, al utilizar sólo el tercer nombre, mostraba la estrecha relación que había entre ellos: «César saluda a Pulcro»⁵. Nunca en la correspondencia de Cicerón, ni él ni ninguno de sus corresponsales emplean el primer nombre junto con el segundo. Por otra parte, era importante mantener la igualdad entre ambos, es decir, que se utilizara la misma designación para el remitente y el destinatario, salvo que hubiera una clara distancia social entre ellos o en alguna carta de recomendación, a modo de halago. Con su familia, como su mujer, su hija o bien con su querido esclavo Tirón, usa exclusivamente el segundo nombre, por lo general, con algún apelativo cariñoso: «Tulio a su querida Terencia», o bien, «Tulio a su querida Tulia». Por desgracia, no se ha conservado ninguna carta escrita por Tirón, de modo que no sabemos cómo llamaba él a su dueño primero y después patrono. Por supuesto, el nombre oficial completo incorporaba la filiación y, a veces, también la tribu, que era la unidad de voto: Marco Tulio Cicerón, hijo de Marco, de la tribu Cornelia. En el siglo XVIII y también en el XIX era habitual referirse a Cicerón como «Tulio», como marca tal vez de afecto y admiración, y así lo haremos nosotros también. Puesto que intentamos abordarlo con una mirada nueva, alejada de ciertos tópicos, empecemos por llamarle con un nombre nuevo. Para nosotros no será Cicerón, el cobarde tiralevitas, el chaquetero, el charlatán picapleitos, sino Tulio.

Se ha calculado que unos cincuenta autores escribieron en total unos cuatrocientos rollos de papiro sobre la guerra civil, el equivalente a unos sesenta y seis volúmenes de una edición moderna⁶. Algunos fueron destruidos ya en su momento, como los que escribió «con espíritu pompeyano» T. Labieno, conocido como «Rabieno» por la furia con la que criticaba a unos y a otros. Sus enemigos quemaron todas sus obras⁷. Tampoco ha sobrevivido ninguno de los diecisiete de Asinio Polión (76 a.C.-4/5 d.C.), un hombre de amplia ex-

perencia militar, que tomó parte activa en la guerra, aunque en el bando contrario al de Tulio: estuvo presente en el paso del Rubicón, cuando César invadió Italia, y sirvió después con el cesariano Curión en su fracasada expedición a África, si bien logró salvarse del desastre que acabó con este último, refugiándose en Útica⁸. Luchó también en Farsalia, en el año 48, aunque César no lo menciona en ningún momento, lo que puede ser el motivo de su crítica —que César había escrito de modo descuidado sus *Comentarios sobre la guerra civil*—, pues Polión era tan rencoroso como prudente: no solía atacar a los poderosos hasta después de muertos⁹. Probablemente volvió a Roma para ejercer como tribuno en el 47 y fue pretor en el 45. Al año siguiente, cuando mataron a César, él gobernaba la Hispania Ulterior, pero su situación era delicada debido a la presencia hostil de Sexto Pompeyo, que le venció en una ocasión. Cuando este se trasladó a Masilia (para llegar a un pacto con Lépido y Antonio), en el verano del año 43, y luego a Sicilia, Asinio Polión permaneció en la Ulterior durante los años 43 y 42, entretenido en tareas como la de fundar una colonia para veteranos de César: Urso, la moderna Osuna¹⁰. Escribió entonces varias cartas a Tulio, con protestas de lealtad a la República, vanas, acompañadas de críticas a quien era su cuestor, Balbo el joven, por mostrar tanto entusiasmo en imitar a César. Sin embargo, su lealtad verdadera estaba con Antonio, quien le recompensó abriéndole el camino al consulado, que ciertamente obtuvo en el 40. Por ello tomó parte en las negociaciones de Brundisio, para defender los intereses de Antonio frente al joven César y futuro emperador Augusto. Luego alcanzó la gloria celebrando el triunfo por haber vencido a una miserable tribu, los partinos, cerca de Dirraquio. Para la guerra de Accio, en el año 31, aunque Octavio le pidió que se uniera a él, prefirió mantenerse al margen y su única actividad pública durante los gloriosos años de Augusto consistió en reconstruir el Atrio de la Libertad, dotándolo de la primera biblioteca pública que conoció Roma, un proyecto que César había concebido, confiándoselo a Varrón, pero que no había podido realizar.

Probablemente Asinio Polión no empezó a escribir sus *Historias* hasta que falleció Salustio en el 35 o 34, dejando las suyas inacabadas a la altura del año 67. Las de Polión tenían como eje las guerras civiles, aunque no sabemos en qué momento arrancaban ni tampoco si terminaban con la batalla de Filipos en el 42 o bien seguían más adelante, incluso hasta la de Accio en el 31. Este relato, perdido casi en su tota-

lidad, pues no nos ha llegado de él más que un puñado de fragmentos, ha tenido una enorme influencia en la historiografía, porque se cree que fue la fuente más importante de las usadas por Apiano de Alejandría, en el siglo II d.C., para los libros II-V de su historia de las guerras civiles, de modo que, a través de este, podemos supuestamente acceder a una versión contemporánea de lo sucedido, por parte de quien era, para muchos, un hombre perspicaz, honesto y equilibrado en sus juicios¹¹. La razón fundamental para esta fe un tanto ciega en que estamos leyendo a Polión cuando leemos a Apiano obedece a que, en este último, encontramos una visión favorable de Antonio, muy distinta del cuadro hostil del triunviro que pintó la propaganda augustea; además, Plutarco en su *Vida de César* utilizó a Polión y las coincidencias entre Plutarco y Apiano son varias y claras; ambos también son muy críticos con Tulio, aunque curiosamente no en el momento de su muerte, donde Apiano ofrece un relato bastante equilibrado, distinto del que perpetró Polión, difamador siempre póstumo¹².

No sólo el relato de la guerra civil, también la explicación de sus causas que cuenta con mayor número de adeptos procede de la mente antoniana de Polión: el origen hay que situarlo en la coalición de los dinastas, la alianza todopoderosa que formaron Craso, César y Pompeyo. Esa es la razón, se argumenta, de que Polión arrancase sus *Historias* en el año 60, cuando se firmó el pacto entre los tres, once años antes de que estallase la guerra. Localizar en él la causa de los males que vinieron habría sido —se nos dice— una idea de Catón, el fiero enemigo de César, que, una vez asumida por Asinio Polión, se convirtió en moneda corriente para los historiadores antiguos y modernos¹³. Lo malo es que no sabemos cuándo comenzaban las fantasmales historias del rencoroso Polión, el año exacto. Suele esgrimirse, como argumento para un comienzo en ese fatídico año 60, un verso que las ensalza de su amigo, el poeta Horacio:

«El conflicto civil, desde el consulado de Metelo,
las causas de la guerra, los vicios y las formas
y el juego de la Fortuna y las temibles
alianzas de los príncipes y las armas
tintas en sangre aún no expiada,
en tu obra, llena de arriesgado azar,
describes, y entras en la llama
oculta por engañosa ceniza»¹⁴.

Sin embargo, caben otras interpretaciones. ¿No podría ser este misterioso Metelo, tal como se ha sugerido recientemente, el cónsul del año 52, Metelo Escipión, en vez de su homónimo del año 60, Metelo Celer?¹⁵ El terrible año 52, el del asesinato de Clodio, el incendio de la curia del Senado, el consulado en solitario de Pompeyo y su ley sobre las provincias..., no parece un mal momento para situar allí el origen de la guerra civil; o tal vez Polión inició, sí, sus *Historias* en el año 60, pero no pensando en la alianza entre los dinastas, sino fijando su atención, precisamente, en Metelo Celer, porque fue su muerte, al año siguiente, lo que le permitió a César hacerse con el gobierno de la Galia Transalpina. Vincular la guerra civil con la conquista de las Galias no resulta descabellado, pero no podemos saber si esa fue la lectura de Polión, porque no conservamos su obra, sino tan sólo la fugaz alusión en el verso de un poeta augusteo. Haremos bien, en suma, exorcizando el fantasma de Polión, cuya explicación de los orígenes de la guerra civil ha sido el disfraz con el que algunos historiadores modernos han enmascarado la suya.

CAPÍTULO 3

LA GUERRA DE CÉSAR

En el año 50, un prodigio monstruoso —el parto de una mula— anunció que era inminente la discordia entre los ciudadanos, la extinción de los buenos, el cambio de las leyes y el parto adulterino de las mujeres¹. Iba poco a poco soldándose la alianza entre el Senado y Pompeyo, en la que ocupaba un lugar destacado, como eslabón del vínculo, su suegro Escipión. Optimates y demócratas habían elegido cada uno a su caudillo, y el enfrentamiento se centraba en el segundo consulado de César, al que este tendría derecho a aspirar en el 49 (para desempeñarlo en el 48), una vez transcurridos los diez años reglamentarios tras el primero (en el 59). Tanto honor y tanto poder en manos del caudillo demócrata, conquistador de las Galias, resultaban inadmisibles: antes debería renunciar a provincia y ejército, pero César temía que lo acusaran y sometieran a proceso en cuanto abdicase de su mando como procónsul. La cuestión jurídica es compleja y, en realidad, irrelevante, un mero embrollo que oculta y a la vez expresa las tensiones que conducirán a la guerra civil. Pompeyo y, con él, algunos senadores de fuste no estaban dispuestos a consentir el segundo consulado de César, mientras que, por su parte, el ejército de las Galias —un verdadero ejército colonial— no renunciaba a su recompensa después de largos años de penalidades, muerte y guerra contra fieros, implacables enemigos. Para cobrarla, debía apoyar a su comandante en este momento decisivo. Los planes de César eran simples. El plebiscito de los diez tribunos de la plebe, del año 52, le permitía presentar su candidatura al consulado en ausencia, esto es, sin licenciar a su ejército ni trasladarse en persona a Roma ni perder la protección que le brindaba su mando al frente de la provincia. Una

vez elegido, podría regresar a Roma al mando de su ejército, celebrar un memorable triunfo (que rivalizase con el de Pompeyo del año 61) e iniciar solemnemente su segundo consulado en enero de 48. Sin embargo, la ley pompeyana del mismo año 52 había abolido después tal privilegio. Si quería ser cónsul, César tendría que renunciar antes a su proconsulado, viajar a Roma y tomar parte en la carrera electoral como un simple particular. En pocas palabras, César quería pasar directamente del gobierno de las Galias a la máxima magistratura, sin solución de continuidad, pero Pompeyo no estaba dispuesto a consentir que fuera cónsul por segunda vez de ninguna manera.

Dos años, nada menos, permaneció el Senado atascado en este punto. En el 51, el cónsul Marcelo quiso que el Senado trajera de vuelta a César con el argumento de que, aplastada la rebelión de Vercingetórix, en la Galia reinaban la paz y la obediencia a Roma. Su colega Servilio Rufo se opuso y la iniciativa no siguió adelante. Ya entonces, algunas voces —entre ellas, el propio Servilio Rufo— advertían de la inminencia de una guerra civil, más grave y cruel que todas las anteriores².

A comienzos del año 50, en febrero, ocurrió algo de cierta importancia para los meses siguientes: el tribuno Curión, el autor del fantástico teatro convertible, hasta entonces alineado con los optimates, decidió de forma súbita ponerse del lado de César. Le molestó, al parecer, que los pontífices se negaran a introducir un mes intercalar que hubiese alargado su año de mandato, pero no parece un motivo de peso. Se rumoreó que César lo había sobornado, lo que no es en absoluto descartable, pero podemos añadirle al dinero otra motivación mucho más personal, atribuyendo su cambio de orientación política a la influencia que sobre él pudo ejercer su mujer, la terrible Fulvia, viuda de Clodio, que habría tal vez heredado de este un cierto ascendiente sobre los barrios y la plebe de Roma³. Lo cierto es que Curión había estado pensando en presentarse a la edilidad, pero prefirió en última instancia el tribunado de la plebe, que le dotaría de mayor peso político. No entraba en sus planes ni era acorde con su carácter un mandato plácido y anodino. Los motivos, en fin, son oscuros y diversos, pero, tras unos primeros meses en blanco, Curión inicia una intensa actividad, de signo demócrata, con dos leyes, una alimentaria, que otorga mayor responsabilidad a los ediles, y otra viaria⁴. Las fiestas del 19 de marzo en honor a la diosa Minerva (conocidas como *Quinquatrus*) son un infierno, con Curión atacando sin piedad y fiera-

mente el poder del Senado⁵. Más importante aún: pone su veto tribunicio al servicio de los intereses de César, que en estos momentos pasaban por retrasar en lo posible cualquier decisión del Senado sobre su sustitución del frente del gobierno de las Galias. No iba mal encaminado César, porque había conseguido comprar, a un alto precio, la neutralidad de uno de los cónsules (Emilio Paulo), aunque nada pudo hacer con el otro, C. Claudio Marcelo, cuya hostilidad hacia él no admitió tregua ni componenda⁶.

A finales de la primavera del año 50, seguramente durante los meses de mayo y junio, Pompeyo sufrió una grave y larga enfermedad, cuya naturaleza no podemos precisar, pero que le atacó el estómago e hizo que se temiera por su vida⁷. Le obligó a permanecer en Neápolis, alejado de Roma. Sin su intimidante presencia, el Senado optó por una política de apaciguamiento: le ofreció a César lo que quería, es decir, que pudiera presentar su candidatura a las elecciones sin renunciar a su provincia ni a su ejército⁸. Para complicar más las cosas, seguramente ese verano, un devastador incendio, el más grave sufrido por Roma hasta entonces, afectó a buena parte de la ciudad, de manera especial al barrio Yugario, esto es, la zona que se extiende entre el Capitolio, el foro por detrás del templo de Saturno y el foro boario⁹. En estos momentos de creciente tensión, cuando la guerra civil se asomaba por el horizonte y la vida de Pompeyo corría peligro, semejante catástrofe sólo podía anunciar la cólera divina y la inminencia de otras mayores.

Desde la lejana Cilicia, como su gobernador, Tulio aún se recrea recordando, dos años después, la muerte de Clodio y fecha las cartas que escribe a sus corresponsales en Roma por los días que han transcurrido desde la «batalla de Bovilas», a la que compara con la de Leuctra¹⁰. Tal vez le llegaron ecos de la fiesta que se celebraba en Roma cada 13 de junio, el día de los idus, las llamadas *Quinquatrus minúsculas*, que lo eran, minúsculas, porque las *Quinquatrus* a secas, las importantes, caían en marzo, como hemos visto. Según parece, ese día, ese 13 de junio, los flautistas, imprescindibles siempre para los ritos sagrados, comían en el templo de Júpiter en el Capitolio y luego recorrían las calles principales de la ciudad hasta el templo de Minerva, en el Aventino, vestidos de mujer, enmascarados y borrachos, secundados por muchos otros en la indumentaria y en la bebida: una especie de carnaval. Todo esto se hacía bajo la advocación de Minerva, pero también del sátiro Marsias, que tenía una esta-

tua en un lugar preferente en Roma, la tribuna de oradores del foro, que lo representaba con una mano levantada, un odre de vino a la espalda y grilletes o cepos rotos en los tobillos. Lo del vino puede entenderse, pues Marsias era acólito o ministro de *Liber Pater*, es decir, Dioniso o Baco, y de ahí su vínculo con las *Quinquatrus minúsculas*, en las que corría el vino en abundancia, como hemos visto, aparte de su tradicional vinculación con la flauta. La estatua, al parecer, llevaba la cabeza cubierta con una corona de flores, como la de los asistentes a un banquete, y en algunos relatos aparece asociada a escenas nocturnas de sexo y vino, como si aquel fuese un lugar apropiado para la juerga y la transgresión¹¹. ¿Y los grilletes en los pies? Probablemente la estatua estaba asociada, desde el momento en que se erigió, al problema acuciante de las deudas, y se entiende bien que, por esta razón, pudiera convertirse en una referencia para los demócratas del momento. En suma, tanto la fiesta de los idus de junio —las *Quinquatrus minúsculas*— como la estatua de Marsias en el foro tenían sentido como expresión de libertad popular, pero, más específicamente, de una libertad de signo democrático, que defiende el bienestar de la plebe y una solución para el acuciante problema de las deudas, especialmente agudo en aquel año 50. Sólo dos años antes, desde este mismo Marsias del foro, los tribunos de la plebe habían exigido venganza por el asesinato de Clodio a manos de un cabecilla optimate. Seguramente los tumultuosos mítines y las ruidosas fiestas coincidían a menudo, e incluso se buscaba esa coincidencia de acontecimientos que tenían lugar en un mismo día: las alegres procesiones de borrachos que cantaban al viejo sátiro por las calles de Roma y los furiosos mítines de algunos políticos, contrarios a los optimates, que enervaban a la plebe. ¿Cuándo mejor que en carnaval para poner en cuestión el orden establecido, el poder arbitrario de los poderosos?

Un incendio devastador, la grave enfermedad del primer hombre de la República, un carnaval antiaristocrático... en aquel verano de negros presagios, en julio, se celebraron elecciones. El consulado lo obtuvieron dos enemigos de César (Cornelio Léntulo Crure y C. Marcelo), que derrotaron a los candidatos que apoyaba el procónsul de las Galias. Además, los censores de aquel año 50 se ensañaron especialmente con ciertos cesarianos y, en uso de sus atribuciones, los expulsaron del Senado por conducta inapropiada. Entre ellos estaba el futuro historiador Salustio, quien, como tribuno de la plebe en el año 52, se había mostrado, como recordará el lector, contundente en

su postura antimiloniana y recibía ahora su castigo de manos de un censor fieramente optimate¹². No todo fue derrota, sin embargo. El hombre de confianza de César, Marco Antonio, consiguió vencer a Domicio Enobarbo en unas elecciones muy reñidas para ocupar la plaza en el colegio de los augures que había dejado vacante la muerte de Q. Hortensio. Tuvo el apoyo de muchos ciudadanos de la Cisalpina, que se desplazaron a Roma para votar, a instancias del propio César. Domicio encajó muy mal la derrota, se puso verdaderamente furioso para deleite de sus enemigos¹³.

A la altura de septiembre, la inminencia de la guerra ya no puede ocultarse. Marco Celio Rufo augura que la paz no durará ni un año y muestra sus preferencias¹⁴. Tendrá que elegir el partido cesariano, pues de los pompeyanos, si bien ama la causa, odia a quienes la defienden. Así pues, él, que se había mostrado tan activo en la defensa de Milón, habrá de pasarse ahora al lado contrario, por una razón contundente: mientras callen las armas se puede elegir la causa más honesta, pero cuando Marte habla, ha de abrazarse la más segura. No es esta una máxima cínica, sino más bien una guía de conducta razonable y prudente que muchos otros han seguido cuando se han visto obligados a poner su vida al tablero. Celio mantendrá sus palabras y cuando llegue el momento, secundará a César, pese a sus estrechos lazos con Tulio. Este, por su parte, tras largos meses de agonía e indecisión, seguirá a Pompeyo por razones parecidas a las que fundaron la decisión de Celio, esto es, pensando en sus lealtades personales tanto o más que en la honestidad de la causa.

Pompeyo se recuperó de su grave enfermedad, toda Italia mostró su alegría y en muchas ciudades se aprobaron decretos que daban gracias solemnes a los dioses. Magno volvió a Roma, para retomar el control de la situación. Decidió mejorar su habilidad oratoria, nunca demasiado elevada, con ejercicios intensos, para poder contrarrestar la furiosa y vibrante de los tribunos cesarianos (Curión en particular)¹⁵. Creyó tener con él a toda Italia e impuso su autoridad para que el Senado se desdijera de su cobarde decisión de junio: ya no habrá acuerdo con César. Por entonces, Apio Claudio había regresado de la Galia trayendo con él las dos legiones (la I y la XV) que César, obedeciendo las instrucciones del Senado, entregaba para la guerra pártica que se suponía inminente, pero que no se moverán de Italia (en lo sucesivo conocidas como «legiones apianas»)¹⁶. A su juicio, el ejército de César era un nido de descontentos, al borde del

amotinamiento. Tal vez César lo engañó o Apio Claudio confundió lo que había visto, tomando incidentes aislados por síntomas de un mal más grave o quizás sólo quiso hacer un poco de propaganda anticesariana, a sabiendas de que era falsa, pero su erróneo juicio seguramente no pesó demasiado en el transcurso de los acontecimientos. Pompeyo tenía otras fuentes de información más fiables y variadas — entre ellas, tal vez, el propio Labieno, si es que ya había decidido traicionar a César— y no parece que en ningún momento se hiciera ilusiones creyendo que a César se le pudiera sublevar su propio ejército.

En octubre, todo el mundo admite ya la inminencia de la guerra¹⁷. Por entonces, Tulio menciona, entre los grupos sociales que, colectivamente, podrían adscribirse al bando de los «mejores», únicamente a cuatro: senadores, publicanos, prestamistas y campesinos. Ninguno de ellos, en su opinión, se está comportando, en ese momento crucial, a la altura de lo que cabría esperar: unos (los publicanos) apoyan a César desde que este, en su consulado del 59, les condonó parte de la deuda correspondiente a la recaudación del tributo en Asia, mientras que otros, los campesinos, valoran la paz y la tranquilidad por encima de todo¹⁸.

En el mes de diciembre, las esperanzas de acuerdo se desvanecen, comienzan los roces preliminares que anuncian la inminente violación por César de la madre Italia, conforme al sueño, juvenil y perturbador, que había tenido en Gades¹⁹. Tulio regresa de Cilicia con el propósito de restablecer la concordia, pero, si no lo logra, quiere conseguir la victoria de los suyos, de los «hombres honestos y buenos», los *optimates*²⁰. Los bandos ya están trazados, la guerra les enfrenta a ellos contra los demócratas. En la reunión del Senado del día 1, el cónsul Marcelo logra el respaldo de los asistentes para que se nombre de manera inmediata un sucesor para César en la Galia. Contrarresta esta iniciativa el tribuno Curión, que llevaba desde febrero defendiendo los intereses de César, proponiendo, en cambio, que ambos dinastas renuncien al mando provincial que cada uno tiene (Hispania y Galia) y a sus tropas: lo respaldan trescientos setenta senadores y sólo se cuentan veintidós votos en contra. El resultado no sorprende, aunque muestra a las claras que Pompeyo no tiene en ese momento tras de sí a la mayoría del Senado, pues no es capaz de imponer su enorme autoridad, un punto débil que volverá a manifestarse y a causar problemas en los primeros momentos de la contienda. La votación no es un llamamiento a la paz, ni mucho menos, sino más bien

un golpe de autoridad del Senado frente a los dinastas, en un vano intento por imponer su criterio, que no tiene consecuencias, como era previsible, porque no hay tropas que lo respalden; aunque tal vez no fueran muchos, en ambos bandos había quienes deseaban la guerra²¹. Tampoco sorprende que hiervan los rumores: unos hablan de movimientos de tropas en la Cisalpina —se decía que había cuatro legiones acuarteladas en Placentia—²², mientras que otros sitúan a César ya en Italia. De ellos se aprovecha el cónsul Marcelo, en un gesto teatral, para trasladarse a Capua y pedir a Pompeyo que asuma el mando de las dos legiones apianas y la defensa de la República. El 6 de diciembre, Hircio, un estrecho colaborador de César, hace una breve parada en Roma sin intentar verse con Pompeyo, indicio claro de que aquel ya no tenía ni la intención de negociar²³. Los furiosos mítines continuaron. El mandato de Curión como tribuno de la plebe termina el 9 de diciembre, pero lo reemplazó Marco Antonio, quien aprovecha su recién estrenada magistratura para lanzar un pormenorizado ataque contra Pompeyo, relatando punto por punto todos los crímenes silanos de quien en otro tiempo había merecido, por su crueldad, el apodo insultante de «jovenzuelo verdugo»²⁴. La única esperanza que le queda a Roma para evitar la guerra civil o posponerla es un ataque de los temibles partos, sorprendentemente tranquilos desde que aniquilaron el ejército de Craso en el 53.

* * *

Los acontecimientos se desarrollaron muy deprisa, como si las decisiones ya estuviesen tomadas de antemano. En los primeros días de enero, el Senado asignó las provincias del año 49 no por sorteo, sino por votación, y excluyendo expresamente a los fieles a César, con lo que mostró su decidida voluntad de asumir el gobierno directo del imperio, porque quienes no contasen con su beneplácito ya no tendrían ninguna opción de acceso al poder; asimismo, acordó poner fin al mandato de César como gobernador de las Galias, que se había iniciado con la ley Vatinia del año 59, por cinco años, prorrogado por otros cinco por la ley Licinia Pompeya en el año 55. La fecha concreta en la que debía abandonar su provincia no la conocemos —sobre este extremo, los historiadores han discutido hasta la extenuación, queriendo dictaminar así quién fue el culpable de aquella guerra—, pero es probable que, en estricto derecho, sea un

dato irrelevante: la ley Pompeya del 52, como vimos, había puesto en manos del Senado la plena potestad para gestionar las provincias, por lo que podría hacerlo en cualquier momento. A lo largo de los años 51 y 50, hubo varias iniciativas en este sentido por parte de senadores hostiles a César que fracasaron, debido al veto tribunicio o porque Pompeyo consideró que no era el momento adecuado. Finalmente, el Magno hizo saber que, a su juicio, César debería entregar ejército y provincia el 13 de noviembre del 50²⁵. César, por su parte, necesitaba extender la duración de su mando al menos hasta julio del 49, contando con que se le permitiera presentar su candidatura a distancia —lo que debía hacerse antes del 1 de julio— y así, una vez celebradas las elecciones, como cónsul electo, tener la necesaria protección jurídica hasta la fecha de inicio del que sería su segundo consulado, el 1 de enero del año 48. El plan era perfecto, con escrupuloso respeto a la legalidad, incluyendo el plazo de diez años, obligado por la ley silana del 82, para reiterar el consulado, pero irrealizable en contra de los deseos del Senado, que no estaba dispuesto a permitir que César siguiera al frente de su provincia hasta el 1 de julio²⁶.

Tan importante como la fecha era su derecho a presentar su candidatura desde la Galia, sin licenciar a sus tropas, tal como se lo había reconocido la ley de los Diez Tribunos del año 52, pero algo expresamente prohibido por la posterior ley Pompeya de ese mismo año. César no ignoraba, por otra parte, que el Senado jamás votaría a favor de concederle el triunfo. Si se plegaba a sus exigencias, lo perdía todo: el ejército, la provincia, el triunfo, la candidatura a distancia. Y se arriesgaba a una acusación ante los tribunales. Decidió utilizar la única arma a su alcance: el veto de los tribunos de la plebe (Marco Antonio y Quinto Casio), que bloquearon todas las decisiones del Senado en las sesiones del 1, 2, 5 y 6 de enero²⁷. Las cartas que César había enviado para que se leyesen públicamente en el Senado, Tulio las encuentra ofensivas y llenas de amenazas²⁸. El día 7, en una sesión solemne, el Senado acordó declarar el estado de excepción, mediante el correspondiente senadoconsulto último y confiar a Pompeyo el inmediato reclutamiento de tropas. César y todos los soldados que formaban su ejército fueron oficialmente declarados «enemigos públicos»²⁹. Los tribunos de la plebe cesarianos, Marco Antonio y Casio, huyeron de la ciudad, tal vez amenazados de muerte —la leyenda quiere que disfrazados de esclavos— esa misma noche. Los

acompañaban dos jóvenes de temperamento volcánico y muy próximos a Tulio, que habrían de morir en los próximos meses: C. Escribonio Curión (el marido de Fulvia) y M. Celio Rufo³⁰. La noticia no pudo llegarle a César antes del día 9, pues aguardaba en Rávena, a unos 350 kilómetros de Roma³¹. No sabemos exactamente qué día César invadió Italia (tal vez el 10 de enero) ni tampoco qué río es el célebre Rubicón, frontera de su provincia, que él no debía traspasar, pero su rapidísima respuesta lleva a creer que ya había previsto el enérgico decreto del Senado y la invasión de Italia: *alea iacta est*, «¡que corran los dados!», una frase que él pronunció en griego y que era un proverbio, seguramente bastante conocido³². Los tribunos de la plebe huidos hicieron lo que probablemente les había ordenado César y se reunieron con él en Arimino, ya fuera de su provincia. El 11 de enero llegaron también a Arimino los mensajeros que enviaba Pompeyo —L. César, pariente del vencedor de las Galias, y Roscio Fabato— con las primerísimas propuestas de paz.

Aunque los rumores habían sido alarmantes desde septiembre y constantes desde diciembre, Roma se conmovió al conocer la noticia de que, esta vez de verdad, César había entrado en Italia. Muchos huyeron. El 17 de enero, Pompeyo se trasladó a Larino, donde instaló su cuartel general, una fecha que marcó el inicio de la guerra. Los cónsules también dejaron Roma, se fueron a Capua, seguidos por la mayor parte de los senadores, Tulio entre ellos, quien se puso en camino hacia Campania el 18 de madrugada, antes de que saliera el sol, avergonzándose ya de tan vergonzosa huida. Había llegado tarde a Roma, el 4 de enero, cuando la suerte ya estaba echada. Desde entonces, Tulio había puesto buen cuidado en no entrar en la ciudad, de modo que mantuvo intacto su poder proconsular mientras esperaba a que el Senado decidiera sobre su solicitud de triunfo por sus modestas victorias en Cilicia. Esto le obligaba a soportar la molesta compañía de los lictores con sus fasces engalanadas. Tanta notoriedad resultaba un verdadero estorbo. Salió, pues, de Roma con sus lictores, de noche, clandestinamente, para que nadie viese al general victorioso, candidato al triunfo, entregándola inerte a las tropas galas de César, al ejército colonial³³.

El recelo ante el curso de los acontecimientos le induce a mantenerse en un discreto segundo plano. Declina hacerse cargo de Capua, como le pedían —en aquellos días parece que no todos estaban dispuestos a obedecer sin más al gran Pompeyo—. Su misión como pro-

cónsul queda reducida a reclutar tropas, el mayor número posible, en la costa campana, pero carece de ánimo y aún no ha decidido qué postura adoptará finalmente³⁴. No quiere hacer nada que le pueda comprometer o que dificulte su labor de mediador a favor de la paz, para la que necesita una cierta equidistancia. Sin embargo, quedó fuera del intercambio de mensajeros que se había iniciado desde el mismo comienzo de la invasión de Italia. El 23 de enero, Roscio Fabato y L. César, tras hablar el día 11 con César en Arimino, se reúnen con los cónsules y con Pompeyo en Teano Sidicino. La respuesta de estos últimos toma la forma de una carta abierta, dirigida a César, que se distribuye por las ciudades de Italia: ambas partes deben retirar las guarniciones que se hayan establecido en las ciudades de Italia; Pompeyo tendría que marcharse a su provincia (es decir, a Hispania), mientras que César entregaría sus provincias y se le permitiría presentarse como candidato al consulado, aunque no a distancia, y celebrar el ansiado triunfo. La ratificación de los acuerdos se deja en manos del Senado³⁵. El hecho de que las negociaciones se hicieran públicas de inmediato, así como el rango modesto de los intermediarios, hace sospechar que ninguno de los dos bandos tiene intención de llegar a ningún acuerdo, sino más bien de ganar tiempo y apoyos, restándoselos al enemigo, al que se hace responsable de la destrucción y la guerra.

Seguramente hubo otros intercambios de mensajeros y de cartas, mientras cada bando continuaba con sus preparativos y César, con su avance: Umbría y Piceno cayeron en sus manos sin oponer resistencia apenas. Los republicanos necesitaban ponerse de acuerdo en una estrategia común. Los cónsules convocaron una reunión en Capua el día de las nonas de febrero (el 5), a la que asistió Tulio, pero no Pompeyo. Puesto que el jefe supremo faltaba, nada se pudo decidir, o más bien, se decidió desobedecer sus órdenes, pues el cónsul Léntulo se negó a volver a Roma, como quería Pompeyo, para recuperar el cuantioso tesoro depositado en el erario³⁶. Seguramente temía la cercana presencia de César, pero también la previsible cólera de la plebe urbana, que no consentiría de buena gana el robo de un dinero que se guardaba como reserva para el caso de una nueva invasión gala.

De todos modos, en la reunión de Capua debió de quedar ya suficientemente clara la estrategia de Pompeyo, quien hasta entonces había conseguido despistar a casi todos. Ya el 18 de enero, Tulio sos-

pecha que su admirado Magno puede estar pensando en abandonar Italia, pese a que diga que en pocos días estará en condiciones de reunir un ejército fuerte y regresar a Roma³⁷. Esto no es más que una cortina de humo: unos soldados bisoños, sin experiencia en combate, reclutados a toda prisa, no aguantarían ni el primer embate de las curtidas legiones de la Galia. En las semanas siguientes, Tulio se escandaliza al comprobar que las tropas no toman posiciones ni se preparan para defender Italia y empieza a entrever los planes de su comandante supremo: Pompeyo pretende, sí, abandonar Italia y, tras ello, ocupando las provincias frumentarias (Sicilia, sobre todo), de las que se alimenta, bloqueando el acceso por mar con sus flotas aliadas del Mediterráneo oriental, provocar una devastadora hambruna y regresar a Roma al mando de ejército de Oriente, para reconquistar la patria a sangre y fuego. Si Sila pudo hacerlo, ¿no podrá el gran Pompeyo? Una *Ilíada* de males se cierne sobre Italia³⁸.

Empezaron entonces sus cavilaciones interminables: ¿César o Pompeyo? ¿Lo seguro o lo honesto? Su lugar está al lado de Pompeyo y del Senado y en contra de quienes se han declarado partidarios de César: los peores de la sociedad, la chusma, un hatajo de criminales que sólo quieren la abolición de las deudas para escapar a su destino o la siempre inquieta e insatisfecha plebe urbana, y los tribunos de la plebe con ella, o los jóvenes, ansiosos de cambios y novedades, o esos «muertos vivientes», como llama Ático a los condenados en los juicios del 52, que ahora regresan a la vida acompañando el carro del vencedor³⁹. En las cartas de Tulio, sin embargo, se intuye una realidad distinta, poco acorde con los prejuicios del ilustre senador, porque los publicanos, ricos y respetables, también están con César y en cuanto a los severos campesinos, muchos se cuidan sólo de lo suyo mientras que otros temen a Pompeyo y aman —casi le duele reconocerlo— a César⁴⁰. En los meses siguientes, Tulio apenas duerme. A su mujer y a su hija, que se han quedado en Roma, ¿qué les sucederá cuando la ocupen los bárbaros, los celtas que militan en las legiones de César?⁴¹ Confía en que su yerno, el cesariano Dolabela, las protegerá a ambas. Le escribe a Ático casi cada día, para pensar en voz alta, para desahogarse. Relee las cartas de su amigo en busca de consejo y consuelo. Piensa en los ejemplos de antaño, en Hipias o en Camilo llevando la guerra contra su propia patria, en Temístocles, que se negó a hacerlo. ¿Quedarse en Roma soportando al tirano? Ya lo hizo Sócrates, con los Treinta, que ni un pie puso fuera de Atenas⁴². Colma

a Pompeyo de reproches por su imprevisión, su indigna huida, su indigno plan de invasión de Italia y sus crueles amenazas: «si Sila pudo hacerlo, ¿no voy a poder yo?» —son sus palabras, las de un Pompeyo cuyo ánimo se «asilana» y «proscriptiza» cada vez más desde que, a partir del juicio de Milón, en su divino tercer consulado, se hizo el amo de Roma—⁴³.

Aunque Tulio y muchos otros senadores ignorasen sus intenciones, Pompeyo y tal vez también los cónsules debieron de tener la estrategia clara desde el primer momento, antes de que César cruzase el Rubicón. Pompeyo no podía prever los movimientos de César —quien tal vez prefiriese esperar a la primavera—, pero es improbable que no contase, al menos, con la posibilidad de una rápida invasión de Italia en enero. En septiembre del 50, Pompeyo ya estaba pensando en que tendría que abandonar Roma y a principios de diciembre tenía la intención —que no se llevará a cabo— de enviar a Tulio, puesto que seguía siendo procónsul, a Sicilia⁴⁴. Esto demuestra que el plan estratégico estaba diseñado y era claro: su intención era bloquear con su flota el acceso a los puertos de Italia, provocar el descontento y el hambre y reconquistarla luego. El 26 o 27 de diciembre, Tulio barajaba diversas opciones, entre ellas, la de que César no admitiese que se le prohibiera presentar a distancia su candidatura al consulado y recurriese al ejército, lo cual podría forzar al abandono de la ciudad de Roma por parte de los senadores⁴⁵. Pompeyo tenía mejor información y mucha más experiencia militar que Tulio. Él sabía que si César entraba en Italia no habría manera de detenerle por una razón sencilla: las tropas de las que podría disponer eran, unas, de lealtad dudosa (las legiones «apianas») y, otras, las nuevas que se reclutasen, bisoñas. Inciertas o inexpertas, de ningún modo podrían hacer frente al temible ejército de César. El plan de evacuar Italia era el único realista, el único posible, y esto era algo que veían claramente quienes no se dejaban cegar por sus propios deseos.

Enfrentarse a César en Italia era una locura sin sentido⁴⁶. Tenía este bajo su mando diez legiones (numeradas de la V a la XIV), un verdadero ejército colonial, integrado por soldados que llevaban largo tiempo lejos de sus casas (nueve años muchos de ellos), combatiendo a sus órdenes en durísimas campañas. Habían resistido el ataque y el asedio de ochenta mil galos en Alesia, a los que derrotaron⁴⁷. Además, en su mayor parte, procedían de la Galia Cisalpina o Transalpina: eran soldados que no iban a atacar sus propias ciudades ni

sus casas, sino Italia, un país para ellos ajeno⁴⁸. Los reclutas de una de las legiones (la V Alauda), de la Galia Transalpina, ni siquiera eran ciudadanos romanos cuando se alistaron⁴⁹. Todos eran veteranos fieros, curtidos en la batalla y leales; César les había aumentado considerablemente la paga, de 150 a 225 denarios anuales, con el regalo añadido de un esclavo para cada uno de ellos. Contaba también con todo el botín y el dinero capturado en las Galias para costear la guerra que iba a emprender contra sus enemigos⁵⁰.

Por el momento, con él, César tenía sólo una legión (la XIII) y una reducida caballería, pero ya había dado orden secreta de que le siguieran dos más (la XII y la VIII), que debían de estar acuarteladas cerca, en la Cisalpina, pues le alcanzaron muy pronto, en los primeros días de febrero, así como nuevas cohortes reclutadas entre los galos y trescientos jinetes venidos desde el Nórico⁵¹. Las siete legiones restantes permanecieron en la Galia, para mantener bajo vigilancia a los vencidos y disuadir al poderoso ejército que Pompeyo tenía en Hispania de venir a Italia, cruzando el sur de la Galia, en su ayuda. Seguramente, intentar el paso por mar de todo el ejército en esa época del año resultaba demasiado arriesgado.

Por su parte, Pompeyo se enfrentaba a sus propios problemas. No tenía el mando supremo, no podía conseguir una obediencia incondicional y automática como la que se prestaba a César. Domicio Enobarbo, con la vanidad de quien está llamado al consulado desde la cuna y la torpeza de quien carece de toda experiencia militar, se atrincheró en Corfinio al día siguiente de la inútil reunión de Capua, cuando seguramente muchos optimates se dieron cuenta de cuál era la verdadera estrategia de su jefe supremo. Domicio no quiso participar en tan vergonzosa huida, sino resistir, pensando que con ello obligaba a Pompeyo a cambiar sus planes y acudir en su ayuda. Pudo reunir un discreto ejército de treinta y una cohortes, aunque es imposible saber con exactitud cuántos hombres, porque sin duda las unidades estaban infradotadas. Parece la más probable una cifra baja, en torno a los 7.500 hombres⁵². Eran, en parte, los mismos soldados que habían ocupado el foro durante el juicio de Milón para mantener a raya a los clodianos y proteger a Tulio: radicales antide-mócratas, cegados por su propia cólera. Pompeyo los consideraba absolutamente leales, «ciudadanos excelentes», en contraposición a las inciertas «legiones apianas»⁵³. Para excitar su ardor guerrero, Domicio les prometió que les repartiría fincas de sus propios inmen-

sos latifundios y les anunció que pronto acudiría Magno en su ayuda. Pompeyo, sin embargo, no estaba dispuesto a desviarse del plan que se había trazado. Le escribió a Domicio para pedirle que desistiera de su gesto absurdo y desesperado, que se reuniese con él, pues su inferioridad era tan grande que ni siquiera podrían salir de Corfinio los forrajeadores para alimentar a sus exiguas tropas. Unos pocos días bastaron para darle la razón. En menos de una semana, el 21 de febrero, la plaza cayó en sus manos sin que César tuviese que disparar, por decirlo así, una sola flecha.

El vencedor dio entonces un genial golpe de efecto. Los senadores temían que se abatiese sobre Italia al modo de un nuevo Cinna, que pretendiese vengar las muertes silanas, como las de Cn. Carbón o M. Junio Bruto (el padre del futuro tiranicida, asesinado por Pompeyo en el 77), pero él proclamó que adoptaba una nueva manera de vencer: la clemencia, unida desde entonces a su nombre. A Domicio Enobarbo le perdonó la vida y le dejó marchar... para que se uniese de nuevo a Pompeyo y perdiese definitivamente la vida en Farsalia. Una carta de César a sus colaboradores nos explica sus razones⁵⁴: quería darle a Pompeyo la oportunidad de reconciliarse con él, de separarse de aquellos que siempre habían sido enemigos de ambos y por cuya culpa la República se encontraba postrada. Son razones con plazo de vencimiento: la misericordia se mantendrá mientras haya perspectivas de reconciliación y cuando estas desaparezcan ¿podría abrirse camino la venganza? César va algo más allá, pues quiere alejarse de la temida crueldad silana e instaurar una nueva manera de vencer que le dé solidez a su victoria. La clemencia es la virtud monárquica por excelencia. De un magistrado republicano sólo cabe esperar que aplique la ley con mayor o menor generosidad hacia el acusado. El soberano, en cambio, puede decidir sobre la excepción, al margen de la ley y contra ella, e inclinarse, según su arbitrio, por la crueldad o por la indulgencia. Si lo hace por esto último, los perdonados le deberán a él, por siempre, la vida, como los esclavos⁵⁵.

César le devolvió luego a Domicio el dinero que había caído en sus manos al tomar Corfinio. Era una suma considerable, de varios millones de sestercios, con lo que mostraba su deseo de alejarse todo lo posible del recuerdo amargo de las proscripciones, cuando todas las propiedades de los perseguidos habían sido confiscadas y subastadas al mejor postor, para financiar los gastos de Sila. Pompeyo había tenido un gesto similar, respetando las vidas de los mil gladiado-

res —nada menos— que César tenía en Capua y que le preocupaban hasta el punto de escribir una carta a Tulio, a principios de febrero, en la que le pedía que se ocupase del asunto⁵⁶. En los inicios, cuando no se sabía hasta qué punto la situación acabaría desembocando en una guerra abierta, se respetaban los bienes del contrario, incluso sus gladiadores, aunque tal vez no siempre. Por aquellos días encontramos una rápida y siniestra alusión en las cartas de Tulio a una venta de prisioneros en subasta en Reate (en Sabina) como la semilla de nuevas proscripciones. Podría tal vez indicar que los esclavos capturados en Corfinio y otros lugares fueron revendidos luego, sin respetar en este caso la propiedad de sus legítimos dueños, o tal vez sólo se trató de un falso rumor⁵⁷.

El 21 de febrero, César sale de Corfinio a toda prisa con la intención de alcanzar a Pompeyo antes de que este pueda embarcar y abandonar Italia. Cuando Tulio oye que Pompeyo está atrapado en Brundisio, pierde el ánimo hasta las lágrimas. Se desespera y se lamenta por no compartir con él su infortunio. Y entonces se mira en el espejo de Aquiles, a quien ya no le importaba su propia muerte, porque había sido incapaz de salvar a su amigo. A Pompeyo le debe tanto que por él daría la vida y defiende una causa tan grande, que es la de la República: ¿cómo puede seguir dudando? Pero es que no le escribe ni le cuenta sus planes. Igual que en el amor lo insulso, inepto o incapaz estropea la ilusión, del mismo modo, la vergonzosa huida, la imprevisión y la torpeza le impiden amar a Pompeyo. Pero teme ser tachado de ingrato. Paga una deuda, no sirve a una causa⁵⁸.

Tras la caída de Corfinio, César intentó una maniobra arriesgada. Le confió a Balbo el menor una carta suya y la misión de entregársela secretamente al cónsul Léntulo: en ella le ofrecía el gobierno de una provincia si regresaba a Roma. No era una propuesta de paz, sino más bien un intento de soborno. César se esforzaba en lo posible por conseguir que los senadores de mayor rango tomaran partido por él, pero fracasará. No sabemos si el joven Balbo llegó a encontrarse con Léntulo. Debía de resultar muy difícil entrar en Brundisio y concertar un encuentro con él a espaldas de Pompeyo. Tal vez lo lograra, venciendo tantas dificultades que años más tarde se animó a relatar su azaroso viaje en una fábula pretexta que estrenó ante sus fascinados paisanos de Gades⁵⁹. Sea como fuere, si llegó a verse con él, no lo convenció⁶⁰. El 4 de marzo, los cónsules se hicieron a la mar con la mayor parte de las tropas, desde Brundisio. No había barcos

suficientes, de modo que Pompeyo tuvo que resistir durante nueve días (entre el 9 y el 17 de marzo), con sólo veinte cohortes, el asedio a que lo sometió César, con seis legiones, pues a las tres gálicas le había añadido otras tres, reclutadas en Italia después del paso del Rubicón. Una vez más, César intentó verse cara a cara con Pompeyo, tal vez recomponer algo de la amistad de antaño, sembrar algunas dudas respecto de sus nuevas alianzas, dividir al enemigo para debilitarlo⁶¹. Este respondió sencillamente que no trataría de nada con César sin que estuvieran presentes los cónsules. Cuando regresaron los barcos que habían hecho la primera travesía, Pompeyo pudo abandonar Brundisio el 17 de marzo y reunirse con el resto del ejército en Dirraquio. Exactamente en el mismo día (festividad de los *Liberalia*), pero cuatro años más tarde, César habría de derrotar en Munda, en la Bética, al último resto de resistencia de sus enemigos bajo el mando de los dos hijos del gran Pompeyo: un círculo perfecto que los autores antiguos, tan dados a encontrar misterio en las coincidencias, no tardaron en subrayar.

El 17 de marzo, Pompeyo consigue sacar de Italia cinco legiones, lo cual indica que, en los dos meses transcurridos desde el paso del Rubicón, ha sido capaz de reclutar tres, que se añaden a las dos «apianas» que originariamente tenía⁶². No parece que haya perdido el tiempo. En Formias, Tulio sigue con sus dudas y cavilaciones, agravadas por una sorprendente falta de información. Una primera carta le hace creer que Pompeyo ha logrado salir de Brundisio con treinta mil hombres, pero luego descubre que sólo han cruzado el mar los cónsules y que el número total de soldados es apenas la mitad⁶³. Cuando por fin Pompeyo huye antes de que César pueda bloquear el puerto (el 17 de marzo), su partida, sano y salvo, alivia un tanto el ánimo atribulado de Tulio, que sigue, sin embargo, indeciso. Si vence César, habrá un tirano en Roma, sobre eso no alberga duda alguna, pero la alternativa no es mucho mejor. Cree que sus ideas y las de Pompeyo coinciden, al menos desde que este se reconciliase con los optimates durante su «divino tercer consulado» (así lo llama Tulio), en el año 52, pero sus planes de rendir Italia por hambre y reconquistarla luego a golpe de espada le horrorizan. Sea quien sea el vencedor, la república en la que Tulio cree, el régimen ideal e idealizado que había descrito en su diálogo político del 51 (*Sobre la república*) no sobrevivirá a la guerra, se ha desplomado ya en sólo dos años; cualquier paz injusta es más útil, dice, que la más justa de las

guerras entre ciudadanos. La neutralidad, sin embargo, tampoco es posible, porque quedándose en Italia se arriesga a que le reprochen haber tomado partido por César. Evoca entonces la noble figura de Platón, atrapado en la corte de Dionisio de Siracusa, como un pájaro en su jaula, según recoge su famosa *Carta Séptima*, tal vez espuria: al igual que este presunto Platón, también Tulio teme que todos crean que se ha hecho amigo del tirano simplemente porque permanece en una cárcel que no puede abandonar⁶⁴.

Sin perder tiempo, César abandonó Brundisio y regresó a Roma, con una breve parada el 28 de marzo para reunirse con Tulio en Formias. Ya le había escrito un par de cartas los días anteriores para decirle que esperaba contar con su apoyo. La conversación fue larga y tensa. César, como Tulio se había maliciado, necesitaba su ayuda por una razón concreta. Los cónsules habían huido, era necesario nombrar otros nuevos, favorables a los cesarianos, pero las elecciones, tradicionalmente, debía presidirlas un cónsul y César no tenía ninguno a la mano. El nombramiento de un dictador no resolvería nada, porque, una vez más, sólo un cónsul podía designarlo⁶⁵. Habría de ser entonces un pretor el que presidiera los comicios, aunque esto fuera en contra de los precedentes y la tradición. Si alguien del peso y la talla de Tulio, que además era augur, avalase la maniobra, el escrúpulo religioso y el obstáculo constitucional podrían vencerse. Un decreto del colegio de los augures en este sentido sería de gran ayuda. La reunión del Senado estaba prevista para dentro de cuatro días, el 1 de abril y César buscaba el respaldo del gran orador:

—Si tú no asistes, no lo harán tampoco los demás. Ven a Roma y habla sobre la paz.

—¿Libremente?

—¿Acaso podría yo indicarte lo que has de decir?

—Esto es entonces lo que diré: que el Senado no apruebe que nadie vaya a Hispania ni tampoco el traslado del ejército a Grecia; lamentaré, además, extensamente, la situación de Pompeyo.

—No son esas las cosas que yo quiero que se digan.

—Me lo imagino y por eso no quiero asistir, porque o bien esto es lo que diré o bien me mantendré al margen; y muchas otras cosas no podré callarme si asisto a la reunión.

—Si no puedo servirme de tus consejos, recurriré a los de quien sea. No me detendré ante nada.

Tulio no cedió. En la fría despedida, César le emplazó para que recapacitase, pero Tulio, cuando escribió a su amigo Ático relatándole pormenorizadamente el desagradable encuentro, se sentía contento consigo mismo por primera vez en muchos meses, porque había demostrado valor desobedeciendo a quien miles de soldados obedecían⁶⁶. La respuesta de César fue inmediata, aunque indirecta: se limitó a hacer pública la carta que el ilustre consular le había enviado el 19 o 20 de marzo, en la que lo halagaba y que dejaba en una posición incómoda, por equidistante, al propio Tulio⁶⁷. En ella, no sólo criticaba que se le hubiese privado a César del derecho a presentar su candidatura a distancia, sino que incluso daba a entender que los intereses de Pompeyo no coincidían con los de la República.

Durante más de tres meses, Roma había carecido de Senado, magistraturas o autoridades, expuesta al pillaje, a los incendios y desórdenes. Ático ni se atrevía a poner un pie fuera de su casa, mientras en la calle los niños jugaban a la guerra, combatiendo en dos bandos: cesarianos y pompeyanos⁶⁸. César no otorgaba validez a ningún decreto del Senado posterior a la huida de los tribunos de la plebe en enero, lo cual no contribuyó a relajar la tensión⁶⁹. La reunión del Senado del 1 de abril fue un fracaso completo. Aunque muchos senadores se habían quedado en Roma contraviniendo las órdenes de Pompeyo, sólo asistieron dos de rango consular: Sulpicio Rufo y Volcacio Tulo⁷⁰. El primero de ellos se atrevió incluso a manifestarse a favor de la paz y en contra de proseguir la guerra en Hispania como pretendía César. Si bien la reunión se prolongó a lo largo de varios días, no se adoptó ninguna decisión. Nadie estaba dispuesto a asumir el riesgo de integrar la embajada de conciliación que quería César, porque Pompeyo había hecho saber que consideraría enemigo a cualquier senador que se hubiese quedado en Italia. Peor aún para César: no se resolvió el agudo problema constitucional para el que había requerido en vano la ayuda y el respaldo de Tulio. Los cónsules habían huido, ¿quién gobernaría Italia? César no tenía tiempo ni ganas de perderse en legalismos. Se apoderó por la fuerza, violentando la oposición de uno de los tribunos, del tesoro del erario sagrado que los optimates no habían logrado llevarse consigo. La plebe urbana se encolerizó ante el atropello y César consideró prudente no celebrar un mitin, como tenía previsto, antes de abandonar Roma, a primeros de abril, en dirección a Hispania. No regresó hasta diciembre. Durante esos largos ocho meses, por orden de César, gobernó la ciudad Lépido, pretor ese año, y Marco An-

tonio, el resto de Italia, mediante un verdadero monstruo constitucional, que consistió en otorgarle mando en tropas a él, que era entonces tribuno de la plebe y, por lo tanto, sin autoridad militar alguna. Otros comandantes cesarianos fueron enviados a Sicilia, Cerdeña, Iliria y la Cisalpina. No hubo ningún tipo de cobertura legal que amparase estos nombramientos, como se lo confirmó a Tulio Curión, camino de Sicilia: su mando como gobernador de la isla no procedía del Senado, sino de César⁷¹.

La tensa reunión con César fue decisiva para Tulio, porque comprendió que no podría quedarse en Italia y mantenerse al margen, ausente del Senado, por mucho tiempo. Su neutralidad ya no servía a ningún propósito, porque no había esperanzas de paz. Comenzó entonces a planear una rocambolesca huida a través de Sicilia, contando con la complicidad de Curión, quien había escrito al comandante cesariano en el Adriático para que permitiera el paso de Tulio⁷². No sabemos cómo, pero sus intenciones llegaron a oídos del bando cesariano: ¿tal vez su hija Tulia se lo contó a Dolabela, su marido, leal a César?, ¿o alguna carta de Tulio cayó en manos indebidas? La respuesta fue inmediata y seguramente concertada: Marco Antonio, Celio y el propio César le escribieron cada uno de ellos una carta para disuadirle, aconsejándole prudencia e insistiendo en la amistad que se profesaban⁷³. No hay una sola referencia a la República en ellas.

La situación es difícil. Tulio quiere hacer creer que se traslada a un lugar neutral, a la isla de Malta, manteniéndose al margen de la guerra civil, pero César le ha escrito a Marco Antonio indicándole expresamente que Tulio no debe abandonar Italia. Estas mismas instrucciones tuvieron que llegar a otros comandantes cesarianos, tan precisas que no cabía desobedecerlas en aras de la amistad. El prolongado insomnio ha agravado la inflamación de ojos que sufre Tulio y que le impide a veces escribir de su propia mano las cartas y ha de dictarlas. El 12 de mayo tiene los preparativos en marcha, pero, para disimular sus intenciones, se traslada a Pompeya, de donde regresa apresuradamente, tras una desconcertante escena: un batallón de soldados —tres cohortes—, a la busca de un comandante, tal vez reclutas recientemente alistados, le pide que asuma el mando y Tulio, sospechando alguna trampa, abandona la ciudad a primera hora de la mañana siguiente⁷⁴. Tras cinco largos meses de esperanzas de paz frustradas, cartas angustiadas a Ático y dudas en duermevela, se dispone a partir. Sus nervios se han roto hasta el punto de que la noche del 6 al 7 de junio vomita

bilis pura, pero por la mañana se siente restablecido, como si uno de los dioses, Esculapio o Apolo, a los que reza su mujer —no él— le hubiese sanado. Sube entonces al barco, anclado tal vez en el puerto de Formías o en Cayeta, y se apresta a defender la República en compañía de quienes son iguales que él, en rango social y por sus opiniones políticas, tan distintos del hatajo de «muertos vivientes» que rodean a César⁷⁵. Como han hecho otros muchos en similares circunstancias, su decisión depende tanto o más del círculo social al que pertenece, del sitio que ocupa en el pequeño mundo de la aristocracia romana, que de sus ideas y convicciones políticas⁷⁶.

Durante los meses de ausencia de César, Marco Antonio, dueño y señor de Italia, consiguió que los comicios aprobaran una serie de medidas con las que aquel buscaba premiar a sus leales y poner de relieve los desafueros y abusos del «divino consulado» de Pompeyo en el 52. Entre ellas estaba la que Tulio más temía: el regreso de los exiliados, es decir, de los condenados en los procesos del 52, abiertos a raíz del incendio de la curia, notorios demócratas que ahora retornaban a Italia y a la vida civil de la mano del vencedor. Los optimates, naturalmente, no se beneficiaron de ningún indulto: Milón tuvo que permanecer en su exilio, y sobrevivir, no sabemos cómo, a la toma de Masilia por los cesarianos, aunque volveremos a tener noticias de él al año siguiente. También los hijos y nietos de los proscritos por Sila merecieron la atención de Antonio. Su situación era particularmente injusta, pues su única culpa era hereditaria y por ella sufrían el castigo que les impedía presentarse a las elecciones y hacer así carrera política. Durante treinta años, nada menos, habían chocado una y otra vez contra el perdurable rencor de la oligarquía silana. El perdón de Antonio —el de César— los rehabilitaba a ellos y a la causa democrática.

Tras una extraordinaria campaña, que le hizo dueño de toda Hispania y señor de Masilia, rendida en septiembre al cabo de cuatro meses de asedio, César regresó a Italia como dictador. Las tropas que había enviado por delante se amotinaron en Placentia (octubre o noviembre), exigiendo su soldada y el cumplimiento de las promesas y quejándose de la nueva e inminente campaña contra Pompeyo en Oriente. César acudió con tres legiones y pudo sofocar la revuelta ejecutando sólo a doce cabecillas⁷⁷. Cuando finalmente llegó a Roma, la hostilidad que le había despedido en abril seguramente no se había desvanecido del todo, porque los éxitos militares logrados

en Hispania eran aún insuficientes. En unos once días (aproximadamente entre el 14 y el 24 de diciembre)⁷⁸, culminó la labor iniciada por Antonio. Comenzó por abolir la ley de Pompeyo del 52 sobre el gobierno provincial, que había puesto en manos del Senado todas las decisiones, de manera que fuera este órgano, no la suerte ni las elecciones, el que distribuyera las mejores provincias entre sus fieles. Se regresaba así a la norma tradicional por la que el magistrado, antes de terminar su año de mandato, asumía el gobierno de una provincia y se eliminaba el molesto intervalo de cinco años de espera. En segundo lugar, presidió las elecciones consulares para el año 48, confiriendo de este modo cobertura legal a sus legiones. Inmediatamente después celebró las ferias latinas, una ceremonia religiosa que era la primera obligación de los cónsules en su año, incumplida por los del año 49, que habían tenido que enfrentarse desde los primeros días de enero al ejército que invadía Italia⁷⁹. Frente a los terribles momentos del 52, cuando los soldados de Pompeyo se acuartelaban en la misma ciudad y el cónsul único imponía su ley y su justicia, frente a los abusos y corruptelas de la oligarquía senatorial ahora en el exilio, quiso presentar la imagen ante el mundo de una Roma que había recuperado sus instituciones tradicionales. Estas solemnes ferias latinas en el monte Albano eran una fiesta tan importante que quedaba registrado en piedra el día y el mes en que se celebraban y el nombre del que las presidía cada año. Sin embargo, un prodigio alertó de grandes males: las hogueras con las que habitualmente terminaban se dividieron en dos, evocando la pira de Eteocles y Polinices, los hermanos que se entremataron, según el mito, en la lucha por Tebas⁸⁰. Se vieron lobos en el centro de Roma, un incendio dañó el templo de Quirino y hubo otros prodigios que afectaron a Pompeyo, pues, en efecto, cuando se produce una guerra civil, ambas partes son responsables del daño causado a lo que es de todos⁸¹. Peor aún, Marco Perperna falleció a los noventa y ocho años, siendo el único superviviente de quienes habían formado parte del Senado en el año de su consulado, en el 92, el último superviviente de aquella generación, un signo evidente, para la sabiduría tradicional etrusca, de que un siglo había llegado a su fin en ese año 49 y otro nuevo debía dar comienzo⁸². Estas transiciones de un siglo a otro podían ser extremadamente violentas.

Causa

César utilizó tres argumentos como justificación de su asalto contra Italia: defender su propia dignidad, proteger la libertad del pueblo, amenazada cuando no se permitía que los tribunos de la plebe ejerciesen el derecho de veto que hasta Sila había respetado, y acabar con el dominio de una facción de nobles⁸³. Claro que estas eran sus razones, meros pretextos, en opinión de muchos, porque las causas verdaderas que lo animaban estaban en otro lado⁸⁴: Pompeyo decía a menudo que César se había encontrado en un callejón sin salida, al no poder satisfacer las enormes expectativas que había despertado entre sus soldados y la plebe. En esto no andaba desencaminado, pues era habitual en César invitar a sus partidarios a esperarlo todo de él, elevar las expectativas de sus fieles a lo más alto y excitar su ambición y su codicia⁸⁵. Otros pensaban más bien en el miedo, pues sus enemigos estaban esperando a que terminase su mando provincial para presentar una acusación contra él, por sus acciones durante su consulado en el 59 o por abusos cometidos durante la guerra de las Galias. Ya lo había intentado en el 58 el tribuno de la plebe Lucio Antistio, pero sus colegas en la magistratura se lo habían impedido, porque César estaba protegido por su condición de procónsul⁸⁶. Si no quería acabar, como Milón, ante un tribunal, contando con que Pompeyo y los cónsules del 49 estaban en su contra, no podía dejar ningún tiempo muerto entre su proconsulado en la Galia y un segundo consulado en el 48⁸⁷. Otros, por último, y Tulio se contaba entre ellos, creían que la ambición de poder, la aspiración a ocupar el primer puesto de la República, el sueño incluso de convertirse en monarca anidaban ya en el corazón de César y le habían impulsado a alzarse contra la República.

La ambición, la competencia y la rivalidad agonales son consustanciales a las aristocracias. En ellas, la lucha por ser el primero es permanente. Muy claramente lo dijo Tucídides⁸⁸:

«Esto era para ellos mera propaganda política, pues los más se entregaban a esta empresa por ambiciones personales, que es el mejor sistema para que perezca una oligarquía nacida de una democracia; ya que todos quieren ser desde el primer día no ya iguales sino cada uno el primero con mucha diferencia».

Las tres respuestas que acabamos de mencionar no son excluyentes entre sí, se resumen en una mezcla peligrosa de ambición y miedo, pero tienen el inconveniente de que sólo se refieren a las intenciones de César, a lo que temía y buscaba. Sin embargo, toda Italia tuvo que tomar partido en las semanas que siguieron al asalto de las legiones gálicas⁸⁹. Muy pronto, en el verano del 49, comenzaría a circular un denario de César que llevaba en el anverso su nombre y, encima de este, un elefante enfrentado a una serpiente. Ambos simbolizaban la discordia perpetua en el reino animal y, por tanto, también la guerra abierta y sin cuartel entre demócratas y optimates, entre la libertad del pueblo y la República⁹⁰. ¿Qué movió a aquellos hombres, qué les impulsó a tomar las armas, por qué causa combatieron y murieron miles de ciudadanos romanos? ¿Qué razón hubo para que los señores del mundo se entremataran?

Pese a la falta de información, pese a que no tenemos ningún otro relato tan minucioso y circunstanciado como el de Tulio, podemos imaginar que la angustia, las cavilaciones, los arrepentimientos, las decisiones trascendentales que no van más allá del día en que se han tomado, los cambios de humor y de opinión... tales tormentos hubieron de ser parecidos en otros aristócratas romanos. En sus cartas, Tulio hace constantes referencias al miedo —miedo a las proscripciones, a la venganza, a perder su fama, a la crueldad de sus enemigos, a lo que puedan pensar de él los buenos o a ser considerado un ingrato—⁹¹. Esa fue una razón de peso también para otros. En un momento dado, Celio afirma que muchos cesarianos, si no temiesen la crueldad de los pompeyanos, se cambiarían de bando sin dudar y el propio Tulio habrá de reconocer más tarde que una victoria del bando pompeyano hubiera sido igualmente cruel para los vencidos y devastadora para la República⁹². Asinio Polión, justificando su actitud varios años después, dice que tomó partido por el bando donde su vida correría menos peligro, porque en ambos tenía enemigos jurados⁹³. Con todo, amó a César y la misma razón invocan otros, es decir, la amistad, la relación personal, porque los favores y lealtades que a Tulio le obligaron a alinearse con Pompeyo, a otros los situaron en el bando contrario⁹⁴. En este sentido, hubo pocas sorpresas. La actitud de Balbo resultaba dolorosa para Tulio, pues al fin y al cabo se había convertido en ciudadano romano gracias a Pompeyo, pero es verdad que su colaboración con César se remontaba a muchos años atrás, hasta las campañas en la Ulterior en el año 61⁹⁵. Como traición,

ninguna como la de Tito Labieno, estrecho colaborador de César durante la guerra de las Galias, y un convencido demócrata, pues él fue el impulsor de la acusación contra Rabirio Póstumo en el 63, en un intento por poner en cuestión el arma principal del Senado contra las reformas más radicales, es decir, la declaración del estado de excepción (el llamado senadoconsulto último). Sin embargo, en el mismo momento en que César puso el pie en tierra itálica, Labieno lo abandonó y, junto con un cierto número de galos y de germanos, se puso del lado de Pompeyo: pesó más su odio a la tiranía que su lealtad al hombre y a la causa democrática⁹⁶.

Años más tarde, a finales de diciembre del 45, Quinto junior, el hijo de Quinto Cicerón y Pomponia, la hermana de Ático, visita a su tío Tulio en Túsculo: se está preparando para ir a la guerra, la que César va a acaudillar contra los partos para vengar la derrota sufrida por Craso en Carras, en el año 53. No quiere ir, pero se ve obligado por las deudas. Lo suyo más bien es una huida, pues tanto su madre como Ático quieren que se case ya, pero él se niega. No tiene ni dinero para el viaje⁹⁷. De la conversación entre ambos, trufada de cultas referencias en griego a versos de Menandro, no se infiere que Tulio le prestase ninguna ayuda, pero el episodio es muy revelador y puede servir como ejemplo: seguramente hubo otros jóvenes aristócratas que decidieron ir a alguna de las muchas guerras de entonces, civiles o no, por motivos tan mundanos y personales como estos.

Si tenemos que reducir a una sola palabra el ideario de cada parte en la guerra civil, la bandera de César se llamaba *libertad* y la de Pompeyo, desde el 52, *República*⁹⁸. Naturalmente, podemos pensar que esto es mera propaganda, pero la propaganda, con perdón de Tucídides, nunca es mera. César abre su relato parcial y sesgado, sus *Comentarios sobre la guerra civil*, con el atentado sufrido, en enero del 49, por los tribunos de la plebe que, encarnando la libertad del pueblo, se vieron obligados a huir y ni siquiera pudieron ejercer su antiquísimo derecho de veto⁹⁹. Invoca la memoria democrática, recordando el trágico destino de Saturnino y los hermanos Graco: habían pasado muchos años desde su brutal asesinato —más de cincuenta en un caso y unos ochenta en el otro—, pero aún permanecía vivo su recuerdo. César no era un tribuno de la plebe, pero quienes habían huido de Roma para refugiarse con él sí lo eran y el decreto senatorial amenazaba su vida, la de todos ellos, del mismo modo a como había acabado con la de los añorados dirigentes demócratas. Añade

otros argumentos, como el apoyo que encuentra en las ciudades de Italia, espontáneo y franco ante la presencia de las veteranas legiones de aquel ejército colonial: la intimidación de los soldados se disfraza de adhesión entusiasta. Defiende la libertad de todos, que ha de conquistarse por las armas, frente al poder asfixiante de unos pocos que se reparten las provincias sin atender a la ley ni a la tradición¹⁰⁰. Este es el nervio de su discurso tras tomar Corfinio y declarar por primera vez su intención de actuar con clemencia, liberando a los prisioneros. La idea reaparece al final de su obra de propaganda, en el momento culminante, justo antes de la batalla de Farsalia, cuando toma la palabra uno de los personajes favoritos de César: el centurión de probada lealtad a su causa. Se llama Crastino y arenga a sus hombres diciéndoles: «Sólo esta batalla falta. Tras ella, recuperará nuestro general su dignidad y nosotros, nuestra libertad». César sólo pide para sí recuperar la posición que le corresponde como consular y general victorioso, amenazada por el Senado, y para lo demás, una libertad que aquí equivale a democracia¹⁰¹. La República ha muerto, la han destruido quienes ahora dicen combatir por ella, quienes la han secuestrado y manipulado en su beneficio. César no cruzó el Rubicón para defenderla, sino para reconstruirla.

Íntimamente unida a la libertad, la ciudadanía. Aquí, la cuestión más importante era la Cisalpina. César llevaba varios años cortejando la lealtad de los cisalpinos, animándolos y respaldándolos en su deseo de conseguir la ciudadanía romana¹⁰². El asunto coleaba al menos desde el año 65, cuando uno de los censores intentó incluir en el censo a los transpadanos, pero desistió ante la oposición de su colega. En el año 51, cuando había intensos rumores de que César se disponía a convertir las ciudades transpadanas en municipios romanos, el cónsul Marcelo logró que el Senado declarase públicamente que los colonos enviados por César a Novocomo, en la Cisalpina, no eran ciudadanos romanos: no reconociéndolos como tales, les hacía ver que los favores de César eran papel mojado si no contaban con el aval del Senado. Incluso hizo azotar a uno de los decuriones de la ciudad, mostrando así de modo palpable que no lo contaba entre los ciudadanos romanos, pues estos estaban protegidos contra los latigazos por las leyes Porcias¹⁰³. Desde luego, no todos estuvieron de acuerdo con tan cesariana generosidad. El poeta Valerio Catulo, de una familia ilustre de Verona, dedicó hirientes versos al vencedor de las Galias y otros elogiosos a Tulio, el mejor orador de su

tiempo, en lo que tal vez fuese una pública toma de postura. Sin embargo, el mayor contingente del ejército colonial con el que César invadió Italia lo formaban reclutas cisalpinos, especialmente transpadanos, que obtuvieron, como recompensa a su lealtad, la ciudadanía para ellos y sus familias¹⁰⁴. César se la concedió a los cisalpinos en un momento no bien determinado del año 49, seguramente en diciembre, con una ratificación posterior, mediante una ley Roscia, en el año 48¹⁰⁵. César se mantuvo fiel a la tradición democrática y, en ese sentido, la guerra del año 49 puede verse como una prolongación diferida de la guerra de los aliados del 90-88, pues en ambas la cuestión de la ciudadanía incidió en el reclutamiento y en la toma de posición de cada uno y en ambas se produjo como resultado la incorporación de nuevos contingentes a la ciudadanía romana, tal y como defendían los demócratas contra la visión restrictiva de los optimates. No estuvo solo César en su visión de un imperio incluyente, abierto, en el que nuevos ciudadanos aportarían nuevas legiones, ni tampoco el conflicto entre Roma y las oligarquías itálicas se sustanció en una mera lucha de poder; la separación entre demócratas y optimates giró también en torno a la disyuntiva entre avaricia y generosidad, entre gobernar un imperio o compartirlo¹⁰⁶.

En cuanto a los pompeyanos, el decreto del Senado del 7 de enero proclamaba solemnemente que la República estaba en peligro e instaba a los cónsules, pretores, tribunos de la plebe y procónsules a defenderla¹⁰⁷. Unos pocos días antes, a finales de diciembre del año anterior, Pompeyo consideraba que, si César se hacía con el consulado, aun habiendo licenciado a sus tropas, la República desaparecería, habría llegado a su fin. Desde el principio puso empeño en subrayar que la guerra no era una causa suya, sino pública, y en las cartas de aquellos meses nunca faltaron las llamadas urgentes a la defensa de la República, invitando a los senadores a gobernarla entre todos¹⁰⁸. Otros, el mismo Tulio entre ellos, la veían tambaleante, casi por entero destruida, y albergaban serias dudas de que pudiese sobrevivir a la guerra civil, fuera cual fuese el vencedor. Por parte cesariana, se le tenía poco o ningún aprecio a la venerable República. En las cartas que César o sus colaboradores remiten ahora a Tulio sólo una vez se la menciona, precisamente destacando la situación lastimosa en la que se encuentra¹⁰⁹. Su argumento para convencer a Tulio (¿quién mejor que Tulio para poner los cimientos de una presunta «gran coalición»?) no es ideológico, sino la amistad, la que les había unido durante años.

Cuando César escriba su potente relato sobre la *guerra civil*, tras dos años victoriosos, no ofrecerá rama de olivo alguno: su causa no es la República, sino la libertad. Alguno de los suyos hablaba de dos repúblicas: una vieja y ya extinta (la de Pompeyo) y otra, nueva (la de César). Ya en agosto del año 51, Celio veía con claridad meridiana que César había de anteponer su causa a la República¹¹⁰. Ciertas frases de César, convenientemente aireadas por la propaganda pompeyana, mostraban el gran aprecio que sentía por el poder personal —pues, a su juicio, renunciar a la dictadura como había hecho Sila era un gesto propio de un analfabeto de la política— y el poco respeto que le inspiraba la república, un mero nombre sin cuerpo ni aspecto¹¹¹. Tulio, sin embargo, se declaraba dispuesto a morir por ella¹¹².

En España, en los estertores del reinado de Alfonso XIII, Ortega y Gasset lanzó un certero grito en su columna de *El Sol* el 30 de noviembre de 1930, un dardo al corazón de la monarquía: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo!»¹¹³. Como Ortega, también César creía que su Estado —su república— había desaparecido y tendría que levantarse sobre bases nuevas, sólo que en su caso el tránsito no conducía de la monarquía a la forma republicana de gobierno, sino al contrario, a la entronización de un dictador perpetuo.

CAPÍTULO 4

COMPAÑERO DE QUIRINO

Probablemente César, el invasor, no gozaba de un apoyo incondicional entre la plebe de Roma. El que tuviera, lo perdió en buena medida en abril del 49, cuando se apoderó por la fuerza del tesoro guardado en el erario de Saturno, amenazando de muerte al tribuno de la plebe que intentaba impedirlo: «¡y te advierto», gritó colérico, «que me cuesta menos hacerlo que decirlo!»¹. Era la reserva de último recurso, el dinero que se guardaba para combatir amenazas directas contra la propia ciudad de Roma, el equivalente en oro y plata de unos 75 millones de denarios y 165.000 áureos, que ahora se destinaban a las necesidades urgentes de la guerra civil². Tal desafuero irritó tanto a la plebe romana que César prefirió entonces abandonar la ciudad de modo discreto, para no arriesgarse a escuchar críticas airadas ni tener que reprimir conatos de revuelta popular. Renunció incluso al mitin que tenía previsto celebrar la tarde anterior a su partida³.

El desafecto y su prolongada ausencia de más de dos años —salvo unos pocos días en el 49, prácticamente no regresa a la ciudad hasta los primeros días de octubre del 47— dejaron el campo libre para que otros intentaran desplegar su propio juego en la capital del imperio, aprovechándose de los graves problemas económicos causados por la guerra⁴. Si bien los combates, dejando a un lado la campaña de enero-marzo del 49, no tuvieron lugar en suelo itálico sino en Grecia, Iliria, África, Egipto o las dos Hispanias, las consecuencias se hicieron sentir también en Italia, que se mantuvo en la retaguardia. Las ingentes salidas de hombres y dinero para abastecer la guerra provocaron, entre otras penalidades, graves dificultades financieras. Ya eran agudas a finales del 49, cuando, durante los pocos días

que pasó en Roma, tuvo César que ocuparse de la falta de dinero en circulación, prohibiendo el atesoramiento por encima de los sesenta mil sestercios en moneda contante⁵. También adoptó medidas para paliar el gravísimo problema de los deudores: obligó a los acreedores a aceptar como pago, en vez de dinero, propiedades inmuebles a precios anteriores al inicio de la guerra, tasadas según la estimación de un árbitro⁶. No fue suficiente y aquí debemos detenernos un instante y centrar toda nuestra atención en la seductora figura de Marco Celio Rufo, un joven de talento y ambición, atrapado en las redes de la guerra civil⁷. Con apenas veinte años se había dejado seducir, como otros jóvenes aristócratas, por el embrujo de Catilina, aunque logró salir con bien y sin daño de la aventura. Pocos años más tarde, obtuvo la condena judicial de Antonio Híbrida, el cónsul del 63 que se había encargado de acabar con Catilina y su reducido ejército. Sin embargo, en seguida reorientó sus inclinaciones políticas. Su verdadera entrada, estruendosa, en la historia se produce en el año 56, cuando Tulio lo defiende con éxito de la acusación de haber intentado acabar con la vida de Clodia, la hermana de turbadora belleza del peligroso tribuno. La imagen que quiere transmitir a los jueces el discurso de Tulio, irónico y cruel, es la de un joven tarambana, cuya edad disculpaba sus excesos, que había tenido una breve aventura amorosa con Clodia, la misma que ahora lo acusa por despecho y seguramente la misma también que, bajo el nombre de Lesbia, aparece en los versos ardientes del gran Catulo:

«Mi Lesbia, Celio, aquella Lesbia mía,
aquella Lesbia a la que amó Catulo
(únicamente a ella)
más que a sí mismo y a los suyos todos,
ahora por las esquinas y callejas
se la pela a los nietos del gran Remo»⁸.

Entre los jóvenes elegantes, causaban obsesión y escándalo sus vestidos transparentes. El abogado de Celio, nuestro Tulio, destrozó a Clodia, la «Medea Palatina», que, como en el verso de Ennio, tenía «el alma enferma, herida de un amor cruel», una mujer dispuesta a cualquier crimen por despecho, culpable también de una relación incestuosa con su hermano que era la comidilla de Roma⁹. Lo que en realidad se ventilaba en el juicio era la implicación de Celio en una

oscura trama que había conducido al asesinato de quienes intentaban estorbar los planes de Pompeyo para restablecer en el trono de Egipto a Tolomeo XII Auletes a cambio de una fabulosa suma de dinero. Ahí vemos a Celio ya del lado de Pompeyo, y con éxito, porque fue absuelto¹⁰. Luego, se mantuvo fiel a Tulio, con quien compartía talento oratorio e ideas políticas. Como tribuno de la plebe, resultó su ayuda inestimable en el año 52, durante los turbulentos meses que siguieron al asesinato de Clodio. Tulio, por su parte, cuando abandonó Roma para asumir el gobierno de la provincia de Cilicia, lo eligió a él para que le mantuviera al tanto de lo que pasaba en Roma, sabiendo que su perspicaz mirada penetraría bajo la superficie de hechos, rumores y mentiras. Como tal informador, le anunció que la guerra era inevitable y que a él, a Celio, no le quedaba más remedio que ponerse del lado de César, porque, aunque amaba la causa pompeyana, tenía enemigos poderosos entre sus defensores y consideraba más segura la victoria del bando opuesto¹¹. Además, al igual que Pompeyo a Tulio, a Celio lo arrastraba su amigo Curión, pero en la dirección contraria¹². Así, el joven aristócrata del 52, defensor de los «buenos y honestos», se encontró tres años más tarde, cuando César invadió Italia, del lado de los demócratas. No sabemos gran cosa de él a lo largo del año 49, salvo dos cartas dirigidas ambas a su mentor, Tulio: en la primera, de 7 de marzo, elogia la moderación de César en la victoria, crítica la ineptitud de Pompeyo y dice que tiene mucho que contarle, pero no lo puede hacer por carta; en la segunda, posterior (de mediados de abril), le exhorta con encarecidos ruegos para que no abandone Italia¹³.

En el 48 nos lo encontramos ejerciendo como pretor peregrino, arrepentido, ya en febrero, de no haberse pasado a Pompeyo¹⁴. Dice que en Roma sólo los acreedores son partidarios de César, que la plebe favorece ahora la causa del Senado y que lo haría con más entusiasmo si no temiese su venganza en caso de victoria. La mención de los acreedores tiene mayor envidia de lo que parece. En aquellos meses, el dinero apenas circulaba en Roma, ni, por lo tanto, el crédito, pero quienes habían hecho las Galias con César sí contaban con sestercios abundantes, que estaban dispuestos a prestar, con los intereses correspondientes. Incluso personas de humildes orígenes se hicieron ricas, como Ventidio Baso, que ganó mucho dinero aportando mulas y vehículos de transporte al ejército de César¹⁵. Dado que tenían dinero en abundancia, no sorprende saber que muchos acreedo-

res eran cesarianos¹⁶ o al menos mostraban poco entusiasmo por la causa del Senado, mientras que los deudores se inclinaban del lado de Pompeyo¹⁷ y algunos pompeyanos, en virtud de una mal conocida ley Hircia veían sus propiedades confiscadas o al menos bajo amenaza¹⁸. Sin duda, Celio exageró el grado de descontento de muchos en Roma, pero su percepción no puede estar completamente equivocada. Poniéndose de parte de los deudores, el amante de Clodia retornaba así a su antigua filiación pompeyana y senatorial.

César no se detiene a explicarnos los motivos del cambio de actitud de Celio, aunque se indigna ante la desvergüenza de quienes pretendían conservar intactas sus propiedades aun estando endeudados, mostrando así su desagrado ante la iniciativa radical de su pretor. Tal vez a Celio lo movieron los celos, al verse relegado a un puesto de menor rango, la pretura peregrina, mientras que, por decisión soberana de César (en lugar del tradicional sorteo), la pretura urbana recaía en Trebonio, que había tomado parte en la guerra de las Galias y habría de participar también, años más tarde, en el tiranicidio¹⁹. Es esta una acusación conveniente y muy habitual en las diatribas de aquellos años que suelen hacer recaer las culpas en el resentimiento o en el soborno. Sin embargo, es una explicación engañosa. La difícil elección que Celio tuvo que hacer en el año 49, la que lo llevó a traicionar sus convicciones —seguramente no menos dolorosa que la que le provocó un vómito de bilis pura a Tulio—, lo había colocado en una posición insostenible cuando César y su ejército cruzaron a Grecia. Su amigo, el cesariano Curión, había muerto en agosto del 49 y a él, a Celio, le resultaba cada vez más difícil explicarse el bando en el que se encontraba. Con la hostilidad hacia César creciendo en Italia, ni siquiera creía ya que el suyo fuese el ganador. Quizás pensase que la traición a sus ideales merecía mayor recompensa, pero probablemente el dolor que aquella le causaba explique mejor su brusco cambio de parecer y de alianzas.

En febrero, pues, Celio afirma que no hay en Roma nadie, salvo los acreedores, que no sea pompeyano. Exagera, claro, pero sobre un fondo de verdad si las medidas tomadas por César a finales del año 49 para paliar la angustia de los deudores no habían logrado su objetivo. No puede extrañarnos. El atesoramiento, provocado por la incertidumbre y el miedo, hacía muy difícil encontrar comprador para las fincas y demás propiedades rústicas, cuyo precio cayó de modo alarmante. Por otra parte, la salida de capitales tuvo que ser de gran mag-

nitud. Los pompeyanos seguramente se llevaron cantidades importantes de dinero con ellos; los ejércitos de ambos bandos consumían en provincias buena parte del numerario disponible, a veces incluso pidiéndolo prestado a tribunos y centuriones para distribuirlo entre los soldados²⁰; y César, por su parte, exigía rescate a las familias de los comandantes capturados²¹, un rescate que en buena medida tenía que salir de Italia. Las acuñaciones crecieron exponencialmente entre el 50 y el 45 (la producción de denarios en los años 49-48 superó a la de toda la década precedente)²², gracias al oro y la plata de las Galias y al expolio del erario y de los templos, pero una buena parte se atesoraba porque hacía falta para pagar a las tropas cuando se licenciaban. Paradójicamente, a pesar del incremento en el volumen de acuñaciones, había muy poco efectivo disponible en Roma y muchos, en particular, muchos pompeyanos, veían imposible afrontar el pago de las deudas que pesaban sobre ellos. Es probable que esta restricción en la circulación de moneda contribuyese a la caída en el precio de los predios rústicos²³.

Lo primero que hizo Celio fue oponerse a los nombramientos de árbitros que, en virtud de lo ordenado por César, estaba realizando Trebonio. Después, intentó presentar ante la asamblea una ley que concediese una moratoria de seis años sin intereses para el pago de las deudas. El cónsul Servilio Isáurico se opuso. La postura de Celio se radicalizó. Retiró su proyecto de ley y lo substituyó por otros dos nuevos, uno de abolición, sin más, de deudas, y otro por el que se condonaba el pago de alquileres en Roma para ese año. Las rentas probablemente se habían disparado al destruirse muchas casas por el devastador incendio del año 50. Hubo altercados en Roma, con varios heridos, y el pretor Trebonio fue expulsado de su tribunal por la multitud. Esta vez el cónsul reaccionó con mayor contundencia. Buscó y obtuvo el respaldo del Senado, si bien algunos tribunos de la plebe vetaron la resolución, por lo que no llegó a haber un senadoconsulto último dirigido contra Celio. Acto seguido, asumió el mando de unos soldados que casualmente pasaban por Roma camino de la Galia²⁴ y así, intimidando a los revoltosos, pudo privar a Celio de jurisdicción e incluso romper en pedazos su silla curul, símbolo de su magistratura²⁵.

La situación en Italia era tan explosiva que Milón cree llegado el momento de actuar. Como ya sabemos, César se había negado a perdonarlo, a diferencia de otros como él condenados por los sucesos del 52, cuando tuvo el incondicional apoyo de Celio, que se había puesto

sin dudarlo de su lado²⁶. Ahora ambos se encuentran de nuevo en el mismo bando, como optimates que pretenden hacerse fuertes en Italia, tal vez ayudar así a Pompeyo, obligarle a regresar a Italia, abandonar su planteamiento «temístocleo» y vencer, incluso a su pesar²⁷. Una estrategia tan contemporizadora y prudente como la del Magno, que se alarga en el tiempo, no es del agrado de los temperamentos impulsivos. Milón, entonces, pone fin a su destierro en Masilia y dice adiós a sus sabrosos salmonetes. Desembarca en Capua, recurre a los gladiadores que le habían secundado antaño en sus enfrentamientos con Clodio y saquea con ellos la zona. Intenta recuperar también algunas de sus propiedades. Vendidas a precio de ganga cuando tuvo que exiliarse, se subastaron para cubrir una parte de las fantásticas deudas que había ido acumulando —incluso Tulio parece que sacó partido de su desgracia, utilizando a un liberto como testaferrero—²⁸. En un caso, sabemos que el asalto no tuvo éxito: el nuevo propietario, un pompeyano cuyo nombre no se ha conservado (¿Q. Lucrecio Vespilón?), estaba entonces en Macedonia y en la casa vivía sola su mujer (¿Turria?), porque sus padres habían sido asesinados, seguramente por tropas cesarianas. Armándose de valor y con la ayuda, cabe imaginar, de sus esclavos, la mujer logró repeler el ataque del campeón optimata y conservar la casa que, por desgracia, no sabemos dónde estaba²⁹. Así, Milón, tras fracasar también en el intento de sublevar a los munícipes de los alrededores de Capua, se refugió muy cerca, en la pequeña colina del Tifata. En Roma se le declaró enemigo público. Tuvo que retirarse hacia el sur (tal vez confiando en reunir sus fuerzas con las de Celio), hostigado por el pretor Q. Pedio, para acabar muriendo en Compsa, en los límites entre Apulia y Lucania. Poco tiempo después su aliado, Celio, intentó, con vagas promesas, congraciarse la voluntad de unos soldados cesarianos acuartelados en Turios, pero sólo consiguió despertar sus sospechas. Los legionarios rechazaron el intento de soborno y acabaron con él³⁰.

La fracasada intentona de Celio y Milón indica que los itálicos no estaban dispuestos a sublevarse para ayudar a Pompeyo y al Senado. Los pocos que sí lo hicieron, según César, habían sido gladiadores, restos de las cuadrillas que Milón había mantenido a su servicio durante los años 50 —contratados inicialmente para el carísimo espectáculo que ofreció en el 55— y que, hemos de creer, se mantuvieron leales a él, pese al naufragio de su patrimonio, o bien creyeron ver beneficios en la intentona. A finales de los años 60 aún quedaban en la

zona de Turios restos de las bandas de Espartaco y de Catilina, de entidad suficiente como para que el Senado tomase cartas en el asunto y ordenase acabar con ellas, y es probable que la situación no hubiese mejorado mucho diez o doce años más tarde³¹. En realidad, si queremos determinar quiénes fueron los que secundaron esta breve escisión en el bando cesariano, contamos con un curioso indicio que apunta en una dirección distinta y proviene del cielo. Un año o dos antes de la revuelta, un extraño prodigio había alertado a los habitantes de Compsa, la localidad donde Milón encontró la muerte: del cielo llovía lana³². Para nosotros es este un indicio precioso, porque nos revela que entre los seguidores de Milón predominaban los pastores —muchos de ellos esclavos— de los extensos pastos trashumantes del sur de Italia. Gladiadores seguramente hubo algunos que lo secundaron, pero fueron esclavos pastores quienes aterrorizaron a los vecinos de la comarca como habían anunciado los dioses haciendo llover lana del cielo. El aviso divino subrayaba la gravedad de la amenaza: la unión de gladiadores y pastores, que combatían juntos contra Roma, como en los tiempos no lejanos del temible Espartaco. En una situación aún inestable, el dictador César exigirá (no sabemos exactamente cuándo) que al menos un tercio de los pastores sean de nacimiento libre, seguramente para prevenir revueltas como esta que había provocado Milón³³.

La incertidumbre y el miedo dieron paso al júbilo en septiembre, cuando llegaron nuevas sobre Pompeyo, de su derrota primero y de su muerte, poco después. Ni siquiera los dioses quisieron permanecer mudos o indiferentes, y en muchos templos sus estatuas se dieron la vuelta solas³⁴. El 9 de agosto (que corresponde aproximadamente al 7 de junio astronómico)³⁵, en las llanuras de Farsalia (Grecia), las tropas de César, muy inferiores en número, pero veteranas y experimentadas en el combate, habían derrotado a los soldados pompeyanos, entre los que figuraban nombres célebres, como Marco Bruto, tiranicida años más tarde³⁶, o mucho menos célebres, como el hijo de nuestro Tulio, el tatarabuelo del emperador Nerón o el abuelo de Vespasiano³⁷. Lo ilustre de sus descendientes explica que la noticia haya llegado a nosotros, pero muchos otros romanos habrían de recordar y relatar, durante generaciones, las historias de heroísmo o sufrimiento de sus abuelos en la batalla en la que chocaron de frente las dos cabezas de la República³⁸. Tulio, que no participó en la batalla, porque estaba en Dirraquio junto con Varrón y Catón, supo por pri-

mera vez del desastre por la profecía de un remero griego, días antes de que les informase Labieno³⁹. César, siempre tan reactivo a incluir referencias fantásticas o sobrenaturales en su relato, esta vez no pudo contenerse y se entretuvo en detallarnos los prodigios ocurridos el mismo día de la batalla⁴⁰: en la Élide, al norte del Peloponeso, una estatua de Victoria, situada frente a otra de Minerva, había girado sobre sí misma para quedar mirando en dirección a la puerta del templo; en Antioquía de Pisidia se había oído un entrecuchar de armas y ruido de un ejército inexistente; en Pérgamo, en la parte secreta de los templos (el llamado *adyton*), se había oído el sonar de tambores, y en Tralles, una palma de la victoria había surgido entre las piedras del pavimento. La victoria fue completa. César se justificó invocando la legítima defensa: de no haber recurrido al ejército, habría sido llevado ante los tribunales y condenado, a pesar de sus méritos y hazañas⁴¹. Acto seguido, ordenó poner su mesa fuera de la tienda para solazarse comiendo mientras contemplaba los cadáveres de sus enemigos muertos, a los que había negado la pira⁴². Reservó la clemencia para los supervivientes, como Bruto.

Dos días más tarde emprendió la persecución de Pompeyo, quien había recogido en Mítilene, en la isla de Lesbos, a su mujer, Cornelia, y a su hijo menor, Sexto Pompeyo, y había celebrado un amargo concilio con algunos de sus fieles en Syhedra, en Cilicia (Asia Menor). Las pocas tropas que le quedaban estaban lejos, en Corcira, pues Catón había logrado salvar quince cohortes que tenía a su mando en Dirraquio y reunir dos maltrechas legiones con los restos de la derrota, pero la supremacía en el mar aún le pertenecía, aún era posible que su estrategia temistoclea acabase venciendo. Después de muchas vacilaciones, pues se barajaron otros destinos, como África, con el rey Juba de Numidia, a donde se dirigirá Catón, o incluso Partia, Pompeyo decidió poner proa a Egipto⁴³. Con los barcos y el dinero de los faraones, fantaseaba, podría hacer de nuevo frente a su enemigo. El 28 de septiembre, en la víspera de su cincuenta y ocho cumpleaños, ante los ojos desgarrados de su mujer y de su hijo, murió Pompeyo, acuchillado, como César, por quien él creyó leal, un antiguo tribuno militar suyo, Lucio Septimio, y por Aquila, general del joven rey Tolomeo XIII, apenas adolescente, hijo ingrato de aquel Auletes que había contado hacía pocos años con la ayuda y el apoyo del Magno⁴⁴. Antes de descender de su nave a la miserable barca donde encontraría la muerte, musitó, como hará César, unas palabras en griego, esta

vez un verso de Sófocles, de una tragedia hoy perdida: «quien confía su suerte a un tirano / es un esclavo, aunque se crea libre», en lo que resulta ser una profecía muy oportuna, porque la muerte le evitará la esclavitud que se cernía sobre Roma, bajo la dominación del tirano, un término que no cabría aplicar en ningún caso al débil Tolomeo⁴⁵. Cuando comprendió el engaño, se cubrió, como hará César, la cabeza y el rostro⁴⁶. Lo decapitaron, como a Clodio en Bovilas, y a muchos otros, y su célebre anillo viajó a Roma para convencer a los escépticos⁴⁷; allí, la plebe, al saber la noticia, derribó sus estatuas, en un gesto tantas veces repetido, con el correr de los siglos, contra los tiranos y dictadores, vencidos o muertos⁴⁸. La imagen de aquel cuerpo decapitado, despojado de sus ropas y tirado en la arena, quedó impresa, como una fotografía imaginaria, en la memoria romana⁴⁹. Un liberto suyo llamado Filipo se encargó de lavarlo con el agua del mar, envolverlo en una túnica y quemarlo en la pira funeraria. Sus restos le fueron entregados a Cornelia, su viuda, para que les diera sepultura honrosa en su villa del monte Albano⁵⁰. El epitafio con el que Tulio le rindió homenaje en su puntual carta a Ático sorprende por su frialdad: «un hombre de buen carácter, honesto y de principios»⁵¹. Mucho más enfático, el lamento de Marcial:

«A los jóvenes Pompeyos Asia y Europa los cubren, pero a él sólo la tierra libia, si es que alguna lo hace.
¿Nos admiramos de que se hayan disgregado por todo el orbe? Yacer no podía en un solo lugar tanta ruina»⁵².

En cuanto a sus bienes, la mayor parte, en particular su célebre casa adornada con las proas de los barcos capturados a los piratas, así como la otra, menos imponente, la del barrio de las Carinas, se adjudicaron a Marco Antonio en pública subasta, sin duda a un precio muy inferior a su valor (no sabemos cuánto fue, seguramente mucho menos de los 200 millones de sestercios que a menudo se mencionan)⁵³. Serán fuente de problemas, porque el adjudicatario daba por hecho que no tendría que pagar nada, que la deuda le sería perdonada por los servicios prestados, hasta que, a finales del 46, César le obligó a satisfacer el importe en su integridad⁵⁴.

Sólo unos pocos días más tarde, el 2 de octubre, llegó a Alejandría César. Diversas ciudades de Grecia y Asia Menor le erigieron estatuas para exaltar Farsalia; la de las ciudades de Jonia, seguramente alo-

jada en el Artemision de Éfeso, estaba dedicada al «(descendiente) de Ares y de Afrodita, dios manifiesto y salvador de la vida humana»⁵⁵. Mucho tiempo le costó al nuevo señor del Oriente hallar la salida del laberinto egipcio, con la ayuda o la culpa de su Ariadna, la reina Cleopatra, que contaba entonces poco más de veinte años. Tras derrotar a Tolomeo XIII y celebrar una entrada triunfal en Alejandría el 27 de marzo del 47, emprendió con ella un ameno crucero por el Nilo, que duró un mes largo, en el que pudo admirar la belleza del país, la de la reina y tal vez escribir su relato inacabado de la guerra civil⁵⁶; en lugar de la célebre celeridad cesariana, se abandonó a una inercia culpable. Tenía más de veinte legiones repartidas por distintas provincias del imperio, leales a él, y la causa del Senado, en desbandada, con su caudillo muerto en la arena de África. ¿Creyó que su victoria era ya completa y definitiva, pensó que combatía sólo contra Pompeyo? ¿Menospreció las fuerzas que sus enemigos estaban reuniendo en África, con el apoyo del rey Juba? Durante unos siete meses (desde diciembre hasta principios de julio)⁵⁷, mientras César estuvo atrapado en las redes egipcias (el 14 de junio está ya en Antioquía), sólo se escuchaba en Roma el silencio preñado de rumores que lo anunciaban vencido o incluso muerto⁵⁸.

* * *

Su ausencia inquietaba los ánimos. Desde Alejandría, antes de quedar atrapado, César debió de autorizar la condonación de alquileres inferiores a los dos mil sestercios anuales en Roma, así como de los inferiores a quinientos sestercios en el resto de Italia⁵⁹. La cifra nos habla de una brutal diferencia en el nivel de precios entre Roma y el resto, y nos muestra los esfuerzos de César por mantener a la plebe tranquila; condonar los alquileres hubo de molestar a muchos senadores y otras personas pudientes, pues solían ser ellos los propietarios de las viviendas y ahora se veían privados de esos ingresos. Además, los prodigios que fueron debidamente notificados al Senado en enero del 47 resultaban sin duda inquietantes: habían caído rayos en el Capitolio, un río de sangre se había abierto paso desde una panadería hasta el templo de Fortuna Solícita (*Fortuna Respiciens*), situado en la parte oriental del Palatino⁶⁰ y, lo peor de todo, habían nacido niños con la mano izquierda sobre la cabeza. Según reconocieron los arúspices, estos signos anunciaban la inmediata re-

belión de los pobres. Para evitarla, aconsejaron que se demoliciesen los recintos sagrados de Isis y Serapis, y con tan mala suerte se hizo esto que se destruyó involuntariamente el templo de Belona y se encontraron en él vasijas con carne humana⁶¹. El vínculo entre pobres e Isis no era la primera vez que se estrechaba, porque ya en enero del año 58 los devotos isíacos se habían mostrado entusiastas partidarios de los demócratas y de Clodio⁶². Ahora, diez años más tarde, también en el caldeado ambiente de otro enero, fue necesario derribar de nuevo los lugares en los que se reunían estos devotos y reprimir movimientos de protesta que aprovecharían fiestas especialmente propicias, como las Compitales, que se celebraban por esas mismas fechas (diciembre-enero)⁶³.

En Italia mandaba Marco Antonio como comandante de caballería de César, dictador por segunda vez desde septiembre u octubre del 48. Su hoja de leales servicios era impecable. Había sido cuestor en el dramático año 52, había tomado parte en el glorioso asedio de Alesia y había huido de Roma, como tribuno de la plebe, en el decisivo enero del 49. Su talento militar estaba fuera de duda —César le confió el mando del ala izquierda en Farsalia—⁶⁴, pero era un hombre dado a los excesos. Un divertido discurso de Celio lo mostraba abotargado por el alcohol, incapaz de reaccionar, rodeado de concubinas que gritaban asustadas mientras el enemigo se veía cada vez más cerca...⁶⁵ Ahora, cuando su poder en Italia es absoluto, porque César está incomunicado en Alejandría y no se han elegido cónsules ni pretores, muestra muy poco tacto con las autoridades locales, con los nobles hombres de los municipios y colonias, y cede a las extravagancias que tanto amó, como la de uncir un león a su carro, un prodigio que, al parecer, quería significar que también los poderosos podrían someterse al yugo, algo que no resultaba nada tranquilizador para los aterrados aristócratas romanos⁶⁶. Durante sus meses como señor en Italia, tiene que hacer frente al desafío de alguien semejante a él en carácter y filiación política: Dolabela, un joven impulsivo, de apenas veintitrés años en el 47, más bien gordo y de pelo largo⁶⁷. Había participado en la campaña de Iliria, apoyando el transporte de las tropas cesarianas a Dirraquio, pero con poca fortuna, pues perdió cuarenta naves en un enfrentamiento con la flota pompeyana⁶⁸. Siendo patricio, se había hecho adoptar, como Clodio, por una familia plebeya para poder ser tribuno de la plebe⁶⁹. Como tal, en este año 47, su línea de acción política continúa la de Clodio, a quien quiso erigir una

estatua en Roma, para desolación de su suegro, nuestro Tulio⁷⁰. La guerra está provocando serios problemas financieros a diversas capas sociales. Su propuesta es drástica —cancelar las deudas y rebajar los alquileres de Roma—, pero choca con la oposición cerrada de otro tribuno de la plebe, Trebelio. Se producen disturbios, reyertas, muertes, incendios; las Vestales tienen que llevarse fuera del templo de la diosa los vasos sagrados, para protegerlos⁷¹. Antonio prohíbe (como lo había hecho Pompeyo en el año 52) que se lleven armas en la ciudad⁷². Se recurre a medidas excepcionales (el senadoconsulto último), que dejan en manos de Marco Antonio la protección de la República. Ambos cesarianos, leales, jóvenes e impulsivos, se enfrentan abiertamente entre sí, pero la autoridad de Marco Antonio es mayor, como también lo es su edad, pues tiene treinta y seis años. Desaloja a los seguidores de Dolabela, atrincherados en el foro, donde habían levantado barricadas y torres de madera, y rompe las tablas en las que estaba escrita la irritante ley del tribuno, perdonadora de deudas. Arroja a algunos de los revoltosos desde la roca Tarpeya⁷³. Fueron ochocientos los plebeyos muertos durante la represión del implacable comandante de caballería, que llegó hasta el extremo de introducir tropas en el sagrado recinto de la ciudad⁷⁴. Es muy llamativo el hecho de que la intentona —pompeyana— de Celio-Milón no encontrara apenas apoyo entre la plebe de Roma, pero en cambio sí lo tuviese Dolabela —¿tal vez porque era cesariano y, sobre todo, tribuno de la plebe? En realidad, tenían una orientación distinta⁷⁵: Celio se había concentrado en el problema de los deudores, que afectaba especialmente a los senadores, más que a la gente del común, y en particular, como hemos visto, a los de filiación pompeyana; su propuesta de cancelación de alquileres fue secundaria y tardía, lo que muestra que su intención era sobre todo la de buscar nuevos apoyos; en cambio, Dolabela puso desde el principio a los alquileres, no a las deudas sino a la plebe de Roma, en el centro de la revuelta.

* * *

Tulio no había tomado parte en Farsalia, pero, tras la aplastante derrota, su temperamento dubitativo tomó la decisión, por una vez, sin vacilaciones: no tenía sentido alguno prolongar la guerra. Rehusó el mando supremo que le ofrecía el consejo de jefes pompeyanos reunido en la isla de Corcira, una propuesta absurda, si tenemos

en cuenta la manifiesta incompetencia militar de nuestro orador, pero congruente con su rango, pues él era en ese momento el consular más antiguo entre los reunidos⁷⁶. En respuesta al ofrecimiento y en un absurdo exceso de franqueza, comunicó su intención de desertar. Cn. Pompeyo, el hijo mayor de Magno, tan distinto a su padre y tan incompetente como intemperante, lo habría matado allí mismo, de no haberse interpuesto Catón, que salvó entonces la vida de Tulio. Mientras algunos elegían el camino del exilio y el grueso de los pompeyanos ponía rumbo a África para prolongar la resistencia con la ayuda del rey Juba, él, Tulio, retornó a Italia para implorar el perdón del vencedor. Tuvo mala suerte, porque debido al bloqueo de Alejandría, durante meses no pudieron llegar cartas a Italia, nada que indicase qué decisión iba a tomar César respecto de quienes habían decidido dejar las armas y retornar a la vida civil: ¿se mantendría fiel a su proclamada clemencia o consideraría que ya no le era útil, una vez vencido y muerto Pompeyo? Entre tanto, Marco Antonio, desde el carro al que había uncido un león, le ordenaba permanecer en Brundisio.

Casi un año aguarda Tulio a conocer su destino. Tiene algunas visitas en esa reclusión forzosa a la espera de sentencia para su lealtad pompeyana, la de su hija Tulia en particular, aunque no la de su mujer, Terencia, que no se mueve de Roma⁷⁷. Le escribe cartas al vencedor, intentando justificar su toma de postura en la guerra civil por las presiones que había sufrido cuando estaba en Italia, por sus vínculos y obligaciones personales; sabe que son excusas pobres, en comparación con las de otros, que alegan que cayeron prisioneros o quedaron atrapados y no pudieron elegir; ya no tiene aliados, porque unos han recibido el áulico perdón y otros están en África o en el exilio⁷⁸. Todo son recriminaciones, las más dolorosas, las de su hermano menor y su sobrino, de antigua lealtad cesariana (Quinto Cicerón había sido legado en el ejército de las Galias), que le reprochan su error a la hora de elegir bando, arrastrándoles con él al desastre⁷⁹. El 3 de enero del 47, en su puntual carta a Ático: «te escribo esto el día de mi cumpleaños. ¡Ojalá no hubiera nacido o bien después ningún otro de la misma madre! El llanto me impide seguir escribiendo»⁸⁰. Pero César, vencedor en Alejandría y en Zela (agosto), retorna a Italia y Tulio puede acudir a Tarento a recibirlo, para mantener un amistoso encuentro con él. Por fin se le permite regresar a su añorada Roma. Acabará reconciliándose con su hermano, pero no con su mujer, Te-

rencia, de la que se divorcia sólo unos meses después, a principios del 46, tras casi treinta años de matrimonio⁸¹.

Seguramente, el motín empezó en junio del 47, en Campania, y en él participaron nueve legiones, entre ellas, la X y la XII. Mesala (el cónsul del 53) logró conducir a una parte de la legión V hasta Mesina, pero los soldados se negaron a seguir adelante, subir a los barcos y cruzar a Sicilia⁸². En agosto, la legión XII expulsó a pedradas de su campamento en Campania a P. Cornelio Sila⁸³. Los soldados se negaban a iniciar la campaña de África contra las renovadas fuerzas pompeyanas hasta que se les pagase lo que se les adeudaba. Cuando César llegó a Italia, lo primero que hizo fue enviar a Salustio, el futuro historiador, a calmar a los amotinados, con promesas de mayores cantidades de dinero como premio si se embarcaban, pero no fueron suficientes o creíbles. Las tropas marcharon sobre Roma, dieron muerte a dos antiguos pretores —C. Cosconio y un desconocido Galba— y acamparon en el Campo de Marte. Allí, por fin, el dictador logró hacerles entrar en razón. Hablándoles. Bastó una palabra, la primera de su discurso: «quirites», esto es, «ciudadanos», como si ya los hubiera licenciado del servicio, como si ya no formaran parte de su ejército y no pudieran compartir ni el botín ni la gloria de la nueva campaña. Contaba con el fabuloso tesoro de los faraones y el prestigio y los beneficios de sus inapelables victorias sobre Pompeyo, sobre Tolomeo XIII, hermano de Cleopatra, y sobre Farnaces, el hijo de Mitrídates. Los soldados, que no habían creído en las palabras de sus emisarios, creyeron en él, pues ya había empezado a hacer realidad sus promesas de dar tierra a los veteranos mediante la oportuna ley aprobada en comicios⁸⁴.

Una vez resuelto el problema militar, César tuvo que ocuparse de lo sucedido con la plebe de Roma durante su ausencia. Las medidas que adoptó sorprenden, pues perdonó al causante de los disturbios, a Dolabela, mientras que sus relaciones con Marco Antonio se enfriaron. ¿Consideró que su despiadada represión perjudicaba a su causa entre la plebe? ¿Quiso castigarlo por su arrogancia o por sus excesos? A pesar de haber demostrado sus dotes como comandante, Marco Antonio no tomará parte ni en la campaña de África (Tapso) ni en la de Hispania (Munda), mientras que Dolabela, mucho menos capaz, estuvo en ambas⁸⁵. Tampoco asumirá ninguna magistratura ni encargo durante casi dos años. Su matrimonio en el 46 con Fulvia, la viuda de Clodio, la imponente Fulvia, pudo contribuir a la reconciliación, que,

sin embargo, fue difícil y tardó en llegar. Incluso Fulvia se encontró de pronto en dificultades económicas, pues no tenía dinero para pagar la compra de una propiedad a la que se había comprometido en tiempos de mayor bonanza; nadie le prestaba dinero porque nadie creía que su nuevo marido, que ya no contaba con el favor áulico, llegara a ser alguien algún día. Marco Antonio no habría de recuperar su lugar en la corte de César hasta el año 45, después de la campaña de Munda, apenas unos meses antes del magnicidio⁸⁶.

En este tenso ambiente, cuando sólo unos días antes se ha resuelto, no sin ignominia, el amotinamiento de las legiones veteranas, mientras el poder de los pompeyanos en África crece en hombres y recursos, César exige a Décimo Laberio que escriba uno de sus famosos mimos para los juegos plebeyos (6-13 de noviembre del 47). El encargo conlleva una afrenta: Laberio, que tiene el rango ecuestre, no sólo debe escribir el texto, sino subir él mismo al escenario y encarnar a uno de sus personajes. La de actor era una profesión infamante en Roma y el peor de todos ellos —pues solía ser un liberto o un esclavo— era el actor de mimos, que salía a escena sin máscara, a cara descubierta, para protagonizar una burda farsa, a menudo obscena, muy popular ciertamente, pero sin la ambición moral o estética que caracterizaba a la obra literaria. La orden del dictador implica, para Laberio, la pérdida de su rango ecuestre en un acto de humillación pública que sólo puede entenderse como venganza. No le queda otro remedio que acatar la orden, pero responde con la única arma que tiene a su alcance: sus versos. El prólogo del mimo, afortunadamente conservado, contiene el amargo elogio dirigido a un hombre de un poder tan inmenso que ni siquiera los dioses pueden negarle nada, con una rápida y oportuna alusión a su mente clemente, pues ¿qué si no clemencia podía esperarse del todopoderoso César?⁸⁷ Después de treinta años en el estamento ecuestre, treinta años de conducta intachable, sin que jamás le hubieran amonestado quienes lícitamente habrían podido hacerlo (los censores), hoy tendrá que abandonarlo Laberio, convertido en un despreciable actor de mimos.

Del cuerpo del mimo —cuyo título ignoramos— se han conservado dos penetrantes puyas contra el dictador. La primera de ellas, un grito: «¡Vamos, quirites, nuestra libertad está amenazada!». Apenas un mes antes, César se había dirigido a los amotinados en el Campo de Marte con esa misma grave palabra: «¡Quirites!», indicando con ello que los licenciaba del servicio, pues los llamaba ciudadanos y no sol-

dados⁸⁸. A ellos tal vez los emplaza ahora Laberio para que defiendan a todos de la tiranía, escondida en el segundo verso que se nos ha conservado: «por fuerza ha de temer a muchos aquel al que muchos temen». Las miradas del público se dirigen todas a César, traduciendo la alusión en denuncia. El miedo que había recorrido Italia desde enero del 49, el que César había querido conjurar mediante la clemencia, regresa ahora y sale de la escena y cruza la orquesta y sube por las gradas del teatro para agarrarse al corazón y la memoria de la plebe. El miedo con el que convive cada día y cada noche el tirano es la señal indeleble de la tiranía, desde el Trasíbulo de Heródoto hasta el *Hierón* de Jenofonte; es la espada que pende sobre la cabeza de Damocles, mientras se atiborra de caros y exóticos manjares.

¿Por qué quiso César humillar de este modo a Laberio? Nuestro autor de mimos rehusó escribir uno a instancias de Publio Clodio, seguramente en el 56, cuando este último era edil y debía organizar los juegos plebeyos de aquel año⁸⁹. De su desplante se puede inferir tal vez una postura política contraria a los demócratas o simplemente una clara antipatía personal hacia Clodio, pero no una directamente contraria a César ni nada que justifique la humillación de nueve años más tarde. Otro mimo de Laberio, titulado «La cesta», pudo pesar mucho más en el ánimo del vencedor de Farsalia. El verso asociaba el expolio de las provincias con el ofensivo lujo que algunos exhibían en Roma: «cuando saqué las provincias, columnas monolíticas, [cuencos], pilas...»⁹⁰. Tienta ver en este verso un ataque a algunos hombres de César, fabulosamente ricos tras las campañas galas, que estaban convirtiendo sus casas en verdaderos palacios. El nombre que viene a la mente, aunque la puya de Laberio tal vez no estuviese dirigida contra él en concreto, es el de (¿Vitrubio?) Mamurra⁹¹. Como jefe de intendencia de César en la Galia, amasó un considerable botín⁹². Pese a ser de rango ecuestre —no un senador, por tanto—, su casa en el monte Celio cobró una innoble fama, pues fue la primera en Roma con todas las columnas de mármol de una sola pieza (¡monolíticas!), mientras que varias de sus paredes estaban recubiertas de mármol⁹³. Tanta ostentación hubo de provocar admiración, envidia y los ataques envenenados de la acerada lengua de Catulo, que no podía ver delante al tal Mamurra:

«¿Mamurra convertido en el dueño de aquello
que antes pertenecía

a la Galia comata y a la Britania extrema?
Rómulo maricón, ¿lo ves y lo aguantas?»⁹⁴.

Catulo y Laberio, ambos poetas y ambos de rango ecuestre, atacaban a César —Rómulo maricón—, zahiriendo el reciente lujo de sus partidarios. Sus dardos envenenados enardecían a la plebe. Catulo hubo de disculparse y fue debidamente perdonado⁹⁵. A Laberio, cuando concluyó su humillante actuación, César le devolvió el rango ecuestre perdido y le regaló medio millón de sestercios⁹⁶. La afrenta ni podía ni quería borrarla, pero había mostrado una vez más su generosidad, su clemencia y su poder, pues era él, no los censores, quien daba y quitaba el rango ecuestre y la posición social, de la misma forma que había hecho senadores a muchos de sus leales, empezando por Ventidio Baso, tratante de mulas. Laberio ocupó su asiento en las catorce primeras filas, reservadas a los miembros del estamento ecuestre. Desde la llamada «orquestra», esto es, el espacio delante del escenario donde se sentaban los senadores, Tulio, que había asistido a su escarnio y vergüenza, le envió una nota escrita que tal vez quería ser amable con él, aludiendo al mismo tiempo a la inflación de nuevos senadores nombrados por César: «te haría un sitio entre nosotros, si no estuviéramos ya tan apretados». Laberio le replicó hiriente: «¿tú apretado? ¡Pero si siempre ocupas dos asientos!»⁹⁷. Se comprende el sarcasmo contra Tulio, de ambigua lealtad, recién llegado entonces a Roma desde el campamento pompeyano.

La suerte se decidía en África, porque la República ya no estaba en Roma, sino allí donde se encontrase César⁹⁸. Tulio no albergaba esperanza alguna, pues si bien diferían en mucho las causas que allí se enfrentaban, no habrían de diferenciarse en mucho las victorias⁹⁹; salvo en los muertos de cada bando, cabe añadir. No podemos determinar el número de los que cayeron en la batalla decisiva, en Tapso, el 4 de abril del 46. Contamos con dos cifras muy alejadas entre sí: por un lado, se nos dice que murieron 50.000, mientras que otra fuente habla de 10.000 pompeyanos, pero no cabe duda de que ambos ejércitos dieron sobradas muestras de fiereza y crueldad¹⁰⁰. Cuando un grupo de soldados cesarianos cayó en manos del enemigo, Escipión les prometió la vida si accedían a combatir junto a ellos, es decir, por la República (que era, como ya sabemos, la consigna de los optimates). Un centurión de la decimocuarta le respondió que él jamás podría combatir contra César, bajo cuyo estandarte había ser-

vido durante más de diez años. Comprendiendo que era inútil insistir, Escipión ordenó matar a los veteranos y alistar a los reclutas en sus filas¹⁰¹. La venganza no tardó demasiado en llegar. Tras la derrota, los hombres de Escipión fueron masacrados hasta el último de ellos, pese a los intentos de César por evitarlo. La cólera de los veteranos era tan grande que incluso acabaron con la vida de algunos personajes ilustres de sus propias filas, entre quienes estaba un antiguo cuestor¹⁰². En esta campaña africana cavó su tumba la aristocracia optimate, fiel a Pompeyo y a la República, que no había sufrido tan graves pérdidas en Farsalia. Tampoco ahora cayeron heroicamente en la batalla, sino durante las horas y días posteriores. Como la clemencia tiene un límite, César ordenó ejecutar, por perfidia, a P. Ligario, que había combatido con Afranio en Ilerda y había sido perdonado¹⁰³. Juba y Petreyo, por su parte, se entremataron de mutuo acuerdo, en una elaborada ceremonia, después de celebrar un banquete anticipadamente fúnebre. El superviviente (no está claro cuál de los dos fue) le ordenó a un esclavo que acabara con su vida¹⁰⁴. Otros intentaron la huida, con éxito, como Labieno, dispuesto a proseguir esta guerra sin cuartel y sin final y probar fortuna en otras tierras, o sin él, como Metelo Escipión: cuando se dirigía hacia Hispania por mar, su flotilla fue atacada por barcos de P. Sitio (que combatía a las órdenes del rey de Mauretania, aliado de César). A los soldados enemigos que abordaron su nave y la recorrían inquietos, buscándole y preguntando dónde estaba el general, Escipión les contestó: «el general está bien»; acto seguido, se clavó un puñal y se arrojó por la borda. Con él murieron Damasipo, Torcuato y Pletorio Rustiano¹⁰⁵. Abandonaron también Útica, camino de Hispania, Afranio y Fausto Sila, con unos mil soldados. El mismo P. Sitio los capturó con vida, pero murieron unos días después, en circunstancias poco claras¹⁰⁶. Hubo también indultos y la acostumbrada exhibición de clemencia.

El heroísmo o, al menos, la presencia de ánimo de tantos romanos ante la muerte alimenta las leyendas y las edificantes lecturas para educación de los jóvenes del mañana. Ninguna muerte como la de Catón, que, al igual que en Farsalia, tampoco esta vez ha tomado parte en la batalla. El 8 de abril, noticias de la derrota llegan a Útica, donde él se encuentra. Intenta organizar la defensa de una ciudad que se inclinaba a favor de César, recurriendo incluso a la medida desesperada de liberar a los esclavos para confiarles armas e improvisar con ellos algunos maltrechos batallones, pero

pronto comprende que la resistencia es inútil. Los jefes pompeyanos buscan salvarse huyendo a Hispania, pero no él. El 10 de abril, cuatro días después de Tapso, cena con su hijo, con los magistrados de Útica y con algunos amigos, entre ellos un filósofo aristotélico y otro estoico. El tema de conversación son las famosas «paradojas estoicas», según las cuales sólo el sabio es libre mientras que no lo son los demás mortales, sino esclavos, aunque ellos crean otra cosa. Después, se retira Catón a su alcoba, para leer el *Fedón*, el diálogo en el que Platón demuestra que es inmortal el alma de los hombres. Consigue dormir un poco y, ya de madrugada, se clava una espada en el vientre. De nada sirven la prisa de su hijo ni los cuidados de los médicos. Catón se arranca con las manos las suturas, porque a sus ansias de morir nada puede ponerles freno: «¿Me preguntas cuántos caminos hay hacia la libertad?: tantos como venas hay en tu cuerpo»¹⁰⁷.

Tras su victoria, a César le interesaba, sobre todo, el dinero. Procedió a subastar inmediatamente los bienes de los pompeyanos e impuso severas multas a las ciudades africanas que les habían sido leales¹⁰⁸. A los trescientos ciudadanos de Útica que habían contribuido con dinero a la causa pompeyana les impuso el pago de doscientos millones de sestercios —una fabulosa suma— a lo largo de tres años¹⁰⁹. Después, convirtió el reino en provincia romana y puso al frente de ella, como gobernador, al futuro historiador Salustio, que se había destacado durante la campaña aprovisionando al ejército de César y que pronto habría de esquilmarla¹¹⁰. El dictador tardó en regresar de África, escogiendo el camino más largo, no por Sicilia, sino por Cerdeña, tal vez porque, siendo una de sus fincas y posesiones —como comentó Tulio, de afilado cálamo—, aún no la había visitado y quería conocerla¹¹¹. El 25 de julio del 46 llegó por fin a una Roma que iba a vivir un verano extraño y memorable. La reforma del calendario, que pretendía fijarlo de una vez por todas y evitarle el manoseo al que lo sometía periódicamente el Senado, obligaba a introducir tres meses intercalares, de modo que el año 46 tuvo nada menos que 445 días¹¹². Desde entonces, el ciclo de los planetas y de las estrellas quedó sometido al ritmo regular del calendario, como si sus movimientos aparentes en el cielo nocturno obedeciesen también ellos a las órdenes del dictador. A quien le hizo notar que al día siguiente la constelación Lyra se elevaría sobre el horizonte, Tulio le replicó sarcástico: «sí, por decreto»¹¹³.

En ese verano único e inacabable, con la presencia de la reina Cleopatra, que se había instalado con su otro hermano (y segundo marido), Tolomeo XIV, en los jardines de César en el Transtevere, el dictador celebró un cuádruple triunfo en cuatro días no consecutivos, aunque con una idea común: la victoria sobre sus enemigos, externos e internos, después de tantos años de guerra. Triunfó sobre la Galia (Vercingetórix), Egipto (Tolomeo), Ponto (Farnaces) y Numidia (Juba), superando en uno, y no por casualidad, la marca de Pompeyo, sus tres triunfos, que culminaron en el memorable del año 61¹¹⁴. En el calendario oficial se anotó con orgullo que el imperio ahora se extendía hasta el Océano¹¹⁵. La ceremonia consistía en una solemne procesión, durante una o varias jornadas, que mostraba a los atónitos ciudadanos de Roma la grandeza de la victoria, y culminaba con el sacrificio de animales y una ofrenda en el templo de Júpiter en el Capitolio. Sobre unas andas desfiló a la vista de todos el descomunal botín que pasó a engrosar las arcas de César: más de seiscientos millones de sesteracios, se nos dice —incluyendo en la cuenta también el quinto triunfo, el del año 45— aunque otras fuentes elevan considerablemente este cifra ya de por sí faraónica¹¹⁶. Entre las coronas de oro y los jarrones y obras de arte capturados al enemigo, se exhibieron representaciones del Rin y el Ródano, una estatua de Océano chapada en oro y los rubios bretones, sometidos todos ellos —ríos, mares y hombres— por César en la campaña del año 55. Los asombrados romanos vieron pasar modelos a escala de la famosa isla de Faros, en Alejandría, y de la ciudad de Masilia, fiel aliada de Pompeyo y tomada al asalto por las tropas cesarianas¹¹⁷; el propio río Nilo formó parte del cortejo. Las andas sobre las que se transportaba el botín eran de madera de cedro en el triunfo gálico y de acanto en el del Ponto, tenían incrustaciones de concha de tortuga en el egipcio y eran de marfil en el africano. Sobre ellas viajaban unos decorados en los que unos actores inmóviles evocaban escenas principales de las diversas campañas¹¹⁸; también se mostraron pinturas con las que los espectadores disfrutaron viendo la humillación de Aquila y Potino —los cortesanos de Tolomeo— y rieron viendo huir a Farnaces¹¹⁹; en un cartel, tres palabras ponían nombre a su derrota y a la celeridad de César: «llegué, vi, vencí»¹²⁰. Sin embargo, lloraron viendo a Escipión clavarse un puñal en el pecho y arrojarse al mar, a Petreyo suicidarse y a Catón desgarrarse las entrañas como una fiera salvaje para buscar en ellas su propia muerte. César evitó hasta donde pudo presentar su triunfo como una victoria en

una guerra civil: omitió toda referencia a las terribles batallas de Farsalia o Tapso y no hubo nada que recordase al infortunado Pompeyo, al que aún se lloraba en Roma. El ocultamiento no fue completo, porque las muertes de los jefes pompeyanos, presentados seguramente como traidores a las órdenes de un rey bárbaro (¡un noble como Escipión quitándose el manto de púrpura por indicación de Juba!)¹²¹, contradecían la misma esencia de la ceremonia del triunfo, en la que se exaltaba la victoria sobre los enemigos de Roma. Haber terminado una guerra civil es algo de lo que cabe enorgullecerse, sin duda, porque la victoria presupone la justicia de la causa y la paz es siempre bienvenida, pero eso no significa que pueda celebrarse un triunfo sobre conciudadanos; en ningún momento oímos que se les condujera como prisioneros por las calles de Roma y, ciertamente, resulta difícil de creer, casi imposible, que se hiciera así¹²². Se les expropiaban sus bienes, también se les condenaba a muerte y ejecutaba, pero a los ciudadanos vencidos no se les exhibía por las calles de Roma en la ceremonia del triunfo, aunque técnicamente ya no lo fuesen, porque habían perdido su condición de tales al rendirse.

Esta humillación se reservaba para los extranjeros vencidos, que habrían de ser vendidos como esclavos al término del espectáculo y, entre ellos, los cautivos más nobles, también cargados de cadenas: el pequeño Juba (tendría unos cinco años), hijo del rey de Numidia, y Arsinoe, la hermana menor de Cleopatra, de apenas trece. Ambos conmovieron a los espectadores, que se compadecieron de su humillación y su sufrimiento. Al acabar la procesión, fueron liberados. Un destino distinto aguardaba a Vercingetórix, el galo; durante seis años lo había reservado César para este supremo momento: un guerrero temible, un rival digno —no unos niños aterrorizados—. Cuando la procesión llegó al pie del Capitolio, Vercingetórix fue conducido a la inmediata cárcel y allí estrangulado por haber traicionado la amistad que lo había unido a César y a Roma. Su ajusticiamiento daba legitimidad a la guerra gálica, cuestionada, diez años atrás, por Catón¹²³.

En el centro de lo que era, al mismo tiempo, procesión y desfile, iba el general victorioso, César, con las ropas triunfales y la cara pintada de rojo, sobre su carro tirado por caballos blancos, tan blancos como los del carro de Camilo, en su legendario triunfo sobre Veyes, que había parecido inapropiado porque evocaba el carro del mismo Sol¹²⁴. Si César pretendía con ello presentarse como un nuevo Camilo, libertador de Roma, no cabe duda de que eligió el camino más

irritante, presentándose ante el pueblo como un ser superior, incluso divino. Tras él, en brutal contrapunto, el esclavo que le recordaba su humana condición y, detrás, sus soldados, cantando injurias que igualmente le rebajaban de su ambición sobrehumana: «triumfa César que sometió las Galias, pero no Nicomedes, que sometió a César». Las malas lenguas decían que, de joven, César había sido, por un breve periodo de tiempo, el favorito de Nicomedes, rey de Bitinia. Otra canción de la soldadesca gritaba: «¡Ciudadanos! ¡Guardad a vuestras esposas! Traemos al adúltero calvo. Jodiste en la Galia con el oro que aquí te prestaron». César era espléndido con sus amantes —a Servilia le había regalado en el 59 una perla valorada en un millón y medio de denarios— y, sí, en efecto, calvo, lo cual, al parecer, le molestaba profundamente. Junto a él, participando en el desfile, disfrutando de la gloria, estaba el joven Cayo Octavio, el futuro emperador Augusto, que aún no había cumplido los diecisiete¹²⁵.

Tras el desfile y el sacrificio de animales, la ofrenda a Júpiter: en su triunfo gálico, el primero de la serie, César subió al Capitolio a la luz de cuarenta antorchas que llevaban portadores sobre otros tantos elefantes que lo flanqueaban. Debía de ser ya a la caída de la tarde¹²⁶. Seguramente en Roma se recordaba que, en su primer triunfo, hacia el año 80, Pompeyo había querido entrar en Roma en una cuadriga tirada por cuatro elefantes, pero tras dos intentos, había tenido que desistir porque la puerta triunfal en la muralla serviana era demasiado pequeña. Como colofón de tan espléndido día, César dio una cena para la plebe de Roma. Se dice que se prepararon 22.000 triclinios, una cifra que puede ser tanto incorrecta como la suma de las cenas de los cuatro triunfos de aquel agosto inacabable¹²⁷. Puesto que se recostaban nueve personas en cada triclinio, el total asciende a casi doscientos mil, un número tan enorme que —si se refiere a una única cena y no a la suma de cuatro— ha llevado a emplazar el banquete en el Campo de Marte, en la zona de la villa pública¹²⁸. Probablemente no fue así, no se celebró en un único lugar, sino en varios sitios de Roma al mismo tiempo, en las calles principales, en las plazas y encrucijadas, por todos los barrios de la ciudad que era señora del mundo. Aquellas noches quedaron grabadas en la memoria de los hombres no sólo por el número de los comensales, sino por la rareza y calidad de la comida. El plato más exótico que se sirvió fueron seis mil lampreas de los viveros, los cuales por entonces acababan de introducirse en Roma, y que César tuvo literalmente que pedir prestadas, con obli-

gación de devolver la misma cantidad más tarde a su dueño, porque este las valoraba tanto que no estaba dispuesto a venderlas a ningún precio. Acompañaron a las lampreas los mejores vinos: el celebrado Falerno y el no menos célebre vino de Quíos¹²⁹. Seguramente tales exquisiteces no se repartieron entre la plebe, sino sólo entre los senadores y el estamento ecuestre.

En aquel verano memorable no hubo sólo desfiles triunfales¹³⁰. César organizó también combates de gladiadores en el foro para aplacar los manes de su hija Julia, cuya inoportuna muerte en el 54 había abierto, según algunos, el camino de la guerra civil. El espectáculo se celebró en el foro, como solía hacerse, acondicionado para la ocasión con tribunas de madera levantadas delante de las basílicas Julia y Emilia. Hubo también preparativos excepcionales. Para proteger del calor sofocante a los espectadores y a los propios gladiadores, un gigantesco toldo cubrió la distancia que separaba la casa del pontífice máximo, al este, de la calle que subía al Capitolio, al oeste; la distancia era tan grande (el foro mide unos 200 x 70 metros) que el toldo llamó la atención más que el propio espectáculo¹³¹, pese a que el número de parejas de gladiadores que se enfrentaron debió de ser también mayor que cualquier otro conocido hasta entonces. Además, como han podido comprobar los arqueólogos, unas galerías excavadas bajo tierra, a 3,5 metros de profundidad, servían para conducir al centro del foro, con ayuda de unos ascensores, a los gladiadores y a los animales que iban a tomar parte en el espectáculo¹³². También hubo un combate naval (naumaquia) en un estanque excavado para la ocasión en un lugar llamado Codeta menor, en el Campo de Marte. En el circo máximo se organizaron combates de fieras, a las que se daba muerte en la arena: leones, elefantes —veinte elefantes se enfrentaron a quinientos hombres—¹³³, toros y un animal nunca visto hasta entonces en Roma, el «camelopardal», llamado así porque les parecía una rara mezcla de camello y leopardo, y que nosotros conocemos como «jirafa». Cuando los romanos comprobaron su relativa mansedumbre, la reservaron para otro tipo de espectáculos. Hubo de rodearse la pista con un profundo foso para proteger al público y que no se repitiese lo que había sucedido en el año 55, cuando los elefantes de Pompeyo rompieron las barreras de protección y embistieron a los espectadores. Hubo también carreras de bigas y cuadrigas en el circo, con la participación de los llamados *desultores*, acróbatas que asombraban al público saltando de un caballo a la carrera a otro. Los jóvenes patricios protago-

nizaron una antigua y venerable ceremonia a caballo que evocaba la caída de Troya y, por tanto, los orígenes ancestrales de la propia Roma: el *lusus Troiae*. Roma se llenó de forasteros venidos de todas partes, que dormían en tiendas en medio de las calles y de las plazas, aglomeraciones peligrosas que causaron la muerte de muchos por asfixia, incluidos dos senadores¹³⁴. Tanto dispendio encolerizó a algunos soldados, que se consideraban injustamente tratados, pero César no estaba dispuesto a consentir nuevos motines, de modo que el castigo fue sumario y extraño: dos soldados fueron ritualmente sacrificados por el flamen de Marte y sus cabezas expuestas en la *Regia* en lo que parece una macabra distorsión del ritual del «caballo de octubre», celebrado cada año en los idus de ese mes, es decir, el día 15, cuando uno de los caballos de la cuadriga ganadora era sacrificado en el Campo de Marte y su cabeza se colgaba de la torre Mamilia o bien de la pared de la *Regia*. Esta vez unas víctimas humanas suplantaron o más bien anticiparon al célebre caballo¹³⁵.

No sólo hubo triunfos, ceremonias, fiestas y desfiles. También honores, rituales de agradecimiento a los dioses durante cuarenta días, setenta y dos lictores (veinticuatro son los que acompañan al dictador, que César multiplica por sus tres dictaduras) y una estatua suya en el área capitolina, delante del templo de Júpiter, claramente visible por todos, con un carro y un globo (imagen de la ecúmene) a sus pies y una inscripción que afirmaba que César era un semidiós. Le confiaron velar por las costumbres, como si fuese censor, durante tres años¹³⁶.

Por fin, tras varios meses agotadores, el 26 de septiembre, César inauguró con toda solemnidad, aunque aún estaba sin terminar, el templo de *Venus Genetrix* (es decir, Venus Madre), eje de su nuevo foro. Ocho años antes, en el 54, había dado ya instrucciones para que se iniciasen las primeras gestiones. Aunque por entonces aún no era dueño de Roma, el oro galo le permitía rivalizar con el teatro de Pompeyo en el Campo de Marte. Sólo comprar el suelo necesario, en un área que debía de estar densamente habitada en tanto que inmediata al foro, le costó unos cien millones de sestercios¹³⁷. Después, en el 48, en la batalla de Farsalia, César había dado como contraseña a sus hombres «Venus Victoriosa» y prometido a la diosa que construiría un templo en su honor, un claro desafío a Pompeyo, que había consagrado a esa misma Venus el templo que coronaba su imponente teatro. ¿Quiso César pedirle a la diosa que cambiara de bando y le mostrara a él su favor retirándose a su enemigo?¹³⁸ Al final, la

elegida no fue «Venus victoriosa» sino *Genetrix*, la antepasada mítica de la familia Julia. Delante del templo, en medio del foro, se colocó una estatua ecuestre de César que reutilizaba el Bucéfalo en la batalla de Gránico, esculpido por Lisipo para Alejandro Magno, y dentro del templo otra estatua de César, esta con coraza, aparte de la magnífica de Venus, en bronce, y otra más, muy intrigante, de Cleopatra, que no ha sobrevivido, pero que pudo servir de modelo a dos que sí conservamos¹³⁹. Allí también se ofrendaron a la diosa dos cuadros carísimos de Timomaco de Bizancio (un «Ayax» y una «Medea»)¹⁴⁰, que costaron casi dos millones de sestercios, y una coraza incrustada con perlas que habían sido recogidas en Britania, durante la campaña del año 55¹⁴¹. Seis cajas de anillos y gemas (conocidas como «dactilioteca» una exótica palabra en latín, copiada del griego) completaron la magnífica ofrenda a Venus en su templo, sobrepasando una vez más César a Pompeyo, quien había depositado en el Capitolio sólo una, la «dactilioteca» que había sido de Mitrídates¹⁴².

En Roma, la paz se simbolizaba cerrando una puerta, la del templo de Jano, y la victoria se agradecía abriendo las de todos los templos para hacer ofrendas y sacrificios a los dioses. Al fin y al cabo, la mayor parte de los templos republicanos eran el cumplimiento de una promesa, la del general romano que durante la campaña militar se comprometía a construirlo ante el dios cuya protección imploraba, a cambio de la victoria, con parte del botín capturado al enemigo. La fiera ceremonia del triunfo daba comienzo con la entrada en la ciudad por la llamada «puerta triunfal», porque sólo en ese día de gloria el general podía cruzar el recinto sagrado (*pomerium*) sin perder el mando y al frente de sus tropas. Su nombre y el día quedaban grabados en los anales de Roma. Este tránsito acabó convertido, con el paso del tiempo, en el símbolo más poderoso de la victoria: el arco triunfal, que ha tenido diversas formas y expresiones a lo largo del tiempo, pero que a finales de la República se asociaba al desfile solemne del general victorioso, al momento en que los soldados invadían armados el recinto civil y, teóricamente, pacífico de la ciudad¹⁴³. La exhibición del botín y la humillación de los prisioneros mostraban ante los ojos del pueblo de Roma la enorme extensión de su poder. La guerra intestina no debía festejarse de igual modo, sin embargo. ¿Qué botín exhibir, qué cautivos mostrar por las calles de Roma? César dejó constancia del número preciso de galos a los que había dado muerte. La cifra que tenemos (1.192.000) tal vez

la mostrase públicamente César en su cuádruple triunfo del año 46. Se enorgullecía de ella, pero ocultó con sumo cuidado el número de ciudadanos romanos caídos en las guerras civiles¹⁴⁴. En su casa de los conocidos posteriormente como «jardines salustianos» (porque fueron propiedad del historiador después de haberlo sido de César) había copias magníficas del monumento erigido por Atalo I en Pérgamo para celebrar su victoria sobre los gálatas, y algunas han llegado a nosotros; son las famosas estatuas del galo moribundo (museos capitolinos de Roma) y la del galo que se suicida tras matar a su mujer (museo de las Termas)¹⁴⁵. Plasman con enorme fuerza visual todos los lugares comunes sobre la guerra contra los celtas: la desnudez en el combate, el torques, su fiereza indomable, la presencia de mujeres en la batalla... La conquista de la Galia se insertaba, así, en el mismo discurso de defensa de la civilización (grecorromana) frente a la barbarie que había inspirado el monumento atálida. César ocultó, sin embargo, el número de víctimas causadas por la guerra civil. ¿Exhibía en su casa armas o recuerdos de los ciudadanos romanos a los que había vencido? Para notificar Farsalia al Senado, no envió las preceptivas cartas adornadas con laureles como hacían siempre los generales romanos¹⁴⁶. Jamás celebró un triunfo sobre Pompeyo y disimuló sus campañas presentándolas entremezcladas con las guerras libradas contra reyes extranjeros. Mostró, como hemos visto, la muerte de sus enemigos en África, cierto, consiguiendo con ello que el pueblo romano, que debía exaltar su victoria, la lamentase en cambio, pero probablemente lo hizo para insultar su recuerdo: habían muerto combatiendo a las órdenes de un rey extranjero, Juba de Numidia. Esto, a ojos de César, permitía exhibirlos porque no habían muerto como romanos, sino como traidores. No sabemos cómo celebró su última batalla, en Munda, cuando tuvo que pelear por su vida, pero probablemente diseñó su desfile triunfal como una nueva victoria sobre Hispania, como tantas otras que habían festejado los romanos desde hacía casi dos siglos. Las guerras civiles son una herida en el cuerpo de la República. Sólo se pueden festejar y conmemorar acompañándolas de la victoria en una guerra contra extranjeros¹⁴⁷. Tulio era un maestro en esto, en declarar «enemigos públicos» a sus rivales políticos, para que de ese modo dejaran de ser ciudadanos. César recurrió a esta misma táctica, aunque no como estrategia legal, sino literaria, destacando la presencia de tropas extranjeras en las filas de Pompeyo, pero ocultando las romanas¹⁴⁸.

Cuando el tirano gobierna, la libertad de palabra se transforma en un acto de desafío. Laberio y Catulo pudieron comprobarlo en carne propia. Nuestro gran orador, Tulio, de vuelta en Roma, no quiso correr riesgos y optó por un prolongado silencio, compensado con una amplia actividad literaria¹⁴⁹. En unos seis meses (primavera-otoño de 46), escribió tres libros de menor cuantía sobre oratoria: una historia de la disciplina (*Brutus*), una defensa de su estilo como orador (el llamado «asiánico») frente a las tendencias aticistas de los más jóvenes (*Orador*) y un prefacio a las traducciones (hoy perdidas) al latín de algunas obras de Esquines y Demóstenes (*Sobre el mejor tipo de orador*); también es de estos meses una obrita de carácter filosófico, *Las paradojas de los estoicos*, que anunciaba sus intenciones de dedicarle mayor atención a la filosofía en el futuro, como hará, en efecto, en el año 45. Detrás de tanto esfuerzo, se percibe cierta melancolía, porque la libertad de palabra ha desaparecido en Roma: Hortensio, junto con los demás hombres buenos y nobles, ciudadanos optimates, lloraría, si viviese, al ver el foro del pueblo romano privado de la elocuencia de otro tiempo¹⁵⁰. La misma preocupación reaparece en la carta que le escribe a su amigo Peto sobre la obscenidad en la que diserta sobre los límites del decoro: «¿Llamar al «culo» por otro nombre? ¿por qué no por el suyo propio?»¹⁵¹. La libertad, que había sido la palabra de guerra de los demócratas en el año 49, cuando reclamaban los derechos de los tribunos de la plebe, ahora se convierte en el grito de los optimates, enfurecidos porque ya no pueden hablar libremente. Cuando César se ha transformado en el dueño de todo, para Tulio la libertad se identifica de forma muy precisa con el «hablar libremente»¹⁵². Como ya no puede hacerlo en el foro, tendrá que limitarse a poner sus ideas por escrito¹⁵³. La libertad aún sigue figurando en la divisa de los cesarianos —tras Munda, el Senado decretó erigir un templo en su honor—¹⁵⁴, pero ahora ocupa también un lugar principal en la de sus contrarios: al igual que antes, se enfrentaba la del Senado contra la del pueblo.

Tulio no se hacía ilusiones, sabía bien que el vencedor, ya todopoderoso, no tenía intención alguna de restablecer la destruida República, pero Roma había conocido a un Sila y nada indicaba que el cambio de régimen fuera definitivo. Sabía también que los pompeyanos lo odiaban, lo consideraban un cobarde que se había unido tarde y con desgana a la defensa de la República, para traicionarla después, en la derrota¹⁵⁵. Incluso los que se habían mantenido todo el tiempo

neutrales, quienes no habían tomado partido, también le atacaban, para su asombro. Claro que él también censuraba a otros, a los irreductibles que habían seguido combatiendo después de Farsalia, por su contumacia¹⁵⁶. Encontró su propio camino, su tercera vía, convirtiéndose en un facilitador de la clemencia de César. Nada mejor para rehabilitarse que ver a otros recorriendo el mismo humillante camino de súplica y perdón que había recorrido él entre Brundisio y Tarento, porque con ello pondría fin a su soledad. El momento era favorable, pues no había nada que el vencedor ansiase más sino conseguir el mayor número posible de adhesiones al nuevo poder, y la ocasión se dio pronto. Marco Claudio Marcelo, el cónsul del 51, noble entre los nobles, había destacado por su intransigencia, exigiendo el regreso de César de las Galias y rechazando su candidatura en ausencia, si bien en el año 49, durante los debates senatoriales de enero, parece que adoptó una postura cauta, proponiendo que no se tomase ninguna decisión sobre César hasta que se hubieran reclutado tropas suficientes¹⁵⁷. Tras Farsalia, Marcelo no quiso seguir combatiendo, pero tampoco regresó a Italia, sino que se mantuvo al margen de la guerra, refugiado en la isla de Lesbos, con su orgullo intacto¹⁵⁸. En Roma, en medio de la turbamulta de triunfos, desfiles y banquetes de aquel verano inacabable, en septiembre, César, el dictador, dijo que perdonaba a Marcelo. Durante una reunión del Senado, Lucio Pisón había mencionado su nombre y, acto seguido, C. Marcelo, primo del exiliado, se había arrojado a los pies de César. El perdón anunciado provocó un turno de agradecimientos. Cuando le llegó a él, Tulio decidió romper entonces el orgulloso silencio que había mantenido desde su regreso un año antes y pronunció un elocuente discurso que, con posteriores retoques, ha llegado a nosotros. Marcelo fue el primero, pero pronto se amplió la lista de aquellos por quienes imploró, que incluye, entre otros, a Aulo Cecina, T. Ampio Balbo o P. Nigidio Figulo¹⁵⁹. Intercedió incluso por un personaje de escasa entidad, Q. Ligario, tal vez a ruegos de Bruto. Por él fue a casa del dictador y tuvo que aguardar largo tiempo a que hiciera un hueco entre sus muchas ocupaciones y pudiera recibirlo. «Ciertamente», dijo César al verlo, «me habré ganado el odio de muchos, si Tulio tiene que esperar para verme»¹⁶⁰. Los hermanos de Ligario, que estaban con él, y otros de sus parientes se arrojaron a los pies de César, quien dio a entender con sus gestos y sus palabras que el perdón era inminente¹⁶¹. Sin embargo, a los pocos días, un antiguo pompeyano, Tuberón, presentó

una acusación formal contra Ligario, en la que venía a decir que la guerra de África —Ligario había combatido en Tapso y tenía prohibido regresar a Italia— no había sido, como la de Farsalia, una guerra civil, pues se había librado contra un rey extranjero, a saber, Juba de Numidia. La participación en la primera era disculpable, pero secundar a un enemigo de Roma era traición¹⁶². Así, pocos días más tarde, probablemente en noviembre, se dio una escena grotesca, la de un juicio en la que dos antiguos pompeyanos se enfrentaban entre sí ante la mirada divertida del dictador César, que se inclinó, finalmente, por la absolución¹⁶³.

Ambos discursos, esto es, la defensa del ilustre Marcelo y la del muy menor Ligario, inauguraron una nueva era en la que los aristócratas tuvieron que aprender a relacionarse con el dictador. La posición de Tulio era delicada: debía justificarse a sí mismo y a quienes se unieron al mismo bando que él, elogiando a la vez al tirano; debía evitar todo servilismo, sin irritar al nuevo señor de Roma, cuyo oído era pasto de aduladores. ¿Deslizó el orador críticas veladas que dejaran entrever su lealtad a los viejos ideales republicanos? Si lo hizo, fueron tan sutiles que no molestaron lo más mínimo ni al árbitro de la clemencia ni a sus leales¹⁶⁴.

Tulio, ciertamente, se extiende en elogios, exaltando la moderación de César, capaz de reprimir su cólera y devolver su dignidad al enemigo vencido: quien tal hace no se cuenta entre los hombres ilustres, sino que se asemeja a un dios, pues nada hay más propio de un dios que lograr la salvación de un hombre. Con estas referencias halagadoras al divino César comienza la defensa de Marcelo y termina la de Ligario¹⁶⁵. Tulio pone también los cimientos para una interpretación favorable de la causa republicana en la guerra civil, un reconocimiento de culpa que facilite —pues tal era su objetivo— el perdón. Compara ambas causas y las ve similares, si no superior la de César, pues fue magnánimo ante la crueldad de sus enemigos y los dioses le concedieron la victoria. Décadas más tarde, a Tulio le habría de replicar Lucano con furia poética: «¡a los dioses agradó, sí, la causa vencedora, pero a Catón, la vencida!»¹⁶⁶. Admite Tulio que ellos cometieron un error y que son, por tanto, culpables, pero no cometieron crímenes, no les movió la codicia ni la crueldad, sino la lealtad a Pompeyo y una cierta imagen de la República. Añade garantías y promesas: la vida de César no corre peligro. Ese es el hilo argumental que mejor vemos, el miedo a la conjura, al asesinato, porque ese es el des-

tino del tirano: mucho ha de temer aquel al que muchos temen, recordemos el dardo de Laberio. En el *Hierón* de Jenofonte, para deshacer la amenaza, el filósofo proponía hacer más felices a los ciudadanos. En el discurso de Tulio, matar a César supondría destruir la República, pues de su vida depende la de todos¹⁶⁷. A veces sucede que el poeta, el orador, adivina el futuro sin pretenderlo.

* * *

En la Hispania Ulterior, en la llanura de Munda, César aplastó por última vez a sus enemigos. Sobrevivió a la batalla el hijo menor de Pompeyo, Sexto, que había presenciado el asesinato de su padre en Egipto y que tampoco ahora cejaría en su empeño, sino que continuaría en la defensa numantina de su causa, hasta el amargo final; murió en combate Labieno, el traidor, que había abandonado a César tras el Rubicón y, desde ese momento, se había mostrado siempre como su más fiero enemigo: la guerra terminará, había dicho, cuando nos entreguéis la cabeza de César. Murió también, unos días más tarde, el hijo mayor de Pompeyo, Cneo, quien en su día había estado a punto de agredir a un Tulio dispuesto a rendirse tras Farsalia. Pudo llegar malherido a Carteya, a unos doscientos kilómetros de distancia del campo de batalla de Munda, y hacerse a la mar con algunas naves, pero cuando tuvo que tocar tierra para la aguada lo sorprendieron los hombres de César, lo cazaron en la cueva donde corrió a esconderse y allí le dieron muerte¹⁶⁸. La batalla de Munda, fiera, terrible, tuvo lugar el día de los *Liberalia*, la fiesta en que los niños acostumbraban a tomar la toga viril, símbolo de su paso a la edad adulta, el 17 de marzo del año 45, exactamente el mismo día en que Pompeyo había abandonado Italia en el 49, una coincidencia tan asombrosa y tan del gusto de los antiguos, que no pudieron dejar de anotarla¹⁶⁹. No fue la única. La noticia de la victoria viajó despacio, tardó algo más de un mes en llegar a Roma, y lo hizo el 20 de abril, un día antes de la fiesta de los *Parilia*, aniversario de la fundación de la ciudad. En honor a la victoria de César, se celebrarían a partir de entonces carreras de carros en Roma el 21 de abril¹⁷⁰. Esta fue la primera vez que César envió cartas oficiales al Senado comunicando su victoria, pues no lo había hecho en las restantes de la guerra civil¹⁷¹. Con esto se quería insistir desde el principio en que la victoria se había logrado sobre hispanos, sobre iberos y celtíberos, no sobre conciudadanos. La línea abierta con la acusación

de Tuberón contra Ligario ahora se marcaba, con mayor fuerza aún, en el relato: la de Hispania había sido una guerra de tropas auxiliares rebeldes, acaudilladas por un simple particular, carente de toda autoridad legítima, contra el pueblo romano¹⁷².

Un nuevo triunfo, el quinto, vino a poner fin a las guerras de César, en octubre. Tenía que superar en magnificencia al cuádruple, cuyo recuerdo estaba aún fresco en la memoria de los romanos, y así, las andas sobre las que se llevaron los objetos del botín eran de plata, de mayor valor y riqueza, por tanto, que las anteriores, en madera o marfil; de marfil eran las maquetas de las ciudades conquistadas y se sirvió vino de Quíos y también el famoso Falerno¹⁷³. Los banquetes duraron dos días y seguramente su escala superó con creces a los del verano del 46¹⁷⁴. Se produjo un incidente desagradable cuando uno de los tribunos de la plebe se negó a ponerse en pie al paso del triunfador, como señal de respeto; es un pompeyano al que César le ha expropiado su casa de Neapolis para regalársela a su amante Servilia¹⁷⁵: «vamos, Aquila —le increpa César—, pídemme ahora que devuelva la república»¹⁷⁶. Incluso se burla de él en los días posteriores, ironizando que sólo prometerá aquello que esté autorizado por el insolente tribuno. La república, como la casa de Aquila, es ya propiedad del dictador, que no está dispuesto a devolverla tan fácilmente, pues quiere repartirla a su antojo entre sus fieles. Con Poncio Aquila volverá a encontrarse pronto, en la reunión del Senado en los idus de marzo.

Días después de César, triunfaron sus dos lugartenientes por sus victorias en Hispania: Q. Fabio Máximo, el 13 de octubre, y Q. Pedio, el 13 de diciembre. La celebración fue modesta, se empleó madera en lugar de materiales de mayor valor, pero lo importante es el mensaje que transmitía: la ceremonia en sí misma iba contra todos los testimonios de la tradición, porque ninguno de los dos había combatido con auspicios propios, algo necesario, hasta entonces, para poder entrar en Roma como triunfador, no como en estos dos casos, en los que ambos habían conducido el ejército en nombre de César. Era César quien en adelante habría de decidir qué era lícito hacer y qué no.

Tras la victoria de Munda, el Senado acumuló honores sobre el vencedor, exaltado ahora como «padre de la patria»¹⁷⁷. Se le concedió el uso permanente del título «Emperador», que hasta entonces ostentaban los generales sólo hasta el momento en que celebraban el triunfo o bien entraban en Roma y cambiaban los auspicios¹⁷⁸. Tam-

bién ordenó el Senado erigir una estatua honorífica (no de culto) de César con la inscripción «al dios invicto» dedicada a Quirino en su templo del Quirinal¹⁷⁹. Tulio se burló de tal desafuero llamando a César «compañero de Quirino», pero el gesto tuvo trascendencia porque reforzaba la identificación de César con Rómulo, que, según la leyenda, tras desaparecer de la faz de la tierra, se había convertido en el dios Quirino¹⁸⁰. El dictador —pues César lo era por cuarta vez desde febrero— quiso dotarse de un aura de sacralidad para reforzar su poder y amedrentar a los conspiradores, al tiempo que se presentaba como un nuevo Rómulo, preparado para una nueva fundación de la ciudad¹⁸¹. Otra estatua suya se alzaba en el Capitolio, junto a las de los siete reyes que había tenido Roma. El Senado también le autorizó a coronar su casa, es decir, la residencia oficial del pontífice máximo, con un pedimento, lo que le daba un aspecto semejante al de un templo, así como el uso de un lecho sagrado (*pulvinar*). Otros honores tienen un carácter más espectacular e inciden en la relación entre César y la plebe de Roma: en las representaciones sacras que se hacen en el teatro, se coloca para él un trono de oro en el lugar reservado para los senadores (la orquesta) y una estatua de César formará parte del desfile que precede a las carreras de cuadrigas en el circo. Tulio se alegra cuando se entera de que el público ha rehusado aplaudir, como era costumbre, al ver a la estatua de Victoria acompañada por la de César, durante los juegos que conmemoraban la victoria de Farsalia (20-30 de julio)¹⁸². Lo considera un signo de rechazo a César, pero tal vez no era sino perplejidad ante el lugar tan inadecuado para situar su estatua, junto a la de la diosa.

Con todo, las relaciones de Tulio con César eran correctas durante estos meses, pues el panegírico de Catón escrito por Tulio y publicado en mayo no tuvo más consecuencias que una réplica de César, el *Anticatón*, dedicado precisamente a Tulio, con un malicioso encomio, en referencia tal vez a su fracasado intento por obtener el triunfo en el año 49: «mayor ha de ser su mérito que el de todos los generales que celebraron el triunfo, pues él amplió los límites de Roma en la misma medida en que es mayor la cultura romana que su imperio»¹⁸³. En esta rivalidad entre las armas y las letras, no hay duda de cuál era el bando de César. Tulio hizo algún tímido intento de ejercer como consejero áulico del dictador y escribió el borrador de una carta, modelada sobre las de Aristóteles o Teofrasto a Alejandro Magno, en la que parece —pues nada de ella se ha con-

servado— que le daba consejos sobre la situación política. La intención era hacerla pública, pero, de modo prudente, decidió recabar primero el parecer de Opio y de Balbo, quienes sugirieron introducir tantos cambios que Tulio abandonó el proyecto, de modo que ni la remitió a su destinatario ni, mucho menos, la hizo pública. No sabemos cuál era su contenido ni tampoco, en concreto, qué encontraron en él de ofensivo los colaboradores de César, aunque tal vez fuese demasiado parca en elogios e instase a César a no emprender la campaña pártica hasta dejar bien resueltos los asuntos en Roma, lo cual no era muy del agrado del dictador, que ciertamente no tenía ningún deseo de retrasar su partida¹⁸⁴.

El 19 de diciembre, César visita a Tulio en su villa de Puteoli. Lo acompaña una enorme comitiva de más de dos mil personas, incluidos esclavos y libertos, cuyo número supone una carga insostenible para su anfitrión, y durante su breve estancia no hablan de política, sino de literatura¹⁸⁵. ¡Qué lejos queda aquel Tulio que desafió a César en el 49, negándose a asistir a la reunión del Senado, negándose a validar con su presencia la invasión de Italia y la guerra contra Pompeyo! Ahora ya ni siquiera de palabra y en privado cabe oponerse al dictador. La clemencia, igualmente, se ha terminado: cuando regresa de la guerra de Hispania, César sólo concede el perdón a un pequeño número de prisioneros, porque comprende que la mayoría no ha aprendido la amarga lección de las anteriores guerras¹⁸⁶. Su heredero, el futuro emperador Augusto, seguirá el camino exactamente contrario, el que lleva de la crueldad de las proscripciones a la clemencia.

«¡Viva la muerte!» El ejército colonial

«Mi amor por la muerte supera
al vuestro por la causa del Senado y Pompeyo»¹⁸⁷.

Entre las guerras más cruentas se incluyen las civiles, porque en ellas la ciudad, la nación, cuenta los muertos en ambos bandos. Se calcula que en las guerras civiles de 1640-1650 murió una parte de la población inglesa mayor de la que lo hizo en la Primera Guerra Mundial y, de modo semejante, el impacto de la guerra de secesión americana (1861-1865), en términos demográficos, fue mayor que el que produjo la tasa de fallecidos norteamericanos en la Segunda Guerra

Mundial¹⁸⁸. De manera asombrosa —no se me ocurre ningún otro adjetivo para calificarlo—, los estudios modernos no han intentado apenas cuantificar las víctimas de la guerra de César. Indiscutiblemente, las cifras que nos aportan las fuentes antiguas, si bien son abundantes, no resultan creíbles por dos contundentes razones: la fragilidad de la tradición manuscrita (especialmente aguda cuando se trata de números) y, sobre todo, la ausencia de recuentos fiables de bajas, pues ni siquiera el mismo César sabía con exactitud cuántos de sus hombres y, menos aún, del enemigo habían caído en cada batalla¹⁸⁹. Los estudios que se han hecho sobre las oscilantes cifras de muertos para la guerra de secesión americana muestran hasta qué punto el registro era incompleto, tardío, se fundaba en la memoria de los oficiales y se veía muy influenciado por el interés en magnificar el número de bajas o, según los casos, infravalorarlo. El estudio del «exceso de fallecimientos» entre dos registros censales (1860 y 1870, es decir, uno anterior y otro posterior a la guerra) obtuvo como resultado una revisión al alza de un 20 por 100 en el número de varones en edad militar muertos por causas relacionadas con la guerra, que pasó así de 620.000 a unos 750.000. Se comprueba, de este modo, que las cifras que se obtienen a partir de la información militar claramente no constituyen un reflejo fiel del impacto de la guerra, dado que no coinciden en absoluto con los datos censales¹⁹⁰. En el caso de la guerra civil romana, la tendencia parece ser la de la ocultación. César consignó orgulosamente el número preciso de enemigos muertos durante sus campañas gálicas, aunque seguramente exagerado, pero se negó a revelar el de los caídos en la masacre de la guerra civil¹⁹¹. Este ocultamiento parece haber tenido éxito, porque los autores modernos minimizan la gravedad de los daños, como si, en vez de librado una guerra, Pompeyo y César hubieran jugado una partida de ajedrez por el dominio del mundo¹⁹².

Teniendo presentes las enormes dificultades a las que nos enfrentamos, debemos partir del hecho obvio, pero a menudo obviado, de que una guerra civil de siete años prácticamente ininterrumpidos (49-42) tuvo que cobrarse un elevado número de vidas, provocar carestías graves, afectar a las cosechas y a las ciudades atacadas, forzar la apresurada huida de quienes buscaban alejarse todo lo posible del escenario del conflicto para evitar la muerte o la esclavización, incrementar las enfermedades y el hambre. Cuando César cruzó el Rubicón e invadió Italia, muchos abandonaron sus hogares y bus-

caron refugio en Roma¹⁹³. Antes de Farsalia, César dice que Pompeyo ha perdido, en Italia e Hispania, 130 cohortes, es decir, unos 50.000 hombres, una cifra que ha de incluir tanto bajas en sentido estricto como tropas que habían dejado de servir a las órdenes de Pompeyo por haber sido vencidas, es decir, prisioneros de guerra cuyo destino último es imposible de determinar¹⁹⁴. Algunos se alistaron en el ejército vencedor, muchos regresarían a sus casas, tras pagar un rescate, y otros no volvieron nunca. No sólo los combatientes arriesgaban sus vidas, también las de las mujeres y los niños corrían peligro¹⁹⁵. No nos resulta posible cuantificar, ni siquiera de modo aproximado, todo ese ingente volumen de daños, o describirlo al menos, pero sí podemos hacernos una idea en cuanto al número de muertos. Nuestras fuentes nos proporcionan un puñado de cifras para las batallas más memorables, aunque con claras discrepancias entre unos autores y otros¹⁹⁶. La que parece más digna de crédito se refiere a un episodio menor, esto es, las dos derrotas que sufrió César en un mismo día en Dirraquio, cuando, según confesión propia, perdió 996 hombres, en concreto 960 soldados, 32 centuriones y 4 tribunos militares de rango ecuestre¹⁹⁷; es la cifra más alta de pérdidas propias que reconoce, pues supera a las bajas sufridas en Gergovia, la más grave derrota de la guerra de las Galias, cuando fueron sólo 700 soldados y 46 centuriones¹⁹⁸. Para las batallas mayores, las cifras se disparan y algunas parecen mero adorno, carentes de cualquier fundamento. En Farsalia, según César, murieron 200 de sus hombres, pero 15.000 de los del enemigo¹⁹⁹. En Tapso murieron entre 10.000 y 50.000 pompeyanos, mientras que en Munda los caídos fueron 40.000 entre ambos bandos (o bien 30.000 pompeyanos y 1.000 cesarianos según otra fuente). Cuando César, poco después, tomó Corduba, murieron 22.000 de sus defensores²⁰⁰. La batalla más importante de todo el periodo en cuanto al número de tropas implicadas, unas cuarenta legiones más la caballería, fue la de Filipos, en el año 42, aunque sólo contamos con la cifra parcial de bajas en el sector del joven César (8.000) y en el de Casio (16.000), es decir, 24.000 en total; nada sabemos en cuanto a las soportadas en la segunda batalla de Filipos, pero si suponemos que la mortalidad fue semejante a la de la primera, podemos concluir que los muertos, entre ambas, alcanzaron los 40.000²⁰¹. Aun dándoles a estas cifras un crédito que no merecen, es imposible determinar cuántos de los muertos eran ciudadanos romanos y cuántos soldados auxiliares, es decir, no ciudadanos, pero, dejemos cons-

tancia de que el total de bajas en las grandes batallas entre el año 48 y el 42, según los datos que aparecen en las fuentes literarias, asciende al menos a 120.000, a lo que debemos añadir los muertos causados por los combates menores, las acciones posteriores al día de la batalla (como la toma de Corduba) y los heridos que no logran sobrevivir a sus heridas, al hambre y a las enfermedades.

Las cifras directas de bajas en combate son, sin duda, menos fiables que las que podemos obtener a partir del número de soldados que cada bando puede formar en el campo de batalla, al menos si nuestra fuente está hablando de sus propias tropas, pues su información sobre las del enemigo hubo de ser notablemente imprecisa. César alineó en Farsalia ocho legiones, que sumaban un total de sólo 22.000 hombres, cuando deberían haber sido aproximadamente el doble²⁰². A título de comparación, su enemigo puso en el campo de batalla 45.000 soldados agrupados en 110 cohortes, es decir, que cada legión de Pompeyo tenía algo más de 4.000 soldados mientras que las de César no llegaban a los 3.000. César nos dice que su ejército había sufrido muchas pérdidas por enfermedades en el 49, durante el otoño que pasó en Brundisio y Apulia, mientras esperaban al buen tiempo para poder embarcar y cruzar el Adriático, y cabe suponer que otra buena parte de los 20.000 soldados que faltan había caído en los enfrentamientos de Corfinio, Dirraquio, Brundisio o Ilerda²⁰³. Dado que se refiere a tropas legionarias, César nos está dando de modo indirecto la cifra de ciudadanos romanos caídos en combate o muertos por privaciones y contagios o mutilados o desaparecidos, si aceptamos —lo que dista de ser seguro— que cada legión contaba con al menos una buena parte de sus efectivos teóricos al comienzo de la campaña y que las pérdidas sufridas en la Galia se habían compensado con nuevas aportaciones. En un año y medio, entre enero del 49 y agosto del 48, César había perdido unos 20.000 hombres, a los que hay que sumar los que cayeron en África con Curión. Para su enemigo, Pompeyo, podemos estimar una cifra superior. Digamos que Roma había perdido unos 60.000 hombres, en combates menores, aunque también por hambre y enfermedades —el terrible asedio de Dirraquio—, cuando las grandes batallas aún no se habían librado. 60.000 hombres en veinte meses suponen una media de 3.000 bajas al mes. Si extendemos esta cifra al periodo siguiente, de guerra civil prácticamente continua, entre septiembre del 48 y junio del 45 (incluyendo así las operaciones militares que

tuvieron lugar tras Munda), tendremos que añadir en estos treinta y tres meses 99.000 bajas más, es decir, un total de 160.000 varones adultos (la mayoría de ellos, entre los diecisiete y los veinticinco años de edad) para el periodo 49-45.

De este modo, hemos obtenido una cifra que debemos considerar como un mínimo, dado que se refiere a momentos anteriores a los grandes combates, puesto que el daño causado por la guerra fue mayor en los años posteriores a Farsalia, pero al menos nos indica que los números que obtenemos de las fuentes literarias pecan por defecto, al limitarse exclusivamente a las bajas en las principales batallas, pasando por alto todo el resto de víctimas, directas e indirectas, de la guerra civil. Aun así, nos permite hacer una estimación preliminar de lo que pudo haber significado el conflicto, en especial si la comparamos con los datos que tenemos para el conjunto de la población. El último censo republicano que se completó, el del año 70, arrojó un total de 910.000 ciudadanos (varones adultos probablemente), que debieron de alcanzar los 960.000 en el año 49, si aceptamos una tasa de crecimiento vegetativo anual del 0,3 por 100²⁰⁴. Esto significa que las pérdidas militares, en un cálculo muy conservador como el que hemos hecho (160.000), ascendieron al 16 por 100. Podemos comparar este dato con los 85.000 ciudadanos romanos que se calcula perecieron entre el 110 y el 85, en las guerras cimbrias, la guerra de los aliados y las guerras civiles de finales de los ochenta, lo que supuso un 18 por 100 de la población censada en el año 115, a lo largo de un periodo mucho mayor (veinticinco años por sólo cinco en nuestro caso)²⁰⁵. El terrible impacto que estas pérdidas debieron de producir en la sociedad, en la conciencia, en el recuerdo de la guerra resulta muy difícil de medir, pero tuvo que ser devastador.

Si bien podemos seguir el rastro de bastantes de los senadores o, al menos, de los más encumbrados, que tomaron parte en ellas y conocemos su fatal destino, no sabemos apenas nada sobre los soldados y oficiales que cayeron en las brutales batallas que escandieron cada año de esta guerra. Tenemos, sí, algunos epitafios, que destacan por su irritante brevedad. El más sorprendente es el de un veterano de Narbo Martius, que murió con veintitrés años y que consigna orgulloso en su lápida que perteneció al ala de Esceva: ¿la del cruel y despiadado Esceva o algún otro? No podemos saberlo. También ha llegado a nosotros el epitafio común de dos hermanos, Quinto y Cayo Canuleyo, ambos de la séptima legión. El primero de ellos mu-

rió en la Galia a los dieciocho años; el otro, Cayo, murió a los treinta y cinco, después de haber combatido en la guerra civil, pero no nos dice dónde sirvió, y tras haber sido reiteradamente condecorado con torques, brazaletes y coronas; como recompensa, César le dio tierras en Campania, donde murió, pues su lápida se encontró en Santa Maria di Capua Vetere. En el otro bando de la contienda, conocemos a N. Granonio, que fue centurión de Léntulo Espinter (cónsul en el 57), en la legión XVIII, y luego centurión de Cn. Pompeyo Magno, en la legión segunda. Seguramente participó en la campaña de Macedonia (por eso fue sepultado en Atenas), pero nada dice al respecto, quizás por los malos recuerdos²⁰⁶. En algún caso aislado, podemos conocer ciertos detalles. T. Quinctio Escapula, un oficial de caballería pompeyano, se suicidó de espléndida y romana manera, en Corduba, cuando la ciudad estaba a punto de caer en manos de César: ordenó disponer la pira y tras una magnífica cena, rodeado de sus esclavos y libertos, a los que repartió dinero y regalos, le indicó a uno de los esclavos que le diera muerte y al liberto, que encendiese la pira²⁰⁷.

Contamos con un dato complementario que nos puede servir para aquilatar algo mejor el tremendo impacto de la guerra civil. César llevó a cabo, en el año 46, una revisión censal de la población de la ciudad de Roma con la que logró reducir el número de beneficiarios de los repartos de trigo público, que pasó de 320.000 a sólo 150.000. La cifra primera, los 320.000 perceptores, no sabemos cuándo se obtuvo, pero es probable que fuese durante el año 56, cuando Pompeyo se encargó del abastecimiento de Roma. El drástico descenso se puede atribuir a dos causas distintas, que no se excluyen necesariamente entre sí: o bien a un cambio en los criterios para confeccionar la lista de perceptores o bien a la mortalidad provocada por la guerra. Las fuentes antiguas, de modo casi unánime, apuntan a este segundo factor como causante²⁰⁸, pero los modernos, con una unanimidad comparable, se inclinan por el primero²⁰⁹. A mi juicio, hubo cuatro factores que coadyuvaron a este sorprendente resultado, que hizo que hubiera 170.000 bocas menos que alimentar con cargo al erario público. En primer lugar, una parte se debe al programa de fundaciones coloniales de César. Aunque no sabemos cuántos del total de 80.000 nuevos colonos eran habitantes de Roma, tras la partida de los colonos la ciudad se quedó vacía, de donde debemos inferir que muchos de ellos, tal vez la mitad, procedían de la misma

Roma²¹⁰. En segundo lugar, César parece que introdujo un criterio algo más restrictivo, que excluía de la lista de beneficiarios del trigo público a los propietarios de casas²¹¹. Manteniendo como hasta entonces la exigencia de la ciudadanía romana, en adelante sólo tendrían derecho los inquilinos o bien quienes no tuvieran domicilio fijo, pero ya no los propietarios de inmuebles. Así, el sistema de reparto se orientaba de modo más eficaz para beneficiar a los más pobres. No es fácil saber cuántos propietarios había en Roma en el año 46, pero los estudios modernos calculan que había unas 27.000 viviendas, incluyendo tanto las casas de varios pisos (*insulae*) como las viviendas aisladas (*domus*)²¹². Podemos asumir que cada una de ellas tenía un único propietario, dado que no existía en Roma la división horizontal, de conformidad con el bien conocido aforismo jurídico *superficies solo cedit*. Algunos senadores, como por ejemplo el mismo Tulio, obtenían sustanciosas rentas como dueños que eran de varias de estas casas de pisos²¹³. En todo caso, la cifra de excluidos no debió de ser muy elevada, dado que los beneficiarios constituían claramente una parte mayoritaria de la plebe de Roma²¹⁴. En tercer lugar, una parte de la rebaja cabe atribuirla a un mayor cuidado en el registro, que excluye a quienes estuvieran por debajo de la edad requerida o bien a esclavos que habían sido manumitidos por sus dueños sin seguir las formalidades legales y que, por lo tanto, seguían siendo esclavos a ojos de la ley. Su número era significativo, pero, por desgracia, no podemos cuantificarlo. Por último, en cuarto lugar, tenemos a quienes participaron como soldados en la guerra civil y habían caído prisioneros o bien habían muerto. La opinión dominante, es verdad, sostiene que al reclutamiento concurrían campesinos, no gentes de la ciudad, pero esta conclusión se fundamenta en buena medida sobre la opinión, errónea, de que la gran mayoría de los habitantes de Roma eran esclavos y libertos, quienes no podían por ley servir en las legiones²¹⁵. Tenemos, sin embargo, algunos testimonios que indican que se llevaba a cabo el reclutamiento también en la ciudad de Roma²¹⁶. Contamos asimismo con referencias concretas a su participación en la guerra. Su contribución fue tal vez proporcionalmente pequeña, pero no insignificante. Así, en África, en el ejército de Escipión, había algunos que procedían de ciudad de Roma, mientras que, en la batalla de Munda (en el año 45), murieron tres mil caballeros romanos, parte de los cuales eran de la provincia (la Hispania Ulterior) y, parte, de la capital del imperio²¹⁷.

Si sumamos las dos primeras categorías (es decir, los colonos y los propietarios de casas, excluidos del reparto de trigo) obtenemos un máximo aproximado de $40.000 + 27.000 = 67.000$. Dado que la rebaja total en el año 46 fue de 170.000, podemos ver que, bastante más de la mitad, unos 100.000, corresponde a inscripciones irregulares o fraudulentas que han sido eliminadas y, sobre todo, a soldados y víctimas de la guerra civil. En conclusión, parece difícil negar que las fuentes antiguas con que contamos tenían una buena parte de razón —bastante más de la mitad, como hemos dicho— al atribuir el brutal descenso en el número de perceptores de trigo público a ciudadanos romanos de la propia Roma caídos en combate, sin que podamos excluir otros factores como la severa hambruna que la afectó a finales del año 49, consecuencia probable del bloqueo de Italia por la marina de Pompeyo²¹⁸. La cifra de víctimas tuvo que aumentar todavía más en los años siguientes, en particular en el 45, durante la sangrienta campaña de Hispania. Podemos pensar que, de las 160.000 bajas producidas por la guerra de César —en lo que es a mi juicio un cálculo muy conservador—, una parte relevante, de unos 50.000 al menos, procedía de la misma capital del imperio.

CAPÍTULO 5

POR ESTA SOLA DEIDAD: LA TIRANÍA

En la majestuosa tranquilidad de la paz augustea, pasados ya los años terribles que siguieron a la muerte del gran César, los poetas recordaban su asesinato envuelto en terribles prodigios que helaban la sangre. La cólera divina había castigado con la mayor crueldad a los romanos por este crimen. Virgilio, que había nacido en el año 70 en la Cisalpina y había vivido toda esa inacabable serie de guerras y calamidades tal vez en Neapolis o bien en la propia Roma, escribe en torno a los años 30-29 que el mismo Sol, «exterminado César, se compadeció de Roma, cuando cubrió su círculo claro con una herrumbre oscura, y los siglos impíos temieron la llegada de una noche eterna»¹. Tras el eclipse, se suceden nuevos portentos, cada uno más espantable que el anterior: el Etna vomitando fuego, las misteriosas voces en los bosques, las aves siniestras o los cometas funestos. Algunos años más tarde, hacia el 8 d.C., Ovidio, un poeta más joven, que nació después del tiranicidio, resulta igualmente enfático destacando el terror que se apoderó de la entera Roma, pero que él sólo pudo conocer de oídas. Su obra maestra, *Metamorfosis*, se abre y se cierra con el miedo helador que infunde el magnicidio. En el último libro, la diosa Venus se angustia al ver la conjura que se prepara contra César, de su mismo linaje. No le es dado eludir el destino inexorable que le aguarda, lo único que pueden hacer los dioses es lanzar señales claras del desastre inminente: el estrépito de armas y trompetas entre las nubes, el eclipse de sol, las gotas de sangre que caen mezcladas con la lluvia, amenazadoras palabras procedentes de los bosques sagrados... Los sacrificios resultan todos fallidos, porque las entrañas de las víctimas, por ser espantosas —aparece entre ellas una cabeza cortada—, anun-

cian los desastres que se ciernen fatales². Varios miles de versos antes, al comienzo de esta misma obra, Júpiter había convocado en su palacio celeste a los restantes dioses para informarles del terrible crimen cometido por Licaón —pues había intentado matar al propio Júpiter y engañarle dándole a comer carne humana— y del justo castigo que merecía. Sintieron al oírlo los dioses un horror semejante al que recorrió el mundo cuando se supo que unos cuantos habían querido aniquilar el nombre de Roma matando a César³. El castigo que tiene reservado a Licaón el dios supremo es el exterminio casi total del género humano, por el diluvio, un cataclismo de parecida violencia a la de las guerras civiles que asolaron el orbe romano desde los idus de marzo y durante trece años, hasta la victoria última del joven Octavio en Accio.

Ese año 44, en enero, su padre César había celebrado las ferias latinas en el monte Albano, como era obligado hacerlo, especialmente él, que había criticado con dureza a los pompeyanos por no cumplir con este deber religioso en su apresurada huida de Italia en enero del 49. Se le permitió usar la ropa propia del rey de Alba Longa y también se le concedió un triunfo menor (conocido como «ovación»), de modo que pudo hacer una espectacular entrada en Roma, el 26 de enero, escoltado por setenta y dos lictores y acompañado por sus fieles, entre ellos el joven Octavio (quien estaba previsto que sucediera a Lépido como segundo al mando del dictador, es decir, como comandante de la caballería, cuando se iniciase la campaña contra los partos, lo que no llegó a suceder, claro está)⁴, y el leal Marco Antonio y tal vez también su escolta hispana, que, en todo caso, despidió al punto⁵. No tenía otro remedio, porque debían ser los ciudadanos quienes formasen la guardia del rey, nunca soldados extranjeros, pues estos integraban la de los tiranos y no parece que la escolta de senadores y caballeros que le ofreció el Senado llegara a constituirse nunca⁶. En medio del fervor de la multitud, pudo verse que a una de sus estatuas le cubría la cabeza una corona de laurel, enlazada con una cinta blanca, símbolo de la realeza. Se escucharon gritos de júbilo y aprobación. Dos tribunos de la plebe ordenaron retirarla, lo que hizo enfurecerse al vencedor de Munda. Un tercer tribuno de la plebe, obediendo instrucciones precisas, los destituyó a ambos y César los expulsó del Senado fulminantemente, demostrando, una vez más, su temperamento impulsivo y colérico, que le hacía cometer errores políticos cada vez con mayor frecuencia⁷.

Algunos días después, tal vez el 13 o el 14 de febrero, César asumió el ominoso título de «dictador perpetuo». Había sido dictador por tercera vez en abril del año 46 y por cuarta en febrero del 45. Con esta nueva magistratura evitaba la engorrosa renovación anual e indicaba ya cuál era el nombre que había elegido para gobernar Roma. El César que había dicho de Sila que era un analfabeto por haber abdicado de su dictadura no estaba dispuesto en modo alguno a ceder espontáneamente la suya. La inauguración de su nuevo cargo debía acompañarse del sacrificio oficial de un buey, que en este caso resultó de mal agüero, pues no pudo encontrarse el corazón de la víctima, portento que el arúspice etrusco Espurina interpretó como un aviso terrible de que sus planes y su vida corrían peligro, dado que ambas cosas, vida y planes, nacen del corazón⁸. A la luz de lo que ocurrió después, este episodio se reinterpretó como una advertencia solemne del arúspice contra los treinta días siguientes, plazo terrible, vencido, precisamente, en los idus de marzo⁹.

Apenas uno o dos días más tarde, el 15 de febrero, durante la fiesta de las lupercales, Marco Antonio, cónsul y miembro de la cofradía de los luperkos, descendiendo del Palatino, se acercó desnudo —cubierto apenas con un taparrabos hecho con piel de la cabra recién sacrificada—, hasta el tribunal de oradores en el foro, donde aguardaba César, sentado en su silla áurea y vestido con una toga de color púrpura. Le ofreció una corona de laurel enlazada con una cinta o diadema. Varias veces insistió en el gesto, ante el rechazo de César, que ordenó quedase consignada en el calendario oficial su negativa a convertirse en rey¹⁰. La fiesta era una de las más importantes de Roma y estaba especialmente vinculada al nacimiento de la ciudad, pues el Luperkal era la cueva del Palatino donde la loba había amamantado a los gemelos fundadores, según la leyenda¹¹. Las cofradías que participaban en la fiesta eran tradicionalmente dos, los fabianos y los quintiales, en representación, respectivamente, de Remo y de Rómulo, pero ese año se había añadido una tercera, presidida por Marco Antonio y cuyo nombre no dejaba lugar a dudas: los julianos, en honor a César¹². Más que suficiente. Convertirse ahora en rey hubiera sido un insulto innecesario y torpe. César acababa de ser designado dictador perpetuo: ese era su deseo, esa, y no otra, su ambición. No se puede excluir que toda la escena fuera una iniciativa personal de Marco Antonio, temeroso del terrible poder que había acumulado César, queriendo con ello situarlo bajo una incómoda

luz popular¹³. La modesta o molesta réplica del dictador probablemente no fue fingida.

César tenía previsto partir de Roma el 18 de marzo, escoltado por la legión que acampaba en la isla del Tíber, para reunirse, primero, con el ejército que le esperaba en la Cisalpina y, luego, con las legiones acuarteladas en Apolonia con el joven Octavio, y así lanzarse finalmente contra los partos, lograr nuevas conquistas y vengar la derrota de Craso en Carras. Era una campaña que había decidido emprender casi desde el día siguiente de su victoria en Munda¹⁴. Quería dejarlo todo bien atado en Italia y ya había presidido los comicios que habían elegido a los cónsules y otros magistrados para los dos años siguientes, pero tropezó con un obstáculo de última hora¹⁵. Marco Antonio se oponía a que Dolabela fuera designado su colega en el consulado para lo que restaba de año: era este un hombre joven, de unos veinticinco o veintiséis años, que no había sido todavía pretor, y cuyo principal mérito era su lealtad ciega a César, pero era, sobre todo, el tribuno de la plebe con el que él había tenido un brutal enfrentamiento tres años antes, resuelto al precio de sembrar de cadáveres las calles de Roma. De modo inesperado y tal vez impulsivo, hizo recaer algunas dudas sobre la validez religiosa de los comicios por centurias que habían elegido cónsul a Dolabela a finales de febrero: tras el voto de la centuria prerrogativa, de las dos primeras clases y de seis centurias ecuestres, es decir, cuando faltaba el voto de una sola centuria para alcanzar la mayoría necesaria, Marco Antonio, en su calidad de augur y como presidente de los comicios, detuvo la votación alegando haber observado una señal desfavorable¹⁶. Esto era un abierto desafío a los deseos del dictador. Aunque se había visto recompensado con el cargo de cónsul, tal vez nuestro lupercio estaba molesto porque de nuevo se le excluía de la campaña militar. Al igual que había sucedido en Tapso y en Munda, tampoco tomaría parte ahora en la guerra contra el parto, sino que debería quedarse en Italia, vigilando la retaguardia, y teniendo, con un rango igual al suyo, ya no como subordinado, a un temperamento tan volcánico como el del tribuno de la plebe del 47. El hombre del momento era Lépido, segundo al mando, no él¹⁷.

Así pues, César tuvo que convocar una reunión para el 15 de marzo, el día de los idus, en la curia del Senado en el pórtico del teatro de Pompeyo, es decir, en el campo de Marte. Cabe preguntarse por qué eligió precisamente ese lugar, por qué eligió el monumento

que exaltaba la memoria de su rival, en el pórtico donde catorce estatuas representaban a otros tantos pueblos vencidos por Pompeyo a lo largo de sus campañas¹⁸. Tal vez fue ese precisamente el motivo, dado que la reunión marcaba el inicio de lo que iba ser una nueva guerra contra pueblos a los que ni siquiera el gran Pompeyo se había enfrentado. Ciertamente, no podía convocarla en el lugar más habitual, la sede del Senado en el foro, porque estaba en obras: la curia que había reconstruido Fausto Sila tras el incendio clodiano del 52 fue demolida en el 46 para iniciar, a principios del 44, la construcción de una nueva, modificando su orientación para alinearla con el foro de César, y haciéndola más grande, porque el Senado de César contaba con unos 900 miembros, en lugar de los 600 de Sila¹⁹. Los trabajos, interrumpidos tras los idus de marzo, habrían de reanudarse en el año 43, aunque la preceptiva inauguración no se produjo hasta el 29²⁰.

La reunión debía acordar la validez de los comicios consulares, despejando los escrúpulos religiosos, una cuestión de importancia crucial para el dictador, que iba a iniciar, incansable, una nueva guerra a sus cincuenta y seis años. También corría la especie de que, según los libros sibilinos, sólo un rey podría vencer a los partos y, según parece, la notificación oficial al Senado de esta profecía, con la discusión subsiguiente sobre las medidas que debían adoptarse, iba a producirse en la sesión funesta²¹. Era la oportunidad soñada o tal vez la última. Las probabilidades de que César muriese en combate como Craso eran pequeñas, dada su amplia experiencia militar, pero los conspiradores no estaban dispuestos a verlo regresar a Roma con otra victoria alada en su coraza, en la que habría sido la primera guerra puramente externa después de la inacabable serie de contiendas civiles, contra Pompeyo, contra su hijo y contra sus leales. César era dictador perpetuo desde el 13 o el 14 de febrero, es decir, hacía un mes sobre poco más o menos. Al parecer, se disponía a gobernar Roma por carta durante el número impreciso de años que durase la campaña. Los conspiradores habían discutido diversas alternativas, distintos lugares en los que acometer su hazaña, como la Vía Sacra que cruzaba el foro o el Campo de Marte, pero cuando se supo que César asistiría a la reunión, entendieron que ese era el lugar perfecto, porque simbolizaba la venganza del Senado y de Pompeyo sobre el vencedor de Farsalia²².

Cuando se produjo el ataque, todos, hasta los más fieles, corrieron a ponerse a salvo. Aunque algunos de los senadores eran antiguos

centuriones de César, de demostradas lealtad y bravura, de modo sorprendente, ninguno se interpuso para proteger a su general. Sólo de dos senadores se nos dice que defendieron a César: L. Marcio Censorino y C. Calvisio Sabino. ¿Lo hicieron por lealtad personal o política? El primero de ellos, descendiente de una familia fiel a Mario, pues su padre había sido ejecutado por orden de Sila tras caer prisionero en la batalla de Porta Colina, en noviembre del 82, encaja en ese perfil, en el político; del segundo, sabemos que había servido a las órdenes de César en Acaya²³. Sorprende un tanto que ambos sobrevivieran para ser oportunamente recompensados con el consulado en el año 39. Su defensa inerte contra los enceguedidos puñales de los atacantes no parece que fuera nada enérgica, no se mencionan sus heridas, si las hubo, y tal vez todo esto no sea sino sólo una historia edificante, inventada con el fin de mostrar que, al menos, alguno, siquiera dos de sus fieles y leales, hicieron frente a los tiranidas. ¿Es que nadie quiso defender a César? En verdad fue un tirano, entonces. Salvo ellos dos, todos los demás senadores que asistían a la reunión, y que debían de ser bastantes más de doscientos, huyeron²⁴. Antonio, que no había llegado a entrar en la curia, retenido por uno de los conjurados, corrió a refugiarse en su casa²⁵. Si Tulio estaba presente, no llegó a oír cómo Bruto invocaba su nombre al hundir el puñal en el cuerpo del dictador²⁶. César, que estaba constantemente escribiendo algo, que era capaz de dictar varias cartas al mismo tiempo a sus secretarios, e incluso de pergeñar un docto tratado sobre abstrusas cuestiones gramaticales en plena campaña gala, «mientras le sobrevolaban los dardos», murió, como si dijéramos, con el lápiz en la mano, con el que hirió a uno de los atacantes²⁷. Como Pompeyo, sus últimas palabras fueron en griego, pero no el pasaje de una tragedia, no los amados versos de Eurípides, sino, como en el Rubicón, el fragmento de un proverbio griego, una advertencia para Bruto a modo de maldición: «también tú, hijo», es decir, también tú correrás la misma suerte²⁸.

Se nos dice que los conspiradores fueron más de sesenta, pero se conocen los nombres sólo de veinte: de ellos, diez fueron pompeyanos —perdonados por César— y seis, cesarianos²⁹. Porcia fue la única mujer que supo de la conspiración. Logró que Bruto, su marido, le revelase el secreto hiriéndose en el muslo para demostrarle que no era tan mujer como para no poder soportar la tortura y que, llegado el caso, no habría de revelar nada, que ella era la hija de Catón, el mártir

de Útica³⁰. Los principales, naturalmente, fueron Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, pompeyanos ambos, y Décimo Junio Bruto, de antigua lealtad cesariana (había servido a sus órdenes en la Galia), pero entre ellos había también figuras menores, como L. Poncio Aquila, el tribuno del 45, de acendradas convicciones republicanas, que ya había molestado a César rehusando ponerse de pie como señal de respeto³¹. Hay otros candidatos dudosos que añadir a esta lista, como Cn. Domicio Enobarbo, sobre quien las fuentes manifiestan opiniones encontradas³². Conocemos otros diez nombres de quienes no se afirma que participasen en la conjura, pero sí se dice que se unieron luego a ella o le mostraron simpatía³³. Esto no significa, claro, que tomasen parte en el asesinato. Sesenta es un número excesivo. ¿Cuántas manos hacen falta para matar a César? ¿No bastaban cinco o seis senadores para acabar con el tirano? Para matarlo, probablemente, sí. Lo que se buscaba era la participación de todos, del mayor número, en el crimen fundacional. Todos le hieren al menos una vez, todos deben tomar parte, incluso Bruto. No era un ajuste personal de cuentas, sino una sentencia de muerte ratificada —y ejecutada— por el Senado en pleno, una unanimidad que se puso en cuestión por quien dijo que dos senadores habían defendido al dictador y también por quien advirtió que sólo una de las heridas fue mortal³⁴. Pudieron los conspiradores anticipar una resistencia mucho mayor de la que se produjo, pero es indudable que cuantos más estuvieran en el secreto, mayor era el riesgo de que alguno se fuera de la lengua y traicionase a los restantes. Debían Casio y Bruto buscar un término medio que les proporcionase una fuerza suficiente como para intimidar a los senadores y disuadirles de ofrecer resistencia, como así sucedió, pero reduciendo al mismo tiempo el riesgo de incluir a un traidor o a un timorato en sus filas. También cabe pensar que más de uno se atribuyó después indebidamente el mérito —como lo hizo Léntulo Espinter, de forma un tanto ambigua, creyendo que con ello no corría riesgos y equivocándose gravemente—³⁵. Nos quedamos, pues, con una lista más reducida, de unos veinte nombres, que coinciden con las veintitrés heridas que pudieron identificarse luego en el cuerpo del dictador, si es verdad que cada conspirador quiso herirle al menos una vez y que alguno seguramente lo hizo varias veces³⁶.

No debió de durar el apuñalamiento más de unos pocos minutos. Luego, el lugar quedó desierto. Los enemigos de César, sus amigos y sus leales camaradas, quienes lo amaban y quienes lo temían corrie-

ron a esconderse aterrados, mientras su cadáver se desangraba por las veintitrés heridas. Sólo tres de sus esclavos se atrevieron a entrar en el edificio para colocar el cuerpo en la misma litera que lo había conducido hasta allí y atravesar con él el Campo de Marte. Eran los idus de marzo, día festivo, dedicado a Ana Perena, cuyo bosque sagrado estaba situado un poco más al norte, en la vía Flaminia, junto al Tíber, donde muchos romanos del común festejaban a la diosa bebiendo, bailando y comiendo al aire libre o en improvisadas tiendas de campaña; se cantaban canciones obscenas y toda la descripción tiene un claro aire de carnaval³⁷. No podemos saber qué recorrido siguieron. Seguramente rodearon el circo Flaminio con su siniestra carga, cruzaron la puerta Carmental, para seguir luego a través del foro y la vía sacra, hasta la casa de César, la residencia oficial del pontífice máximo. Los mapas modernos dicen que se puede recorrer en una media hora andando los dos kilómetros y medio que separan el Largo del Pallaro (el teatro de Pompeyo) del foro romano. Teniendo en cuenta el peso que llevaban y las multitudes que habitualmente atestaban las calles, sobre todo en un día festivo como ese, debieron de tardar bastante más: una hora tal vez portando la litera cerrada de la que colgaba por fuera el brazo inerte del dictador asesinado, tiempo suficiente para que el centro de la ciudad se convirtiera en hervidero de rumores y caldo de terror³⁸.

El cadáver sangriento de César, tendido en el suelo, que muchos senadores pudieron ver con sus propios ojos y retener en la memoria para recordar luego esta visión y alegrarse con ella (así lo hizo Tulio), no impidió su apoteosis, solemnemente proclamada en enero del año 42. Los honores que había recibido César tras su victoria en Munda lo habían asimilado a un dios, pero no lo divinizaban formalmente: se había permitido que su casa cobrase el aspecto exterior de un templo, añadiéndole un pedimento a la fachada; también se le había concedido, entre otros privilegios, un lecho sagrado o *pulvinar*, pero nada más³⁹. Debía morir para convertirse en dios, pero los dioses no mueren, ni siquiera cuando los hombres lo creen así. Fue una sombra de César lo que apuñalaron los tiranicidas, pues Vesta ya lo había elevado a los cielos donde se hallaba visitando los palacios de Júpiter⁴⁰. Su templo en el foro, dedicado en el año 29, demostraba más allá de toda duda su inmortalidad⁴¹.

¿Cuáles fueron las razones? Por supuesto, algunos actuaron movidos por su propia mezquindad o su frustración, al no conseguir de

César la recompensa que creían merecer o que tal vez les había sido sugerida o prometida⁴². De Casio se ha dicho que le movía su credo epicúreo, su devoción por la libertad⁴³. Epicuro era partidario de «vivir oscuramente», porque si la seguridad entre los hombres nace de la riqueza y el poder, la seguridad más pura nace de la vida tranquila, alejada de la multitud⁴⁴. Fiel a la consigna de la escuela, el poeta Lucrecio se burlaba de quienes se presentaban a las elecciones una y otra vez buscando obtener del pueblo «las fasces y la cruel segur»: el suyo es un castigo no diferente del de Sísifo, obligado a empujar cuesta arriba la roca que, al llegar a la cúspide, se desliza por la ladera y retorna al llano para que el maldito Sísifo tenga que empezar de nuevo. No hay en Lucrecio una visión negativa de la monarquía, porque son otras las preocupaciones del poeta: la ambición y la codicia son la causa de la guerra civil⁴⁵. Con todo, Epicuro también se daba cuenta de que, para los temperamentos ambiciosos o que buscaban la fama, la abstención política sería causa de desasosiego y por ello, para tales hombres, lo mejor era no permanecer inactivo⁴⁶. Y el propio Lucrecio señalaba que, en esos momentos difíciles para la patria, los linajes ilustres no pueden desertar de la búsqueda del bien común⁴⁷. Sin embargo, en ningún escrito epicúreo se defiende la libertad como un ideal⁴⁸. No fue una revuelta de epicúreos lo que acabó con la vida de César.

De Bruto se burlaba a veces César diciendo: «difícil es saber qué quiere, pero, sea lo que sea, lo quiere ardientemente»⁴⁹. Sin embargo, de su ardiente encono contra la tiranía no cabe dudar. Se había criado en casa del inflexible Catón y se había casado con su hija, la temible Porcia, pero se enorgullecía en especial de dos supuestos antepasados suyos: L. Junio Bruto, el libertador de Roma que había liquidado la monarquía de Tarquinio, y Servilio Ahala, el justiciero semilegendario que había acabado con las pretensiones monárquicas, reales o supuestas, de Espurio Melio asesinándolo. En el año 54, como magistrado encargado de las acuñaciones, había hecho acuñar dos monedas, ambas con la efigie de «Libertad» en el anverso, y con la de Bruto, el primer cónsul, en el reverso de una de ellas, y en el de la otra, la de Servilio Ahala. A petición suya, Ático había preparado un escrito con algún dibujo (¿un árbol genealógico?) que le mostraba como descendiente de ambos, de Bruto y de Ahala⁵⁰. Poco después, seguramente en el año 53, escribió un panfleto «sobre la dictadura de Pompeyo», en el que decía que po-

días llevar una vida honesta sin tener esclavos a tu servicio, pero no siendo tú un esclavo, que es en lo que se convertirían todos, daba a entender, si hacían dictador al gran Pompeyo. También declaró, en el año 52, que la muerte de Clodio había sido buena para la República⁵¹. Aborrecía la tiranía. Por eso, aunque un joven Pompeyo había sido el responsable de la traicionera muerte de su padre, años atrás durante los incidentes de Lépido en el año 77 —pues ordenó matarlo después de que se hubiera rendido—, pese al odio que sentía por él y a que ni siquiera le dirigía la palabra, pese a que le acusaba de tener las manos manchadas con la sangre de ciudadanos romanos, cuando estalló la guerra civil, Bruto no vaciló: se presentó en el campamento optimata, donde el verdugo de su padre lo recibió con un agradecido abrazo⁵².

Luego nada salió como esperaba y, tras la humillante derrota en Farsalia, se acogió a la clemencia de César, confiando tal vez en que la posición extraordinaria del dictador tendría carácter provisional. No sabemos en qué momento comenzó a desengañarse, pero la dictadura perpetua de febrero tuvo que ser el golpe definitivo que acabó con cualquier rastro de duda que pudiera quedarle. Para Platón, de cuyas doctrinas era Bruto fiel seguidor, la tiranía es el peor de los regímenes posibles, y el tirano, alguien que no pertenece a la sociedad de los hombres, porque lo dominan deseos espantosos que le fuerzan a cometer crímenes inefables: quien, como Licaón, ha probado el sabor de la carne humana, se transforma en lobo⁵³. También en la tradición romana, en los relatos que circulaban sobre Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma, su retrato es el del tirano griego, caracterizado por el lujo desmedido, y las pasiones que lo dominan, en particular, la lujuria y la crueldad: consigue el trono mediante el crimen, asesinando a su antecesor, gobierna sin consultar al Senado, condena a inocentes y su hijo malcriado cree que todo le está permitido⁵⁴. El tirano es incapaz de mantener el dominio sobre sí mismo, se le distorsiona el rostro, sus ojos quieren salirse de las órbitas⁵⁵. César no responde en realidad a ese arquetipo. Aunque de temperamento colérico, ni siquiera era aficionado a la bebida, como reconocía el propio Catón, y su clemencia, tan proclamada, lo situaba lejos del tirano, que por fuerza ha de ser cruel e implacable con sus enemigos⁵⁶. Confiaba en Bruto, lo había designado pretor urbano, pero la fe ardiente de Bruto en la necesidad de extirpar el veneno de la tiranía pudo más que cualquier lealtad o ambición personales⁵⁷.

Las anécdotas que envuelven el episodio y las jornadas precedentes lo presentan como un tiranicidio: la cólera de César contra los tribunos de la plebe que ordenaron retirar las inquietantes diademas, el extraño incidente ocurrido durante las lupercales, la referencia a los libros sibilinos —que tal vez invitaban a designarlo rey—, la soberbia del dictador que se niega a ponerse de pie cuando se acerca a él una delegación de senadores, la concentración de todo el poder en sus manos... Se nos dice que a uno de los asesinos, cuando todos gritaban que el tirano había muerto, se le vio enarbolando una lanza, en cuya punta había un *pileus*, «símbolo de la libertad», porque era el bonete de lana que acostumbraban a ponerse los esclavos al ser manumitidos⁵⁸. A partir de esta escena, filtrada luego a través de Wincklemann y Jacques-Louis David, es probable que naciese la imagen, frecuente en la Francia y la América revolucionarias, del gorro frigio asociado a una lanza o a un palo como símbolo, precisamente, de la libertad⁵⁹.

La tradición historiográfica, incluso la más favorable a Augusto, su sucesor en el trono, encuentra que las ambiciones monárquicas de César justifican el asesinato⁶⁰. Es una acusación que se remonta a los orígenes de la guerra civil, pues sus enemigos se esforzaron con denuedo por presentarlo, desde el mismo momento en que cruzó el Rubicón, como un tirano, dispuesto a acabar con la República. El pompeyano Tito Ampio había hecho circular frases, atribuidas a César, que lo mostraban bajo esta incómoda luz: «el Sila que renunció a la dictadura era un analfabeto» y, también, «la república no es nada, un mero nombre, sin cuerpo ni aspecto»; tales dichos resultaban muy amenazadores puestos en labios del conquistador de la Galia⁶¹. La plasmación jurídica de estos ataques fue el decreto de 7 de enero del 49 por el que se declaraba la necesidad de proteger a la República contra César, en lo que era una abierta declaración de guerra⁶². César explicó con nitidez a sus soldados lo que significaba: que el Senado lo había incluido en la lista de dirigentes democráticos acusados de ambicionar el poder absoluto, de querer convertirse en monarcas, y castigados por ello con la muerte: Lucio Apuleyo Saturnino y los hermanos Tiberio y Cayo Sempronio Graco⁶³.

Tulio se suma al coro con entusiasmo. César, dice, es peor que Aníbal, es un monstruo que planea cancelar las deudas, autorizar el retorno de los exiliados y mil atrocidades más, y todo ello lo hace citando *Las fenicias* de Eurípides: «por esta sola deidad: la tiranía»⁶⁴.

Otros dos versos de esta misma tragedia son una de las citas preferidas de nuestro César: se ha de respetar la ley siempre, salvo cuando esté al alcance el trono⁶⁵. Tulio no se hace ilusiones, sabe que la guerra civil conducirá inexorablemente a la tiranía, sea la de César o la de Pompeyo, porque uno y otro sólo piensan en reinar. Su única esperanza reside en que el tirano, inevitablemente, se hace odioso, incluso a los suyos, y provoca su propio fin. La derrota de Pompeyo no le hará a Tulio cambiar de idea. Mientras combate César en África contra Juba, Cn. Pompeyo hijo y Catón, aun reconociendo que difieren entre sí las causas que allí se enfrentan, sin embargo, cree que no diferirán en mucho las victorias. Reconoce que, de haber triunfado los pompeyanos, nada bueno cabía esperar de unos hombres «coléricos, codiciosos e insolentes». En definitiva, las guerras civiles están llenas de miserias, pero la peor de todas es la victoria, que corrompe incluso a los mejores y los vuelve aún más crueles⁶⁶.

Con todo, tras los idus de marzo, recobra la esperanza y piensa que, junto con la libertad, retornará también la República, porque donde hay tirano no hay República; esta es una vieja idea suya, que repite a menudo, y que le lleva a concluir que matar al tirano es un acto hermoso, incluso aunque sea un pariente o un amigo⁶⁷. Pero la tiranía en la que piensa es la de César, que tuvo una orientación política determinada y un claro apoyo, la soldadesca, pues con el apoyo del ejército del pueblo romano mantuvo bajo su férula al propio pueblo romano, hasta entonces libre⁶⁸. Los *demócratas*, que defienden la reforma agraria y la cancelación de deudas, destruyen los cimientos de la República, porque perjudicar a unos para beneficiar a otros va en contra de la naturaleza⁶⁹. Platón enseñaba que la tiranía nace como una perversión de la democracia y Tulio asiente y lo reconoce así, pero no cree que haya una sola vía ni un solo origen: la tiranía puede surgir de cualquier modo, no hay un único camino, porque los unos y los otros, los aristócratas tanto como la gente del común, se arrebatan entre sí la constitución como si fuese una pelota. Ahora bien, en el caso de la república perfecta y más estable, que es la romana, sólo el vicio de los príncipes, de los mejores, puede destruirla⁷⁰. Aquí la culpa es compartida y hay, pues, un hilo que hilvana a Sila con César, pese a sus diferencias. No cesarán las guerras civiles mientras los violentos y los arruinados recuerden la subasta pública que ambos hicieron de los bienes de sus enemigos. La guerra civil desemboca en una dictadura sangrienta, que engendra miedo y codicia, de donde nacen a su

vez nuevos conflictos entre ciudadanos, nuevas guerras civiles, en un ciclo infernal que parece inacabable. Medran los peores, que se enriquecen con los expolios y saqueos: hubo uno que de ser escriba con Sila pasó a ejercer como cuestor urbano con César⁷¹. No menciona Tulio a nuestro Ventidio Basso, tratante de mulas al que César abrió las puertas del Senado, pero bien pudo haberlo tenido presente. Este es el mejor de los reclamos para que estallen nuevos conflictos.

Se hubiera horrorizado César de verse colocado a la par con Sila. Una vez con todo el poder en sus manos, su ambición no era restablecer un régimen oligárquico, sino fundar uno enteramente nuevo, reformulando viejas ideas del debate político e imprimiendo en ellas su propio sello. El Senado decretó en el año 44 que se erigiese un templo a la «Nueva Concordia», sin duda atendiendo a los deseos del dictador⁷². Aquí, la clave reside en el adjetivo: es una concordia nueva porque es diferente, no es la misma del templo que estaba consagrado a ella y que levantó Opimio en el foro tras asesinar a Cayo Graco en el 121; tampoco es esa alianza o concordia de senadores y caballeros propuesta por Tulio; menos aún puede identificarse con la «paz y concordia» que eran santo y seña del régimen silano⁷³. César, no por casualidad, no empleó nunca el término «concordia» en sus escritos ni tampoco plasmó su efigie en sus acuñaciones⁷⁴. En algún momento concibió incluso la idea de derribar el templo de Concordia y la cárcel cercana, dos lugares siniestros para la tradición democrática, por el recuerdo de Cayo Graco y de los catilinarios, y construir en su lugar el más popular de los edificios: un enorme teatro⁷⁵. Parece tentador pensar que ahora, vencidos los optimates, el concepto puede encontrar una segunda vida bajo los auspicios de César, mostrando el final de las guerras civiles y el nuevo tiempo que nace, sosteniéndose también sobre otro templo cuya construcción había anunciado el Senado en el año 45, en honor a la Clemencia⁷⁶. Aunque tampoco este último llegó a construirse, un denario del año 44 muestra cómo era el proyecto: un templo tetrástilo con un globo terráqueo en el pedimento y la leyenda «Clemencia de César»⁷⁷. Además de la clemencia, inmediatamente después de la victoria de Munda, el Senado quiso honrar a la Libertad, también con un templo⁷⁸. César reservó en su relato de la guerra civil un lugar preferente a la memoria de los tribunos de la plebe asesinados e invocó la libertad del pueblo como justificación de su desafío al Senado. La clemencia hizo su aparición al principio de la guerra civil, tras Corfinio, cuando César proclamó

una «nueva manera de vencer» que pasaba por el perdón de los vencidos. Sin duda, no siempre se mantuvo fiel a este principio fundacional, más difícil de alcanzar con cada nuevo desafío que le presentaban sus enemigos, pero él tenía que ser consciente de la necesidad de llegar a un acuerdo con los moderados de la aristocracia vencida: una «nueva concordia», que debemos entender contraria a la que habían impuesto los optimates, y en este sentido auténticamente «nueva», fundada en la clemencia para los vencidos, pero también en las ideas que César había alegado como justificación de su asalto a Italia en los inicios de la guerra civil.

Nosotros sabemos que el asesinato fue inútil. Al cabo de pocos años, todos los ejecutores, idealistas o mezquinos, habían muerto y un segundo César, tal vez no mejor, regía Roma. Los historiadores de época imperial que se enfrentaron al asesinato del primer César sabían que otros emperadores después de él habrían de correr la misma suerte: Calígula, Nerón, Domiciano. ¿Qué diferenciaba a un monarca de un tirano? El régimen político era en ambos casos el mismo, el poder de un solo hombre, pero con una orientación distinta: el monarca contaba con el amor de sus súbditos, pero el tirano vivía rodeado por el miedo, el miedo que él causaba y el miedo que él tenía, sabiendo que su vida estaba permanentemente bajo amenaza⁷⁹. La marca indeleble del tirano es la muerte violenta. Puesto que la interpretación más natural del pasado se hace hacia atrás, desde las consecuencias hacia las causas, el criterio para establecer esa diferencia era sencillo, pues quien había sido violentamente asesinado, era un tirano. La sangre, la marca de Caín. César, que acumulaba extravagantes honores y distinciones, se transforma en tirano desde el momento en que algunos senadores deciden asesinarlo precisamente por serlo y lo consiguen.

* * *

Tulio, de afilada lengua, escribe meses después que los tiranicidas habían mostrado el valor de un hombre y la inteligencia de un niño. Tiene razón esta vez, porque muestran una asombrosa pasividad en los días subsiguientes, como si los cinco años de guerra civil pudieran borrarse por ensalmo, mientras sus enemigos superan el miedo inicial y toman urgentes medidas para protegerse a sí mismos y a los suyos⁸⁰. Entre tanto, lo único que hacen ellos es pronunciar unos

decepcionantes discursos en el foro la tarde de los idus, para luego esconderse, atrincherarse en el Capitolio, y convocar allí una breve reunión a la que asisten también algunos senadores que no habían tomado parte en el magnicidio, como el propio Tulio o un inconstante Dolabela, que había olvidado de pronto su ardiente cesarismo: ahora pretende que los idus de marzo sean nombrados «natalicio de la ciudad». Acuerdan enviarle una embajada a Marco Antonio, que era entonces, en tanto que cónsul y una vez muerto el dictador, la máxima autoridad en Roma.

Décimo Bruto cuenta con algunos gladiadores, bien poca cosa para sostener el golpe militarmente; de haber recurrido a ellos, lo habrían tal vez deslegitimado por completo. Lépidio en cambio, reacciona con rapidez. Su posición es frágil, pues, una vez muerto el dictador, que era quien lo había nombrado, su condición de segundo al mando, como comandante de la caballería, se halla en entredicho, pero no está dispuesto a detenerse en sutilezas constitucionales⁸¹. La noche del día 15 consigue hacerse con el mando de las únicas tropas que había en las inmediaciones de Roma —la legión acuartelada en la isla del Tíber— y trasladarla ya de madrugada al Campo de Marte, en Roma⁸². Marco Antonio, por su parte, se apodera de los setecientos millones de sestercios depositados en el santuario de *Ops*, en la Regia, destinados a la guerra contra los partos, y consigue los papeles de César de su viuda Calpurnia —tendrán una gran importancia en los meses venideros—, y su dinero, una cifra fabulosa de unos cuatro mil talentos. Las horas pasan, las conversaciones y las vacilaciones se alargan interminables, se inicia un tímido diálogo: Décimo Bruto, que ha abandonado el refugio del Capitolio, tras reunirse con el cesariano Hircio, no ve más solución que la huida, abandonar Italia y marchar cuanto antes al exilio⁸³; por su parte, Hircio logra imponer su opinión entre los cesarianos, les convence de que deben buscar alguna clase de acuerdo con los tiranícidas, frente a la idea de Lépidio, partidario de una acción contundente que vengase el asesinato⁸⁴.

En los cuatro días siguientes (entre el 17 y el 20 de marzo) se va fraguando un acuerdo entre ambas partes y parece recobrase un cierto orden, como si finalmente el tiranicidio hubiera devuelto la República a su verdadero ser, que pasa forzosamente por aceptar como máxima autoridad la del cónsul. El 17 de marzo, Marco Antonio convoca una reunión del Senado, pero por precaución no elige

ninguna de las sedes habituales, sino que la traslada al templo de la diosa Tierra, cerca de su casa en el Esquilino. Algunos veteranos de César se acercan hasta allí con las armas en la mano y rodean el lugar, intimidantes, bloqueando las salidas⁸⁵. Es el aniversario de la batalla de Munda, la última victoria de César, lograda apenas un año antes. Prudentemente, los conjurados deciden permanecer atrincherados en la colina del Capitolio y no asistir. Una vez que Marco Antonio acepta a Dolabela como colega en el consulado, reconociendo la validez de su elección, se toman algunos acuerdos importantes que suponen una suerte de equilibrio inestable: no se condena la memoria de César, sino que se ratifican todos sus actos —se les otorga pleno valor legal, incluyendo los nombramientos previstos para los años venideros—, pero tampoco se condena a los tiranícidas, en un ejercicio de filigrana política que será semilla de discordias futuras. Los senadores acuerdan honrar a César, pero dejar impune su asesinato, como si ambas cosas no fueran, en realidad, contradictorias. Más aún, decidien abrir el testamento de César (que estaba en poder de la Vestal máxima) y, a instancias de su suegro, Calpurnio Pisón, concederle el privilegio de un funeral público. Esto seguramente es un grave error contra el que Ático y otros ya advirtieron en su momento⁸⁶, pero después de haberse mostrado incapaz de impedir tantas cosas, todo lo que Tulio obtiene, en este ambiente hostil, es el perdón para los libertadores. Invoca el precedente ateniense, esto es, la reconciliación tras la expulsión de los Treinta Tiranos y la breve guerra civil, que permitió restablecer la democracia, evitando venganzas y ajustes de cuentas. Los atenienses prohibieron reprocharle a nadie lo que hubiera hecho durante los meses oscuros de gobierno de los Tiranos. Tulio emplea incluso el término griego *amnestía*, que significa «olvido», para reforzar la semejanza entre ambas situaciones. De este modo, matando sólo el recuerdo, habría de borrarse para siempre la memoria de las discordias pasadas⁸⁷. Aceptando esta nueva situación, L. Cornelio Cinna, que el día 15 se había despojado en el foro de los ornamentos pretorios, como rechazándolos porque se los había dado César, ahora los vuelve a asumir, con cierta lógica, dado que se había llegado a un acuerdo, pero una parte del pueblo no entiende de componendas y se enfurece contra él. Lépido, por su parte, aprovecha el momento para hacerse elegir pontífice máximo, de manera irregular, por la multitud que rodea el templo de la diosa Tierra.

Así pues, el Senado transita por la senda acordada. El día 18 de marzo se abre en la casa de Antonio el testamento de César, que era de fecha reciente (de septiembre del 45), y se comprueba, tal vez sin sorpresa, que los herederos son sus parientes más próximos, los nietos de sus hermanas: Cayo Octavio en tres cuartas partes y, en el cuarto restante, Lucio Pinario y Quinto Pedio⁸⁸. ¿Le causó tan honda impresión el joven Octavio, cuando pasó algunos días con él en Hispania, que decidió cambiar su testamento para nombrarlo su heredero? Si así fue, demostró una intuición certera, que le faltó, en cambio, cuando designó como heredero suplente a Décimo Junio Bruto, uno de los asesinos. Legó al pueblo los jardines que eran suyos al otro lado del Tíber, donde en esos momentos, desde hacía más de un año, residía Cleopatra —tal vez este legado explique la precipitada huida de la reina, un mes más tarde— y trescientos sestercios a cada ciudadano, cabe suponer refiriéndose sólo a los ciento cincuenta mil inscritos como beneficiarios del reparto gratuito de pan (la llamada «plebe frumentaria»)⁸⁹.

El solemne funeral del dictador, organizado por Atia, la madre de Cayo Octavio, tuvo lugar dos días más tarde, el 20 de marzo. El cuerpo fue conducido sobre un lecho de marfil desde su casa hasta la parte occidental del foro. Dado que se trató de un funeral público, del elogio no se ocupó alguno de los parientes más próximos (Octavio, por otra parte, estaba en Apolonia), sino el cónsul Marco Antonio. Aunque es difícil saber qué dijo, parece claro que hizo leer los decretos donde constaban todos los honores que el Senado le había concedido a César y el texto del juramento por el que todos los senadores se habían comprometido a defenderlo y proteger su vida. Los ánimos se caldearon cuando mostró a los asistentes la toga ensangrentada y una imagen de cera del cuerpo con las veintitrés heridas, alguien recitó este verso tan oportuno, de Pacuvio: «¿acaso les respeté la vida para que pudieran quitarme la mía?». Se mostraron las heridas al igual que se había hecho con el cadáver de Clodio y el resultado fue el mismo en ambos casos: la plebe se enfureció, se encolerizó en una rabia ciega que buscaba venganza y culpables. En el tumulto subsiguiente, la muchedumbre mató a Helvio Cinna (tribuno para unos, poeta para otros) confundiéndolo con el pretor homónimo que, con cierta lógica, pero escaso tacto, se quitaba y se ponía las insignias del cargo. En lugar de utilizar la pira que había preparada en el Campo de Marte, junto al sepulcro de Julia, la

hija de César, la multitud intentó, primero, introducir su cuerpo en el templo de Júpiter Capitolino, pero tras ser rechazada, prefirió incinerarlo allí mismo, utilizando todo el material que pudo reunir de improviso. Cuando se apagaron las llamas en el centro de Roma, en el foro, delante de los sagrados templos de Castor y de Vesta, algunos libertos de César se llevaron los huesos para enterrarlos en la tumba familiar⁹⁰.

La guerra de César tuvo su origen en el funeral terrible de Clodio y la destrucción del edificio del Senado el año 52. Ahora, la curia del Senado en el teatro de Pompeyo será tapiada oficialmente, evitando así convertirla en un monumento a su memoria, pero el recuerdo de aquel día y aquel lugar no se borrará de la memoria⁹¹. Aunque serán menos graves los desórdenes, durante el mes de abril, una de las preocupaciones de Tulio será precisamente la inquieta plebe urbana. Algunos días después del funeral, en el mismo lugar donde se había situado la pira funeraria para el cadáver de César, se levantaron un altar y una columna, con la inscripción «al padre de la patria», donde los habitantes de Roma hacían sacrificios, juramentos y ofrendas⁹². Fue obra de un tal Amatio, también conocido por la versión griega de su nombre, Herófilo, que decía ser nieto de Mario y, por lo tanto, pariente de César, si bien este último lo había desterrado en el año 45. La reacción de los cónsules fue implacable. Antonio ordenó la ejecución sin más trámite del misterioso Amatio, lo que probablemente sucedió el 11 de abril: su cuerpo fue arrastrado con garfios por las calles y arrojado al Tíber. El asunto causó gran escándalo y la irritación de sus seguidores, que se enfurecieron aún más al correrse el rumor de que se iban a destruir algunas estatuas de César. Los soldados, obedeciendo las órdenes del cónsul, ocuparon el foro. Dos semanas más tarde, Dolabela actuó de un modo igualmente expeditivo: ordenó derribar la columna y ejecutar a las personas que se habían congregado allí, crucificando a algunas y arrojando a otras desde la roca Tarpeya⁹³. Tulio reconoce que la plebe urbana se ha vuelto amenazadora, pero cree que con esto se ha alejado el peligro. Además, también hay señales favorables a sus intereses: durante los juegos en honor a Cibele (4-10 de abril) se han podido escuchar gritos de los espectadores en favor de los tiranicidas durante la representación de un mimo de Publilio Siro⁹⁴.

La atención de los historiadores no se ha detenido excesivamente en estos muertos anónimos, sino más bien en la inquietante entrada en

la historia del protagonista del próximo medio siglo, del chaval apenas adolescente que habría de debérselo todo a su nombre. A primeros de abril, llega Cayo Octavio, el joven César, a Italia desde Apolonia (el 11 de abril, Tulio quiere tener noticias sobre su llegada, que ha de referirse a su llegada a Italia)⁹⁵. Tiene dieciocho años; Cleopatra, veinticinco; Sexto Pompeyo, aproximadamente los mismos, aunque hay dudas sobre su fecha de nacimiento; Dolabela no ha cumplido aún los treinta, ni llegará a hacerlo; Bruto y Marco Antonio están cerca de los cuarenta; sólo Tulio es claramente mayor, tiene sesenta y dos años y pertenece a otra generación, la de César y la de Pompeyo; considera que se ha ganado el descanso y la jubilación, el respeto y los honores que merecen los políticos de larga carrera, que han rendido, opina, tan altos servicios a la patria, pero los acontecimientos de aquellos meses malbaratarán por completo sus planes⁹⁶.

Los primeros movimientos de Octavio al llegar a Italia no son fáciles de precisar. Seguramente permaneció durante un par de semanas en Campania, antes de viajar a Roma. Tulio se reunió con él por primera vez en Puteoli el 21 de abril⁹⁷. No le gustaban ni un poco sus acompañantes, enemigos declarados de los tiranicidas, como tampoco el hecho de que todos ellos le llamasen «César». Él se negó a hacerlo, visto que su padrastro, Lucio Marcio Filippo, no le daba ese tratamiento. Pese a los rumores que decían que iba a rechazar la herencia (tal era el consejo que le había dado Filippo), para entonces Octavio ya se había decidido a correr el riesgo y arrojar su dado al mortífero tablero en el que se jugaba por entonces la política. Seguramente a primeros de mayo aceptó oficialmente la herencia del dictador ante el pretor urbano, que era entonces Cayo Antonio, el hermano del cónsul, en sustitución de Marco Bruto, que había abandonado Roma. No disponía de mucho tiempo porque el testamento debía de establecer, como era habitual, un plazo máximo de cien días para que aceptase la herencia desde que supo que había sido nombrado heredero⁹⁸. Lo de asumir el nombre de César y, no digamos ya, lo de convertirse en su hijo mediante una extraña adopción póstuma —imposible de hacer mediante testamento— era harina de otro costal, y Antonio no estaba dispuesto a consentirlo⁹⁹. Octavio no se convertirá legalmente en Cayo Julio César hasta agosto del 43, cuando la situación política haya dado un vuelco radical¹⁰⁰.

Para Tulio, la cosa estaba clara: Marco Antonio era una amenaza gravísima contra la República, que debía haber sido eliminada desde

el principio, junto con César. Como le gustaba decir a él: si lo hubieran invitado al banquete de los idus, no habrían quedado sobras; o también: si hubiera sido suyo el lápiz, como algunos le reprochaban, no habría escrito sólo un capítulo, sino la fábula entera¹⁰¹. Le llevará mucho tiempo y esfuerzo construir una coalición capaz de enfrentarse al cónsul, que tiene tras de sí la legitimidad de su cargo, el dinero del dictador César y sus papeles, reales o ficticios, que en cualquier momento pueden aparecer para lo que se necesite. Esto es algo que a Tulio le enfurece: cuando habría sido necesario cambiar hasta las leyes en bronce de César, resulta que ahora tienen que obedecer cualquier cosa que él haya podido poner por escrito¹⁰². Esta ambigüedad política es intolerable: se elogia a los tiranicidas, pero se respetan las leyes y los nombramientos del tirano; las propiedades confiscadas a los pompeyanos, que César había repartido entre sus partidarios, no retornan a sus propietarios originales¹⁰³. Peor aún, mediante una ley comicial, se considerarán como leyes ya aprobadas los proyectos del dictador, cuyo registro obra en poder de Marco Antonio desde la misma noche de los idus¹⁰⁴. La tímida respuesta del Senado es acordar que Antonio debería consultar cada caso con un consejo de senadores. De todos modos, puede repartir prebendas, y lo hace, concediendo la ciudadanía romana a los sicilianos y el perdón a Sexto Cloelio, el antiguo colaborador de Clodio, para desesperación de Tulio¹⁰⁵. Tiene todo en sus manos para gobernar como legítimo administrador de la memoria de César.

¿Cuáles son los planes de Antonio en estos momentos? ¿Se ve capaz de ponerse en la piel de César? Desde luego, sus intenciones no pasan por asumir un cargo, el de dictador, que un decreto senatorial auspiciado por él, ratificado después mediante una ley, ha abolido a perpetuidad¹⁰⁶. No habrá nunca más un dictador en Roma, aunque pronto se verá que con eso no basta para eludir la monarquía. El Senado ha confirmado también las provincias consulares, esto es, para Antonio, Macedonia (donde estaban las legiones que César había reunido para la campaña contra los partos), y Siria para Dolabela. Sin embargo, no parece que en ningún momento se plantee siquiera viajar a su provincia, no digamos emprender ahora una campaña tan incierta contra un enemigo poderoso y temible. Desde el principio, su situación ofrecía flancos débiles que aconsejaban no alejarse de Italia, ante la hostilidad de los tiranicidas, el Senado dividido, la presencia inquietante de Sexto Pompeyo... Su

prioridad está clara: tiene que atacar al único de los tiranicidas, Décimo Bruto, que en esos momentos cuenta con el respaldo de un ejército, y que, para mayor peligro, está emplazado a las puertas de Italia, en la Galia Cisalpina, la provincia que le correspondía según las previsiones de César. En cuanto a los cabecillas, es decir, Bruto y Casio, se encuentran en una posición muy precaria, pues han tenido que abandonar Roma, donde su vida corre peligro, pero permanecen aún en Italia. Seguramente Cayo Octavio era entonces el menor de sus problemas¹⁰⁷. La clave, ahora como en el 49, está en el ejército y la provincia.

Tulio contempla la situación con cierta distancia, pero no se engaña, sabe que una vez más se cierne sobre todos ellos la terrible amenaza de una guerra civil, aunque esta vez no intentará ni siquiera mediar en busca de una quimérica paz. Curiosamente, al principio, teme que Sexto Pompeyo, que está en Hispania con su ejército, inicie un ataque, porque piensa que, en tal caso, no se podría hacer lo que sí estuvo permitido *en la guerra de César*, esto es, permanecer neutral: los que se hayan alegrado por la muerte de César —él mismo entre otros— serían perseguidos, habría una masacre¹⁰⁸. En esos momentos, lo único que anhela es el retiro. Piensa en viajar a Grecia para vigilar de cerca los estudios de su hijo, el joven Marco, e incluso da en soñar que le llega la muerte una vez que Bruto haya podido establecer una República sólida y floreciente¹⁰⁹. Todas sus esperanzas están puestas en Bruto. Con el paso de los días, se va dando cuenta de cuál es la estrategia de Antonio, que en abril ha hecho aprobar una ley por la que se confirman todas las fundaciones coloniales prometidas a los veteranos de César y que se ha pasado las tres primeras semanas de mayo en Campania, supervisando el lento proceso de reparto de tierras a estos mismos veteranos y ganándose así su lealtad. Hacia el 21 de mayo, Antonio regresa a Roma, rechaza darle al joven César el dinero del dictador y hace que un tribuno impida a las curias aprobar la preceptiva ley que habría hecho oficial su adopción (póstuma) por César. Tres días más tarde, Tulio entiende claramente que la intención de Antonio es quitarle la provincia a Décimo Bruto, aunque esto suponga iniciar una guerra¹¹⁰. A finales de mayo, Tulio, Ático y otros republicanos (si podemos llamarlos así) se reúnen en Lanuvio y acuerdan no asistir a la sesión del Senado convocada por Antonio para el 1 de junio, porque, dada la presión que seguramente habrían de ejercer los veteranos que

se han trasladado a Roma, es impensable que se pueda hablar libremente y expresar opiniones contrarias a las del cónsul.

Antonio actúa en ambos frentes, contra Décimo Bruto, pero también contra Bruto y Casio, con la intención de retirarles todo el poder que esté a su alcance. El 1 de junio expone sus planes al Senado y reclama para sí la Cisalpina durante cinco años. A la reunión asisten pocos senadores, de manera que Antonio acude al pueblo (¿el 3 de junio?) con dos leyes: una le da ambas Galias, la Cisalpina y la Transalpina, a él, arrebatándoselas, por tanto, respectivamente, a D. Bruto y Munacio Planco; la otra es un plebiscito por el que se asignan cinco años a la duración del gobierno proconsular de Antonio (ambas Galias) y Dolabela (Siria)¹¹¹. Esta medida contraviene lo dispuesto en la ley cesariana del año 46 que fijaba el mandato provincial de los pretores en un año y el de los cónsules en dos, pero sobre todo trae a la memoria el mal recuerdo de la ley Vatinia, que había otorgado a César el gobierno de la Cisalpina y el Ilírico por cinco años¹¹². En cuanto a Casio y a Bruto, el Senado acuerda, el 5 de junio, encomendarles una tarea muy menor para el tiempo que les resta como pretores: ocuparse del abastecimiento de grano a Roma. Esto es un insulto, que pretende evitar que tengan tropas bajo su mando, lo cual obliga a convocar una interesante reunión en Antio el 8 de junio, a la que asisten Tulio, Bruto, Casio, Servilia y Porcia (respectivamente, madre y esposa de Bruto) para discutir sobre si deben aceptar o no este humillante encargo¹¹³. Algunos días después, el Senado (¿tal vez por influencia de Servilia?) decide modificar la asignación de provincias y dar Creta y Cirene a Bruto y a Casio. La jugada de los republicanos parece astuta, dado que el encargo los coloca fuera del alcance de Marco Antonio y les abre a ambos el camino hacia Oriente, donde podrían explotar viejas lealtades y poner en pie de nuevo, tal vez con mayor suerte, un ejército pompeyano contra los herederos de César. Mientras tanto, el cónsul no cesa en su estrategia. Mediante una ley agraria conjunta, suya y de Dolabela, aprobada a mediados de junio, crea una comisión de siete miembros encargada de realizar el reparto de tierras entre los veteranos que se agolpan en las calles de Roma y reclaman el cumplimiento de todas las promesas del dictador y de los cónsules¹¹⁴. Al mismo tiempo, ordena el regreso a Italia de cuatro de las seis legiones que estaban en Macedonia para la guerra pártica (una de las dos restantes se quedará allí mientras que la

otra se trasladará a Siria, para ayudar a Dolabela)¹¹⁵. Llegarán a Brundisio el 9 de octubre.

En este ambiente de ruptura, se celebran en Roma, del 6 al 13 de julio, los juegos en honor de Apolo. Antonio los anuncia oficialmente, cambiando el nombre del mes: julio en vez de *Quintilis*¹¹⁶. Naturalmente, el cambio no es bien acogido por todos: a Tulio le molesta, ciertamente, pero a Bruto en particular lo enfurece, porque es a él a quien le corresponde organizarlos, como pretor urbano, pero no está en Roma y algunas de sus instrucciones no son obedecidas: quiere que se ponga en escena la tragedia *Brutus*, escrita por Accio, de obvias resonancias políticas (pues trata sobre la expulsión de Tarquinio el Soberbio, el último rey de Roma), pero no se hace así, sino que, en vez de *Brutus*, la elegida es la inofensiva *Tereus*. Con todo, la representación provoca los gritos de algunos espectadores exigiendo el regreso a Roma de los tiranidas¹¹⁷.

El mes de julio todavía asiste a una segunda ronda de juegos, del 20 al 30 de julio, los que conmemoran la victoria de César. El dictador había instituido unas representaciones teatrales en honor a Venus coincidiendo con la dedicatoria del templo a Venus Genetrix, en septiembre del 46, el acto que había venido a cerrar los fastos encadenados, inacabables, de aquel verano exultante. En el año 45, esos espectáculos, con el nombre cambiado, pues ya no se celebran en honor a Venus, sino a la Victoria de César, se mueven de fecha y se trasladan a julio, como ya sabemos¹¹⁸. Ahora, en el 44, el momento es muy delicado, ya que con estos juegos se honra la memoria del dictador asesinado. Cayo Matio justifica su implicación en ellos precisamente por su amistad con César, dejando a un lado las consideraciones políticas¹¹⁹. Octavio, en cambio, está dispuesto a aprovechar la ocasión políticamente e intenta exhibir de nuevo la corona y el trono de César, pero M. Antonio se opone y no puedo hacerlo. A media tarde y durante siete días, los romanos pueden ver una estrella aureolada en el cielo, un cometa, señal de mal augurio para la tradición romana, pero Octavio consigue darle la vuelta, anunciando que se trata del espíritu de César, que asciende a los cielos. Acto seguido, ordena que se corone con una estrella (no un cometa) la estatua de César, que lógicamente ha de ser la que había en el templo de Venus Genetrix, dado que se trata de los juegos originariamente dedicados a esta diosa¹²⁰. ¿Con qué autoridad lo ordena? No tiene ninguna en absoluto, salvo la de heredero.

El arúspice Vulcanio afirmó entonces que, para los etruscos, esta señal marcaba el paso del noveno siglo al décimo (que sería el último para su pueblo). Como con ello divulgó los designios secretos de los dioses, él mismo anunció su propia muerte, que le sobrevino al instante¹²¹. Curiosamente, en el otro extremo del mundo, los observadores chinos anotaron el paso de un cometa en los meses de mayo y junio de ese mismo año, cuando es probable que no se pudiera ver a simple vista desde Italia —hubo que esperar hasta el mes de julio— debido a una violenta erupción del Etna, que enturbió el cielo y provocó extraños fenómenos astronómicos como el ocultamiento del sol¹²². Tal vez Virgilio recordaba ese extraño y sobrecogedor eclipse, cuando el sol «cubrió su círculo claro con una herrumbre oscura», asociándolo en sus versos solemnes con la trágica muerte del gran César, ocurrida apenas dos meses antes.

Calpurnio Pisón, suegro de César, lanza un violento ataque contra M. Antonio en el Senado, el 1 de agosto: por fin, el gesto que lo cambiará todo, la «primera escisión entre los cesarianos», pero que nadie secunda¹²³. El Senado, o una parte de él, comienza a plantarle cara al cónsul. En una carta abierta a Marco Antonio, Marco Bruto y Casio alertan del peligro de guerra civil y le aconsejan, en lo que es una amenaza apenas velada, que no piense en cuánto tiempo vivió César, sino en cuán breve fue su reinado¹²⁴. Tulio, que finalmente se ha decidido a viajar a Grecia para estimular el desmayado interés de su hijo por la filosofía, pero se encuentra aún en el Brucio —vientos contrarios no le han permitido avanzar más allá de Leucopetra, en la punta de Italia—, decide cambiar drásticamente sus planes. El discurso de Pisón abre una rendija de esperanza y también le ayuda a decidirse el saber que se le criticaba amargamente por abandonar a la República en momentos tan dramáticos. Un encuentro con Bruto en Velia el 17 de agosto termina de convencerle: lamenta profundamente no haber asistido a la diatriba de Pisón en el Senado, para apoyarle, y ahora debe regresar a Roma¹²⁵. Bruto, en cambio, abandona Italia pocos días después.

A partir de este momento, Antonio tendrá que enfrentarse a las iniciativas, hostiles y paralelas, del joven César y de Tulio, que acabarán convergiendo y formando una alianza, tan quebradiza como antinatural. La violencia retórica crece con rapidez. El 1 de septiembre, Marco Antonio ataca a Tulio por no acudir al Senado, pretextando cansancio, porque había llegado a Roma el día anterior. La respuesta

de Tulio es moderada, y constituye la primera de las que él mismo habrá de llamar «filípicas», de las que se conservan catorce, pronunciadas entre el 2 de septiembre del 44 y el 21 de abril del 43. La réplica de Marco Antonio se produce sólo unos días más tarde, el 19 de septiembre, en el Senado, con Tulio ausente, y provoca su contrarréplica, la segunda filípica, un largo texto, que nunca llegó a pronunciar —aunque lo hizo circular por escrito, al igual que los demás—, en el que ataca sin medida ni misericordia al desventurado Antonio, recordando o inventando toda clase de errores, de infortunios pasados o de vicios, incluyendo su desmedida afición al vino¹²⁶. La escena de las lupercales encuentra aquí un lugar especial, porque fue entonces cuando Antonio, en palabras de Tulio, quiso que los romanos fueran esclavos de César¹²⁷. En venideras filípicas, las acusaciones irán haciéndose más graves y el tono, más duro y agresivo.

El segundo frente es, para Antonio, mucho más peligroso. El joven César no se limita a los discursos, sino que explota la magia de su nombre en Campania, sin olvidar el embrujo de cuantiosos premios en metálico —dos mil sestercios por cabeza—, y logra así, a principios de octubre, poner a tres mil veteranos a sus órdenes, un pequeño ejército privado para el que carece de cualquier tipo de amparo legal¹²⁸. Es un comienzo exiguo para frenar al cónsul, pero suficiente para ponerle nervioso. Antonio lo acusa públicamente de haber intentado asesinarlo y erige una estatua de César en la tribuna de oradores del foro (*rostra*), dedicada al «padre de la patria», una denominación oficial que le había sido concedida tras su victoria en Munda. Se da la circunstancia de que la misma frase figuraba en el altar que había levantado Amatio y que Dolabela había ordenado destruir sin contemplaciones. Tal vez Antonio ve en este gesto un modo de reconciliarse con la plebe de Roma, entre la que debía de seguir viva y doliente la memoria del dictador. Además, con esta estatua, subrayando el hecho de que el Senado lo había reconocido como padre de la patria, no como dios, Antonio ataca los intentos del joven César por divinizarlo¹²⁹. Otras cuatro estatuas del foro, dedicadas a su hermano Lucio Antonio, tribuno de la plebe, muestran su enorme popularidad y provocan la irritación de Tulio: una la encargó el estamento ecuestre, otra corrió a cargo de las Treinta y Cinco tribus (es decir, de la plebe frumentaria), la tercera fue un regalo de los tribunos militares que habían servido dos veces con César y la última venía firmada por los prestamistas del Jano medio¹³⁰.

Más importantes que todas estas refriegas simbólicas, que estas guerras de estatuas y que todos estos espadazos retóricos son los soldados. El 9 de octubre parte Marco Antonio a Brundisio para ponerse al frente de las cuatro legiones (la Marcia, la IV, la II y la XXXV) que han llegado de Macedonia, atendiendo a su llamada, y les ofrece un donativo de cien denarios por cabeza, pero se encuentra con la desagradable sorpresa de que los agentes de Octavio ya les han prometido quinientos. El perplejo y desorientado cónsul, ante las señales de indisciplina que observa, ordena diezmar a una parte, pero con esta drástica medida, que implica la ejecución sumaria de unos trescientos soldados, sólo consigue empeorar las cosas¹³¹. La legión Marcia y la IV se amotinan, abandonan Brundisio y acampan en Alba Fucens, no lejos de Roma, a donde se traslada el joven César, con sus tres mil veteranos. Ahora ya sí puede decir que tiene un ejército consigo, más aún, que se lo ha robado al cónsul de Roma. Marco Antonio renuncia a estas tropas y, tras pasar fugazmente por el Senado (reunión del 24 de noviembre), se dirige hacia el norte, hacia Mutina, con las dos legiones macedonias restantes (la II y la XXXV), a las que añade una tercera, la reconstituida V Alauda, para hacerse cargo de la provincia que se ha asignado a sí mismo mediante una ley —la Cisalpina—, pero que Décimo Bruto se niega a entregarle¹³².

Deja entonces el campo libre al joven César, quien, durante todo este tiempo, ha mantenido informado a Tulio de sus iniciativas y proyectos, y, en especial, de sus éxitos, como la pequeña milicia de tres mil hombres que tiene consigo. Le propone reunirse con él en Capua. Tulio vacila: «fíjate en su nombre, en su edad»¹³³. A Varrón, el plan del «muchacho» no le gusta nada. Tampoco a Ático, que advierte a su amigo contra decisiones demasiado comprometidas, porque si el chaval de nombre inquietante logra imponerse, los cesarianos (y el legado del tirano) se verían reforzados, en detrimento de Bruto¹³⁴. En efecto, el joven César no esconde su nombre ni su lealtad hacia su padre, el dictador. Sus críticas a Antonio, en feroces discursos públicos, consisten precisamente en que no ha sido capaz de vengar el magnicidio. Tulio cree ver en él, pese a todo, una esperanza para la República, y se liga a él en una alianza de devastadoras consecuencias para la fama y la vida del orador de Arpino, político experimentadísimo y hombre de vasta cultura filosófica, que se vio a la postre burlado por el niño que sólo contaba a su favor con la potente magia de su nombre, tan potente como siglos después habrá

de serlo también el de Napoleón, sólo que esta vez, *le petit* sí estuvo a la altura.

El 20 de diciembre, Tulio pronuncia su filípica más trascendente, la tercera, en la que defiende dos hechos abiertamente ilegales, a saber, el amotinamiento de las dos legiones, en abierto desafío al imperio del cónsul, y la negativa de Décimo Bruto a entregar la Cisalpina, desobedeciendo el dictado de la ley. Es la primera vez que emplea, para referirse a Cayo Octavio, el nombre de César. La reacción de Antonio fue acusar a Tulio de formar una «alianza de vencidos», es decir, una «alianza pompeyana»¹³⁵. La guerra civil había clavado de nuevo sus garras en tierra itálica.

* * *

El Senado está unido en su oposición a Antonio y en su deseo de volver a asumir el poder que le corresponde en el gobierno de la República. Es un Senado mayoritariamente pompeyano, es decir, republicano, que no quiere prolongar un cesarismo sin César, pero que está dispuesto a hacer todos los esfuerzos para llegar a alguna clase de acuerdo con Antonio. Tulio gobierna, hace oír su voz, pero no tiene la autoridad ni la fuerza que pudo esgrimir Pompeyo para forzar al Senado en el 49 a que pusiera al conquistador de las Galias fuera de la ley en una semana¹³⁶. A él le llevará varios meses conseguirlo, muchas negociaciones, cartas de distinto tono a sus pares en el Senado y unas vibrantes *Filípicas* en las que defiende la aprobación de toda una batería de medidas de excepción o abiertamente ilegales, para combatir al tirano demagogo que, por infortunio o ingenuidad, había sobrevivido a los idus de marzo. El retrato que nos pinta se inspira directamente en los rasgos con que la tradición platónica describe al tirano. Destaca su crueldad, evocando a los soldados («excelentes ciudadanos») que se amotinaron en Brundisio y fueron ajusticiados, cuya sangre salpicó el rostro de la esposa de Antonio, ahora procónsul —de nuevo hace su aparición la terrible Fulvia, la que sólo el cuerpo tenía de mujer, a la que acusa varias veces de avaricia sin mencionar jamás su nombre—. A su crueldad hay que unir la de sus aliados, como el inconstante Dolabela: el orador se horroriza al saber que este, su antiguo yerno, ha dado muerte en Esmirna, tras atroces torturas, a Trebonio, uno de los conspiradores, y ha arrojado su cabeza a los pies de una estatua de César¹³⁷. Naturalmente, Antonio se rodea de una

guardia personal no formada por ciudadanos, sino por bárbaros, arqueros itureos en este caso. Al igual que lo hizo César, pero a mucha menor escala, concede puestos de honor y responsabilidad a hombres indignos, creando una tercera decuria de jueces con centuriones y soldados, con los peores de entre ellos. Además de la crueldad, lo mueve una insaciable codicia. Es peor que un rey, porque vende para su propio beneficio las riquezas y derechos de su reino, vende incluso decretos falsos del Senado. Es peor que Tarquinio el Soberbio o que Aníbal, el general cartaginés. Es sacrílego, impúdico, afeminado y borracho. Lo caracterizan la incontinencia y el odio¹³⁸. En esta retahíla digna del mejor Tulio, no puede faltar su insulto preferido, el que usa contra todos los dirigentes demócratas desde Tiberio Graco en adelante: Marco Antonio, sencillamente, ha perdido el juicio, se ha vuelto loco¹³⁹. La conclusión tras un ataque tan largo y sostenido sólo puede ser una: los partidarios de Tulio están librando una guerra contra el tirano, lo que está en juego es la libertad de Roma. Tras seis años de esclavitud, que arrancan el día en que César cruzó el Rubicón y entró en Italia, sólo ahora se atisba una esperanza de libertad. Otros pueblos pueden soportar la servidumbre, pero esto al romano no le es dado hacerlo¹⁴⁰.

Antonio pasa al ataque en una carta que escribe a Hircio y al joven César (Cayo Octavio) y que sólo conocemos a través de las glosas y los comentarios sarcásticos que le dedica Tulio. En ella, acusa a este Senado de no ser más que un hatajo de pompeyanos vencidos¹⁴¹; los cesarianos deberían estar unidos, formar un solo cuerpo, pero no es así, están enfrentados por los engaños infames de Tulio, el lanista cobarde que se limita a azuzar a los gladiadores para que peleen entre sí mientras él los observa. Si el joven César se lo debe todo a su nombre, ¿cómo puede estar del lado de los asesinos de su padre? En su réplica, Tulio presenta, sin ambages, a los partidarios de Antonio como cesarianos, pero, sobre todo, como políticos democráticos, cuya ofensiva va dirigida contra los ricos y hombres de bien¹⁴². No se olvida de acompañar cada nombre mencionado por Antonio con el recuerdo de los hechos más «gloriosos» de su pasado; tal es el caso de Marcio Censorino, pretor en el 43, y uno de los dos senadores que supuestamente habrían intentado proteger a César el día del magnicidio, o de T. Munacio Planco, tribuno de la plebe en el 52, condenado al exilio por haber participado en el incendio de la curia del Senado ese mismo año, y perdonado posteriormente¹⁴³.

Al mismo tiempo, Tulio hace grandes esfuerzos por situar el enfrentamiento al margen del conflicto entre cesarianos y pompeyanos. Siguiendo su vieja estrategia, sus enemigos lo son de la patria y la discrepancia política sólo cabe reconocerla en el pasado, porque ahora los disidentes se convierten en lo que la moderna invectiva conoce como «terroristas». Ahora es Antonio contra la República, porque la concordia entre el pueblo y el Senado es completa¹⁴⁴. Ahora la lucha se plantea entre quienes defienden la autoridad del Senado, la libertad del pueblo y la salvación de la República, y quienes buscan el asesinato de los hombres de bien y repartirse las riquezas de Roma e Italia¹⁴⁵. Es la vieja retórica, que conocemos bien, la del año 49: concordia, República, ricos. Tulio se esfuerza en proclamar públicamente que la suya no es una lucha entre cesarianos y pompeyanos, porque el joven César, Hircio y Pansa combaten a su lado. Sin embargo, en sus cartas a M. Bruto no se recata en describir a sus enemigos como «el bando cesariano» —si bien añadiendo: «o como quiera que se llamen ahora»— ni en definir al suyo propio como «republicano»¹⁴⁶. Los historiadores de época imperial, un Veleyo Patérculo o un Suetonio, cuando tuvieron que definir a los bandos en conflicto, no vacilaron en nombrar, a los unos, optimates (pompeyanos) y a los otros, cesarianos¹⁴⁷.

Sin embargo, la unidad del Senado es mucho menor de lo que nos describe Tulio, pues Antonio cuenta con dos aliados, dos personajes influyentes, que harán lo posible por evitar la guerra: Calpurnio Pisón, el cónsul del año 58, y Fufio Caleno, de larga trayectoria democrática —estuvo en su día del lado de Clodio y fue uno de los generales de César en la guerra civil (compañero de armas de Marco Antonio), recompensado luego con el consulado del 47—¹⁴⁸. Ambos defienden que se envíen embajadas a Marco Antonio con propuestas de paz que entorpecen notablemente y retrasan las belicosas ansias de Tulio. Ya el 3 de enero, Caleno logra que se apruebe el envío de una embajada formada por tres consulares: Calpurnio Pisón, Ser. Sulpicio Rufo y Marcio Filipo, padrastro del joven César. Rufo morirá durante el viaje, pero se podría decir que la iniciativa tiene un relativo éxito, pues las propuestas de Antonio resultan bastante razonables: está dispuesto a retirarse de la Cisalpina, pero quiere a cambio la Galia Comata por cinco años. No cuaja la paz, porque pronto llegan noticias de los avances de Marco Junio Bruto en el Ilírico. Un Senado exultante concede legitimidad a estas iniciativas de

Bruto y, a finales de febrero, declara a Dolabela enemigo público por haber dado muerte a Trebonio. Tulio quiere que el Senado confíe a Casio la provincia de Siria y la guerra contra Dolabela, pero el Senado no está dispuesto aún a respaldar tan abiertamente a los cesaricidas. Acuerda, en cambio, conceder el mando de la guerra a los cónsules, es decir, a Hircio y a Pansa¹⁴⁹.

A instancias de Tulio, el día 2 de enero, el Senado le concede al joven César el mando en tropas con rango de propretor, lo coopta como miembro, y declara que se le permitirá presentarse al consulado diez años antes de la edad fijada, es decir, cuando cumpla los treinta y dos¹⁵⁰. Ordena, asimismo, que se levante una estatua ecuestre en su honor, asume como suyas las promesas de dinero hechas a la legión Marcia y a la IV (con lo que César se ahorra esa importante cantidad) y convalida la decisión de ambas de amotinarse contra el cónsul. Esa noche, Fulvia y Antilo (el hijo mayor de Marco Antonio y Fulvia), con otros miembros de su familia y amigos, visitan las casas de los senadores influyentes para suplicarles que no condenen a Antonio¹⁵¹.

Todas estas concesiones al joven César son ilegales y carecen de precedentes, porque el Senado se arroga unas prerrogativas de las que carece: es el censor quien nombra a los senadores; fue el pueblo quien concedió el mando extraordinario a un joven Pompeyo, que tampoco había ejercido magistratura alguna. También a principios de enero ordena el Senado la disolución de la comisión agraria de los Siete y anula sus decisiones¹⁵². La reacción continúa en febrero, cuando el Senado, a instancias del cónsul Pansa, aprueba un decreto por el que se anulan de un plumazo todas las medidas adoptadas por Marco Antonio durante su consulado, si bien, acto seguido, una ley ratifica la abolición de la dictadura y la validez de los asentamientos de veteranos en Campania¹⁵³. Para Tulio no es suficiente y se esfuerza por desplegar todo el amplio abanico de medidas extraordinarias que tiene a su disposición el Senado, ya ensayadas varias veces contra dirigentes democráticos, con variado éxito. Propone la paralización de todas las actividades públicas, es decir, lo que se conoce como *iustitium*, así como también un reclutamiento de tropas urgente y extraordinario (*tumultus*). Obtiene, finalmente, el decreto por el que se declara el estado de excepción (senadoconsulta último), acompañado de un ofrecimiento dirigido a los soldados de Antonio: no les ocurrirá nada, es decir, se les perdonará su obediencia al procónsul, si deser-

tan antes del 1 de febrero; al mismo tiempo, el Senado promete conceder tierras como recompensa a los soldados que combaten a las órdenes de César, cuando se licencien¹⁵⁴.

La actuación de Tulio es declaradamente optimista. Según opina, el problema con César, el dictador, fue que lo perdió su credo democrático, pero no hay que temer tal cosa con su hijo adoptivo¹⁵⁵. Tulio intenta que el Senado asuma todo el control de la situación. Si bien pronunció un par de discursos ante el pueblo (las *Filípicas* Cuarta y Sexta), se opone decididamente a la concesión de un mando extraordinario a Servilio Isáurico para que combata contra Dolabela: lo considera algo democrático, demagógico y nada congruente con la gravedad del Senado, porque introduciría en él las campañas electorales y el voto mediante tablilla. Tulio se esfuerza por explicar por qué ahora no es conveniente, pero sí lo fue en el caso del joven César: su argumento es esencialmente la «necesidad», porque César ya tenía el ejército, lo que le faltaba era la legitimidad, el *imperium*¹⁵⁶. En última instancia, el argumento de Tulio es puramente retórico: si Antonio es verdadero cónsul, son criminales las legiones que desertaron y también lo son César y Bruto, que han reunido un ejército contra él. ¿Qué derecho les ampara?, ¿qué ley? La seca respuesta de Tulio es esta: la ley natural, de origen divino¹⁵⁷. De forma un tanto contradictoria, recrimina a sus enemigos el incumplimiento de los preceptos legales: así, la ley sobre las provincias de Antonio (por la que obtuvo la Cisalpina por cinco años) es ilegal porque no respetaba el plazo de tres semanas (*nundinae*) entre la publicación del proyecto y su aprobación y, además, se aprobó mediante la violencia y contra auspicios¹⁵⁸.

Bruto no está de acuerdo. Considera que no le incumbe a él, sino al Senado y al pueblo, juzgar si quienes se han alzado contra la República siguen siendo ciudadanos o han perdido su condición de tales¹⁵⁹. Se inclina decididamente por la misericordia, pero Tulio mantiene que una saludable severidad es preferible a una clemencia vana, porque «si somos clementes, las guerras civiles nunca acabarán»¹⁶⁰. No es el momento de mostrarse débil, porque la esperanza de los mendigos y de los desesperados amenaza los templos de los dioses inmortales. «¿Hemos de respetar las vidas de quienes, si resultan vencedores, no dejarán ni rastro de las nuestras?»¹⁶¹. Sobre todo, Bruto desapruueba radicalmente la táctica de adular a «ese César tuyo», atrayéndolo con prebendas y honores, porque esto lo volverá cada vez

más arrogante: «Si Antonio tuvo la posibilidad de reinar por haber recibido de otro la corona, ¿qué crees que pensará aquel al que, no el tirano muerto, sino el propio Senado le dice que puede ambicionar cualquier clase de poder?»¹⁶².

Antonio, que mantiene bajo asedio en Mutina a Décimo Bruto, decide ponerse al frente de dos legiones expertas (la II y la XXXV) para adelantarse y tenderle una celada al cónsul Pansa, que avanzaba confiado por la vía Emilia en auxilio de los sitiados. El combate se prolonga durante varias horas en una zona pantanosa cerca de la aldea de Forum Gallorum, el 14 de abril. Las tropas de Antonio se enfrentan a la legión Marcia, que, furiosa por el cruel castigo que había recibido en Brundisio, pelea con firmeza y valor, y hace valer su experiencia, pero sufre numerosas bajas, al igual que la cohorte pretoriana de César, de modo que Pansa, gravemente herido en el costado por una lanza, se ve obligado a retirarse con sus tropas más bisoñas a su propio campamento, que Antonio, creyéndose vencedor, intenta tomar al asalto. En ese momento, lo ataca de forma inesperada Hircio, con la legión IV, y le obliga a replegarse con graves pérdidas a Mutina¹⁶³. Unos días más tarde, el 21 de abril, Hircio, con el apoyo del joven César, derrota de nuevo a las debilitadas tropas de Antonio, pero Pansa muere como consecuencia de las heridas recibidas en Forum Gallorum, y poco después también Hircio, herido ahora. Algunas sospechas recayeron sobre Glicón, el médico de Pansa, pero parece que sin fundamento. Corre el rumor de que también César ha muerto¹⁶⁴. Roma se ha quedado sin cónsules.

Para Tulio ha llegado el triunfo, completo, aunque tan efímero. Cuando se reciben en Roma las noticias de la victoria, de que las tropas de Marco Antonio se retiran hacia la Galia Transalpina y que Mutina y Décimo Bruto han sido liberados, la multitud estalla en gritos de júbilo y escolta, como en un cortejo triunfal, a Tulio hasta el Capitolio, y de allí, al foro¹⁶⁵. Las malas lenguas dicen que quiere ser nombrado dictador en el aniversario de la fundación de Roma, en la fiesta de los *Parilia*, el 21 de abril. Unos días más tarde, el Senado declara finalmente a M. Antonio enemigo público, algo que Tulio venía reclamando desde hacía meses, y le confía a Casio el mando en Siria que antes le había negado. La flota de guerra pasa a estar bajo las órdenes de Sexto Pompeyo.

Tulio propone que se levante un monumento en Mutina a los caídos en la batalla y dedica la decimocuarta *Filípica* a honrar su memo-

ria. Despliega todo su talento de orador en el agradecimiento a los soldados, el recuerdo de los muertos, el consuelo a los parientes, el reconocimiento a los dioses por la victoria, pero no se olvida de insistir en la identificación completa de la República con la trayectoria que él ha venido aconsejando desde septiembre, contra Antonio. Quiere también que se le dedique una estatua a Poncio Aquila, el insolente tribuno, después tiranicida, legado de Bruto en la Cisalpina y muerto en combate¹⁶⁶. Los cónsules, que murieron en la batalla de Forum Gallorum, fueron enterrados solemnemente en el Campo de Marte, en unas tumbas ciertamente modestas y republicanas. El pretor urbano, Marco Cecilio Cornuto fue el encargado de concertar el precio del entierro de Hircio y Pansa, pero los enterradores quisieron hacerlo gratis, para honrar a quienes habían caído defendiendo la República¹⁶⁷. Para entonces, seguramente, ya empezaban a comprender en Roma que su muerte y su victoria habían sido en vano. En cambio, los heroicos soldados romanos, aunque salieran victoriosos, no tenían derecho al recuerdo. Tulio, ciertamente, propuso erigir un monumento a los caídos, pero no sabemos cómo hubiera sido ni es probable que consignase sus nombres.

Hubo más honores tras esta victoria cadmea. El Senado concedió el glorioso triunfo a Décimo Bruto (que no tuvo ocasión de celebrar, porque jamás retornó a Roma), pero al joven César, sólo una variante menor, la conocida como «ovación», un gesto comprensible, teniendo en cuenta su edad y su rango, pero que él pudo utilizar luego, con fines propagandísticos, quejándose de este trato discriminatorio para justificar así su cambio de bando, por el que pasó a aliarse con su antiguo enemigo y a enfrentarse abiertamente al Senado¹⁶⁸. Había reunido bajo su mando las legiones de Hircio y de Pansa, pero se negaba a acatar las instrucciones del Senado que lo instaban a ponerse, junto con sus hombres, a las órdenes de Décimo Bruto. Más aún, mantuvo una inercia culpable, permitiendo la retirada de Antonio para que se reuniese con su legado Ventidio Baso que estaba en la Transapina con tres legiones. El Senado intentó dividir a las tropas de César ofreciéndoles a dos de sus legiones —la IV y la Marcia— diez mil sestercios por cabeza, pero sin éxito¹⁶⁹.

También otros comandantes van haciendo girar poco a poco sus lealtades. A pesar de las cartas que Lépido escribe prometiendo obediencia al Senado y a la República¹⁷⁰, Tulio comprende que fue un error honrarle con una estatua en la tribuna de oradores del foro (*ros-*

tra) y decide derribarla. No se equivoca esta vez. A finales de mayo, las siete legiones de Lépido y Munacio Planco —reclutadas entre los veteranos de César asentados en la Galia— se unen en Forum Iulium, en la Transalpina, a las seis de M. Antonio¹⁷¹. Asinio Polión sigue la misma senda: abandona al Senado y se declara por M. Antonio. Una vez más, al igual que había sucedido con el asesinato de César, la noble tarea había quedado sin terminar. Como Sísifo, Tulio había logrado con mucho esfuerzo empujar la enorme roca hasta casi la cima de la montaña sólo para ver cómo se deslizaba de nuevo por la ladera hasta aplastarlo.

En apenas tres meses, la situación ha dado un giro completo. Todavía el 30 de junio, Lépido es declarado enemigo público y a todos los soldados que están bajo su mando se les da de plazo hasta septiembre para reincorporarse a la lealtad al Senado. Bruto teme por sus sobrinos —su hermana está casada con Lépido—, y le escribe a Tulio implorando clemencia para ellos: «¿contra el hecho de que Lépido sea su padre nada vale que sea Bruto su tío materno?»¹⁷². Tulio no cede ante los ruegos de la madre y la hermana de Bruto: tampoco él podría esperar clemencia si venciese Lépido; además, en todas partes pagan los hijos por los delitos de los padres, porque se les condena a la pobreza cuando un tribunal confisca los bienes que ellos hubieran heredado¹⁷³. El mando en la guerra contra Lépido se confía a D. Bruto, Planco y César. Para los gastos, a propuesta de Tulio, por primera vez desde hace más de un siglo se introduce un impuesto del 1 por 100 sobre las propiedades para todos los ciudadanos y, además, de modo especial, para los senadores, un impuesto en función del tamaño del tejado de sus casas¹⁷⁴. La guerra se financia también mediante aportaciones extraordinarias de las provincias, como Antistio Veto, cuestor de Siria, que entrega a Bruto dos millones de sesteracios, procedentes de los tributos de la provincia¹⁷⁵.

Los vencedores de abril ven mientras tanto —estamos ya en julio— cómo se suceden las traiciones y se desvanece su victoria como humo. En el norte de Italia, se forma un frente formidable. Antonio tiene consigo, sumando las tropas de Ventidio, Lépido y Asinio Polión, veintitrés legiones. El desventurado Décimo Junio Bruto, tras soportar durante meses el asedio al que lo sometió Antonio en Mutina, al verse abandonado por todos, intenta huir, pero es pronto capturado y muerto por un jefe galo. Los restos de su ejército se ponen a las órdenes del joven César, quien cuenta ya con catorce legiones,

nada menos: dos de reenganchados (*euocati*), las dos macedonias, veteranas (IV y Marcia), cuatro de reclutas y las seis de Décimo Bruto que se han puesto bajo sus banderas; ostenta también una autoridad legítima, debidamente otorgada por el Senado —nada que ver con el aventurero con tres mil hombres a sus órdenes con los que empezó su desafío al cónsul del año 44—¹⁷⁶. Envía a Roma una nutrida delegación de cuatrocientos centuriones y soldados para exigir del Senado el consulado para su comandante y el botín para ellos. En un vano gesto de orgullo, el Senado se niega, como si pensase que la toga pudiera frenar a las armas. César marcha inmediatamente sobre Roma al frente de ocho legiones y el Senado, ahora aterrorizado, le ofrece, con la esperanza de detenerlo, el derecho a presentarse al consulado y promete cinco mil denarios a cada uno de sus soldados. Cuando, de manera inesperada, llegan dos legiones de África —acuarteladas allí desde el final de la campaña del 46—, el Senado, contando con que en las inmediaciones de Roma hay una tercera, cambia una vez más de signo, se envalentona y retira la oferta. Al joven César le basta con asentar sus reales en el Quirinal para acabar con cualquier atisbo de resistencia. El Senado y las tres legiones se pliegan al instante a sus deseos¹⁷⁷. Ante esta deserción de tantos, su comandante, el pretor urbano Marco Cecilio Cornuto, que era entonces la máxima autoridad que había en Roma tras la muerte de ambos cónsules, se suicida¹⁷⁸. César da a cada soldado dos mil quinientos denarios de la caja pública y Tulio obtiene de él permiso para retirarse a la vida privada y no asistir a las reuniones del Senado. Se conserva la breve nota de agradecimiento que le escribió, contento por el permiso concedido, porque significaba que le perdonaba el pasado y le concedía un futuro¹⁷⁹: si eran palabras sinceras, el desengaño llegó pronto y amargo.

Había una pequeña dificultad técnica. Una vez muertos ambos cónsules, mientras hubiera un solo magistrado patricio, los auspicios, según la fórmula tradicional, no regresaban a los senadores patricios y, por lo tanto, no se podía nombrar la serie de regentes (*interreges*) sucesivos, que se encargaban de presidir las elecciones para nombrar nuevos cónsules¹⁸⁰. Además, el pretor urbano se había suicidado. Claro que estos detalles técnicos no frenaron al joven César. Otro pretor asumió las funciones de Cornuto y designó a dos procónsules encargados de presidir los comicios consulares. César se ausentó de Roma para permitir una votación libre y sin injerencias —siempre le gustaron estas muestras de falso respeto a la ley—, cuyo resultado fue su elección

como cónsul el 19 de agosto, junto con su pariente Q. Pedio, otro de los coherederos del dictador¹⁸¹. Cuando regresó a Roma y se subió a la tribuna de los oradores del foro para dirigirse al pueblo, se vieron en el cielo seis buitres dos veces, equiparándole a Rómulo, que había tenido el mismo favorable auspicio, como señal de que estaba destinado a fundar de nuevo la Ciudad¹⁸². Acto seguido, una ley aprobada por las curias ratificó finalmente su adopción por César —de este modo ya no era sólo su heredero, sino su hijo—, mientras su colega en el consulado presentaba a los comicios la llamada ley Pedia contra los tiranidas, incluyendo también en esta denominación a algunas personas como Sexto Pompeyo, que ni siquiera estaban en Roma en los célebres idus; cabe suponer que el número de sesenta conspiradores que acabaron con la vida del dictador, un número seguramente excesivo, proceda de aquí. La ley creó un tribunal extraordinario de jurados, un eco melancólico de los establecidos por Pompeyo en el 52 contra Milón y sus secuaces. Todos los acusados, sin excepción, fueron condenados en rebeldía al exilio y la confiscación de sus bienes, en un juicio sumarísimo que duró sólo un día¹⁸³.

* * *

La reunión entre M. Antonio, Lépido y el joven César a finales de octubre en una pequeña isla, en un río —tampoco localizado, como el Rubicón— situado entre Mutina y Bononia, duró dos días y puso los cimientos del nuevo régimen: dinero y venganza. Para pagar a los soldados alistados bajo sus banderas y reclutar más, al término del encuentro se hizo pública una lista de dieciocho ciudades itálicas cuyas tierras habrían de ser confiscadas para repartirlas entre los veteranos: Capua, Regio, Venusia, Benevento... Los soldados acompañaban cada nombre con gritos de júbilo¹⁸⁴. La vara de medir del agrimensor, la *pertica*, se convirtió desde entonces en símbolo de desolación y ruina. En cuanto a la venganza, los tres conjurados empezaron por nombrar a sus enemigos. La primera lista negra la hicieron circular en secreto, para no alertar a las víctimas, para no darles ninguna posibilidad de huir. El terror se apoderó de Roma, porque muchos temían que su nombre figurase en ella, hasta que el cónsul Pedio, una mañana, decidió publicarla para tranquilizar los ánimos, al borde de la histeria y de la sublevación. Eran diecisiete los nombres, los más peligrosos: magistrados en ejercicio como Salvio o Canu-

cio (tribuno de la plebe), o Minucio Rufo y Vilio Analis (pretores), o bien enemigos temibles por su autoridad y rango, como Cayo Turanio o Tulio.

Los tres señores del mundo, contra quienes nada podía ya oponerse en Italia, volvieron por separado a Roma, en días distintos, para que cada uno fuera el único protagonista de su entrada solemne y triunfal. A toda prisa, sin respetar los plazos establecidos, el 27 de noviembre promulgaron la ley Ticia: nombraba a Antonio, Lépido y César «triunviros para constituir la República», por un plazo de cinco años, y les permitía designar libremente a todos los magistrados de Roma. Se hacía necesario «constituir» de nuevo la República, es decir, refundarla, para lo que se disponía, ya lo hemos dicho, de un plazo concreto, de cinco años, lo que tiene gran importancia, porque, a diferencia de la dictadura de César, que era perpetua y, por lo tanto, el fundamento de un nuevo orden, los triunviros prefirieron una suspensión temporal de todo el ordenamiento jurídico para poner el poder irrestricto —pero legal— en manos de tres generales y sus ejércitos. Es lo que los modernos conocemos como «estado de excepción», para el que no contamos con un equivalente preciso en Roma, a no ser, justamente, el propio triunvirato, un régimen emplazado, una anomalía transitoria. Al mismo tiempo, también se repartieron a trozos el imperio: a M. Antonio le correspondió toda la Galia conquistada por César y la Cisalpina; para Lépido son la Galia Transalpina y las dos Hispanias, Citerior y Ulterior, mientras que al joven César le quedó una porción reducida y menos importante: Cerdeña, África y Sicilia. Al día siguiente, como expresión de su voluntad todopoderosa, hicieron pública una lista de proscritos, pusieron precio a sus cabezas: cien mil sestercios, tanto para quien les diera muerte como para quien informara de su paradero; a ambas categorías se les garantizaba el anonimato, para evitar que fueran acusados en un momento posterior, como había sucedido con algunos que habían colaborado en la proscripción silana. Los esclavos recibían un premio menor, sólo cuarenta mil sestercios, pero acompañados de la libertad y la ciudadanía que tuviera su dueño¹⁸⁵. Quien ayudase a un proscrito era incorporado inmediatamente a la lista, de manera que esclavos fieles, familiares y amigos se enfrentaron al dilema del delator: debían elegir entre perder su vida o vivir a costa de la de sus más amados.

Por supuesto, las venganzas personales, los gustos y antipatías de cada uno también desempeñaron un papel. La tradición hostil a

Marco Antonio insiste en su codicia: Verres, el antiguo gobernador de Sicilia que vivía en el exilio desde la condena lograda por Tulio en el 70, aunque evidentemente no había tenido parte alguna en el asesinato de César, entró en la lista de proscritos (y fue debidamente asesinado), por la sencilla razón de que se negó a darle a Antonio unos valiosos bronce de los llamados corintios¹⁸⁶. Claro que los enemigos del joven César lo acusaban a él de lo mismo, llamándole «corintario» porque había incluido a algunas personas en la lista infamante para quedarse con sus preciados bronce corintios¹⁸⁷. Conocemos otros casos, como el de Lucio Saufeyo, del estamento ecuestre, que residía en Atenas y vivía oscuramente, apartado de todo, como recomendaba hacer su mentor y guía, el sabio Epicuro, pero con tierras en Italia, razón bastante para que entrase en la lista de proscritos; le fueron confiscadas y vendidas, aunque luego devueltas, a instancias de Ático. Más allá de los caprichos personales, la urgente necesidad de reunir dinero con el que pagar a las tropas era real. Quienes tuvieran un patrimonio superior a los cuatrocientos mil sestercios, tanto ciudadanos como extranjeros, debían pagar un impuesto del 2 por 100 y la renta de un año. Ya Tulio lo había intentado, unos meses antes, pero no era fácil obtener una recaudación satisfactoria, porque los ciudadanos romanos habían dejado de pagar impuestos desde el año 167, es decir, llevaban más de cien años viviendo de las rentas del imperio. No fue suficiente y hubo de recurrirse a una medida aún más escandalosa: se redactó una lista de mil cuatrocientas mujeres cuyas propiedades se someterían a tributo cada año. Algunas de ellas, furiosas por el ultraje, se abrieron paso en el foro hasta el tribunal de los triunviros para que hablase en representación de todas, Hortensia, la hija del célebre orador Hortensio. La lista fue reducida a cuatrocientas¹⁸⁸.

El largo edicto, en el que figuraban castigos y recompensas, servía de prólogo a la negra lista de condenados, justificándola con dos argumentos: los proscritos, o bien habían traicionado a César, asesinandolo pese a haber sido perdonados por él, o bien habían apoyado la declaración de Antonio y de Lépido como enemigos públicos. El edicto se recreaba en la perfidia de los tiranicidas: mataron a César de veintitrés puñaladas en la sede del Senado, bajo la mirada de los dioses, y quienes tal crimen cometieron, en lugar de castigo, fueron recompensados con prebendas y provincias¹⁸⁹. Subrayaba la moderación con que actuaron los triunviros, porque castigarían sólo

a los principales culpables y en un número menor de lo que lo había hecho Sila. Las justificaciones que se aducían sólo podían afectar a senadores, pues a nadie fuera de ellos se le podría hacer responsable de la muerte de César o de declarar a Lépido y Antonio enemigos públicos. Es verdad, sin embargo, que figuraban en la lista muchos inocentes, con independencia de su rango y condición, incluidos sólo por su riqueza o por rencillas personales, pero no cabe duda de que el grueso del ataque iba dirigido contra los enemigos de los triunviros. No sabemos cuántos nombres había, seguramente unos trescientos senadores, entre ellos los que ya habían sido condenados en virtud de la ley Pedia, y un número indeterminado de personas de rango ecuestre¹⁹⁰. Esto significa que aproximadamente una cuarta parte del Senado corría el riesgo de morir asesinada en cumplimiento del edicto. Consecuencia directa del miedo y la violencia es el gran número de tesorillos descubiertos en Italia que corresponden a los años 43-42: las monedas escondidas revelan el miedo de sus dueños y el hecho de que luego no se recuperasen muestra hasta qué punto estaba justificado¹⁹¹.

Las proscripciones son la piedra angular de este «estado de excepción», que se asienta sobre el terror¹⁹²: el arúspice etrusco al que se le notificaron los prodigios de aquellos días anunció la monarquía y la esclavitud inminentes, y se suicidó acto seguido, conteniendo la respiración, para no tener que vivir una época tan terrible. Quienes firmaron el edicto firmaron también un pacto de sangre entre ellos: un hermano de Lépido y un tío de Antonio fueron incluidos en la lista¹⁹³. Los soldados recorrían las calles de Roma y los caminos del Lacio a la búsqueda de sus víctimas. Las mataban y decapitaban, y llevaban su cabeza al foro, para cobrar la recompensa prometida. Allí se exponían, en la tribuna de los oradores (*rostra*), una junto a otra, para que todos vieran el destino que aguardaba a los enemigos de los triunviros y cómo cada día iba creciendo su macabro número. «Las cabezas de los comandantes en lanzas clavadas recorren la aterrada Ciudad/ y se agolpan en medio del foro»¹⁹⁴. A veces se prefería colocarlas en otros lugares de la ciudad, como la casa de Fulvia en el Palatino, donde se exhibía la de P. Cesetio Rufo, proscrito y asesinado por los secuaces de Marco Antonio para satisfacer la codicia de su insaciable mujer, que había puesto los ojos en la casa de aquel, contigua a la suya, sin que el vecino incauto se aviniera a vendérsela hasta que ya fue demasiado tarde¹⁹⁵.

Estos crímenes poblaron las obras de los historiadores y las declamaciones de los rétores. Se convirtieron en ingrediente de la ideología imperial, que buscaba exhibir el consenso de todos, porque ahora todos rechazan aquellos tiempos y aquellos crímenes, contraejemplo de la felicidad y la paz presente¹⁹⁶. Su memoria perduró largo tiempo y una parte ha llegado a nosotros, en forma más menos literariamente transformada: servían como ejemplos morales de lealtad heroica o bien casos escandalosos de traición infame. Salvio, tribuno de la plebe, reunió a sus allegados en una última cena, donde le encontraron los soldados y le degollaron; cuando estos se marcharon, los comensales permanecieron inmóviles hasta bien entrada la noche, aterrorizados ante el cuerpo sin cabeza del tribuno. El pretor Minucio Rufo intentó salvarse, sin éxito, deshaciéndose de las insignias del cargo¹⁹⁷. Otros fueron denunciados por sus propios hijos. Algunos, cierto es, se opusieron, no por fidelidad a un pariente, sino por lealtad a su propio honor, como el jurista Cascelio, que se negó a dar cobertura jurídica a los actos de los triunviros, considerándolos ilegales; no sufrió represalias, que sepamos, por este desafío¹⁹⁸.

Algunas veces, la proscripción abarcaba a familias enteras, aunque sólo a los varones. Incluso la amistad podía ser un buen motivo. Ático fue, en un primer momento, incluido en la infame lista, porque era amigo de Tulio y de Bruto, aunque luego Antonio lo borró¹⁹⁹. En cuanto a Tulio, junto a él figuraban su hijo, que estaba en Grecia, su hermano Quinto y el hijo de este. Abandonaron los tres Túscolo, seguramente a mediados de noviembre, poniendo su salvación en la huida, pensando en viajar por mar hasta Macedonia, para unirse a Bruto. Sin embargo, Quinto decidió, pocos días después, despedirse de su hermano y regresar con su hijo a Roma, para hacerse con algo de dinero para el viaje. Sus esclavos los traicionaron, entregándolos a los soldados, que no tuvieron piedad. En cuanto a Tulio, viajó primero a Formias y, finalmente, en Cayeta, se subió a un pequeño barco, pero apenas pudo navegar por el fuerte oleaje. Volvió a su villa de Formias, que estaba situada tan sólo a una milla de la costa²⁰⁰. ¿Qué hacer? Pensó en volver a Roma, entrar en secreto en la casa del niño César, contigua a la suya en el Palatino, y suicidarse sobre los lares, porque la venganza de Antonio era esperada y comprensible, pero la traición de Octavio, humillante, devastadora, hubo de herirle en los penetrales del alma²⁰¹. Se lo habían avisado varias veces. Él no se cansaba de elogiar la valía y el

valor del César niño, pero Bruto tenía dudas: ¿se contentaría Octaviano con los desmedidos honores que Tulio le regalaba?²⁰² ¿Durante cuánto tiempo el «César niño» seguiría sus consejos y se mantendría leal y obediente?

Poco después, Tulio, al saber que los soldados se acercaban, se subió a una litera para intentar de nuevo la huida. Llegaron los perseguidores a la villa, se encontraron las puertas cerradas, las forzaron e interrogaron a la servidumbre. Algún lugareño les señaló al proscrito. Corrieron para alcanzarlo. No hubo pelea, nadie se enfrentó a los soldados, Tulio no murió en la refriega, sino ofreciendo abiertamente su cuello a la espada del degollador. Se le atribuyen frases de cierto empaque retórico, pero no demasiado meritorias. No están a la altura del personaje ni del momento. En cambio, la idea de asignarle a Popilio Lenas el papel de verdugo fue brillante: la historia consiste en imaginar que Tulio, años antes, lo había defendido de la acusación de parricidio; ahora, el parricida daba muerte, no a su padre, sino al de la patria. Como Pompeyo, como César, también Tulio murió a manos de quien tanto le debía, si bien, a diferencia de ellos, no pronunció en griego sus últimas palabras, sino en latín. Al relato se le agregaron los inevitables prodigios: ya un año antes se había caído, por la fuerza del viento, y roto en pedazos la estatua de Minerva que Tulio había depositado en el templo capitolino la víspera de partir al exilio. Nada bueno podía significar aquello. Después, durante la huida, unos cuervos procedentes del vecino templo de Apolo le retiraron la manta con la que se cubría mientras intentaba descansar en su villa²⁰³. Todos se dieron cuenta de que el prodigio no era favorable, menos, seguramente, el propio Tulio, pues si bien era augur y, por tanto, experto en interpretar el vuelo de las aves, estaba convencido de que la confianza en los signos y portentos para desentrañar el futuro carecía de todo fundamento y había escrito un libro para demostrarlo, *Sobre la adivinación*, en el 44. Tal vez no fuera, en el fondo, un augurio desfavorable, aunque anunciase su muerte, pues uno no puede menos que recordar la ferviente esperanza que Tulio ponía en la inmortalidad de quienes, como él mismo, habían salvado a su patria. Sus almas, escribió, viajarían hasta más allá del espacio sublunar para encontrar su sitio entre las estrellas y vivir eternamente²⁰⁴. Si no su alma, su recuerdo, más modesto, pervive en una torre de veinticuatro metros de altura que se enseña hoy a los turistas en Formias como «tumba de Cicerón».

El 7 de diciembre del año 43 (conocemos la fecha exacta gracias a Tirón, su leal liberto)²⁰⁵, le cortaron a Tulio no sólo la cabeza, sino también la mano, por haber escrito las *Filípicas* contra M. Antonio y haberlas difundido extensamente, por carta, entre sus amigos, dañando irreversiblemente la reputación del tirano²⁰⁶. Antonio, para su disfrute, ordenó poner sobre su mesa la cabeza de su enemigo muerto, para así poder contemplarla a placer mientras comía²⁰⁷. Tales deleites, como los de César sentado ante los cadáveres de sus enemigos tras Farsalia, son propios del alma negra de un tirano. Fulvia, la terrible Fulvia, la que sólo el cuerpo tenía de mujer, colocó la cabeza de Tulio sobre sus rodillas, la cubrió de insultos y abriéndole la boca, le extrajo la afilada lengua, que atravesó de parte a parte con las agujas que llevaba en el pelo. Una vez saciada su ira, la maltratada cabeza se sumó a las de los otros proscritos en la tribuna de oradores del foro, junto con su mano derecha, de la que se servía para su divina elocuencia²⁰⁸. Desde aquella tribuna, se habían pronunciado también los incendiarios discursos sobre el cadáver de Clodio en el 52, que enfurecieron a una plebe que ahora, atemorizada y escarnecida, sólo llora el recuerdo del portentoso orador, que nunca llegó a comprender que su pluma no valiese lo mismo que la pistola de capitán. Como represalia, Bruto ordenó la ejecución de su prisionero, Cayo Antonio, hermano de Marco, lo que desencadenó una nueva venganza. Marco Antonio, a su vez, ejecutó a Quinto Hortensio Hortaló tras Filipo, porque le hacía responsable de la muerte de su hermano, sobre cuya tumba lo hizo degollar, a modo de sacrificio expiatorio. Luego, será precisamente el hijo de Tulio el que anuncie en Roma al pueblo la derrota de Marco Antonio y su muerte²⁰⁹.

Muchas lágrimas derramaron sobre el cadáver de Tulio los historiadores y oradores antiguos, lágrimas y ataques que se dirigieron siempre contra Antonio²¹⁰. La imagen de su deleite ante la cabeza sanguinolenta de su frágil enemigo es un lugar común. La propaganda del emperador Augusto se ocupó a su debido tiempo de desviar la atención y que la infamia de las proscripciones cayera, no sobre él, sino sobre Antonio²¹¹, y nos habla de su bárbara crueldad y lamenta el horrible fin que tuvo tan gran patriota, tan gran orador²¹². La conducta que debía juzgarse no era sólo la del verdugo, sino también la de la víctima. ¿Había muerto con nobleza o cobardemente? La discusión sobre si mostró valentía o no en el momento supremo resultaba inevitable, dado que se le había reprochado su flaqueza

ante adversidades como su exilio o la muerte por sobrepardo de su hija Tulia en el año 45. Una bicoca para las escuelas de oratoria, para que se ejercitasen sus muchachos. Quien más duro se mostró fue Asinio Polión (pero no en sus historias, donde fue más ecuánime, sino en un discurso, *En defensa de Lamia*), que lo describe implorando por su vida a cambio de destruir lo que había escrito contra Antonio; para reforzar retóricamente su ataque, contrasta la flaqueza de Tulio ante la muerte con la entereza de Verres, antigua víctima de su brillante oratoria, condenado por extorsionar a los sicilianos y proscrito, como sabemos, por la codicia de Marco Antonio²¹³. Los romanos lloraron su muerte, pero no todos, porque él habría hecho lo mismo con sus enemigos, una reflexión del historiador Tito Livio que pone el dedo en la llaga²¹⁴. Aunque los plantos que conocemos ponderan sus muchas virtudes y su talento, Tulio no murió porque sus dardos verbales fueran más o menos dañinos ni por su excelente latín, sino porque había sido vencido en la pequeña guerra que libró contra Marco Antonio. Su magnífica casa en el Palatino, no tan soberbia como la de Clodio, pero claro estandarte de su éxito, pasó a manos de L. Marcio Censorino, partidario de Antonio, que será cónsul en el año 39²¹⁵. Junto con Calvisio Sabino, ellos habían sido, supuestamente, los únicos dos senadores que intentaron defender a César²¹⁶. La aristocracia suicida.

Miedo

En una ciudad enorme como era Roma, sin autobuses ni metro, quien quería dedicarse a la política tenía que vivir cerca del foro. Los personajes que, en estos años de violencia creciente, habrían de insultarse unos a otros, competir en las elecciones, acusarse ante los tribunales y ensañarse mutuamente hasta más allá de la muerte, se veían y hablaban seguramente a diario, no sólo en el Senado, sino en sus propias casas, porque eran vecinos. Algunos afortunados vivían en el exclusivo barrio del Palatino, como Tulio o como la fascinante pareja que formaban Clodio, el menos plebeyo de los tribunos, y Fulvia, quien tenía de mujer sólo el cuerpo; o Celio, el joven de vida airada, que pagaba una elevada suma por el apartamento que tenía alquilado en una casa de Clodio, a escasos metros de la vivienda de su amante, la famosa Lebia/Clodia. Como ranas en torno a un estanque, los aris-

tócratas chapoteaban en las cenagosas arenas del foro y sus orillas. Cuando les llegaba el terrible momento de elegir bando, tenían amigos en ambos lados; pueden ser vecinos, parientes o tal vez amantes, como M. Favonio lo fue de Marco Catón²¹⁷. Se trataban tal vez desde la infancia y se debían dinero unos a otros, favores y también desplantes o desaires o injurias mayores, que con la guerra tuvieron la oportunidad de vengar. En esta aristocracia suicida, muchas víctimas conocerán bien la mano de su verdugo.

No podremos entender lo que ocurrió en los años finales de la República sin atender antes a la sucesión de venganzas que se abrió con la dominación, primero democrática, con Cornelio Cina y C. Mario, y luego optimate, con Sila. En el 82, cuando el momento de los demócratas ya había pasado, un victorioso Sila sacrificó a Mario Graciano sobre la misma tumba de Catulo y a sus dioses Manes. Graciano era un hombre muy popular. Tres años antes de su muerte, había tomado medidas, como pretor, para garantizar la pureza del denario, la moneda de plata romana, en una situación de grave crisis y de angustia entre la plebe: la medida le procuró el agradecimiento de muchos, pues se levantaron estatuas suyas en los barrios de Roma, que la gente adornaba con velas e incienso y que Sila, naturalmente, hizo destruir²¹⁸. Después, el fiero Catilina lo sometió a tortura y le dio muerte y paseó su cabeza por la ciudad hasta entregársela a Sila en el foro²¹⁹. Su terrible fin rubricó con sangre la derrota de los demócratas en la primera guerra civil romana. Todos sabían ya, en los años sesenta y cincuenta, que no habría piedad para los vencidos, sino venganza, porque la crueldad del pasado servía como aguijón y anuncio del horror que Tulio veía aproximarse en el 51²²⁰. Décadas más tarde, e incluso siglos, se seguía aún recordando, con todo lujo de detalles, la lenta agonía, el sonoro dolor y el desmembramiento de Graciano, pero ninguno lo hizo con tanta eficacia retórica como Lucano, el poeta neroniano de la guerra civil²²¹:

«Se le arrancan las manos y, cortada, su lengua
palpita y muda hiere, vibrando, el aire vacío.
Uno amputa la oreja y aquel la nariz corva;
el de allá, de ambas órbitas los ojos le separa,
no antes de que vieran seccionados sus miembros.
Increíbles resultan tan feroces torturas;
no menos, que una sola persona las soporte».

Unos pocos años después de la tortura y muerte de Gratidiano, las tropas de Pompeyo, el «jovenzuelo verdugo», tomaron Valentia, en Hispania, que se había declarado a favor de Sertorio, enemigo de Sila, y la destruyeron. Pompeyo se enorgulleció de ello en su carta al Senado²²². Dos intervenciones arqueológicas en el foro de la ciudad (campañas de 1987 y 2002 en el solar de l'Almoína) han hallado esqueletos con posibles traumatismos y cortes *perimortem* que podrían ser el resultado de acciones violentas, relacionadas con la toma de la ciudad. Se trata de los restos de catorce esqueletos masculinos, la mayoría, adultos jóvenes (posiblemente entre los diecisiete y los treinta años), salvo un caso que era algo mayor, en la treintena. Si bien la conservación de los restos es muy mala, debido, sobre todo, a la afectación por el fuego, y en su mayor parte lo que tenemos son huesos esparcidos, se han localizado cortes con armas de filo que afectaron al cráneo y las extremidades en, al menos, cinco esqueletos. Dos de los individuos hallados en 1987 presentan cortes y amputación de la pierna derecha con un instrumento de filo corto y pesado, posiblemente alguna clase de hacha; otra de las víctimas fue encontrada con la cabeza entre las piernas y es posible que fuese decapitada. Las excavaciones del 2002 sacaron a la luz tres esqueletos articulados y mejor conservados. Dos de ellos sufrieron la amputación de brazos o bien de piernas con cortes de arma de filo largo, compatibles con la espada romana (*gladius*)²²³. Varios de los restos muestran marcas de fuego poco posteriores a su muerte. Aunque la certeza en este caso es imposible, podemos sospechar que estos signos de violencia fueron el resultado de una ejecución pública tras la entrada de Pompeyo en la ciudad. Finalmente, la ciudad entera fue reducida a cenizas.

Como en las terribles ejecuciones públicas del Antiguo Régimen que estudió Foucault, como en el inacabable suplicio que acabó con la vida de Damiens en la plaza de Grève en París en 1757, también en Valentia el protagonista es el pueblo o el ejército, que asiste al brutal espectáculo por el que se restablece el poder legítimo que el rebelde ha desafiado²²⁴. El castigo, minucioso, lento, no se esconde, sino que se prolonga a la vista de todos para inspirar el miedo más intenso posible. No es sólo venganza lo que se persigue, sino la brutal reafirmación de una legitimidad que se restaura sobre el cuerpo martirizado de un grupo de conciudadanos. Este es el hilo que une a estos cadáveres recuperados de la tierra —soldados comunes, prisioneros de gue-

rra— con el literario cadáver de Gratidiano, un senador de prestigio, víctima de la represión desatada tras la victoria.

César se esfuerza todo lo posible por blanquear la guerra, ahorrándole al lector el relato de los incontables horrores que la acompañan. Otros, en cambio, muestran una menor prudencia, o tal vez menor pudor, y mencionan con frialdad lo que sucede, como el anónimo autor que nos relata, con palabras que se ven, la campaña de Munda en el 45: por la parte cesariana, los prisioneros, incluyendo a los exploradores del ejército enemigo, son ejecutados en el acto, crucificados si se trataba de esclavos, o bien, si no es así, decapitados o simplemente muertos a golpes, y a los correos apresados del enemigo se les amputan las manos; por la parte pompeyana, los sitiados en Ategua degüellan a la vista de todos a los habitantes de la plaza, que les habían dado generosa hospitalidad, y los arrojan desde la muralla, probablemente porque querían rendirse; ni siquiera se perdona a las mujeres ni a sus hijos. Tras la caída de Ategua, Cneo Pompeyo decapita a setenta y cuatro hombres, a los que acusa de ser cómplices de la victoria de César, luego incendia un pequeño enclave, Carruca, que no había querido abrirle las puertas²²⁵. Tras la batalla decisiva, los pompeyanos derrotados se refugian en Munda: los soldados de César clavan las cabezas de sus enemigos muertos en la punta de sus espadas y las fijan en el suelo mirando hacia la plaza. Los de Munda, tras una corta resistencia, se rinden: son pasados por las armas hasta el último de ellos. No sólo en Hispania, también en la campaña de África encontramos episodios similares: cuando unos cuantos pompeyanos se ven cercados por las tropas de César e imploran perdón, los veteranos, cegados por la ira, los matan a todos, bajo la atenta mirada de César, incluso a algunos ciudadanos ilustres a quienes consideran responsables de la guerra civil²²⁶.

Tal vez ahora los espeluznantes versos con los que Lucano narra la muerte de Gratidiano nos parezcan algo más que simple retórica y los muertos recuperados de Valentia, algo más que una bárbara excepción. ¿Podemos pensar que las ejecuciones públicas eran un modo de proceder habitual de los ejércitos romanos? Cuando leamos que César toma al asalto esta o aquella plaza y la entrega al pillaje de sus tropas para forzar la rendición inmediata de sus vecinas intimidándolas, como hizo en Gomfos (Tesalia), poco después de sufrir una dolorosa derrota en Dirraquio, recordemos los esqueletos del foro de Valentia²²⁷.

La pasajera victoria en Dirraquio había hecho crecer excesivamente la confianza en sí mismos de los generales pompeyanos. Antes de la batalla de Farsalia, se entretuvieron imaginando qué harían con quienes se habían quedado en Italia y acordaron decidir su suerte mediante votación, usando tres tablillas distintas: una para la amnistía, otra para la multa y la tercera para la muerte. Los aristócratas romanos, por muy leales que fueran a una u otra causa, actuaban movidos por el miedo: a la muerte, a las represalias, a la humillación y el exilio, a ser condenados por un tribunal, a perder fortuna y posición. En agosto del año 50, previendo la guerra inminente. Celio afirma que ha decidido seguir a César porque, entre los pompeyanos, algunos son sus enemigos declarados. Ama la causa del Senado, pero odia a quienes la secundan. Un poco más tarde, en febrero del año 48, lamenta esta decisión y afirma que muchos seguidores de César se cambiarían de bando si no temiesen la crueldad de los pompeyanos²²⁸. Asinio Polión justifica también por el miedo, retrospectivamente, la posición que adoptó en la guerra: mintiendo para ganarse la buena voluntad de Tulio (eran los tiempos fugaces en que la autoridad de este era suprema), explica que siguió a César para mantenerse a salvo de los poderosos enemigos que tenía en el bando de Pompeyo. Metelo Escipión, por su parte, teme verse llevado ante un tribunal²²⁹. En cuanto al propio Tulio, le preocupa lo que dirían los hombres a los que llama «honestos», si se queda en Italia y no se une al ejército de Pompeyo. Teme sus críticas, pero también teme por su vida, porque el recuerdo de las proscripciones de Sila está muy presente en su ánimo²³⁰. Aborrece a muchos de los íntimos de César, y sabe bien que él pertenece al bando de los buenos, que es el de Pompeyo. En cuanto al gran hombre, es decir, al propio César, tenía razones poderosas para creer que sus enemigos lo llevarían ante un tribunal si perdía la inmunidad de que gozaba como procónsul. Las leyes aprobadas en el crucial año 52 establecieron un panel de 360 jueces que fueron cuidadosamente seleccionados por Pompeyo, y a los que Tulio o el propio Celio describieron como pompeyanos radicales. No es extraño que los cesarianos tuvieran miedo de tribunales semejantes. En opinión de Celio, en agosto del 50, César estaba absolutamente convencido de que si licenciaba su ejército, corría peligro. El miedo mutuo, es decir, el de César a un proceso judicial y el de sus enemigos a un segundo consulado del vencedor de las Galias, fue un factor muy importante en la crisis que acabó provocando el estallido de la guerra civil en enero de 49.

A pesar de la muy célebre clemencia cesariana, la guerra fue una verdadera carnicería para la aristocracia de Roma. En el año 49 había veinticuatro antiguos cónsules vivos, además de César y Pompeyo²³¹. Diez se unieron al bando de Pompeyo y sólo uno de ellos (el propio Tulio) seguía aún con vida en el 44²³². Tres fueron ejecutados por César: el primero de ellos, Lucio Domicio Enobarbo, había sido capturado en Corfinio y perdonado, pero cuando, en Farsalia, de nuevo cayó en manos de César no hubo lugar para un segundo perdón y fue ejecutado en el acto; Léntulo Espínter siguió una trayectoria semejante, aunque con alguna curva más: clemencia en Corfinio, luego corrió a esconderse a su finca de Puteolí, lleno de miedo y de agradecimiento a su benefactor, pero nueva apuesta por Pompeyo y muerte en Farsalia, por orden de César, aunque no conocemos con exactitud las circunstancias (no sabemos dónde ni cuándo murió)²³³; por último, Afranio, perdonado también en Ilerda, intentó huir tras la derrota de Tapso, junto con Fausto Sila y unos mil soldados, camino de Hispania; fueron capturados vivos por P. Sitio, pero murieron unos días después, en circunstancias poco claras²³⁴. Al menos, a Pompeya, la mujer de Fausto, César le perdonó vida y hacienda. A estos tres, hay que sumar otros cuatro que cayeron en combate (Marco Calpurnio Bíbulo, App. Claudio Pulcro, C. Claudio Marcelo y C. Cornelio Léntulo Crure), otro más que se suicidó (Cecilio Metelo Escipión, tras Tapso) y, por último, el caso singular de M. Claudio Marcelo (cónsul en el 51), que conocemos con cierto detalle. Recibe el perdón de César para regresar a Italia en septiembre del 46, pero la carta en la que da las gracias a Tulio por haber intervenido en su favor es fría y no muestra tener demasiada prisa ni interés por volver a Roma²³⁵. Cuando finalmente inicia el camino de regreso desde Mitilene, en mayo del 45, no llega muy lejos. En el Pireo, el puerto de Atenas, un antiguo amigo suyo (P. Magio Quilón) le asesta dos puñaladas —en el estómago y en la cabeza— y se suicida a continuación. Aunque en un primer momento parece que puede sobrevivir, fallece esa misma noche. Conocemos los detalles por Sulpicio Rufo, que gobernaba entonces la provincia de Acaya y que estuvo con él pocos días antes del asesinato. Cuando le llega el aviso de lo sucedido, Rufo, junto con algunos médicos que ha podido reunir, se apresura y acude al Pireo al alba para comprobar que Marcelo ya ha fallecido. Le sorprende ver que sólo hay junto a él dos libertos y unos pocos esclavos; los demás habían huido, aterrorizados, porque su dueño hubiera sido ase-

sinado delante de la tienda de campaña que había levantado para los auspicios que le correspondían como augur. Rufo lo hace transportar a Atenas y, dado que no le permiten enterrarlo dentro de la ciudad como era su intención, se ocupa de organizar un funeral a la altura, de que lo incineren en el gimnasio de la Academia que Platón había hecho célebre y de que allí los atenienses le erijan un monumento en mármol²³⁶. Las razones del crimen no están claras: Bruto exculpó a César, y Tulio, que aceptó la explicación, apunta a que tal vez Marcelo rechazó de malos modos —pues tal era su carácter— alguna petición de su amigo²³⁷. En todo caso, ¿le pareció insoportable a Quilón que Marcelo aceptara el perdón del tirano?²³⁸

En agosto del 45, Bruto declara que César se ha unido a los buenos, a los hombres «honestos», y Tulio se burla: «¿de verdad? —dice— ¡qué gran noticia! ¿Pero dónde va a encontrarlos a no ser que se ahorque a sí mismo?»²³⁹. Los hombres excelentes, esto es, los defensores de la causa del Senado, estaban ahora todos ya en el infierno y César sólo podría unirse a ellos suicidándose. Las guerras civiles suelen ser más crueles y mortíferas que las guerras entre extranjeros, y esta de César contra Pompeyo y los pompeyanos no fue una excepción; tampoco lo fueron las que vinieron después. Aristócratas o plebeyos, itálicos o provinciales, no importa si luchaban por sus hogares o por la libertad, por el botín o por el recuerdo de agravios pasados: todos ellos vertieron generosamente su sangre.

CAPÍTULO 6

FULVIA

Cuando el emperador Augusto, en un momento indeterminado, visitó la ciudad de Mediolano, se encontró con que había en ella una estatua a Marco Bruto, el tiranicida, pero, en vez de castigar a sus habitantes, les felicitó por su fidelidad¹. Probablemente, la estatua se había colocado para honrar a Bruto durante su gobierno de la Cisalpina en el 46-45, pues tales honores solían dispensar a sus gobernadores los notables de las provincias, asustados o aduladores. Después, la situación dio un vuelco trágico y Bruto fue condenado por la ley Pedia, pero no creyeron necesario entonces retirarla del lugar prominente que ocupaba, ni tampoco tras su derrota y muerte en Filipos, pensando que con ella honraban al gobernador, no al asesino. Cuando Augusto los elogia por ello, la caprichosa historia ha dado un nuevo giro y lo que defiende el nuevo régimen, ya estable y sólido sobre nuevos cimientos, no es la venganza de los idus de marzo, sino la concordia. Se ha impuesto el relato que conocemos de las proscripciones, tan uniforme y consolador en sus líneas generales, en el que se condena al traidor y se destaca precisamente la lealtad de parientes o amigos en la ayuda al proscrito a cuya cabeza se ha puesto precio². Este es el mensaje que Augusto quiere plasmar en su foro, en el que las estatuas de enemigos antaño mortales conviven ahora pacíficamente, el que quiere transmitir también designando al hijo de Tulio para el consulado en el año 30 o eligiendo a ilustres partidarios de Antonio para ocupar los puestos más elevados y de mayor confianza del Príncipe, como Marco Valerio Mesala Corvino, cónsul en el 31. En este lento viaje de la crueldad a la clemencia, no se trata de condenar la memoria de nadie, sino de reinterpretarlas todas como final-

mente reconciliadas; no una amnistía, es decir, un olvido (como propuso Tulio), sino un recuerdo morigerado, del que se han eliminado los elementos de conflicto y se resaltan valores compartidos, como el patriotismo o la lealtad. Todos los excesos, todas las violencias e ilegalidades de las guerras civiles han quedado atrás, ya no hay dos relatos, uno optimista y otro democrático, enfrentados entre sí, sino una historia única, la de Roma, narrada en el foro de Augusto como una sucesión de generales victoriosos que culmina en la figura de quien ha sometido el mundo entero a su dominio³. La anécdota es bien conocida: cuando un nieto de Augusto, que estaba leyendo una obra de Tulio, vio que se acercaba su abuelo, se asustó e intentó esconderla, pero el emperador lo tranquilizó, tomó el libro en sus manos y, al tiempo que lo leía en voz alta, le fue explicando qué gran patriota había sido el orador al que él y sus colegas en el triunvirato habían colocado el primero en la lista de proscritos⁴.

En cambio, hacia el año 14 d.C., otro orador, Cayo Albucio Silón, hizo una lectura muy distinta de la estatua de Mediolano: lamentando el estado de postración de Italia, a la que se trataba como si fuese una provincia más, se dirigió a él, a Bruto, pues su estatua estaba a la vista de todos, apostrofándolo como «garante y defensor de las leyes y de la libertad»⁵. Este no era el Bruto idealista y noble, gobernador justo y ecuánime de una provincia romana, sino aquel otro que, matando al tirano, creyó conquistar la República, un grito que cobró mayor fuerza en vísperas del enfrentamiento definitivo contra Antonio y el joven César. En ese momento, en los meses previos a Filipos, se acuñó la célebre moneda que en su reverso mostraba el bonete de lana o de fieltro de los libertos (*pileus*), colocado entre dos puñales, y la leyenda «idus de marzo». La imagen que asocia el *pileus*, es decir, la manumisión, con la libertad, opuesta de este modo a la esclavitud, es antigua, pues aparece ya en denarios de los años 126 y 125⁶. Irónico resulta que figure en esta célebre moneda, en el anverso, la efigie de Bruto, porque nunca hasta que lo hizo César en el año 44 se había mostrado en una moneda el rostro de una persona viva: el tiranicida adoptaba maneras propias de un tirano⁷. Tulio no se engañaba al respecto: el único final posible para la guerra civil es la tiranía de uno de los dos bandos, hija adoptiva del miedo.

En uno de los ejemplares recuperados (que se expone en el Museo Británico) hay un agujero perforado, lo que indica que no se iba a usar como moneda, sino como medalla colgada al cuello de alguno

de los soldados o de los oficiales de la causa de la libertad, porque su mensaje valía más que su contenido en plata. Sin embargo, no fue esta la causa vencedora. En dos batallas consecutivas, separadas entre sí por unas tres semanas, en las llanuras de Filipos, en octubre del 42, vencieron Antonio y el joven César, aunque sufriendo cuantiosas pérdidas⁸. En la que fue seguramente la batalla más sangrienta de la guerra civil, murieron tal vez unos cuarenta mil romanos, sumando las bajas de ambos bandos, entre ellas, los propios Bruto y Casio, que se suicidaron, así como también vástagos de ciudadanos ilustres como Lúculo, Hortensio o Catón⁹. El hijo de Tulio, que combatió entre los vencidos, sobrevivió.

* * *

Nada más retornar a Roma, en enero del 41, el joven César (pues Marco Antonio ha preferido permanecer en Asia) asume la tarea de asentar a los soldados de veintiocho legiones, que se licencian después de años de guerra y penalidades, exigen ahora su recompensa y no admiten dilaciones. Tiene que fundar colonias para unos cuarenta y seis mil hombres, veteranos que han tomado parte en la campaña de Filipos, que llevan seis o más años en filas, muchos de ellos desde los comienzos, en el año 49-48¹⁰. Esto le obliga a expropiar tierra itálica en cantidad suficiente, sin compensación alguna para sus propietarios¹¹. Para ello, ya habían designado Marco Antonio y él, en su reunión de Bononia en el 43, dieciocho ciudades, que son las que se van a ver directamente afectadas. Se trata del proceso de confiscación de tierras de mayor alcance y calado en Italia hasta el momento. Sus consecuencias son terribles. Familias enteras acuden a Roma suplicando que no les dejen sin medios para vivir, que no les condenen a la miseria y la muerte. Muchas ciudades de Italia —Roma en particular— están pasando hambre esos meses debido al bloqueo naval impuesto por las flotas de Sexto Pompeyo y Domicio Enobarbo¹². Hay enfrentamientos entre soldados y civiles y se intenta aliviar un tanto la tensión limitando el importe anual de los alquileres a quinientos denarios en Roma y reduciéndolos a una cuarta parte en el resto de Italia¹³. La medida e incluso las cantidades puestas como límite coinciden exactamente con la adoptada por César en el 48, tal vez debido a un comparable desplome del numerario circulante¹⁴.

El proceso se llevó a cabo con gran rapidez, en apenas unos meses, y, por lo tanto, de modo brutal e implacable, asentando a los hombres de las veintiocho legiones en las dieciocho ciudades condenadas, a razón de una legión, o dos, en cada ciudad, seleccionadas por la fertilidad de sus campos, aunque también porque su distribución en el mapa otorgaba a los triunviros un cierto control sobre Italia: la mayoría de ellas estaban situadas, por una parte, en Umbría, Piceno (vigilando el acceso desde el norte) y, por otra, en Campania y el sur del Lacio (cerca de Roma, por tanto)¹⁵. Las acuñaciones dejan constancia de las imágenes asociadas a estos tiempos: el águila legionaria, la vara de medir del agrimensor, el estandarte que portan los colonos, el arado¹⁶. El anónimo autor de las *Imprecaciones* pseudovirgilianas conjura al agua, al fuego, a los monstruos marinos, a la sequía, a Júpiter y a Neptuno contra los campos que tanto ama y que le han sido cruelmente arrebatados por la impía vara del agrimensor; ruega para que se arruinen los cultivos y, con ellos, los nuevos propietarios: «Inocente yo, y pobre y exiliado, ¿he abandonado mis tierras/ para que un soldado reciba el premio de la guerra funesta?»¹⁷. Con mayor serenidad que el autor de las *Imprecaciones*, el propio Virgilio dejó constancia, también él, del dolor por la pérdida, culpando del desafuero a la discordia:

«... mis tierras cultivadas un soldado las tendrá impío,
un salvaje, estas mieses, ¡hasta aquí condujo la discordia
a infelices ciudadanos, para ellos hemos sembrado los campos!»¹⁸.

Cuando se estaban fundando las últimas colonias, una maniobra desafortunada precipitó el desastre¹⁹. El joven César había destacado unos escuadrones de caballería en el Bruto, en el sur de Italia, para hacer frente a un posible desembarco de Sexto Pompeyo, pero Lucio Antonio, hermano del triunviro y cónsul en este año 41 temió que fueran a dirigirse contra él en realidad. Dio comienzo así, en el verano de este año, una breve y extraña guerra que se resolvió en el cruel asedio de la ciudad de Perusia (de diciembre del 41 a febrero del 40) y que tuvo como protagonista a Fulvia, la que nada tenía de mujer, salvo el cuerpo, casada desde el año 47 con Marco Antonio y, por lo tanto, cuñada del cónsul Lucio Antonio²⁰, una mujer tan extraordinaria que su retrato es probable que se esconda en el de una Victoria con alas que los antonianos eligieron para algunas de sus acuñaciones²¹.

El joven César contaba con su propio ejército colonial, los veteranos de Filipos, y, al igual que en otras ocasiones, también esta vez se demostró que, en combate, la experiencia era el valor decisivo. Las mejores tropas antonianas, que estaban a las órdenes de Asinio Polión y Ventidio Baso, se mantuvieron a la expectativa, sin intervenir, según dijeron porque no sabían a ciencia cierta cuál era la posición preferida por el jefe supremo en esta guerra entre su hermano cónsul y su colega en el triunvirato. El hermano, es decir, Lucio Antonio, contaba con peores tropas, reclutas sin experiencia en combate, incluso gladiadores²². No les fue difícil a los generales del joven César, en particular Agripa y Salvidieno, ambos de extraordinario talento militar, encerrarlo a él y a sus hombres en Perugia (diciembre del 41), en donde no se habían hecho los adecuados preparativos para un asedio, de modo que pronto hizo presa de los sitiados el hambre y, con ella, el desánimo. Se decidió no incinerar a los muertos para no revelar al enemigo lo precario de las condiciones en que malvivía la ciudad, sino enterrarlos en fosas muy alargadas; se privó de todo alimento a los esclavos, que así se vieron abocados a la muerte por inanición. La terrible hambruna de Perugia se hizo proverbial²³.

Mientras tanto, el joven César entretuvo su ocio escribiendo versos: unos, obscenos, dirigidos contra Asinio Polión, no se han conservado, aunque sabemos que el ofendido hizo gala una vez más de su prudencia —o de su cobardía—, negándose a replicar: «me calló porque no se puede escribir contra quien puede proscribir»²⁴. Sí se han conservado, en cambio, los que le dedicó a la terrible Fulvia, de una crudeza brutal, acusándola de ser la responsable del enfrentamiento²⁵:

«Porque Antonio se folla a Gláfira, este castigo
me impuso Fulvia: que me la folle a mi vez.
¿Que me folle a Fulvia? ¿Y qué hago si Manio me pide
que le dé por culo? ¿Lo haré? No lo creo, si estoy en mis cabales.
“O follas o es la guerra”, dice, pero quiero más a mi polla
que a mi vida. ¡Que suenen las trompetas!».

Empecemos por los dos personajes secundarios: Gláfira y Manio. De ella, Gláfira, «una hermosa mujer», sabemos, en efecto, que, tras Filipos, Antonio, que en esos momentos ya había tenido su célebre encuentro con Cleopatra en Tarso, decidió darle el disputado trono de

Capadocia a su hijo Arquelao y no a Ariárates²⁶. En cuanto a Manio, uno de los colaboradores más cercanos del triunviro, viajó desde Perusia para urgir a Ventidio y a Polión y lograr que se apresurasen en prestar ayuda a la ciudad sitiada²⁷. Sin éxito. Más tarde, Marco Antonio lo convertirá en chivo expiatorio y lo hará ejecutar atribuyéndole la responsabilidad por la guerra²⁸. La protagonista del verso es Fulvia, la misma que había atravesado la lengua de Tulio con una aguja del pelo, la misma que, años atrás, había acogido en el espléndido atrio de su casa palatina el cadáver de su marido, Clodio, asesinado por Milón en Bovilas. De ese matrimonio nació Claudia, casada brevemente (43-41) con el joven César, quien hacía muy poco, apenas unos meses, que la había devuelto a su madre, y ahora escribía estos durísimos versos contra su antigua suegra²⁹. A los romanos (como a los griegos: baste recordar a Helena de Troya) les encantaba echarle a una mujer la culpa de las guerras, en especial, de las civiles. En Lucano, la muerte de Julia echó por tierra lo pactado y Cornelia, casándose después con Pompeyo, hizo inevitable el enfrentamiento con César³⁰. En Perusia, la responsabilidad femenina fue mayor. Unos lo atribuían todo a los celos, porque Fulvia, decían, se había puesto de parte de Lucio Antonio para forzar a su marido, Marco Antonio, a regresar a Italia, alejándolo así de Cleopatra; otros, como en estos crudos versos que acabamos de citar, la convirtieron en una mujer dominadora, porque es la negativa del joven César a convertirse en una marioneta de su juego sexual lo que hace sonar las trompetas de guerra³¹.

Ciertamente, la propaganda enemiga hizo presa en ambos Antonios, despreciados como hombres sin carácter, muñecos inertes en manos de inquietantes mujeres, Fulvia y Cleopatra, de voraz apetito sexual. En este intercambio de insultos, Lucio Antonio hizo correr la especie que el joven César había entregado su pudor no sólo a su tío, el dictador, sino también a Aulo Hircio, y a buen precio, en este último caso, pues había recibido trescientos mil sestercios; además, se frotaba las piernas con nueces calientes para que el vello le naciera más suave, un signo inequívoco de afeminamiento³². Sin embargo, tal vez en este caso la misoginia tuviese algún fundamento y no dibujase simplemente castillos en el aire, porque Fulvia ejerció en esta guerra una autoridad y una presencia excepcionales. Se han recuperado unas ochenta balas de honda del asedio de Perusia (conocidas por su nombre latino como *glandes*), que, como los misiles de hoy día, contienen mensajes injuriosos contra el enemigo, a menudo jugando con

la semejanza entre la bala y el falo. En uno se lee: «Busco el culo de Octaviano», pues los antonianos le niegan el nombre de César; en otro, «busco el clítoris de Fulvia», lo que nos indica la importancia que los soldados atribuían a la mujer de Antonio, tanto más cuanto que ella no estaba en la ciudad bajo asedio, sino en Preneste. Otros insultan a Lucio Antonio llamándolo «calvo». Otros, por fin, mencionan a generales u oficiales del ejército sitiador, como Salvidieno Rufo, a menudo acompañados del signo del rayo, que era un emblema cesariano, tan rápido y mortífero como la propia bala³³.

Fulvia, se nos dice, arenga a las tropas, lo organiza todo, como la máxima autoridad, en Preneste y se pasea con la espada al cinto y ánimo viril³⁴. Para ayudar a Lucio Antonio, asediado en Perugia, recluta tres legiones en Campania, que luego, bajo las órdenes de Munacio Planco, se dirigen al norte, hacia la Sabina y la Umbría y destruyen una legión de César que encuentran a su paso, cuando se dirigía a Roma. Munacio Planco intenta después una maniobra envolvente —en colaboración con los otros generales antonianos— que fracasa, tras lo cual, se retira a Espoletio³⁵. Es más de lo que hicieron Baso o Polión.

Lucio Antonio se miraba a sí mismo en el espejo del gran Cayo Mario, pues para él no había sido una mera coincidencia que ambos hubiesen celebrado el solemne triunfo el día en que iniciaron sus consulados respectivos, claro que Mario lo obtuvo por haber vencido al temible Yugurta, y no a unas tribus casi desconocidas de los Alpes. El hecho de que, por decisión de Fulvia, convirtiera Preneste en su capital también traía ecos notables de la guerra entre Mario y Sila³⁶. Lucio, como Mario, era un demócrata, muy popular entre diversos sectores de la plebe de Roma, como lo demostraban las estatuas suyas que había en el foro, para irritación de Tulio, que dedicó una parte de su *Sexta Filípica* a censurar tanto honor inmerecido³⁷.

La defensa de los campesinos expropiados llevaba aparejada la del viejo orden republicano, violentado por un triunvirato que ahora, una vez castigados y muertos los tiranícidas, había perdido su razón de ser y amenazaba con convertirse en un gobierno permanente, respaldado por unas colonias de veteranos que, como guarniciones en tierra enemiga, otorgaban a los vencedores en Filipos el control sobre Italia. Lucio Antonio adoptó para sí el cognomen «Piedad», en un intento de atraerse a los veteranos de Marco Antonio en Italia, intento vano por lo demás, porque su mensaje político se dirigía an-

tes a los campesinos expropiados que a los veteranos³⁸. En realidad, tanto él, inspirándose en el ejemplo de Mario, como Fulvia, la viuda de Clodio, parecen inscribirse más bien dentro de las líneas de actuación tradicionales de los demócratas³⁹. Sus principales apoyos fueron personas de rango ecuestre, la plebe de Roma y las oligarquías de algunas ciudades de Italia, como Patavio⁴⁰. El Senado estaba, en su mayoría, de parte del joven César, que había decidido exceptuar de las expropiaciones precisamente las tierras de los senadores. También los más pobres, así como los parientes de los propios soldados, obtuvieron este mismo privilegio, lo que quiere decir que, en este caso, los perdedores fueron los propietarios medios de las ciudades condenadas⁴¹. La divisoria se trazó de un modo muy distinto a como lo había hecho la memorable reforma de Tiberio Graco, que perjudicaba sobre todo a los grandes propietarios de tierras. No extraña que el Senado entero declarase a Lucio Antonio «enemigo público»⁴². En cambio, los habitantes de Nursia se pusieron de su parte y honraron a los caídos en esta guerra inscribiendo en sus tumbas que habían muerto luchando «por la libertad», un gesto que encolerizó al joven César, quien les impuso una multa de un importe tan alto que tuvieron que abandonar toda la ciudad, al no poder pagarla⁴³. Tal vez debamos entender esta «libertad» imprecisa como defensa de un régimen tradicional en el que la voz del pueblo pudiera oírse.

Lucio Antonio se rindió finalmente y Perugia cayó en manos del joven César. La ciudad fue destruida por un fuego devastador que sólo respetó el templo de Vulcano y que dejó una huella arqueológica en el nivel de incendio descubierto bajo la catedral de San Lorenzo y en otros lugares⁴⁴. Antes de eso, el castigo que recayó sobre los vencidos había sido fiel al espíritu de crueldad de las proscripciones. Unas semanas después de la rendición, en los idus de marzo, el joven César quiso celebrar el aniversario de la muerte de su padre adoptivo ofreciéndole, como Aquiles a su amigo Patroclo, el sacrificio de trescientos prohombres perusinos, ritualmente sacrificados sobre un altar consagrado al divino Julio⁴⁵. De este modo, reafirmaba su firme voluntad de sostener su ambición y su carrera, incluso tras Filipos, sobre la memoria de los idus de marzo. Son las terribles aras perusinas, que casi parecen una venganza tardía, remota: 307 prisioneros romanos habían sido ejecutados, en el año 357, en el foro de la ciudad etrusca de Tarquinia, un episodio de la guerra entre romanos y etruscos que ciertamente no se había olvidado⁴⁶. Los campos perusi-

nos fueron entregados a los veteranos vencedores, cuando aún no se habían enterrado debidamente los cuerpos de los vencidos⁴⁷.

El joven César perdonó a Lucio Antonio y lo mandó a gobernar Hispania, aunque bajo estrecha vigilancia⁴⁸. De sus partidarios, quienes pudieron huir se incorporaron a las filas de Sexto Pompeyo, pero alguno, que no estaba en condiciones físicas de hacerlo, se suicidó, mostrando con ello su fiereza catoniana o su escasa fe en la clemencia del cruel César. De entre los huidos, los más célebres son Livia Drusila, la futura emperatriz, y su marido, Tiberio Claudio Nerón, quienes, tras algún episodio rocambolesco, se unieron a Sexto Pompeyo, aunque no por mucho tiempo⁴⁹. En cuanto a Fulvia, viajó a Grecia con sus hijos (Antonio Antilo y Iulo Antonio), a reencontrarse con su marido, pero no hubo reconciliación. Antonio regresó a Italia sin despedirse de ella, y Fulvia, aún joven, pero ya enferma, murió en Sición, oscuramente. Qué gran historia de la guerra civil de ambos Césares hubiera podido escribir.

CAPÍTULO 7

GUERRA CIVIL Y REVOLUCIÓN

A los romanos, las guerras civiles, si no interminables, les duraron veinte años. Hay discrepancias de matiz, pero los historiadores que escriben ya en el Alto Imperio, bajo el emperador Tiberio o bajo Augusto o incluso más tarde, cuando vuelven su mirada retrospectivamente hacia la vieja República, hablan de una *guerra de veinte años*, aun sabiendo que no hubo conflicto abierto ni campañas militares de manera continua durante todo ese tiempo. Veleyo Patérculo sitúa el final en el cierre del Jano el 11 de enero del 29, con lo que delimita un periodo de veinte años cabales entre enero del 49 (Rubión) y enero del 29 (Jano). Tito Livio es de parecida opinión, si bien su guerra dura veintiún años, pues comienza también con el Rubión y termina con el triple triunfo de Octavio sobre el Ilírico, Accio y Cleopatra, es decir, abarca desde enero del 49 hasta agosto del 29. También Tácito habla de una discordia abierta durante veinte años, que concluyen en el sexto consulado de Augusto, es decir, en el año 28, lo que nos lleva una vez más al año 49, si no queremos ser demasiado estrictos con la cronología, pues atribuye el origen de todos los males al tercer consulado de Pompeyo en el 52. Así pues, el cierre del templo de Jano, un triple triunfo y el restablecimiento de la ley..., cada historiador elige el acontecimiento que mejor simbolizaba para él el final del conflicto, pero desde muy pronto, ya desde Augusto, la mirada retrospectiva de todos ellos aglutina esos veinte años en una larga, cruenta y continua guerra civil¹.

En latín, al sustantivo «guerra» se le aplicaron adjetivos muy distintos: conocemos una guerra servil, otra de los aliados e incluso una femenina, la de Clodia, al decir de Tulio². Incluso puede haber una

«guerra parricida» (la de Sila, en palabras de Floro) o, si somos amantes de la paradoja, podemos cederle la palabra al poeta que cantaba a la guerra «más que civil» y al derecho entregado al crimen³. Naturalmente, esta proliferación de adjetivos obliga a introducir alguno con el que designar a la «otra», a la guerra por antonomasia, calificada como «hostil» o bien «externa»⁴. La primera vez que encontramos utilizado el término «guerra civil» es en la clasificación que hace Tulio al enumerar los méritos de Pompeyo según los «tipos» de guerra en los que este ha participado y ha vencido: «civil, africana, transalpina, la hispana mixta (de ciudadanos y de naciones muy guerreras), la servil y la naval»⁵. El discurso es del año 66 y en él aparece un tipo interesante que no tendrá continuidad, el «mixto», es decir, entre ciudadanos, pero con la participación de pueblos extranjeros, claro que se podría pensar que el nombre no hizo fortuna porque no designa nada en especial. Al fin y al cabo, ¿qué conflicto civil no es también mixto en alguna medida al mismo tiempo?⁶ La referencia a la «guerra civil» remite a la que libró Sila al regresar de Oriente. Dado que las siguientes (la africana y la transalpina) también se libraron contra ciudadanos, cabe pensar que aquí «civil» es más que nada un término geográfico, es la guerra que (Pompeyo, a las órdenes de Sila) libró en Italia⁷. La naval, finalmente, designa la campaña, recién terminada, contra los piratas. Esta es la primera vez que encontramos juntos los términos «guerra» y «civil», aunque hay un dudoso testimonio anterior: según Veleyo Patérculo, Sisena habría escrito una obra sobre «la guerra civil y la silana»; si la cita es literal, tendríamos una mención ya en los años setenta, lo que tal vez podría admitirse, si es verdad que fue Sila quien, en las memorias que escribió para descargarse de toda culpa, empleó por vez primera la expresión «guerra civil»⁸.

La segunda mención, por orden cronológico, se refiere a un conflicto que no suele considerarse como una guerra, pese a que, a todas luces, sí lo fue: la conspiración de Catilina⁹. En su tercer discurso contra Catilina, Tulio recuerda la respuesta dada por los arúspices en el 65, avisando de que se acercaba una «guerra civil y doméstica» y el final de la ciudad y el imperio, a no ser que se aplacase la cólera divina¹⁰. No podemos saber hasta qué punto citaba textualmente la respuesta de los arúspices o si pretendía magnificar la amenaza que se cernía sobre Roma utilizando una expresión tan ominosa¹¹. Hay referencias anteriores, pero son retrospectivas: así, en un juicio celebrado seguramente el año 69, Pompeyo, que era el abogado defensor, in-

crepó a la parte acusadora diciendo: «¿por qué no me llevas a mí también a los tribunales?». «Lo haré», respondió el acusador, «si das garantías de que en tal caso no estallará una guerra civil». Lo malo es que la anécdota la recoge Valerio Máximo, en tiempos del emperador Tiberio, por lo que no podemos saber si reproduce literalmente las palabras utilizadas unos noventa años antes¹². En César, dejando ahora a un lado el título de su obra, la expresión «guerra civil» aparece dos veces y encontramos sólo una mención más en las tres obras anónimas que le están atribuidas¹³. Esto no quiere decir que César intentase disimular u ocultar su gravedad, como algunas veces se afirma¹⁴. Deja muy clara la escala del enfrentamiento, y el sufrimiento que provoca el hecho de que sus enemigos sean conciudadanos. Sus esfuerzos están puestos en salvar el mayor número de vidas. Probablemente la expresión no era todavía de uso común.

Luego, su número creció tanto que se hizo preciso diferenciar, y así tenemos la guerra civil «pompeyana», «silana» o «mariana»¹⁵. El nombre es significativo, porque los romanos acostumbraban a llamar a las guerras por el nombre del lugar donde se combatió o la batalla más célebre, pero sobre todo por el nombre del enemigo: así, tenemos una guerra anibálica, otra sertoriana, yugurtina, mársica, etc.¹⁶ Por lo tanto, denominar a la guerra «pompeyana» o, por el contrario, «cesariana» suponía automáticamente una explícita toma de partido¹⁷. El propio Tulio pone de relieve su elevado número diciendo que fueron cinco las «guerras civiles» que a él le tocó vivir, incluyendo en el recuento dos silanas, en lo que es una perspectiva diferente de la que se impondrá luego con esa «guerra civil de veinte años». Él inicia la serie antes y no las percibe como un continuo ininterrumpido, sino como episodios que se reiteran, no es todavía un periodo cerrado, sino un fenómeno vivo y amenazante¹⁸.

Los historiadores actuales, cuando se enfrentan a esta «guerra civil de veinte años», suelen explicarla como la consecuencia de una lucha a muerte por el poder, pero no entre el Senado y el Pueblo, sino entre la oligarquía romana, que ha conquistado un imperio, y las demás oligarquías, las itálicas, que exigen compartirlo. Esta es la idea dominante aún hoy: la guerra civil fue en el fondo un enfrentamiento entre Roma e Italia, en el que acabó venciendo esta última. Este es el paradigma que podríamos denominar Levi-Syme, fuertemente anclado en los conflictos y tendencias ideológicas de la Europa de la década de 1930, pero que no ha sido aún desplazado¹⁹. Se han añadido

sólo matices a esta idea central, sobre todo en cuanto al problema de la intervención de las masas, del proletariado itálico, que para ambos, Levi y Syme, resultaba crucial, porque las masas se convirtieron en actores políticos en el momento en que reclamaron, por la fuerza de las armas, las tierras que les habían prometido sus generales; otros autores les conceden, sin embargo, una importancia menor, insistiendo en la rigidez de las relaciones clientelares, que impidió a las masas actuar de manera autónoma²⁰.

Para Syme, lo que hubo fue una descarnada lucha por el poder supremo que desembocó en la destrucción de la antigua nobleza romana, reemplazada por una «plutocracia», más amplia, itálica, que rodea al príncipe, respaldado a su vez por el pueblo y el ejército²¹. Hay que convenir, pues, en que eligió acertadamente el término para dar título a su libro de 1939: *La revolución romana*, en el que describió una verdadera revolución, en la que Italia y las «clases apolíticas» —así las denominaba él— se hacían con el poder en detrimento de la vieja oligarquía de Roma. Fue una transformación violenta y profunda, dirigida «desde arriba», pero esa no es razón bastante para dejar de considerarla una revolución²². Algunos historiadores posteriores han intentado quitarle hierro, reinterpretándolo o contextualizándolo, para poder digerir un título tan inquietante²³. Con todo, ciertamente, a Syme el término no le molestaba: años más tarde, pasando revista, en una rápida síntesis, al gobierno de Augusto, hablaba aún sin ambages de «proceso revolucionario», «líder revolucionario» y, finalmente, de una «revolución» que duró veinte años²⁴.

La palabra «revolución», especialmente si iba acompañada del adjetivo «burguesa», adquirió una coloración fuerte desde el momento en que el marxismo la adoptó como eje de sus reflexiones teóricas sobre el surgimiento del capitalismo. Al historizarlo, al asignarle un origen, un nacimiento preciso en la historia, el marxismo anunciaba también implícitamente que la extinción y muerte del capitalismo habrían de llegar a su tiempo, porque no era más que una forma específica de organización social, precedera como cualquiera otra, no el final de la historia. Los debates en este sentido han sido en ocasiones agrios y no siempre fecundos. Por esta acritud, por la coloración marxista con que se recubrió el término, durante la Guerra Fría, los historiadores de la Antigüedad más conservadores pusieron mucho empeño en subrayar que en el Mundo Antiguo no hubo revoluciones. A su juicio, los cambios fueron siempre exclusivamente políticos, no so-

ciales, pues en ellos nunca intervinieron «las masas» sino como comparsa de los enfrentamientos en el seno de la oligarquía, la lucha por el poder supremo entre cabecillas secundados cada uno por sus devotos y fieles clientes²⁵. Se negaban a admitir un cuestionamiento radical del régimen vigente en cada momento por parte de los grupos sociales situados fuera de la clase dominante.

Así, Meier puso en circulación un nuevo concepto, el de «crisis sin alternativa», para evitar el término «revolución» con el que se venía designando a la Tardía República —o distintos momentos dentro de ella— al menos desde Mommsen²⁶. En su opinión, el pueblo en ningún momento pudo constituir una alternativa al viejo sistema organizado en torno al Senado. Al no existir una nueva «clase» o «grupo social» preparada para sustituir al que hasta entonces había gobernado Roma —pues el pueblo, sostiene Meier, nunca estuvo en condiciones de desempeñar ese papel—, no hubo alternativa ni podía haber, por tanto, revolución. Esto es un grave error, producto de una visión lampedusiana de la historia, que es tentador comparar con la opinión de quienes creen que lo único que cambió con la Revolución francesa fue la aparición del Sistema Métrico Decimal. Tampoco fue el calendario juliano el único resultado de la guerra civil de veinte años²⁷.

La propia historia del término nos permite observar que se ha utilizado con significados diferentes en cada momento. Como es bien sabido, «revolución» designaba los movimientos circulares de los astros y cuando, en el siglo XVII, comenzó a aplicarse a los asuntos humanos mantuvo en su significado la idea de circularidad, de repetición; una revolución venía a ser simplemente la restauración de una situación anterior²⁸. Aunque estrechamente ligada a la guerra civil, poco a poco se va desgajando de ella y adquiriendo perfiles propios, en la medida en que el Estado iba cobrando fuerza y reclamando para sí toda la pretensión de legitimidad, lo que acabó convirtiendo a ambos términos, «Estado» y «guerra civil», en antagónicos²⁹. En 1719, el abad de Vertot escribió una *Histoire des Révolutions arrivées dans le gouvernement de la République romaine*. Es una historia prolija, amena a ratos y acrítica, que gozó de mucha popularidad y varias reediciones, en cuyo mismo título figuraban las revoluciones, porque el término estaba de moda y se quería impactar al lector. En el discurso preliminar, el abad de Vertot nos dice que el amor a la libertad de la patria fue la causa o el pretexto de las revoluciones. Luego Vertot escribió, llevado por el éxito, otros dos libros con título semejante so-

bre las «revoluciones» en Portugal y Suecia. Así, en el siglo XVIII la palabra ya es de uso común para referirse a cambios, a las transformaciones que son constantes en la historia de cualquier país y que proceden de la idea de «cambio constitucional» tan presente en los autores grecorromanos. A partir de 1789, el término cobró un nuevo significado, dejó de asociarse a la idea de reiteración y comenzó a designar un cambio irreversible, un nuevo comienzo, la fundación de un orden nuevo. Cabe incluso precisar todavía más el momento en que la palabra se usó ya en su nueva acepción³⁰. Habría sido en Versalles, durante la noche del 14 al 15 de julio de 1789, cuando se le informaba al rey de los sucesos de la Bastilla. «C'est une revolte», dijo Luis XVI, a lo que el duque de Liancourt contestó: «Non, Sire, c'est une revolution». Naturalmente, el duque de Liancourt pudo usar el término en el mismo sentido en que lo utilizaba Vertot, pero lo que ocurrió después vino a dotar de una mayor trascendencia a sus palabras.

La anécdota resulta oportuna porque ilustra con cierto dramatismo la idea de que antes de la francesa o la norteamericana no hubo verdaderas revoluciones. El influyente análisis de H. Arendt, publicado en 1963, concibe exclusivamente la revolución como un hecho de la modernidad. Su fin es la creación de un cuerpo político enteramente nuevo orientado hacia la libertad, esto es, hacia la participación de la mayoría en los asuntos públicos, en la toma de decisiones³¹. Arendt escribe aquí el panegírico de la revolución americana, orientada a la fundación de un nuevo sujeto político y sometida a la ley. Su envés lo encontramos en la revolución francesa, que buscaba resolver un problema social, no implantar la libertad contra la tiranía. Más allá de la diferencia entre revoluciones buenas (las que son políticas) y malas (las que buscan resolver un problema social), lo que nos interesa a nosotros ahora es su insistencia en separarlas de lo que es una guerra civil, porque lo cierto es que los análisis posteriores han seguido el camino inverso. Desde los años sesenta, sociólogos, politólogos e historiadores han comenzado a estudiar estos conflictos internos utilizando métodos cuantitativos para los que necesitaban criterios muy precisos. Las distinciones conceptuales entre «rebelión», «revuelta», «guerra civil» o «revolución» les resultaban poco operativas, hasta el punto de que pudieron subsumirlas todas ellas en la categoría de «guerras intestinas» o bien, de manera «oficial y tecnocrática», según la conferencia de Ginebra de 1949, «non-international Armed conflict», una denominación que la patológica afición a los

acrónimos transformó en NIAC³². Fijaron su atención en la gravedad del conflicto, en lo que es una guerra o puede ser denominado como tal. Así, M. Small y J. D. Singer, en 1982, definieron «guerra civil» utilizando dos criterios: un mínimo de mil muertes en combate cada año y que los insurgentes sean capaces de causar a las fuerzas gubernamentales al menos el 5 por 100 de las bajas que ellos mismos sufren. A partir de aquí, una vez definido el objeto de estudio, los análisis seriados de las «guerras intestinas», en particular las libradas en los últimos veinte o treinta años, proliferaron³³.

* * *

También los antiguos reflexionaron sobre el problema de cómo concebir las guerras civiles. Lo hicieron, sobre todo, los filósofos, pero de ellos bebieron abundantemente los historiadores, quienes, en opinión de Tulio, debían conocer la ciencia de los cambios políticos, es decir, los modos y razones del cambio constitucional, pues esta ciencia constituía uno de los saberes esenciales de su labor³⁴. La explicación favorita o predominante invocaba como causa última ciertas pasiones que, como flechas clavadas en el corazón de los hombres, les mueven a actuar. Tucídides esgrimió una tríada, luego famosa: honor, temor e interés son las razones por las que las ciudades levantan imperios³⁵. Su imitador romano, Salustio, tras algunas vacilaciones, expuso en el prólogo de sus *Historias* la simple dialéctica que había estado actuando desde la fundación de la ciudad: la tensión permanente entre la dominación, el ansia de gloria y el amor por la libertad vuelve inevitable la discordia, salvo cuando el miedo a un enemigo externo y poderoso obliga a los ciudadanos a sacrificarlo todo, incluso su ambición, en defensa de la patria amenazada, que es tanto como decir, de sí mismos. Sucede, además, que estas pasiones anidan de modo especial en ciertas partes de la ciudad: la dominación es la marca de la nobleza y provoca, como reacción defensiva, el amor por la libertad, que caracteriza al pueblo³⁶: pueblo contra Senado, es decir, la unión mal soldada de dos partes que se sitúan en una posición antagónica y hacen de la discordia algo permanente, esencial, en la ciudad antigua³⁷.

Una lectura muy distinta es la que encontramos en Varrón, el escritor más fecundo de su tiempo, que tomó partido inicialmente por Pompeyo, y que luego, tras su fácil derrota a manos de César en la

Hispania ulterior, en lugar de mantenerse al margen, se unió de nuevo a la lucha de los pompeyanos en Grecia. Tras Farsalia, regresó a Italia y, obtenido el perdón, se mantuvo apartado del conflicto, consagrado a su ingente labor erudita. En algún momento entre los años 45 y 32, escribió una obra en cuatro libros sobre cultura y tradiciones romanas, que no se ha conservado, pero de la que nos ha llegado un pasaje muy revelador. Según leemos allí, la culpa, a su juicio, recae por entero en el hermano menor de los Graco, en Cayo Sempronio Graco, por su ley judicial, que puso los tribunales de jurados en manos del estamento ecuestre, quitándoselos a los senadores. Nació así, afirma, una ciudad con dos cabezas, origen de las discordias civiles³⁸. La posición varroniana es aquí claramente hostil al menor de los hermanos Graco³⁹. Otros autores de la misma época hacen lecturas semejantes. Diodoro Sículo, por ejemplo, explica que, con esta ley, Cayo Graco hizo que la parte peor de la república gobernase sobre la mejor, lo que claramente resulta antinatural⁴⁰. Por debajo de estas y otras interpretaciones parecidas subyace la explicación platónica del cambio constitucional. Platón pensaba que las ciudades se corrompen y su régimen político se transforma sólo cuando se abre una división profunda en el seno de la «clase que gobierna». No es el conflicto entre las clases lo que hace avanzar la historia, sino el que se produce internamente, en el seno de la clase platónica de los guardianes, esto es, la de quienes se reservan para sí el poder político:

«¿O no es fácil de entender que todo sistema político se transforma a partir de los propios individuos que ostentan los cargos, cuando entre ellos mismos se produce una sedición, mientras que, cuando hay acuerdo, aunque sean muy pocos, es imposible que haya cambios?»⁴¹.

Dicho de otro modo: no es el enfrentamiento entre el pueblo, apartado del poder, y la «parte que gobierna» lo que derroca un régimen, sino la escisión en el seno de esta última. Varrón tenía amplia formación filosófica y se adscribía a la Academia platónica; no en vano, en la segunda edición de sus *Academica*, Tulio sitúa a Varrón como el portavoz de la Academia antigua, en la versión de Antíoco de Ascalón, mientras que él, por su parte, asume el papel de Filón de Larisa⁴². El personaje de Varrón, sintetizando las opiniones de Antíoco, sostiene de manera enfática que la diferencia entre los académicos y los peripatéticos es meramente nominal, pues ambos tienen

un mismo origen (Platón) y coinciden en sus doctrinas⁴³. Es probable, con todo, que debajo de ambos textos, el de Varrón y el de Diodoro Sículo, con su dura condena a Cayo Graco, podamos detectar la influencia de Posidonio, que habría asumido aquí los planteamientos platónicos⁴⁴. Esta es una visión muy distinta de la salustiana, que, recordemos, incidía en enfrentamiento ancestral entre el pueblo y el Senado, como en la famosa escena de julio del 63, cuando un Catilina desafiante proclamó en el Senado lo siguiente: «dos cuerpos hay en la república, uno frágil y con la cabeza débil, y el otro fuerte, pero sin cabeza; a este último, si lo consideraban merecedor de ello, no había de faltarle cabeza mientras él viviese». Esta retórica incendiaria provocó gritos de desaprobación entre algunos senadores⁴⁵. La interpretación de Tulio la rechaza una y otra vez, defendiendo la unidad y la concordia como valores supremos, exhortando a los gobernantes a tener siempre presente lo que conviene a toda la república, no sólo a una parte de ella pues de esta gestión partisana nacen las sediciones y las discordias: «de donde resulta que unos son partidarios de los demócratas y otros de los optimates, pero muy pocos lo son del conjunto»⁴⁶.

La explicación de Tulio, también él de filiación platónica, no se centra en el enfrentamiento entre el Senado y el Pueblo, sino que se aproxima en realidad a la propuesta por Varrón. Si bien sitúa en las pasiones el origen de una cascada de males, pues de allí nacen la discordia, el odio y, finalmente, la guerra⁴⁷, hay que buscar más bien en el seno de la clase que gobierna la causa del desastre, entre los senadores y caballeros (*equites*), pues ahí residía, larvada, la razón de la guerra. Incluso llega a mencionar un momento preciso, diciembre del 61, cuando las sociedades de publicanos que habían vencido en la licitación del impuesto de la provincia de Asia —realizada por los censores ese mismo año— solicitan del Senado una rebaja en el importe de lo que debían entregar al erario público, alegando que habían pujado demasiado alto⁴⁸. A Tulio le parece poco menos que desvergonzada la petición, pero la apoya en lo que puede, por temor a que, si no consiguen lo que solicitan, los publicanos se distancien del Senado. Durante un año, el asunto permanece bloqueado, por culpa de la intransigencia de Catón, pero César naturalmente no desaprovecha la ocasión que tan abiertamente se le ofrecía. Ya que el Senado no parece dispuesto a ceder, él como cónsul, en el 59, presenta un proyecto de ley por el que se satisfacen las demandas de los publica-

nos, obteniendo de paso alguna participación en el negocio. A partir de ese momento, puede contar con su lealtad inquebrantable, todavía viva años después, en los momentos previos al paso del río Rubicón y su invasión de Italia⁴⁹. En diciembre del 44, con la perspectiva que da el paso del tiempo, Tulio se ratifica en su crítica a la actitud de Catón, porque la colaboración entre los senadores y el estamento ecuestre es crucial para la salvación de la República⁵⁰.

En resumen, nos encontramos antes dos interpretaciones muy diferentes: por un lado, la que describe una tensión permanente, ancestral, entre Pueblo y Senado, que conduce al enfrentamiento y la guerra civil, que es la de Salustio (y en la medida en que podemos conocerla, también era esta la perspectiva de Catilina) y que se traduce en una dialéctica entre la voluntad de poder y dominación, y su opuesto, la defensa de la libertad, es decir, la lectura democrática; y, por otro, la de Varrón y Tulio, cuyas raíces se encuentran en Posidonio y en Platón, que sitúa el origen de la crisis en una escisión abierta en el seno de la clase de los guardianes (por utilizar la terminología platónica), entre los senadores y el estamento ecuestre, es decir, la lectura optimate. César insertó en su relato de la guerra civil su grito a favor de la libertad del pueblo, esclavizado por una minoría aristocrática; mostró su rechazo a una República hueca y a una falsa concordia, que eran instrumentos al servicio del gobierno de un puñado de senadores; desafiando los valores y las consignas de los optimates, contribuyó a deslegitimarlos. Por parte de los optimates, Tulio se negaba a reconocer valor alguno a la palabra de sus adversarios, a quienes consideraba meros criminales, traidores a su patria, que sólo obedecían a su ambición desatada o a su locura⁵¹. La violencia política, que era endémica en Roma desde los años sesenta al menos, manchaba con gotas de sangre este discurso de odio.

Apenas si cabe imaginar un horror mayor que una guerra civil, pues en ella a la despiadada brutalidad de las armas se añade el dolor de ver a conciudadanos que se entrematan, la comunidad política destruida y el desvanecerse de toda ley: los vencedores recorren el campo de batalla, reconocen entre los cadáveres a vecinos, a parientes, y lloran el crimen terrible, inexpiable, que han cometido⁵²; entre muchos otros, se conservó el recuerdo de dos hermanos que combatieron, sin saberlo, en bandos opuestos, uno en el de Pompeyo Estrabón (padre del Magno), el otro, en el de Cinna: cuando el vencedor estaba expoliando el cadáver del muerto, reconoció a su hermano,

preparó para él la pira funeraria y sobre ella se atravesó con la espada para que un mismo fuego los consumiera a ambos⁵³. Parece sencillo dar el paso siguiente e identificar la guerra civil con un retorno al «estado de naturaleza», a la confusión absoluta, al estado de guerra de todos contra todos, como dijo Hobbes, donde no hay ley ni justicia, y la vida del hombre es «solitaria, pobre, desgraciada, brutal y corta»⁵⁴. Justamente esa es la acusación que se lanzan entre sí ambos bandos en la guerra de César, la de haber provocado el desorden, conculcar los derechos de los dioses y de los hombres, y causar un desastre que afecta a todos⁵⁵. Mirada desde este punto de vista, la guerra civil pone fin a la comunidad política, la disuelve y hace regresar a los supervivientes al estado anterior y más primitivo de todos.

Sin embargo, la guerra civil no desemboca en el estado de naturaleza, sino al contrario, pues, al igual que sucede con su expresión simbólica, es decir, el fratricidio, se encuentra, paradójicamente, en el origen de la ciudad, tanto en la tradición bíblica como en la romana: Caín contra Abel, Rómulo contra Remo, el fundador de la comunidad política es el asesino de su hermano⁵⁶. No es extraño, por ello, encontrar al punto allí mismo, en el seno de este desorden sacrílego y homicida, de esta lucha a muerte entre hermanos, una sorprendente obsesión por la ley y el derecho, porque los combatientes en una guerra civil comparten una misma ley y un mismo derecho, aunque los interprete cada uno de forma diferente. Tulio subraya que los magistrados que se disponen a abandonar Italia con Pompeyo en el 49 pueden hacerlo legítimamente, le pregunta a Curión, cuando este le visita, si su autoridad, expresada en el número de lictores que lo acompañan, procede del Senado o de César, y pone en duda que un pretor pueda presidir las elecciones consulares. Cree también que César no podrá dar a su régimen ni siquiera una apariencia de legalidad, no teniendo Senado ni magistrados⁵⁷. Por su parte, César se niega a reconocer ninguna de las medidas adoptadas por el Senado después de la huida de los tribunos de la plebe, tras la declaración del estado de excepción en enero del 49⁵⁸. Los pompeyanos en Tesalónica preparan un lugar donde tomar los auspicios, de modo semejante a como lo hubiera hecho cualquier magistrado en campaña. Prorrogan sus magistraturas y lo disponen todo conforme a la ley y la costumbre. En cambio, según Marco Antonio, el Senado de Pompeyo en Tesalónica es un cuartel. La réplica se la dio Lucano⁵⁹:

«¿Quién llamar podría cuartel a tantas segures legítimamente ostentadas, a tantos fasces? Enseñó al mundo el venerable estamento que no era aquel el bando del Magno, sino que el Magno estaba en su bando».

La desorientación, la pérdida de referentes viene provocada por el conflicto de legitimidades, que es exactamente lo que caracteriza la noción, esencialmente romana, de guerra civil, a saber, que en ella combaten dos bandos, cada uno de los cuales se considera como el único gobierno legítimo⁶⁰. Para Foucault, la guerra civil es el estado terminal de la disolución del poder soberano, mientras que el estado de naturaleza es la situación inicial, a partir de la cual nace la soberanía; en el estado de naturaleza se enfrentan individuos entre sí, mientras que en la guerra civil lo hacen grupos ya constituidos, porque la guerra civil hace nacer, precisamente, comunidades nuevas, que se constituyen como tales, que se transforman en realidades políticas mediante una guerra civil: su condición previa es la transformación del ciudadano en enemigo. Por lo tanto, la política, para Foucault, es la continuación de la guerra civil —recordemos a Caín y a Abel, a Rómulo y Remo—, no su contrario como pensaba Hobbes⁶¹.

¿Se hace necesario, entonces, elegir entre Hobbes o Foucault? No realmente. César cruzó el Rubicón porque el Senado había promulgado un decreto que autorizaba a los cónsules para que adoptasen todas las medidas contra él que considerasen necesarias, lo que implicaba, de hecho, la suspensión de la República —el estado de excepción—, un decreto que ni él ni sus hombres estuvieron dispuestos a obedecer. A partir de ese momento, Roma se adentra en una posición esencialmente ambigua, simultáneamente dentro y fuera de la ley, en la que el Senado reclama para sí todo el poder y lo confiere a los magistrados responsables de aplicar el decreto. Ahora, la comunidad política se fragmenta, una parte ya no reconoce a la otra su pertenencia a ella ni sus leyes: los soldados que obedecen a César, ciudadanos romanos, se han convertido en enemigos públicos (*hostes*), mientras que César, por su parte, niega cualquier validez a las decisiones tomadas por el Senado a partir de ese momento. Se ha quebrado el sometimiento de todos a una misma ley, que es lo que hace nacer la ciudad, y en su lugar se sitúa una ficción jurídica que pretende reconciliar el derecho con la pura anomía⁶². Una guerra civil es en sí misma una contradicción, porque desde el momento en que empieza,

en el mismo instante en que se desenfundan las espadas, ambos bandos dejan de reconocerse mutuamente como ciudadanos, pasan a ser mutuamente enemigos. Quien es enemigo no puede ser ciudadano, como no se cansó de repetir Tulio, primero contra Catilina y luego contra Marco Antonio⁶³.

Esto es lo que hace tan difícil la reconciliación posterior: ¿cómo integrar en la comunidad política a quienes el vencedor ha expulsado?, ¿cómo volver al origen?, ¿cómo revertir el proceso y transformar el enemigo en ciudadano? Tulio reconoce que es más fácil firmar la paz con el enemigo exterior que con el conciudadano, porque a este último lo vas a tener siempre cerca, a tu lado, amenazante. Para los enemigos de la República sólo cabe el exterminio, la aniquilación, no hay ninguna posibilidad de compromiso o reconciliación, porque la guerra que se libra contra ellos es eterna⁶⁴. Por parte cesariana lo que se ofrece es clemencia, porque la aplicación estricta de la justicia convertiría en esclavos, en apátridas o en cadáveres a los vencidos, que ya no comparten una misma ciudad con los vencedores. De ahí que podamos entender la *Riña a garrotazos* de Goya como una recreación simbólica de la guerra civil, porque ambos contendientes tienen sus piernas hundidas en la arena hasta la rodilla; para ellos, la huida no es posible, sólo cabe la muerte o la victoria. Esto las hace crueles e interminables.

En los calendarios oficiales, se suelen designar las guerras por los escenarios bélicos, de una forma neutra, y así se habla de la guerra de Alejandría, de la de Accio, de la guerra de Perusia o la de Fiiapos. Es verdad que a veces se identifica al oponente, lo que deja en evidencia que se trataba de una guerra contra romanos: L. Antonio, M. Antonio, M. Bruto y C. Casio. Sólo una vez nos encontramos con el reconocimiento explícito: guerra civil de Mutina, con Marco Antonio⁶⁵. ¿Se puede exaltar la victoria en la guerra civil o hay que esconderla? Los poetas —Virgilio, Ovidio— la describen como una maldición divina, un cataclismo que es consecuencia de algún acto de impiedad. César trazó una divisoria bastante nítida entre la guerra civil (la de Pompeyo), que no celebró de ninguna manera, y las restantes, consideradas en buena medida como guerras contra reyes y pueblos extranjeros, en las que la participación de ciudadanos romanos se presenta como un acto de traición, de sometimiento a un rey extranjero. Para estas últimas hubo triunfos, juegos, festejos. Son conciudadanos los derrotados, pero también son enemigos.

Como en todas las guerras civiles, los motivos personales —miedo, codicia, ambición— se entrelazan con los nobles ideales que sustentan la causa —la memoria de los muertos, la república, la libertad—. No debemos separar los hilos ni desechar algunos, demasiado feos o demasiado sucios, sino quedarnos con la madeja entera. A los cínicos les parecerá, en cambio, que estorban los más elegantes y agradables a la vista, y los desecharán también, considerándolos tan falsos como decorativos. Sin embargo, quienes tuvieron que tomar la decisión de poner su vida al tablero manejaron todos los hilos, formaron con unos y con otros la urdimbre de la historia que vivieron y al final se estrangularon con ellos. La precondition de la guerra civil es el ejército colonial y su consecuencia, la tiranía. Las ideas, por las que muchos se decidieron a tomar las armas, heridas luego en el campo de batalla, rara vez, si alguna, sobreviven a la victoria.

NOTAS

Capítulo 1. El divino tercer consulado de Pompeyo

¹ Cass. Dio 42,18,3; y Plu. *Pomp.* 80,5, cfr. *infra* cap. 4 n. 47.

² Cic. *Att.* 4,3,5 (= SB 75), de 23 de noviembre del 57.

³ Salvo advertencia en contrario, todas las fechas mencionadas en este libro son anteriores al cambio de era. Naturalmente, en fechas próximas a nosotros no se ha considerado necesario señalar que son d.C. porque resulta evidente. Cuando se indica el mes o el día, se refiere a la fecha según el calendario en vigor en cada momento (juliano o prejuliano), sin especificar la equivalencia astronómica (que puede encontrarse en MARINONE 2004 y RAMSAY-RAAFLAUB 2017).

⁴ Plin. *NH* 36,103 (precio de compra que pagó Clodio); y Cic. *Fam.* 5,6,2 (lo que pagó Tulio).

⁵ Plin. *NH* 36,7-8.

⁶ Plin. *NH* 36,5-6.

⁷ Cfr. CARANDINI 2010 (con la crítica reseña de WISEMAN 2012, que descarta varias de las identificaciones propuestas por Carandini, pero no trata en concreto la casa de Clodio), BRUNO 2013 y PAPI 1998. Sobre las medidas del atrio de la casa de Clodio (y la estimación de que podrían haber cabido unas dos mil personas), cfr. GROS 2011, 75.

⁸ Vell. Pat. 2,74,2.

⁹ Cic. *Phil.* 9,4 dice que recuerda haber visto también las estatuas de los emisarios de Fidenas (en 438 a.C.), lo que probablemente significa que las quitaron en tiempos de Sila (así SEHLMAYER 1999, 64).

¹⁰ Cic. *Mil.* 91.

¹¹ Cfr. Val. Max. 5,2,10.

¹² NIPPEL 1988, 131.

¹³ D.H. 4,71 y 76 (Lucrecia); Liv. 3,44; y D.H. 11,39 (Virginia); con ACHARD 1976.

¹⁴ Plin. *NH* 33,14-15.

¹⁵ Cass. Dio 40,50,2.

¹⁶ Sobre la duración del mes intercalar —veintisiete días tras un mes de febrero acortado a sólo veintitrés—, véase FEENEY 2007, 281 n. 118.

¹⁷ Varrón fue incluido en la lista de los proscritos, en el 43, «por ser enemigo de la monarquía» (App. *B. Civ.* 4,47), lo que demuestra una cierta constancia ideológica por su parte.

¹⁸ CRAWFORD *RRC* 433/1-2.

¹⁹ Quint. *Inst.* 3,6,93. No sabemos cuándo lo escribió Bruto, por lo que es posible que lo hiciera después de celebrado el juicio.

²⁰ Suet. *Iul.* 49,2. Las burlas contra César, considerado un homosexual pasivo, comenzaron bastante pronto. Cfr. la sesión del Senado del 59, en la que César dice que saltará sobre las cabezas de los senadores (*i. e.*, les obligará a hacerle una felación) a lo que un senador anónimo replica que esto sería difícil para una mujer. La respuesta de César es también llamativa y sospechosa, porque resalta su ambición de poder, subrayando que Semíramis y las amazonas fueron mujeres, es decir, lo importante no es el sexo de cada uno, sino mandar (Suet. *Iul.* 22,2).

²¹ Plu. *Caes.* 23,5-7; y Cass. Dio 39,64. Según COARELLI, *LTUR* IV, 291, un fragmento de inscripción, reutilizado en el Panteón adrianeo, procede de su sepulcro; en él sólo podemos leer que «decidió que ella fuera enterrada en el Campo de Marte» (*AE* 1987, 65).

²² TAYLOR 1949, 35.

²³ MORRELL 2018, aunque su interpretación limita este precario acuerdo a Pompeyo con el «grupo de Catón» (Domicio Enobarbo, Favonio, Bibulo, etc.), cuando es necesario incorporar también a otros como el propio Escipión, suegro del Magno.

²⁴ Cic. *Att.* 7,1,4 (= SB 124). Aunque el adjetivo pareciera excesivo y por eso se haya entendido a veces como más bien irónico (así SB, entre otros), Tulio era proclive a la exageración cuando elogiaba conductas que coincidían con sus puntos de vista. En *Att.* 8,3,3 (=SB 153), sitúa en el tercer consulado de Pompeyo el momento en que este empezó a ser «defensor de la República».

²⁵ Caes. *BG* 7,1,1-3.

²⁶ Cic. *Att.* 7,1,4 (= SB 124); 8,3,3 (= SB 153); Caes. *B. Civ.* 1,92; Liv. *Per.* 107; Suet. *Iul.* 26,1; y Cass. Dio 40,50,3-4.

²⁷ RUEBEL 1979, 240, y LINTOTT 1974, 72.

²⁸ STONE 1980, 91.

²⁹ *Schol. Bob.* 169St. La respuesta al ataque de Clodio corrió a cargo de Tulio, es el discurso *de aere alieno Milonis*, del que se conservan sólo fragmentos (cfr. CRAWFORD 1994, 265-288). ROSILLO 2006-2007 subraya que, dando muerte a Clodio, Milón se libraba de paso de esta molesta acusación que, arruinando su crédito, lo exponía al embargo y la consecuente expulsión del Senado.

³⁰ Cic. *Mil.* 95, con Asc. 53C. Juegos (*ludi*): Cic. *Ad Q. fr.* 3,7,2 y 3,6,6 (*munus*). Cfr. Asc. 31C. Probablemente los gladiadores los había ofrecido siendo pretor en el 55 (LINTOTT 1974, 65).

³¹ Plin. *NH* 36,104. La cifra es ciertamente colosal en comparación con las deudas de otros personajes de la época, como Marco Antonio (seis millones), Curión (diez millones en el año 50) o el propio César (veinticinco millones en el año 62). Cfr. ROSILLO 2010, 198.

³² Caes. *B. Civ.* 1,6,5-6. Tulio había propuesto algo semejante hacia los años 53-52, pero sólo en el marco de sus reflexiones sobre la ley natural en la ciudad perfecta (Cic. *Leg.* 3,9; con FONTANELLA 2012, 103).

³³ Sobre el año de esta ley Plautia, cfr. BROUGHTON *MRR* II, 128. Tenemos, desesperantemente, poca información sobre ella. Cfr. Sall. *Cat.* 31,4; y Cic. *Cael.* 1,1 (aunque en este último caso no estamos seguros de que la ley mencionada sea esta Plautia); con FERRINI 1976, 373, y LINTOTT 1999, 109-122, donde discute la relación entre las *leges Lutatia* y *Plautia*, y considera que esta última puede datarse en cualquier momento entre 78 y 63.

- ³⁴ Cic. *Att.* 8,16,2 (= SB 166).
- ³⁵ Asc. 53-4C. Sin embargo, Vell. Pat. 2,47,5 dice que lo hizo, aunque tarde, y de ese modo no impidió su condena.
- ³⁶ Luc. *Phars.* 1,319-324; Cic. *Att.* 9,7b,2 (= SB 174b); y Asc. 40C.
- ³⁷ Caes. *B. Civ.* 3,1,4.
- ³⁸ Plin. *NH* 34,139 lo refiere a su «tercer consulado».
- ³⁹ Quint. *Inst.* 6,3,49.
- ⁴⁰ Asc. 47C; con RUEBEL 1979, 244, y ALEXANDER 1990, 151 (núm. 309). En contra, MORRELL 2018, 173, quien piensa que Catón no testificó.
- ⁴¹ Sobre los acusadores, véase GRUEN 1974, 339. Para la cronología, Asc. 35C.
- ⁴² Cass. Dio 39,54,2.
- ⁴³ Quint. *Inst.* 3,6,93.
- ⁴⁴ Cic. *Mil.* 10.
- ⁴⁵ Cic. *Mil.* 7.
- ⁴⁶ Cfr. Suet. *Aug.* 33.
- ⁴⁷ ... *polluto... Miloni*, Luc. *Phars.* 2,480.
- ⁴⁸ Cic. *Fam.* 7,2,2. Es probable que también formara parte de la acusación Ap. Saufeius, primo de M. Saufeius, *dux operarum* de Milón [cfr. Cic. *Att.* 6,1,10 (= SB 115), con el comentario de SB en p. 245].
- ⁴⁹ Plin. *NH* 36, 116-120. Para la fecha (52 a.C.), véase VILLE 1981, 68.
- ⁵⁰ Cic. *Fam.* 8,2 (= SB 78), de junio de 51.
- ⁵¹ MONTERROSO 2010, 290.
- ⁵² Esto es hipotético. La famosa *domus rostrata* podría ser la otra que tenía Pompeyo en Roma, la de las Carinas.
- ⁵³ Gell. 10,1,7.
- ⁵⁴ MONTERROSO 2010, 381-382.
- ⁵⁵ Obs. 65a.
- ⁵⁶ En la clasificación constitucional que hace Tulio, la *ciuitas popularis* traduce el griego *demokratía* (Cic. *Rep.* 1,42). Plinio el Viejo (*NH* 7,200) emplea el mismo término (*ciuitas popularis*) para referirse a la democracia, régimen que fue inventado, según él por los atenienses después de Teseo.
- ⁵⁷ Cic. *de orat.* 3,9-10 evoca la muerte cruel de todos ellos. Para las fuentes, véase Antonio (*cos.* 99, *RE* 28), César Estrabón (*RE* 135) y Lutacio Catulo (*cos.* 102, *RE* 7). Se ha sugerido (ZINN 1960, 43) que, con César Estrabón, Tulio rinde tributo, indirectamente, al talento oratorio del gran César, lo que me parece poco probable. La excepción es L. Licinio Craso (*cos.* 95, *RE* 55), de orientación *popularis* (MEIER 1965, 582), protagonista del diálogo, pero fallecido poco antes del estallido de la guerra civil.
- ⁵⁸ HABICHT 1990, 75.
- ⁵⁹ Cfr. *Rhet. Her.* 4,31; 4,48; 4,67; y 4,69 (asumiendo que este tratado, escrito en los años ochenta, nos ha conservado las enseñanzas de estas escuelas latinas, que tal vez reabrieron en tiempos de Cinna). LÓPEZ BARJA 2007, 154-155. Esto no significa que se cerrasen por ese motivo exclusivamente. Sobre la correcta interpretación de la postura de Catón el Viejo ante la helenización (favorable, siempre que se circunscribiera al ámbito privado), véase GARCÍA FERNÁNDEZ 2001.
- ⁶⁰ Sobre Plocio Galo, Suet. *Gramm.* 25, y RAWSON 1985, 78.
- ⁶¹ Sobre la posición fieramente *popularis* de Macro, véase el discurso que le atribuye Sall. *Hist.* 3,15R (= 48M). Como señala OAKLEY 2013, las palabras son de Sallustio, pero las ideas han de corresponderse con las de Macro.

⁶² Cic. *Rep.* 6,8Z (= 6,12P) (*Macr. Somn.* 1,4,2).

⁶³ Cic. *Att.* 6,1,17 (= SB 115). Tulio se expresa de manera una tanto oscura, por lo que el comentario de SHACKLETON BAILEY aquí es particularmente útil. Sobre el asesino de Tiberio Graco, cfr. BINOT 2001.

⁶⁴ COARELLI 1969. Es muy sugestiva la propuesta de PINA POLO 2006, 91-92, apuntando que quien encargó las estatuas de los tiranicidas habría sido M. Emilo Escauro, un optimate convencido, para la obra que asumió de restauración del templo de *Fides* en el Capitolio, realizada c. 115-109 a.C., en plena reacción antigracana. Por el contrario, SEEMAN 2019 defiende una datación augustea, en torno al año 30.

⁶⁵ Cic. *Att.* 11,23,3 (= SB 232), de 9 de julio de 47, según la corrección de Purser no confirmada por ningún otro testimonio.

⁶⁶ ASSMANN 2011, 61.

⁶⁷ En el año 90, el Senado decretó que los soldados debían ser sepultados en el lugar de la batalla y no llevados a Roma (*App. B. Civ.* 1,43), pero se les enterraba sin dejar constancia de sus nombres, salvo excepciones contadas, la más espectacular de todas es el altar de Adamclissi (Rumanía), de época, seguramente, de Domiciano. Son unos 3.800 nombres (conservados de forma incompleta), divididos en dos grupos, los legionarios (ciudadanos romanos) en el lado este y los auxiliares (no ciudadanos) en el lado norte. La inscripción que corona el altar dice que murieron «por la *res publica*»: *CIL* III, 14214 (= DESSAU, *ILS* 9107).

⁶⁸ Cfr. LORAUX 2012, 43-49. La costumbre de recordar en estos monumentos a los caídos no sólo a los jefes, sino a todos los combatientes, despojados de sus diferencias estamentales, es relativamente reciente, pues comienza a partir de la Revolución francesa (KOSELLECK 2011, 72).

⁶⁹ COOLEY 2012 y SORDI 1990.

⁷⁰ MAYORGAS 2007, 46.

⁷¹ En contra de quienes defienden que la memoria en Roma es exclusivamente aristocrática (HÖLKEKAMP 2006 y 2013), COURRIER 2014, 560, habla de un «conflicto de memorias» entre aristocracia y plebe (en el mismo sentido, MASCHKE 2018), y FLOWER 2006, 80, subraya que hay una cultura plebeya específica, con sus propios rituales, imágenes y lugares de conmemoración. Por mi parte, creo que claramente hay una escisión también en este punto entre la tradición optimate y la democrática, es decir, que la ruptura se produjo también en el seno de la aristocracia.

⁷² *Plu. Vit. C. Gracch.* 18,3.

⁷³ Ticio: Cic. *Rab. per.* 24; y Val. Max. 8,1 damn.3. Deciano: Val. Max. 8,1 damn.2.

⁷⁴ Cic. *Rab. per.* 25; y Quint. 6,1,49.

⁷⁵ *Plu. Caes.* 6,1-2; *Suet. Iul.* 11; *Vell. Pat.* 2,43,4; Val. Max. 6,9,14; y COURRIER 2014, 777, núm. 52.

⁷⁶ FLOWER 2006, 85.

⁷⁷ El grafito es *CIL* I² 3109a (de Tarracina): *Publi, progenies Appi, cognomine Pulchri occubuit letum*. Fue SOLIN 1981 quien propuso interpretarlo como una referencia a la muerte de Clodio. Por su parte TATUM 1990 propuso a Sex. Cloelio como autor del texto. Cfr. COWAN 2012, que discute las particularidades métricas. Precisamente es en los grafitos (no en las *contiones*) donde MORSTEIN-MARX 2012 cree que podremos encontrar el rastro de una «voz plebeya» autónoma.

⁷⁸ Cic. *Flac.* 95.

⁷⁹ D.H. 4,14,4 (los encargados de los sacrificios eran *therapontes* que durante esos días dejaban de ser esclavos); Gell. 16,9,1-5; y Fest. 273L; con FLOWER 2017, 166-174.

⁸⁰ Cic. *In Pis.* 4,8; y Liv. 34,7,2. Sobre los *magistri uici*, CIL VI 1324 (= TARPIN 2002, R 19, con p. 133), seguramente anterior al 44. Sin embargo, apoyándose en Cass. Dio 55,8,7 algunos autores opinan que los *magistri uicorum* fueron creados en 7 a.C., así, por ejemplo, SABLAYROLLES 1996, 25. En contra, FLOWER 2013, 99, n. 64. Resume la cuestión COURRIER 2014, 525, n. 371. COURRIER 2014, 130-133, cree que los *uici* no eran una escala operativa por ser demasiado grandes (entre 2.500 y 4.000 personas en época de Augusto, pero el número de *uici* pudo haber sido mayor a finales de la República). Sin embargo, el número de varones adultos no era tan elevado y no todos tomarían parte en las actividades más propiamente políticas del barrio.

⁸¹ Cic. *de harusp. Resp.* 22-26. Cfr. LÓPEZ BARJA 2018a, 158.

⁸² *Stata Mater*, Fest, 416L. Para la fecha en que se rehízo el pavimento, véase COARELLI 1992, 196-197, aunque sitúa este hecho en el año 241 SABLAYROLLES 1996, 466.

⁸³ ... *uicus Statae Matris*, CIL VI 36809 (= TARPIN 2002, R34).

⁸⁴ Las inscripciones dedicadas a esta diosa, pocas y en su mayoría de época augustea, mencionan, es cierto, como autores a libertos y a *magistri uici* (CIL VI, 762 (= DEGRASSI, *ILLRP* 259) y CIL VI, 763-765). Los vínculos de esta diosa con Vulcano (CIL VI, 802) y su presencia en los barrios, con libertos entre sus devotos, mueven a pensar que los *magistri uici* desempeñasen alguna función en la lucha contra el fuego durante la República —bajo la supervisión directa de los *triumviri nocturni*—, heredada luego por las *cohortes uigilum* augusteas, donde también predominaban los libertos.

⁸⁵ Contra la idea del Aventino como una zona «plebeyea», cfr. MIGNONE 2016. Sobre las viviendas aristocráticas del Palatino, véase CARANDINI 2010 y BRUNO 2013.

⁸⁶ FENTRESS y WICKHAM 2003, 118-120.

⁸⁷ Estatua: Plin. *NH* 34,14,30. En un discurso, D.H. 10,38,3 lo presenta como *philódemos*. Cfr. KAPLOW 2012 y PINA POLO 2006.

Capítulo 2. Tulio

¹ Sobre Teófanos de Mitilene, véase SANTANGELO 2018, quien resalta el lugar destacado que ocupaba entre los colaboradores más estrechos de Pompeyo, siendo incluso *praefectus fabrum* suyo en 49, y compara su relación con la que unió a Balbo con César.

² *Apothégmata*, Cic. *Fam.* 9,16,4 (= SB 190), de 4 de julio del 46; y *Macr. Sat.* 2,3.

³ *Nep. Att.* 16,3-4.

⁴ En la cuestión del uso de los nombres en las cartas de Cicerón, resumo a ADAMS 1978 y WHITE 2010.

⁵ Cic. *Dom.* 22.

⁶ WESTALL 2019.

⁷ *Sen. Contr.* 10,4-5.

⁸ *Plu. Caes.* 32,7; y *App. B. Civ.* 2,45.

⁹ *Suet. Iul.* 56,4; y Plin. *NH* praef. 31.

¹⁰ CABALLOS 2006. Polión da nombre a la segunda curia (distrito electoral) de las establecidas por la ley de Urso.

¹¹ SYME 1939, 166, desborda aprecio, admiración, por Polión, al que considera hombre de una insobornable honestidad, pesimista —en lo que ciertamente congeniaba con él— y de penetrante inteligencia, frente a la oratoria pomposa y falsa de Cicerón, que tanto le desagradaba.

¹² Polión describía con rasgos favorables a Casio y a Bruto según sabemos por Tac. *Ann.* 4,34,4. La lista de autores para quienes Polión es fuente esencial de los libros II-V de las *Guerras civiles* de Apiano sería muy larga, así que limitémonos a lo esencial. Las coincidencias entre Plutarco y Apiano forman un camino para llegar a Polión que abrió ya KORNEMAN 1896. Para Gabba, la fuente de Apiano es Polión a partir del capítulo 8 del libro II, aunque pueden detectarse otras como el *de uita sua* del propio Octavio (libro III, capítulos 9-31) o Mesala Corvino en el libro IV (GABBA 1956, 232 y 167). GELZER 1972, 297, es taxativo: la fuente es Asinio Polión. MORGAN 2000 lo convierte en la fuente de casi todos, tanto historiadores (incluyendo a Livio y Suetonio) como poetas (no sólo Horacio, sino también Virgilio). CANFORA 2015, 203-213, considera que Séneca el Viejo fue la fuente intermedia entre Polión y Apiano. GOWING 1992, 3, opina, sin embargo, que la tesis de Gabba nunca ha sido generalmente aceptada por los estudiosos. Sobre lo extraño que resulta que Apiano no siga a Polión precisamente en el momento de narrar la muerte de Tulio, véase *infra* capítulo quinto, nota 210 y PIGON 2018, 160-161.

¹³ DRUMMOND 2013, 443, n. 84, entre los autores que recogen esta idea, cita a Liv. *Per.* 103; Vell. Pat. 2,44,1; Lucan. 1,84-6; Flor. 2,13,8-9; y Cass. Dio 37,56,1 y 37,58,3. Habría que añadir también el *Tricáranos* de Varrón. SYME 1964, 65, y n. 22, dice que la idea procede de Catón (en nota cita Plu. *Caes.* 13 y *Pomp.* 47).

¹⁴ Hor. *Od.* 2,1,1-8. Cfr. SYME 1939, 8.

¹⁵ Así TURNER 2019. Véase el buen análisis que hace Turner de los escoliastas de Horacio, que no son unánimes a la hora de interpretar este verso: Pseudo-Acron lo refiere al consulado del año 60 al mencionar a Afranio como el colega de ese Metelo. Porfirio matiza algo más: la guerra que narra Asinio Polión comienza en el consulado de Léntulo y Mamerco (tal vez una corrupción por Marcelo, lo que nos situaría en el 49), pero se remonta hasta el consulado de Metelo Céler y Afranio. Para WESTALL 2017, 45, la historia de Polión daba comienzo en el 49, si bien el verso del Horacio se refiere al año 60, de donde se infiere que Polión incluyó, como Tucídides, un prólogo explicativo.

Capítulo 3. La guerra de César

¹ Obs. 65.

² Cic. *Fam.* 4,3,1, del año 46, retrospectivamente.

³ WELCH 1995.

⁴ Cic. *Fam.* 8,6,5 (= SB 88); con GRUEN 1974, 469-483.

⁵ Cic. *Fam.* 2,12 (= SB 95), de 25 de junio: *sollicitus equidem eram de rebus urbanis. Ita tumultuosae contiones, ita molestae Quinquatrus adferebantur*. No tenemos ninguna prueba de que Tulio se refiera a Curión específicamente, pero véase el comentario *ad loc.* de SHACKLETON BAILEY y también TYRRELL y PURSER 1914, vol. III, 228.

⁶ App. *B. Civ.* 2,26,101-102. Emilio Paulo empleó el dinero del soborno en construir la basílica del foro que lleva su nombre.

⁷ SEAGER 2002, 145-146.

⁸ Cic. *Fam.* 8,13.

⁹ Orosio 6,14,5 sitúa el incendio en el año 52, pero Obs. 65 lo hace en el 50.

¹⁰ Cic. *Att.* 5,13,1 (= SB 106) y 6,1,26 (= SB 115). No está claro por qué comparece la escaramuza de Bovillas, en donde perdió la vida el menos plebeyo de los tribunos, con la batalla de Leuctra. ¿Tal vez la razón es geográfica, teniendo en cuenta la aristocrática costumbre de poner nombres griegos a algunas de sus fincas?

¹¹ Sen. *De Benef.* 6,32,1; y Plin. *NH* 21,6. Si, por el contrario, lo que llevaba en la cabeza la estatua era una banda o cinta, puede asociarse con la *lana alba uelatis capitibus* de Liv. 24,15, donde parece contraponerse al *pilleus*. Sobre las *quinquatrus minusculae* y el Marsias del foro, véase LÓPEZ BARJA 2018a.

¹² Cass. Dio 40,63 indica que al censor Apio Claudio lo empujó su hostilidad anticesariana a borrar de la lista de senadores a unos cuantos, el historiador Salustio entre ellos, sin que su colega, Calpurnio Pisón, suegro de César, se atreviera a impedirselo. Recordemos que Pompeyo había eliminado el requisito introducido por Clodio de que ambos censores tuvieran que estar necesariamente de acuerdo. Ahora cada censor puede actuar por su cuenta. El motivo alegado contra Salustio, un pretexto, aunque no necesariamente falso, fue el de ser un adúltero, *moechus*: Pseudo-Acro, *In Hor. Serm.* 1,2,47. Sobre Salustio como tribuno en el 52, véase p. 21.

¹³ Votantes cisalpinos: [Caes.] *BG* 8,56. Reacción de Domicio: Cic. *Fam.* 8,14,1 (= SB 97).

¹⁴ Cic. *Fam.* 8,14,2 (= SB 97).

¹⁵ Suet. *Gramm. et rhet.* 25,4.

¹⁶ Hipótesis de MÜNZER *RE* «*Claudius*» (298) III, 2854,4 apoyándose en Plu. *Pomp.* 57, donde sólo se lee un *Appios* inespecífico, y Cic. *Att.* 7,15,3 (= SB 139) y 7,20,1 (= SB 144); en ambas cartas, el nombre de las legiones se ha corrompido en la tradición manuscrita, por lo que se han sugerido otros (*Attianas* en particular), si bien SHACKLETON BAILEY acepta la sugerencia de Münzer.

¹⁷ Cic. *Fam.* 14,5.

¹⁸ Cic. *Att.* 7,7,5 (= SB 130).

¹⁹ Suet. *Iul.* 7,2; y Cass. Dio 37,52,2. Cfr. Plu. *Caes.* 32,9, quien desplaza el sueño a la noche anterior al Rubicón.

²⁰ Cic. *Att.* 7,3,2 (= SB 126).

²¹ Cic. *Fam.* 16,11 (= SB 143) (carta de Tulio a Tirón de 12 de enero de 49).

²² Cic. *Att.* 6,9, 5 (= SB 123).

²³ Cic. *Att.* 7,4,2 (= SB 127).

²⁴ *Contio* de Antonio: Cic. *Att.* 7,8,5 (= SB 131); *adulescentulus carnifex* Val. Max. 6,2,8, a quien le escandaliza que el hijo de un liberto pudiera hablar con tanta libertad del gran Pompeyo.

²⁵ Cic. *Fam.* 8,11,3.

²⁶ La cuestión jurídica es compleja. Véase GAGLIARDI 2011, 34. A su juicio, la ley Licinia Pompeya establecía que no se podría tratar en el Senado el asunto del gobierno de las Galias hasta después del 1 de marzo del 50. Si aceptamos esta premisa, la posición de César se vuelve insostenible, de ahí que Mommsen prefiriese alargar el plazo hasta marzo del 49.

²⁷ FEZZI 2017, 169.

²⁸ Cic. *Fam.* 16,11,2 (= SB 143).

²⁹ *Hostis publicus*: ALLÉLY 2012, 84-86, aunque es verdad que las fuentes (en especial App. *B. Civ.* 2,33 y 2,50; y Flor. 2,13) no son todo lo explícitas que cabría desear. Para DUPLÁ 1990, 141, se trató de una simple amenaza que no llegó a hacerse

realidad. Es probable que se decretase un reclutamiento general (*tumultus*). Cfr. GOLDEN 2013, 145.

³⁰ Sobre la presencia de Celio en el grupo de los que partieron de Roma el 7 de enero, cfr. Cass. Dio 41,3,2; y Cic. *Fam.* 8,17 (= SB 156), 1.

³¹ La página web <http://orbis.stanford.edu> considera que la distancia entre Roma y Rávena se puede salvar, utilizando la ruta más rápida y postas para caballos, en 1,9 días.

³² Sobre las diversas formas en que está atestiguada esta frase de César, véase FEZZI 2017, V. También sobre la identidad del célebre Rubicón es útil FEZZI 2017, 194.

³³ Cic. *Att.* 7,10 (= SB 133).

³⁴ Cic. *Fam.* 16,11,3; y *Att.* 7,11,5.

³⁵ Estas negociaciones están muy bien documentadas. Cic. *Att.* 8,12 (= SB 162); 7,17,2 (= SB 141); 7,26,2 (= SB 150); *Fam.* 16,12,3; y *Caes. B. Civ.* 1,8.

³⁶ Cic. *Att.* 7,21 (= SB 145).

³⁷ Cic. *Att.* 7,16 (= SB 140).

³⁸ Cic. *Att.* 9,9 y 8,11,3 (= SB 161).

³⁹ *Nékyia*: Cic. *Att.* 9,10,7 (= SB 177) y 9,18,2 (= SB 187). El motivo es antiguo: Platón descalificó a los sofistas reunidos en la casa de Calias haciendo que Sócrates emplease versos de la *nékyia* homérica, es decir, el diálogo de Odiseo con los muertos del Hades narrado en el canto XI. Plat. *Prot.* 315b (citando a Homer. *Od.* 11,601) y *Prot.* 315c (esta vez es Homer. *Od.* 11,582).

⁴⁰ Cic. *Att.* 8,15 (= SB 165), de 3 marzo, y 9,13, de 24 de marzo.

⁴¹ Cic. *Att.* 7,13,3 (= SB 136); y *Fam.* 14,14,1 y 14,18,1.

⁴² Cic. *Att.* 8,2 (= SB 152).

⁴³ Cic. *Att.* 9,10 (= SB 177).

⁴⁴ Cic. *Att.* 7,7,4 (= SB 130).

⁴⁵ Cic. *Att.* 7,9 (= SB 132).

⁴⁶ FEZZI 2017, 316, considera, sin embargo, que defender Roma era la mejor opción para Pompeyo, lo que debía haber hecho.

⁴⁷ *Caes. BG* 7,71,3 y 7,77,8.

⁴⁸ *Caes. BG* 1,10,3 y 2,1,1. Sobre el número de legiones que tenía César bajo su mando, cfr. BRUNT 1971, 467-468, donde explica que se trata de las legiones numeradas de la VI a la XIV más la V *Alaudae*, inicialmente irregular, dado que no eran ciudadanos romanos. Véase también FEZZI 2017, 140.

⁴⁹ Suet. *Iul.* 24,2.

⁵⁰ Plu. *Caes.* 20,3.

⁵¹ Plu. *Caes.* 32,1: 5.000 infantes y 300 jinetes. Orosio 6,15,3, citando a Livio, dice que César sólo tenía cinco cohortes (es decir, media legión) con las que se lanzó al asalto del mundo: aunque tal vez literalmente cierta, la frase es muy engañosa, porque César contaba, como hemos visto, con legiones leales acuarteladas a pocas semanas de camino. Cfr. BRUNT 1971, 468.

⁵² *App. B. Civ.* 2,38 habla de 4.000 hombres. Según Cic. *Att.* 7,24 (= SB 148), Domicio tiene 3.000 hombres. SHACKLETON BAILEY *ad loc.* corrige la cifra del manuscrito (3.000) en 6.000. Si esto se refiere sólo a Domicio con sus doce cohortes, habría que añadir las diecinueve que se retiraron del Piceno y se unieron a él. Treinta y una cohortes a razón de 500 hombres por cohorte da un total de 15.000 hombres, lo que es una cifra excesiva, pues claramente no puede ni resistir el asedio a las tres legiones (treinta cohortes) más auxiliares de César. Treinta y una cohortes es la cifra que

dan *Att.* 8,7 y 8,11A y 8,12A (= SB 162A), así como *Caes. B. Civ.* 1,17,2: *se cohortes amplius quam XXX*. Me inclino por aceptar la cifra del manuscrito referida sólo a las doce cohortes, lo que da una media de 250 hombres por cohorte (la mitad de la teoría) y un total de 7.500 hombres para las treinta y una cohortes.

⁵³ Juicio a Milón: *Luc.* 2,478-480. Opinión de Pompeyo: *Cic. Att.* 8,12D,1 (= SB 162D).

⁵⁴ *Cic. Att.* 9,7C (= SB 174C).

⁵⁵ Cfr. *Cic. Fam.* 6,5,3: *hic cuius in potestate sumus*, una frase que los convierte a todos en esclavos de César.

⁵⁶ *Cic. Att.* 8,2 (= SB 152); cfr. *Att.* 7,14,2 (= SB 138).

⁵⁷ *Cic. Att.* 9,8 (= SB 175), de 14 de marzo: SHACKLETON BAILEY excluye que sean prisioneros, piensa en alguna otra clase de botín, pero *corona* sólo se aplica a esclavos y la alusión a las procripciones hace inevitable pensar en «bienes confiscados».

⁵⁸ *Cic. Att.* 9,5; 9,10; y 9,7 (*beneficium sequor, non causam*).

⁵⁹ Fabula pretexta: *Fam.* 10,32,3.

⁶⁰ De esta misión no hay duda por *Cic. Att.* 8,9a (= SB 160), 2, de 25 de febrero del 49, en la que menciona esta misión secreta de Balbo. En cambio, Vell. *Pat.* 2,51,2 (y con él BROUGHTON *MRR* II, 279, y también GELZER 1968, 232-233) sitúa la misión de Balbo en el año 48, cuando los campamentos de César y Pompeyo estaban frente a frente en Dirraquío. César *B. Civ.* 3,19 coloca en este momento unas conversaciones de paz entre ambos campamentos, interrumpidas a flechazos por Labieno y señala que entre los heridos está Balbo, pero en ningún momento menciona una misión secreta consistente en llegar hasta Léntulo y ofrecerle una provincia, como sí lo hace Tulio en la carta a Ático.

⁶¹ Se trata del episodio de N. Magius, *Caes. B. Civ.* 1,24 y 26. Cfr. *Cic. Att.* 9,13A (= SB 181A).

⁶² *Caes. B. Civ.* 3,4,1; con BRUNT 1971, 473.

⁶³ *Cic. Att.* 9,6,3 (= SB 172).

⁶⁴ *Cic. Att.* 9,10,2 (= SB 177), con cita implícita (*avis illa*) a Plat. *Carta* 7, 347e-348a; con GILDENHARD 2006 y MCCONNELL 2014, 108-113.

⁶⁵ En su obra sobre la lengua latina (6,61), Varrón incluyó una intrigante etimología de «dictador», así llamado, según él, porque debe «ser dicho» (*i. e.*, ser nombrado) por un cónsul. No sabemos cuándo escribió esto, aunque tuvo que ser después del 45, pero puede intuirse una intención anticesariana, pues al dictador del 49, precisamente, no lo había nombrado cónsul alguno.

⁶⁶ *Cic. Att.* 9,18 (= SB 187), de 28 de marzo.

⁶⁷ *Att.* 9,11a (= SB 179a).

⁶⁸ Pillajes: *Cic. Fam.* 4,1 (= SB 50), de 21 o 22 de abril de 49; niños: Cass. Dio 41,39.

⁶⁹ *Cic. Att.* 11,7,1 (= SB 218).

⁷⁰ Muchos senadores: *Cic. Att.* 9,8,1 (= SB 175); sólo dos: GELZER 1968, 201.

⁷¹ *Cic. Att.* 10,4,9 (= SB 195).

⁷² *Cic. Att.* 10,2 (= SB 203).

⁷³ *Cic. Att.* 10,8A-B y 10,9A (= *Fam.* 8,16).

⁷⁴ *Cic. Att.* 10,16,4 (= SB 208).

⁷⁵ *Cic. Att.* 8,3,6 (= SB 153); y *Cic. Fam.* 14,7 (= SB 155).

⁷⁶ Como ha señalado KALYVAS 2010, 74: «los combatientes están normalmente motivados para la lucha *no* por la ideología o el odio o el miedo, sino por la presión de sus iguales y por los procesos que implican estima hacia sus camaradas, respeto a

sus líderes, preocupación por su propia reputación con ambos y un impulso a contribuir al éxito del grupo». Es interesante que KALYVAS 2010, 142, n. 11, ve una similitud entre el proceso de elección de bando en una guerra civil y los mecanismos de conversión religiosa tal y como han sido descritos por STARK 1997. Sin embargo, el único estudio que hasta el momento ha intentado descubrir la influencia de estos factores en las decisiones de los aristócratas durante la guerra civil de César (SHACKLETON BAILEY 1960) concluyó que no era posible hacerlo: claramente los *nobiles* no optaron colectivamente por ninguno de los dos bandos y las relaciones familiares y matrimoniales muestran sorprendentes cruces entre ambos.

⁷⁷ App. B. *Civ.* 2,47-48; Cass. Dio 41,26-36; Suet. *Iul.* 69; Luc. *Phar.* 5,237-373; y Front. *Strat.* 4,5,2; con CHRISANTOS 2001.

⁷⁸ César salió de Brundisio el 4 de enero. Contando unos siete u ocho días para el trayecto, debió de abandonar Roma el 24 de diciembre (del calendario prejuliano).

⁷⁹ Caes. B. *Civ.* 3,2,1.

⁸⁰ Luc. *Phars.* 1,550-2; y Cass. Dio 41,14,4 anota que no se eligió a un prefecto de la ciudad, como era obligado, para que gestionase los asuntos ordinarios en Roma durante la ausencia de los cónsules. Para los *Fasti Feriarum Latinarum* por desgracia se han perdido las entradas entre los años 200 y 28 a.C.; véase DEGRASSI 1947.

⁸¹ Cass. Dio 41,14,2 (*stasis*). El templo de Quirino no debió de resultar muy dañado, pues en el 45 ya parece estar restaurado completamente. Cfr. WEINSTOCK 1971, 178.

⁸² El hecho parecía tan extraordinario que lo recogen varias fuentes. Val. Max. 8,13,4; y Plin. *NH* 7,156-7. Se equivoca Dion Casio 41,14,2 al referirlo a la fecha de la censura de Perperna, en vez de su consulado en el 92, como hacen Valerio Máximo y Plinio el Viejo.

⁸³ Cfr. Caes. B. *Civ.* 1,22.

⁸⁴ Suet. *Iul.* 30.

⁸⁵ Caes. B. *Civ.* 3,5,1; Cic. *Att.* 10,4,9 (= SB 195); y Cass. Dio 41,10,2.

⁸⁶ Suet. *Iul.* 23,1.

⁸⁷ MORSTEIN-MARX 2007 niega que César tuviera miedo a una acusación, porque era improbable que llegara a buen fin o, al menos, no tenemos noticias de que se estuviera preparando. Sin embargo, el miedo aparece explícitamente en Cic. *Att.* 8,9A,2 (= SB 16) (*sine metu*), en la carta de Celio (*Fam.* 8,14,2), de modo indirecto en Caes. B. *Civ.* 1,85 (*sine ignominia*) y, por supuesto, en el testimonio de Asinio Polión en Farsalia (Suet. *Iul.* 30; y Plu. *Caes.* 1-2). El terror aparece en ambos bandos en [Caes.] *BG* 8,52,4.

⁸⁸ Tuc. 8,89; traducción de Rodríguez Adrados.

⁸⁹ Son reveladoras las vacilaciones de Jal, en su obra de referencia sobre la guerra civil en Roma, pues en un primer momento considera que los soldados eran en su mayoría meros clientes de las grandes familias, luego afirma que las guerras civiles que terminaron en Accio fueron esencialmente guerras ideológicas, para concluir un poco después que la mayor parte de los combatientes no estaban animados por convicciones profundas (JAL 1963, 110, 117 y 128).

⁹⁰ CRAWFORD *RRC* 443/1; con Plin. *NH* 8,32-34; y GENTILI 2008, 209, núm. 85. Cfr. NOUSEK 2008, para quien no está claro si debemos identificar a César y su causa con la serpiente (que sale vencedora en la versión de Plinio) o con el elefante. Un resumen de las diversas interpretaciones que se han hecho de este denario puede verse en AMELA VALVERDE 2013. Por otra parte, la familia de Metelo tenía al elefante como

emblema (RRC 262/1 y 262/2), de modo que es tentador pensar que César se identificaba con la serpiente.

⁹¹ Cic. *Att.* 8,15 (= SB 165); 9,1,5 (= SB 167); 9,5,3 (= SB 171); 9,7,3 (= SB 174); y *Fam.* 6,6,6: *pudor*.

⁹² Celio: Cic. *Fam.* 8,17. Tulio: Cic. *Fam.* 4,14,1-2; 5,21; y 6,4,1.

⁹³ Cic. *Fam.* 10,31,2-3.

⁹⁴ Tal es el caso de Matio, Cic. *Fam.* 11,28.

⁹⁵ La primera vez que aparece Balbo en la cartas a Ático, a finales del año 60, Tulio siente la necesidad de explicar a quién se refiere: *fuit apud me Cornelius, hunc dico Balbum, Caesaris familiarem*; Cic. *Att.* 2,3,3 (= SB 23).

⁹⁶ [Caes.] B. *Afr.* 29 y 40. SYME 1938 creyó ver motivos clientelares en este cambio de bando, porque Labieno era originario del Piceno, pero con mejor juicio BRUNT 1986 apunta razones ideológicas —el odio al tirano—.

⁹⁷ Cic. *Att.* 13,42 (= SB 354).

⁹⁸ Libertad: Caes. B. *Civ.* 1,22 y 3,91,2. República: Vell. Pat. 2,48,4; Cic. *Lig.* 21; Cic. *Att.* 8,6,2 (= SB 154) y 8,11 D,5 (= SB 161 D); y *Fam.* 6,6,12. Desde el 52: Cic. *Att.* 8,3,3.

⁹⁹ Ha crecido en fecha reciente el interés de los investigadores por el significado y alcance del *Bellum civile* de César. Véase BATSTONE-DAMON 2006, GRILLO 2012, WESTALL 2017, PEER 2015, GRILLO y KREBS (2018) y LÓPEZ BARJA 2019a.

¹⁰⁰ Cfr. el discurso de Licinio Macro en Sall. *Hist.* 3,15,27M (= 3,48,27R): la libertad del pueblo (tener una parte de las conquistas) frente a la dominación de los pocos. Como ha mostrado ARENA 2012, había un concepto de libertad común a *optimates* y *populares* (se entendía como una situación de no dominación frente a la voluntad arbitraria de un individuo o un grupo, extranjeros o nacionales), pero el lenguaje en el que se expresa es distinto en cada caso. Puesto que César se subleva contra el *Senatus Consultum Ultimum* e invocando el recuerdo de los tribunos asesinados, la libertad que reclama pertenece a la «familia» ideológica de los *populares*.

¹⁰¹ Desde al menos SYME 1939, 48, y 1944, se le ha dado una importancia desmedida a la defensa por César de su propia *dignitas*, entendida como expresión de su ambición de poder; HELLEGOURC'H 1972, 409, y RAAFLAUB 1974, 183-186; cfr. RUEBEL 1996. Con esto no sólo se pasa por alto el hecho de que, al invocar su propia *dignitas*, César defiende elementos esenciales de la legalidad republicana (MORSTEIN-MARX 2009), también se olvida que su defensa se extiende a la *dignitas* de los tribunos de la plebe y la *libertas populi* (cfr. LÓPEZ BARJA 2019a).

¹⁰² Suet. *Iul.* 8.

¹⁰³ Rumores: Cic. *Att.* 5,2,3. Marcelo: Plu. *Caes.* 37,2; App. 2,98; y Cic. 5,11,2 (= SB 104).

¹⁰⁴ Caes. B. *Civ.* 3,87,4: habla Labieno. Cfr. BRUNT 1971, 467-468.

¹⁰⁵ *Frag. Atestinum*, CRAWFORD 1996, I, 313; Plu. *Caes.* 37,2; y Cass. Dio 41,37,3 (que dice que César concedió la ciudadanía a los «galos» que vivían entre los Alpes y el Po después de haber sido designado dictador por Lépido). MOMMSEN 1881 atribuía a Roscio Fabato, pretor en el año 49, la ley Roscia (mencionada en el *Frag. Atestinum*, línea 13) que habría otorgado la ciudadanía a los transpadanos. Tal cosa es imposible si, como quiere CRAWFORD 1996, I, 315-318, el *Fragmentum Atestinum* es anterior al año 76 y muy difícil en todo caso si lo llevamos a una fecha posterior a la incorporación de la Cisalpina a Italia, como sostiene LAFFI 1990. No veo razón alguna para considerar que la concesión de la ciudadanía benefició sólo a las colonias latinas y no a toda la provincia. Aquí sigo la propuesta de SISANI 2016: la con-

cesión de la ciudadanía a la Cisalpina se hizo mediante una ley Roscia (comicial), aprobada en el 48, ya no atribuible a Roscio Fabato sino a un tribuno de la plebe (Roscio) desconocido.

¹⁰⁶ Por lo general, se atribuye esta visión exclusivamente a la genialidad de César, capaz de elevarse sobre la vieja ciudad-estado y pensar en términos imperiales. Así, GELZER 1968, 217, n. 4; 232 n. 1; 273; 291, y 297-298, subraya que abrió el Senado a los itálicos o la fundación de colonias en Hispania. Su juicio crítico sobre Tulio nace de la misma idea; GELZER 2014, 370-371: le faltó darse cuenta de que el dominio sobre las provincias ejercido por el Senado de modo rutinario debería transformarse en un nuevo Estado («Reichsregiment») con órganos burocráticos. Sólo un auténtico estadista como César pudo entenderlo a tiempo. En cuanto a Syme, como es sabido, la victoria de las oligarquías itálicas (y de las «clases no políticas», a las que en otras ocasiones denomina «proletariado») sobre la aristocracia romana constituye el cerne de la revolución romana; SYME 1939, 8 y 514.

¹⁰⁷ Cic. *Fam.* 16,11,2 (= SB 143).

¹⁰⁸ Pompeyo defiende la república: Cic. *Att.* 7,8; 8,11C (= SB 161C); 8,12B (= SB 162B); 8,12C,3 (= SB 162C); y 8,14,2 (= SB 164). Es muy reveladora la carta de Pompeyo a César, que está en Arimino, en la que menciona cuatro veces la república en apenas cuatro líneas; Caes. *B. Civ.* 1,8,3; con HODGSON 2017, 166.

¹⁰⁹ Cic. *Att.* 9,7C,2 (= SB 174C).

¹¹⁰ Dos repúblicas: Cic. *Fam.* 9,9,3. Celio: Cic. *Fam.* 8,5,3.

¹¹¹ No me convencen los argumentos de L. MORGAN 1997 para datar esta frase en las últimas semanas de vida de César; el debate sobre la república está abierto desde enero del 49. Si Ampio fue considerado por algunos cesarianos como la *tuba belli ciuilis* (así, Cic. *Fam.* 6,12,3), tal vez se debiese a sus sonoros ataques contra César, que incluirían algunas de sus frases más impactantes y que venían a ser como una llamada a la guerra civil (la *tuba* es el instrumento con el que se da la señal para iniciar el combate: Caes. *B. Civ.* 3,90,3; y Sall. *Cat.* 60,1). RE I, col. 1979, 40 (Klebs), considera que Ampio publicó sus escritos después de la muerte de César, pero no aporta ninguna justificación.

¹¹² Cic. *Fam.* 2,15 (= SB 96). Se ha convertido casi en un lugar común en la historiografía más reciente la afirmación de que César quiere presentarse en el *Bellum ciuile* como un leal defensor de la república (KREBS 2018, 30, «common agreement», y WESTALL 2017, 275-276) y propugna la formación de una «gran coalición», no sé si al estilo de la alemana GroKo (cfr. RAAFLAUB 2018, 21: la mayoría del Senado, los *equites*, las élites municipales y los oficiales del ejército).

¹¹³ *El error Berenguer*: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000435614&page=1&search=berenguer&lang=es>. Sobre el contexto vital en el que se ha de situar este artículo de Ortega, véase GRACIA 2014, 449-451.

Capítulo 4. Compañero de Quirino

¹ Cic. *Att.* 10,4,8 (=SB 195) (*iracundia*); Plu. *Caes.* 35 (la amenaza de César); Cass. Dio 41,17,2; App. *B. Civ.* 2,41; y Flor. 2,13,21.

² Para la cantidad de dinero (4.135 libras de oro y 900.000 libras de plata): Plin. *NH* 33,55; y Oros. 6.15.5.

³ Cic. *Att.* 10,4,8 (= SB 195) y 10,8,6 (= SB 199) (*egenti ac perditae multitudini in odium acerbissimum uenerit*).

⁴ Para la fecha de entrada de César en Roma sigo a RAMSEY-RAAFLAUB 2017, 206.

⁵ Cass. Dio 41,38,1 (15.000 dracmas = 15.000 denarios = 60.000 sestericios).

⁶ Caes. *B. Civ.* 3,1; y Cass. Dio 41,37-38. FREDERIKSEN 1966, 135-141, argumentó que la *lex Iulia de bonis cedendis* que introdujo el procedimiento de la *cesio bonorum* por el que se evitaba la *infamia* es cesariana (del año 46 o 45), no augustea, pero es difícil estar seguro.

⁷ Sobre Celio Rufo, véase ROSIVACH 1980-1981, CLAUSS 1990, CORDIER 1994 y JEPPESEN-WIGELSWORTH 2013.

⁸ Catull. 58, traducción de J. A. González Iglesias. Sabemos que Lesbia era Clodia por Apul. *Apol.* 10, y que ella estaba entonces casada por Ov. *Tr.* 2,427-430 (*adulterium est*). Su marido era Metelo Celer, cónsul en el año 60 y fallecido súbitamente en el 59.

⁹ Cic. *Cael.* 18. Según Celio, Clodia, *in triclinio Coam, cubiculo Nolam* (Quint. *Inst.* 8,6,53), refiriéndose a los vestidos de Cos, de seda y traslúcidos (cfr. Hor. *Serm.* 1,2,104-105: la mujer que lleva un vestido de Cos va «como desnuda») y a la célebre e inexpugnable fortaleza de Nola. Cfr. SKINNER 2011, 110.

¹⁰ WISEMAN 1985, 67, sugiere que Celio habría estado trabajando en secreto obedeciendo las instrucciones que le daba Pompeyo.

¹¹ Cic. *Fam.* 8,14.

¹² Cic. *Fam.* 8,17 (= SB 156).

¹³ Cic. *Fam.* 8,15-16.

¹⁴ Cic. *Fam.* 8,17 (= SB 156).

¹⁵ Gell. 15,4,3. Gelio resume la asombrosa vida de Ventidio Baso, exhibido siendo niño entre los prisioneros en el triunfo de Pompeyo Estrabón durante la guerra de los aliados, al que César hizo senador y que llegó a ser cónsul y a celebrar a su vez el triunfo por las calles de Roma en el año 38. Algo parecido vemos en Plin. *HN* 7,135. En Cic. *Fam.* 10,18,3, Munacio Planco muestra su desprecio hacia ese «trante de mulas».

¹⁶ Cfr. la carta de Celio *apud* Cic. *Fam.* 8,17,2 (= SB 156) y la carta de Matio *apud* Cic. *Fam.* 11,28,2. Cic. *Att.* 9,11,4 (= SB 178), de 20 de marzo de 49, señala que la posición de pompeyanos como Escipión, Libón o Fausto Sila es muy angustiada porque sus acreedores les exigen que paguen sus deudas.

¹⁷ Cic. *Att.* 7,7,5 (= SB 130); y [Sall.] *Ad Caes. Sen.* 1,2,7.

¹⁸ Cass. Dio 42,20,1: no menciona la ley Hircia, sólo dice que, respecto de los pompeyanos, le concedieron a César el derecho de hacer lo que quisiera; Cic. *Phil.* 13,32; y *CIL* P² 604, 627 y 628 (p. 917); BROUGHTON *MRR* II, 285, n. 3. Se trata de una supuesta ley de Hircio como tribuno de la plebe en el año 48 o, menos probable, como pretor en el 46; seguramente la ley es de finales de año, tras Farsalia. La incertidumbre se mantuvo largo tiempo, pues todavía en agosto del 47 Tulio teme que le confisquen sus propiedades; Cic. *Att.* 11,24,2 (=SB 234).

¹⁹ Caes. *B. Civ.* 3,20,3. Otros: Cass. Dio 42,22,2.

²⁰ Caes. *B. Civ.* 1,39,3 (César en Hispania).

²¹ [Caes.] *B. Afr.* 64: un pompeyano que ha sido hecho prisionero se libra del castigo porque su hermano puede pagar el rescate exigido por César.

²² *RRC* 440-441; y VERBOVEN 1997, 50.

²³ NICOLET 1971, 1219. El análisis de VERBOVEN 1997 viene a poner un interrogante a las conclusiones de Nicolet, apoyándose, por una parte, en que probablemente hubo un incremento en el precio de los alimentos y en los alquileres urbanos (es decir, la caída de precios afectó sólo a las propiedades inmuebles, no hubo una

deflación generalizada) y, por otra, en el fuerte crecimiento de las acuñaciones. En efecto, la situación era compleja, pero nada hay en las fuentes que sustente la fantástica idea de WESTALL 2017, 280, 298-299 y 302, para quien ambos, César y Pompeyo, estaban arruinados, y esto provocó la guerra civil. El único apoyo que ofrece es Suet. *Iul.* 30,2, donde deberíamos entender que, según Pompeyo, César estaba arruinado (WESTALL 2017, 298-299). Sin embargo, el pasaje en cuestión no dice nada ni remotamente parecido a esto.

²⁴ Cass. Dio 42,23,1.

²⁵ He resumido la versión que da César *B. Civ.* 3,20-21 del episodio.

²⁶ App. *B. Civ.* 2,22.

²⁷ Cic. *Fam.* 8,17 (= SB 156), de febrero del 48.

²⁸ Cfr. Asc. 54C; Cic. *Fam.* 8,3,2; y *Att.* 4,3,3 (= SB 75) y 5,8,2-3 (= SB 101).

²⁹ *Laudatio Turiae* II, 9a-11a. Siguiendo a LINDSAY 2009, 194, OSGOOD 2014, 37, da por hecho que la casa en cuestión estaba en Roma y que podría tratarse incluso de la espléndida que Milón tenía en el Palatino, pero no es probable, dado que las bandas de Milón no parecen haber actuado en Roma tras su regreso a Italia. Como señaló DURRY 1950, LX, n. 3, debió de tratarse de una casa rústica en el sur de Italia. Sobre la identificación del autor de la *laudatio* con Q. Lucretius Vespillo (cos. 19 a.C.), cuya historia durante las proscipciones conocemos por App. *B. Civ.* 4,44; y Val. Max. 6,7,2, donde se resalta el valor mostrado por su mujer, Turia, se ha escrito mucho, tanto a favor (Mommsen o Lindsay) como en contra (Durry u Osgood).

³⁰ Caes. *B. Civ.* 3,22,2 (Milón); Vell. Pat. 2,68,1-2; Caes. *B. Civ.* 3,22,4; y Cass. Dio 42,25,3 (Celio).

³¹ Suet. *Aug.* 3,1.

³² Plin. *NH* 2,147.

³³ Suet. *Iul.* 42.

³⁴ Obs. 65a; y Val. Max. 1,6,12.

³⁵ MARINONE 2004, 440, y RAMSEY-RAAFLAUB 2017, 199.

³⁶ Cass. Dio 41,63,6.

³⁷ Cic. *Off.* 2,45; Suet. *Ner.* 2,2; y *Vesp.* 1,2.

³⁸ La expresión es de Vell. Pat. 2,52.

³⁹ Cic. *Div.* 1,68.

⁴⁰ Caes. *B. Civ.* 3,105.3-6.

⁴¹ Suet. *Iul.* 30,4.

⁴² Lucan. 7,786-811.

⁴³ Sobre las vicisitudes de Pompeyo tras Farsalia, véase Vell. Pat. 2,53; Plu. *Pomp* 76; App. *B. Civ.* 2,83; y Cass. Dio 42,2; con LORETO 1994.

⁴⁴ Plu. *Pomp.* 77-88; App. *B. Civ.* 2,84; Cass. Dio 42,4; y Caes. *B. Civ.* 3,104. Es posible incluso que Tolomeo estuviera bajo la tutela jurídica de Pompeyo (Liv. *Per.* 112).

⁴⁵ Cass. Dio 42,4,3. El pasaje de Sófocles (fr. 789 Nauck) debía de ser bastante conocido, pues Zenón, el fundador de la Stoa, lo mencionó para refutarlo, afirmando que un hombre libre podía seguir siéndolo, aunque hiciera tratos con un tirano [Plu. *De audiendis poetis* 33d (= SVF 1,219)]. En cambio, Diógenes Laercio (2,82) atribuye la anécdota no a Zenón, sino a Aristipo, el cínico, e incluso señala que para otros el protagonista fue Platón.

⁴⁶ Plu. *Pomp.* 79.

⁴⁷ Cass. Dio 42,18,3: el anillo de Pompeyo tenía tres «trofeos» como el de Sila (es posible que aludiesen a su triple triunfo del año 61), pero Plu. *Pomp.* 80,5 afirma que el sello de Pompeyo mostraba a un león con una espada entre las garras.

⁴⁸ Suet. *Iul.* 75,4; y Cass. Dio 42,18,2.

⁴⁹ Casi treinta años después, cuando Virgilio evoque el cuerpo decapitado de Príamo tras la caída de Troya, los lectores inmediatamente piensan en el de Pompeyo; Verg. *Aen.* 2,557: *Iacet ingens litore truncus*; Serv. *ad loc. Pompei tangit historiam, cum «ingens» dicit, non «magnus»*; cfr. MORGAN 2000, 52-53, y MEBANE 2016. No creo que el epitafio contenido en el virgiliano *Catalepton* 3 se refiera a Pompeyo. Cfr. el análisis, esencialmente literario, de RODRÍGUEZ PANTOJA (2010). En Lucano 8,456-872, Pompeyo muere feliz, acunado por sabias reflexiones estoicas.

⁵⁰ Plu. *Pomp.* 80.

⁵¹ Cic. *Att.* 11,6,5 (= SB 217).

⁵² Mart. 5,74.

⁵³ Tal es la cifra que el Senado se comprometió a entregarle a Sexto Pompeyo (nunca llegó a hacerlo) para que pudiera recuperar las propiedades confiscadas a su padre; App. *B. Civ.* 3,5; y Cic. *Phil.* 13,12. Probablemente, este era el valor de mercado, aunque no es creíble que Antonio se comprometiese nunca a desembolsar semejante cantidad. La suma por la que se hizo con el conjunto (pues sólo él se presentó a la subasta de los bienes de Pompeyo si creemos a Cic. *Phil.* 2,64) debió de ser mucho menor, y luego vendió algunas de las propiedades pompeyanas, lo que le proporcionó seguramente grandes beneficios.

⁵⁴ La fuente no es muy fiable: Cic. *Phil.* 2.71-74, de donde derivan Plu. *Ant.* 10,3; y Cass. Dio 45,28,3-4.

⁵⁵ *SIG*³ 760 (= SHERK 1984, 79).

⁵⁶ Suet. *Iul.* 52,1; y App. *B. Civ.* 2,90. Sobre la hipótesis que sitúa en estos momentos la fecha de composición del *Bellum Ciuile*, véase COLLINS 1959; GELZER 1968, 191, n. 1, y 255, n. 4, y BATSTONE y DAMON 2006, 31-32.

⁵⁷ Cfr. Cic. *Att.* 11,17a,3 (= SB 229) y 11,25 (= SB 231).

⁵⁸ Cic. *Att.* 11,20,1 (= SB 235); con RAMSEY-RAAFLAUB 2017, 203-204. Las noticias tardaban alrededor de mes y medio en llegar desde Alejandría a Roma.

⁵⁹ Suet. *Iul.* 38,2. Tenemos atestiguada, en efecto, una condonación de alquileres a finales del año 48 en el calendario de Ostia; BARGALI y GROSSO 1997: *Habitatio polpulo remissa*. El hecho de que figure después de *Pompeius A[lexandriae occisus]* puede indicar que la condonación de alquileres tuvo lugar en otoño, después del 28 de septiembre.

⁶⁰ *LTUR* II, 276-278.

⁶¹ Cass. Dio 42,26.

⁶² LÓPEZ BARJA 2004.

⁶³ Tenemos atestiguadas varias medidas contra diversos tipos de asociaciones populares por considerarlas violentas, como el senadoconsulto del año 64 (Asc. 7 y 75C; y Cic. *In Pis.* 8), otro en el 56 (Cic. *QFr.* 2,3,5) y la ley Licinia *de sodaliciis* del 55. Nada de esto significa que se suspendieran o prohibiesen de manera definitiva los *ludi Compitalicii*, aunque así sucediera en algún año concreto como el 61. Cfr. FLAM-BARD 1981, TARPIN 2002 y LOTT 2004. Sobre las Compitales, *vide supra* pp. 38-39.

⁶⁴ Caes. *B. Civ.* 3,89,3.

⁶⁵ Quint. 4,2,123-124.

⁶⁶ Plin. *HN* 8,55.

⁶⁷ Plu. *Caes.* 62,5.

⁶⁸ GELZER, 1968, 220.

⁶⁹ Cass. Dio 42,29,1.

⁷⁰ Cic. *Att.* 11,23,3 (= SB 232).

⁷¹ Cass. Dio 42,31,3.

⁷² Cass. Dio 43,29,2.

⁷³ Cass. Dio 42,32,1-3; y Plu. *Anton.* 9,4, también indica el SC; para JEHNE 1999, son dos SCU diferentes, ambos contra Dolabela.

⁷⁴ Liv. *Per.* 113.

⁷⁵ SIMELON 1985.

⁷⁶ App. *B. Civ.* 2,87; Plu. *Cic.* 39,1-2; y Plu. *Vit. Cat. Min.* 55.

⁷⁷ Se conservan numerosas cartas a Terencia de estos meses: Cic. *Fam.* 14, 8-11, 13, 15-17 y 15-24 (= SB 160-173).

⁷⁸ Cic. *Att.* 11,12,1 (= SB 223) y 11,14-15 (= SB 225-226).

⁷⁹ Tulio hace una breve referencia a la amarga separación de su hermano en Patras; *Att.* 11,5,4 (= SB 216).

⁸⁰ Cic. *Att.* 11,9,3 (= SB 220), la cita, literalmente, lo que dice es: «ojalá en ese día no me hubiesen aceptado» —*suscipere* en el sentido de *tollere*— «o bien a ninguno después de la misma madre». Lo importante no es el hecho biológico del nacimiento, sino el hecho jurídico de la aceptación por parte del padre, porque de ahí nace el parentesco. Cfr. Cic. *Att.* 11,12-15 (= SB 223-226).

⁸¹ Las biografías de Tulio cubren adecuadamente estos meses, en particular, y de modo atinado, como siempre, la de STOCKTON 1971, 263-267.

⁸² [Caes.] *B. Afr.* 28.

⁸³ Cic. *Att.* 11,21 (= SB 236) y 11,22 (= SB 237).

⁸⁴ CHRISANTOS 2001; JEHNE 1999, 161, y n. 77; con Cass. Dio 42,54,1 y 42,55,1. Cfr. Plu. *Caes.* 51,1: para calmar a los amotinados, César le dio a cada soldado mil dracmas y una buena cantidad de tierra itálica.

⁸⁵ Cic. *Phil.* 2,75.

⁸⁶ RAMSEY 2004 niega que hubiera una ruptura entre César y Marco Antonio e imagina que Marco Antonio estaba demasiado ocupado gestionando la venta de las propiedades que habían sido de Pompeyo. Sin embargo, un hombre de su posición delegaba este tipo de tareas en personas de su confianza, al menos la mayor parte del tiempo. En cuanto a las estrecheces por las que pasaba Fulvia, véase Nep. *Att.* 9,3-4: no es posible determinar la fecha, aunque se infiere que el hecho ocurrió cuando ya se había casado con Antonio, pero antes del 43. Lo más verosímil es situarlo en el momento en que Antonio ha sido apartado del entorno de César, es decir, hacia el 46-45 a.C. OSGOOD 2014, 51, sin embargo, prefiere el año 43, cuando Antonio ha sido declarado enemigo público.

⁸⁷ Macro. *Sat.* 2,7,1-3.

⁸⁸ En esta coincidencia se apoya SCHWARTZ 1948, para fechar el incidente en el año 47, mientras que otros optan por el 46 por Cic. *Fam.* 12,18,2 (= SB 205), de septiembre-octubre del 46, donde Tulio muestra su irritación ante la perspectiva de escuchar los versos de Laberio y Publilio Siro, pero no hay razón para pensar que esta coincidencia entre ambos sólo se dio una vez (SB *ad loc.* considera verosímil la propuesta de Schwartz). Recientemente, FRASSETTO 2013 ha defendido el año 45 para el incidente, porque Séneca explica el chiste de Tulio señalando que César había introducido a muchos hombres nuevos en el Senado, lo cual sabemos (por Cass. Dio 43,47,3) que ocurrió en 45. Sin embargo, el sarcasmo de Laberio contra la doblez de Tulio se entiende mucho mejor en el 47 que en el 45, y ya en el año 47 César había designado algunos nuevos senadores entre centuriones y otros oficiales de su ejército (Cass. Dio 42,51,5).

⁸⁹ Macro. *Sat.* 2,6,6.

- ⁹⁰ Fr. 24 PANAYOTAKIS 2010.
- ⁹¹ CORTE 1979 y McDERMOTT 1983.
- ⁹² Cic. *Att.* 7,7,6 (= SB 30); Mamurra tal vez murió en el año 45; Cic. *Att.* 13,52,1 (= SB 353).
- ⁹³ Plin. *HN* 36,48.
- ⁹⁴ Catull. 29,3-5, traducción de J. A. González Iglesias.
- ⁹⁵ Suet. *Iul.* 73. Determinar cuáles eran las opiniones políticas de Catulo no es sencillo. Los diversos poemas en los que ataca a César o a sus partidarios parecen situarlo en el bando de los *optimates*, pero el argumento no es concluyente (BELLANDI 2012 ve en Catulo a un cesariano desilusionado por el acercamiento a Pompeyo).
- ⁹⁶ Macrobi. *Sat.* 2,7,8; en cambio Suet. *Iul.* 39 dice que sólo fueron quinientos, una cifra imposible por ridícula.
- ⁹⁷ Sen. *Controv.* 7,3,9.
- ⁹⁸ Cic. *Fam.* 15,20,2, de mayo del 46.
- ⁹⁹ Cic. *Fam.* 5,21.
- ¹⁰⁰ La cifra más alta de bajas es la que da Plu. *Caes.* 53,4 mientras que la más baja es de [Caes.] *B. Afr.* 86,1.
- ¹⁰¹ [Caes.] *B. Afr.* 44-45.
- ¹⁰² [Caes.] *B. Afr.* 8.
- ¹⁰³ [Caes.] *B. Afr.* 64.
- ¹⁰⁴ [Caes.] *B. Afr.* 94.
- ¹⁰⁵ Liv. *Per.* 114; Val. Max. 3,2,13; y *B. Afr.* 96. Sobre P. Sittio, un antiguo catiliniano, véase Sall. *Cat.* 21,3.
- ¹⁰⁶ ... *dissensione in exercitu orta*, *B. Afr.* 95.
- ¹⁰⁷ Sen. *De Ira* 3,15,4. Sobre la muerte de Catón, véase [Caes.] *B. Afr.* 87-88 y, sobre todo, Plu. *Vit. Cat. Min.* 67-70.
- ¹⁰⁸ [Caes.] *B. Afr.* 97-98.
- ¹⁰⁹ [Caes.] *B. Afr.* 90.
- ¹¹⁰ [Caes.] *B. Afr.* 97; y Cass. Dio 43.9.2-3.
- ¹¹¹ Cic. *Fam.* 9,7 (178), 2.
- ¹¹² MARINONE 2004, 292, n. 6, y 297.
- ¹¹³ Plu. *Caes.* 59,6. Cfr. FEENEY 2007, 196.
- ¹¹⁴ Fuentes principales: App. *B. Civ.* 2,101; Vell. Pat. 2,56,2; Floro 2,13,88-89; Suet. *Iul.* 39; y Cass. Dio 43,19,1; 43,22,1-2; y 43,42.
- ¹¹⁵ [... *imperio*] *ad Oceanu[m] prolato*] se lee en los *Fasti Caprenses*; DEGRASSI 1947, n. 7.
- ¹¹⁶ Vell. Pat. 2,56,2; cfr. App. *B. Civ.* 2,102.
- ¹¹⁷ Cic. *Phil.* 8,18; y *Off.* 2,28.
- ¹¹⁸ ÖSTENBERG 2009, 262.
- ¹¹⁹ App. *B. Civ.* 2,101. Cfr. HOLLIDAY 1997.
- ¹²⁰ Suet. *Iul.* 37,2. César ya había utilizado antes esa misma expresión en una carta a C. Matio (Plu. *Caes.* 50,3).
- ¹²¹ [Caes.] *B. Afr.* 57.
- ¹²² La victoria en una guerra civil aparece mencionada entre los méritos de Pompeyo (BATSTONE 2010, citando Cic. *Pro lege Manilia*, 28) y Augusto se enorgullecerá de haber puesto fin a las guerras civiles (*RG* 3 y 34). En opinión de LANGE 2013, se celebran las victorias en las guerras civiles, pero sólo si se pueden presentar simultáneamente como guerras contra extranjeros.
- ¹²³ Cass. Dio 43,192-4; y App. *B. Civ.* 2,101.

¹²⁴ César: Cass. Dio 43,14,3. Camilo: Liv. 5,23,5-6; y Plu. *Cam.* 7,1-2.

¹²⁵ Suet. *Iul.* 45,2 (calvicie de César), 50,2 (perla de Sevilla) y 49,4 y 51 (canciones de la soldadesca). Sobre la participación de Cayo Octavio: Suet. *Aug.* 8,2; y Nic. Dam. 8,17. Sobre las burlas y chanzas a costa de los calvos, véase BEARD 2014, 51, 132-133, 146 y 164-165.

¹²⁶ Suet. *Iul.* 39. Sin embargo, Cass. Dio 43,22,1-2 dice que después de la cena fue escoltado hasta su casa por prácticamente todo el pueblo y muchos elefantes que llevaban antorchas. Por lo general se da mayor crédito a Dion Casio que a Suetonio porque no se conocen triunfos celebrados tras la puesta de sol, pero, como señala ÖSTENBERG 2009, 180, n. 311, las antorchas no implican necesariamente que fuera de noche. Dion Casio sitúa el episodio en el triunfo africano, lo que podría tener más sentido en la medida en que se identificaba a los elefantes con el rey Juba, que era el vencido.

¹²⁷ Plu. *Caes.* 55,4, con las dudas de BEARD 2009, 348.

¹²⁸ COARELLI 2010.

¹²⁹ Plin. *HN* 14,97 y 9,171-172.

¹³⁰ Para lo que sigue: Suet. *Iul.* 39; Cass. Dio 43,22,4 y 43,23; y Vell. Pat. 2,56,1.

¹³¹ Plin. *HN* 19,6,23.

¹³² Las galerías probablemente fueron construidas por Cayo Aurelio Cota (cos. en el año 75) y su hermano Marco (cos. en el año 74) para los gladiadores que ambos ofrecieron a la memoria de su padre, L. Aurelio Cota, cos. en 119, fallecido en fecha desconocida; DAVIS 2017, 210. Luego quedaron inutilizadas por la pavimentación augustea del foro (entre los años 9 y 7), cuando los combates de gladiadores se trasladaron a los *Saepta*; COARELLI 1992, 222-227. Es posible, con todo, que la inutilización tuviera lugar en un momento anterior incluso al año 46; LIVERANI en GENTILI 2008, 47.

¹³³ Suet. *Iul.* 19,2; y Plin. *NH* 8,22.

¹³⁴ Suet. *Iul.* 39,4.

¹³⁵ Cass. Dio 43,24,4, que muestra su perplejidad. ZECCHINI 2001, 44, piensa que podría tratarse de dos legionarios de origen celta y César estaría utilizando un rito celta para mostrar su autoridad como archidruída que era, en tanto que pontífice máximo.

¹³⁶ Honores a César: Cass. Dio 43,14,3-7 y 43,21,2; con WEINSTOCK 1971, 40-59. A la condición de César como *praefectus moribus* alude Cic. *Fam.* 9,15,5 tal vez mes intercambiar prior del año 46.

¹³⁷ Plin. *HN* 36,103, cfr. Cic. *Att.* 4,16,8 (= SB 89).

¹³⁸ App. *B. Civ.* 2,76.

¹³⁹ Son las cabezas de «Cleopatra» de los Museos Vaticanos y de Berlín. Cfr. CADARIO 2013.

¹⁴⁰ Plin. *HN* 35,136.

¹⁴¹ Plin. *HN* 7,126; 9,116; 35,26; y 35,136.

¹⁴² Plin. *HN* 37,11.

¹⁴³ Sobre el arco triunfal, cfr. WALLACE-HADRILL 1990. No parece que los primeros arcos conocidos (sobre cuya forma nada sabemos) estuvieran vinculados a la ceremonia del triunfo. L. Estertinio erigió tres arcos, dos en el foro Boario y uno en el Circo Máximo en 197 a.C. tras su victoria en Hispana ulterior, pero sin ni siquiera solicitar el triunfo (Liv. 33,27,4) y P. Escipión levantó uno en el Capitolio, en el año 190 antes de partir para la campaña de Asia (Liv. 37,3,7). Tal vez el primer caso de «arco triunfal» sea el *fornix Fabianus*, erigido por Q. Fabio Máximo, vencedor de los aló-

brogues en 121 a.C. en la vía Sacra, cerca de la *Regia*. DAVIES 2017, 168, opina que tal vez su primer uso como «triumfales» fuera el de servir para exhibir en ellos una parte del botín capturado.

¹⁴⁴ Plin. *HN* 7,92.

¹⁴⁵ Cfr. ZECCHINI 1990.

¹⁴⁶ Cic. *Phil.* 14,23; y Cass. Dio 42,18,1.

¹⁴⁷ LANGE 2013 y 2014.

¹⁴⁸ ROSSI 1999-2000.

¹⁴⁹ Cic. *Fam.* 9,1 (= SB 175), de fines del 47 o inicios del 46. En *Fam.* 9,2 (= SB 177), Tulio le dice a Varrón que sólo les queda refugiarse en el estudio para reconstruir la *res publica*, si no como arquitectos (gobernantes), al menos como artesanos —y con esto se refiere a escribir y leer tratados de ciencia política—. Lo cierto es que no escribió nada sobre este tema ni en el 46 ni en el 45. Las conexiones políticas de su ingente producción literaria de los años 46 y 45 son siempre oblicuas.

¹⁵⁰ Cic. *Brut.* 6.

¹⁵¹ Cic. *Fam.* 9,22,2; con LEACH 1999.

¹⁵² Cic. *Fam.* 9,16,3 (= SB 190), 3 de julio del 46: *olim arbitrabar esse meum libere loqui, cuius opera esset in ciuitate libertas...*

¹⁵³ BARAZ 2012, 77-79 y 95: la filosofía no es pura evasión, porque escribiendo sobre *politeía* se reconstruye la república.

¹⁵⁴ Cass. Dio 43,44,1.

¹⁵⁵ Cic. *Fam.* 9,2 (= SB 177).

¹⁵⁶ Cic. *Fam.* 9,5 (= SB 179), de mayo de 46. Considera que tanto él como su destinatario (Varrón) han seguido el perfecto termino medio: *ita uerecundiores fuimus quam qui se domo non commouerunt, saniores quam qui amissis opibus domum non reuerterunt*. La crítica a los que continuaron la lucha tras Farsalia, unos fanáticos que prefirieron ser esbirros de un rey a disfrutar de su fortuna en su patria, aparece en [Caes.] *B. Afr.* 8.

¹⁵⁷ Suet. *Iul.* 28; y Caes. *B. Civ.* 1,1-2.

¹⁵⁸ Cfr. Sen. *Cons. Helv.* 9-10.

¹⁵⁹ A. Cecina: Cic. *Fam.* 6,5-8; T. Ampius Balbo: Cic. *Fam.* 6,12; P. Nigidius Figulus: Cic. *Fam.* 4,13; y Trebianus: Cic. *Fam.* 6,10.

¹⁶⁰ Cic. *Att.* 14,1,2 (= SB 355) —aunque la ocasión es distinta, lo que significa que la humillante espera hubo de repetirse varias veces.

¹⁶¹ Cic. *Fam.* 6,14.

¹⁶² Tras Tapso, César le perdonó la vida; [Caes.] *B. Afr.* 89,2. En tiempos de Quintiliano aún se conservaba el escrito de acusación de Tuberón, cuya sustancia resume en *Inst.* 11,1,80. No sabemos cuál fue el tipo penal concreto que sostuvo la acusación (*perduellio, maiestas...*). Tras fracasar en esta empresa, Tuberón se pasó al derecho civil y escribió varios libros sobre derecho público y privado de los que lamentablemente nada ha llegado a nosotros, aunque su estilo era, al parecer, anticuado; Pomponio *Dig.* 1,2,2,46.

¹⁶³ Plu. *Cic.* 39. McDERMOTT 1979 sugiere que César perdonó finalmente a Ligario por complacer a Tulio, lo que parece probable.

¹⁶⁴ Si bien las fechas en las que se pronunciaron ambos discursos están claras (en septiembre-octubre el *Pro Marcello* y en noviembre o durante el primer mes intercalar el *Pro Ligario*, cfr. MARINONE 2004, 192), se han hecho algunos esfuerzos por retrasar la versión publicada (la que ha llegado a nosotros) unos cuantos meses, hasta junio de 45 (DYER 1990). Siguiendo esta línea, GAGLIARDI 1997, 176, en particular,

hace una lectura fantástica de ambos discursos, convirtiéndolos en instrumento para provocar la indignación de los lectores, preparando así las conciencias para el tiranicidio. Esto es muy poco probable. Tulio remitió a Opio y a Balbo la versión escrita del *Pro Ligario*, y les gustó tanto que se la enviaron a César (Cic. *Att.* 13,9,2). El público al que se dirigía Tulio no pudo entenderlo de modo distinto a como lo hicieron Opio o Balbo, que desde luego no eran tontos.

¹⁶⁵ Cic. *Pro Marc.* 8; y *Lig.* 38.

¹⁶⁶ Lucan. 1,128.

¹⁶⁷ Cic. *Marc.* 22. La identificación de la causa de César con la *res publica* aparece ya en la carta a Trebiano, de julio de 46; Cic. *Fam.* 6,10b,2.

¹⁶⁸ [Caes.] *B. Hisp.* 37-39.

¹⁶⁹ Advierte la coincidencia Plu. *Caes.* 56,5.

¹⁷⁰ Cass. Dio 43,42,3.

¹⁷¹ Plu. *Caes.* 56,9.

¹⁷² Discurso de César en Híspalis: [Caes.] *B. Hisp.* 42,6. Cfr. App. *B. Civ.* 2,103, quien dice que en Munda combatieron tropas de iberos y celtíberos.

¹⁷³ Liv. *Per.* 116; Vell. Pat. 2,56; Suet. *Iul.* 37; Plin. *HN* 14,97; Quint. 6,3,61; Plu. *Caes.* 56,7; Cass. Dio 43,42,1-3; y Flor. 2,13,88.

¹⁷⁴ Suet. *Iul.* 38,2.

¹⁷⁵ Cic. *Att.* 14,21,3 (= SB 375). A pesar de Shackleton Bailey, lo cierto es que César no controlaba todos los nombramientos.

¹⁷⁶ Suet. *Iul.* 78,1.

¹⁷⁷ Liv. *Per.* 116.

¹⁷⁸ Cass. Dio 43,44,2-4 dice que se le otorgó el uso del *praenomen Imperator*, lo que seguramente es un error motivado por el hecho de que los emperadores (desde Augusto en adelante), en efecto, lo llevaban incorporado a su nombre.

¹⁷⁹ Esta es la interpretación de ZECCHINI 2001, 35-38, y de KOORTBOJIAN 2013, 88-89, corrigiendo el texto de Cass. Dio 43,45,3, donde el «dios invicto» es César. En cambio, EECKE 2008, 382-384, defiende la completa divinización de César.

¹⁸⁰ Cic. *Att.* 12,48,1 (= SB 289); 12,45,2 (= SB 290); y 13,28,3 (= SB 299). En la lista de hombres divinizados que da Varrón (apud Aug. *CD* 4,27) a saber, Esculapio, Hércules, Castor y Pollux, falta Rómulo-Quirino, tal vez porque es una invención tardía, obra de Sila o del propio César. Cfr. EECKE 2008, 384, n. 138.

¹⁸¹ Sobre la cuestión de la divinización en vida de César véase la nota 39 del capítulo quinto.

¹⁸² Cic. *Att.* 13,44,1 (= SB 336).

¹⁸³ Plin. *NH* 7,117. Sobre su pertenencia al *Anticato*, véase GARCEA 2012, 98.

¹⁸⁴ Sobre este *sumbouleutikón* o *Consejos*, cfr. Cic. *Att.* 12,40,2 (= SB 281); 13,27,1 (= SB 298); 13,28 (= SB 299); 13,31 (= SB 302); y 13,7 (= SB 314).

¹⁸⁵ Cic. *Att.* 13,52 (= SB 353).

¹⁸⁶ Nic. Dam. 16.

¹⁸⁷ Luc. *Phars.*, 6,244-245; traducción de M. Roldán.

¹⁸⁸ ARMITAGE 2017, 11.

¹⁸⁹ HIN 2013, 158, aporta otras razones por las que debemos tomar las cifras de bajas que nos dan las fuentes con cierta prudencia.

¹⁹⁰ GILPIN FAUST 2006. La revisión al alza es de Hacker, quien, además, señala: «The Union and Confederate forces lacked adequate personnel records; procedures to identify and count the dead, wounded and missing in action; and a system to notify survivors»; HACKER 2011, 311.

¹⁹¹ Plin. *NH* 7,92; *stragis*.

¹⁹² Me parece un tanto optimista la opinión de BRUNT 1971, 285, quien, refiriéndose a la campaña de enero-marzo de 49, opina, que «gracias al rápido avance de César, Italia se vio libre de los horrores de la guerra».

¹⁹³ Plu. *Caes.* 33,2.

¹⁹⁴ *Caes. B. Civ.* 3,10,5.

¹⁹⁵ EMBERGER 2008 aporta algunos datos en este sentido.

¹⁹⁶ BRUNT 1971, 694-696: una discusión muy prudente, aunque se inclina por aceptar la cifra de bajas cuando sospecha que detrás de ella está el siempre respetado Polión.

¹⁹⁷ *Caes. B. Civ.* 3,71,1.

¹⁹⁸ *Caes. BG* 7,51.

¹⁹⁹ *Caes. B. Civ.* 3,99: la cifra debe corregirse según Asinio Polión, citado por Plu. *Caes.* 46,2 y también por App. *B. Civ.* 2,82 en 6.000 soldados y 9.000 *calones*, pero raya en lo increíble que nadie llevara un registro ni siquiera aproximado del número de esclavos muertos (*calones* eran los sirvientes, que solían ser esclavos, que acompañaban a los soldados en campaña) en el bando enemigo. Lo más probable es que a Asinio Polión, siempre tan irritable, le molestase que César ni siquiera lo mencionara en su relato de la guerra civil y quisiera rebajar el alcance de su victoria. BRUNT 1971, 696, da crédito, sin embargo, a Polión, por el que siente un hondo respeto, tal vez heredado de Syme. Sobre Polión, prefiero el juicio de GELZER 1968, 217: no hay que tomárselo demasiado en serio.

²⁰⁰ Tapso, 10.000 ([*Caes.*] *B. Afr.* 86,1) o bien 50.000 (Plu. *Caes.* 53,4). Munda: Cass. Dio 45,10; y [*Caes.*] *B. Hisp.* 31,9. Corduba: [*Caes.*] *B. Hisp.* 34,5.

²⁰¹ Plu. *Brut.* 45,1; y App. *B. Civ.* 4,112; con OSGOOD 2006, 95-96. La cifra total de unos 20.000 muertos por cada bando es de BRUNT 1971, 487, quien considera Filipo un desastre «peor que Cannas y Arausio» (488).

²⁰² *Caes. B. Civ.* 3,89,2: ochenta cohortes. Por término medio, una legión debería contar con unos 5.000 soldados, tal vez incluso 6.000 en algunos casos. Cfr. BRUNT 1971, 689-690, quien, sin embargo, no concede crédito a la información de que la legión con la que César cruzó el Rubicón tenía 5.000 hombres (App. *B. Civ.* 2,32) y prefiere pensar que las legiones gálicas no superarían los 4.000 hombres cada una al comienzo de la guerra.

²⁰³ *Caes. B. Civ.* 3,2,3.

²⁰⁴ La demografía republicana es un campo minado para el estudioso, en el que no podemos ahondar ahora. Para un crecimiento del 0,3 por 100 anual, véase LO CASCIO 2001, 116. En el mismo sentido apunta COURRIER 2014, 118, n. 362, quien acepta un número total de ciudadanos en época de Augusto, de entre doce y catorce millones.

²⁰⁵ DE LIGT 2012, 118 y 160. En el libro de De Ligt no hay ni una sola referencia al impacto demográfico que pudieron haber tenido en Italia las guerras civiles de 49-42, dejando aparte alusiones brevísimas como en la página 131. Lo mismo cabe decir de HIN 2013, que sólo trata este tema para referirse a las *oportunidades* que, debido a la guerra, se abrieron para los soldados, porque la necesidad de tropas hizo que la paga se incrementase considerablemente; HIN 2013, 58-59.

²⁰⁶ Respectivamente, DEGRASSI, *ILLRP* 498 (= DESSAU, *ILS* 2490); 497 (= DESSAU *ILS* 2225); y 502 (= DESSAU, *ILS* 2224).

²⁰⁷ [*Caes.*] *B. Hisp.* 33,3-4. Ha de ser el mismo cabecilla de la revuelta que aparece denominado Anio Escapula en [*Caes.*] *Alex.* 55,2, pero con distinto *nomen*

(Quintio Escapula) en Cass. Dio 43,29,3. Sin mencionar ningún *nomen* se refieren con claridad al mismo personaje tanto App. *B. Civ.* 2,105 —quien dice acto seguido que la cabeza de Labieno fue enviada a César— como Cic. *Fam.* 9,13,1.

²⁰⁸ App. *B. Civ.* 2,102; y Plu. *Caes.* 55,6.C. La excepción, parcial, es Dion Casio. En 43,25,2 dice: «y como había una gran escasez de hombres a causa de la cantidad de muertos según le constaba por los censos (apographai) [...] los había hecho entre otras cosas cuando fue censor...» (Cass. Dio se está refiriendo al *recensus* del año 46 y, por lo tanto, refiere la caída demográfica específicamente a la propia ciudad de Roma). Sin embargo, en 43,21,4 afirma que la *plebs frumentaria* había aumentado mucho, «no según la ley sino de la forma como suele ocurrir en tiempo de la guerra civil». Tal vez se puedan reconciliar ambos pasajes si pensamos que en 43,21,4 no dice que hubiese aumentado el volumen total de la *plebs frumentaria*, sino que en ella se habían introducido muchos que no tenían buen derecho, y estos suponían un incremento irregular, contrario a la ley. El texto de Liv. *Per.* 115 es equívoco porque da a entender que el censo se hizo de todos los ciudadanos y no sólo de los habitantes de la ciudad de Roma. Por su parte, Suet. *Iul.* 41,3-42,1 no explica la causa de la reducción, pero la asocia con el *recensus* de César. Parece lógico pensar que un nuevo recuento de la *plebs frumentaria* puso de manifiesto el elevado número de fallecidos o desaparecidos debido a la guerra.

²⁰⁹ La excepción es van BERCHEM 1975, 22, quien atribuye la reducción, en su mayor parte, a los emigrados (a colonias) y a las víctimas de la guerra y sólo en una pequeña medida a inscripciones indebidas (personas que no eran ciudadanas romanas o no tenían el domicilio fijado en Roma), que habría eliminado la revisión llevada a cabo por César. El resto de autores se aparta de esta línea: «It is very unlikely that many of these had been killed in the civil war, as van Berchem thought; war casualties among citizens were not severe, and in any case the urban poor seldom served in the legions», según BRUNT 1971, 381, quien piensa más bien en esclavos informalmente manumitidos o en extranjeros a los que César excluye de la lista. VIRLOUVET 1995, 168-169 y 184, tampoco cree que el número de bajas causado por la guerra civil fuera tan elevado, pero no aporta razones que lo apoyen. LO CASCIO 1997, así como TARPIN 2002, 117-118, consideran que, al hacer un *recensus* de la población con domicilio fijo en Roma y utilizarlo para las *frumentationes*, César excluyó de hecho a los más pobres, en tanto que carentes de domicilio. TARPIN 2002, 118, además anota que en 5 a.C. volvía a haber 320.000 beneficiarios, pero esto no quiere decir, como él cree, que la mayoría no hubiera abandonado Roma, pues no sólo habían transcurrido cuarenta años, sino que la guerra había terminado y se había iniciado un periodo de paz, a partir del año 27, que animaba al retorno a los hogares. Para SCHEIDEL 2004, 14: «Caesar's sharp cut suggests the possibility of widespread fraud and corruption in previous years». Piensa también en un fraude masivo GIOVANNINI 2004, 199, para explicar la exclusión de esos 170.000 de la lista de beneficiarios. Por mi parte, considero que los libertos legalmente manumitidos nunca fueron excluidos del reparto de trigo ni, por lo tanto, puede estar ahí, en su supuesta expulsión, la clave de la reducción en las cifras de beneficiarios; LÓPEZ BARJA 2008, 79-80.

²¹⁰ Suet. *Iul.* 42,1: *octoginta autem civium milibus in transmarinas colonias distributis, ut exhaustae quoque urbis frequentia suppeteret, sanxit...*

²¹¹ NICOLET 1987.

²¹² HERMANSEN 1978 (a partir de las cifras que nos dan los regionarios del siglo IV d.C., pero corrigiéndolas sustancialmente).

²¹³ Cic. *Att.* 12,32,2 (= SB 271); 15,17,1 (= SB 394) y 15,20,4 (= SB 397); con FRIER 1980, 121-126. Me parece aventurado equiparar la *plebs media* con los *domini insularum*, tal como propone COURRIER 2014, 356, apoyándose sólo en *Ov. Met.* 11,283-4, porque claramente había senadores entre ellos, como acabamos de ver.

²¹⁴ MORLEY 2013, 40-41.

²¹⁵ Opinión dominante desde al menos BRUNT 1962, 243 y 254, que tal vez debería ser revisada.

²¹⁶ Las referencias las aporta el propio BRUNT 1962: *Caes. B. Civ.* 1,14,4; *Cic. Phil.* 10,21; y *Fam.* 11,8,2.

²¹⁷ [*Caes.*] *B. Afr.* 85; y *B. Hisp.* 31,9.

²¹⁸ GARNSEY 1988, 201-202.

Capítulo 5. Por esta sola deidad: la tiranía

¹ Traducción mía. Verg. *G.* 1,466-8: *Ille etiam extincto miseratus Caesare Romanam, cum caput obscura nitidum ferrugine textit, impiaque aeternam timuerunt saecula noctem.* Sobre la vida de Virgilio, recientemente GARCÍA JURADO 2018, 19-44.

² *Ov. Met.* 15,779-798.

³ *Ov. Met.* 1,201-203.

⁴ *Fasti consulares*: DEGRASSI 1947, 59; con CRISTOFOLI 2008, 179.

⁵ *Suet. Iul.* 86,1; *App. B. Civ.* 2,107; *Cass. Dio* 44,7,4; y *Nic. Dam.* 22. Estas fuentes no nos dicen el momento exacto en que César despidió a su guardia hispana. WEINSTOCK 1971, 329, sostiene, pero sin pruebas, que lo acompañaba en esta solemne entrada en Roma tras las ferias latinas. En diciembre del 45 dos mil soldados formaban la escolta de César: *Cic. Att.* 13,52,1 (= SB 353).

⁶ *Arist. Pol.* 3,14,7-1285a25-29. Tulio criticará a Antonio por protegerse con una guardia de itureos: *Phil.* 2,113.

⁷ *Suet. Iul.* 79,1; *Plu. Caes.* 61,8-10; *App. B. Civ.* 2,108; *Cass. Dio* 44,10; y *Fasti Triumph.: Ovans- ex monte Albano VII K. Febr.*, es decir, 26 de enero. WEINSTOCK 1971, 319.

⁸ *Cic. Div.* 1,119; en esta reconstrucción de los hechos sigo a FERRARY 2010a; es algo diferente la que presenta ZECCHINI 2001, 29-30.

⁹ *Val. Max.* 8,11,2; y *Suet. Iul.* 81,2.

¹⁰ Sobre el episodio de las lupercales, las fuentes son abundantes y no totalmente congruentes en los detalles: *Cic. Phil.* 2,85-87; *Plu. Vit. Ant.* 12 y *Vit. Caes.* 61; *Nic. Dam.* 20-21; *Cass. Dio* 44,11; y *Suet. Iul.* 79.

¹¹ NORTH 2008.

¹² *Cass. Dio* 44,6,2; y *Suet. Iul.* 76,1.

¹³ CANFORA 1999, 315. Sin embargo, WILDE 2015, 4, considera que para César la dictadura era sólo un medio, el instrumento con el que establecer una constitución autoritaria.

¹⁴ *Cic. Att.* 14,31,3 (= SB 302), de mayo del 45.

¹⁵ Un plebiscito del tribuno de la plebe Lucio Antonio autorizaba a César a nombrar a los cónsules y la mitad de los magistrados. Los cónsules designados fueron, para el año 43, A. Hirco y L. Vibio Pansa, y, para el año 42, Décimo Junio Bruto y Munacio Planco. Cfr. *Suet. Iul.* 41,2; *Cic. Phil.* 7,16; *Eutr.* 6,25; *Cass. Dio* 43,51,3; y *Nic. Dam.* 67 y 77.

¹⁶ *Cic. Phil.* 2,79-84 y 88.

¹⁷ El nuevo fragmento de los *Fasti Priuernates* ha venido a arrojar algo de luz sobre este momento. En la lectura de ZEVÍ 2016, Lépido mantendría su condición de *magister equitum* tras asumir el mando de la provincia asignada (Hispania Citerior y Galia Narbonense) momento en el que M. Valerio Mesala habría de convertirse asimismo en *magister equitum*. Esto implica la presencia simultánea de dos *magistri equitum*, pero pone de relieve la excepcional posición de Lépido y, como indica el propio Zeví, ayuda a entender su lugar preeminente en el triunvirato.

¹⁸ MONTERROSO 2010, 381-382.

¹⁹ Para las fechas, véase COARELLI 1992, 235-236. Las dimensiones de la *curia* de César son 27,5 x 24 metros y la de Sila debía de ser igual o más pequeña; BONNEFOND-COUDRY 1989, 59-60.

²⁰ Cass. Dio 44,5,1-2; 45,17,8; y 51,22,1; y WESTALL 1996.

²¹ Véase WEINSTOCK 1971, 340; y HORSFALL 1974, 192, para las fuentes.

²² Nic. Dam. 81; y Suet. *Iul.* 80,3-4. HORSFALL 1974, y OSGOOD 2016, 218-219.

²³ Centuriones en el Senado: Cic. *Div.* 2,23; y Cass. Dio 42,51,5 y 43,47,10. No sabemos si asistió a la reunión C. Fuficio Fangon, de quien Cass. Dio 48,22 dice que había sido «mercenario», que fue luego, en 41-40, gobernador de África: Cic. *Att.* 14,10,2 (= SB 364); con BROUGHTON *MRR* II; y MÜNZER, *RE* (5). Es posible que el edil de Acerrae atestiguado en *CIL* X, 3758 sea él mismo o un pariente próximo. Que únicamente dos lo defendieron sólo lo sabemos por Nic. Dam. 26. Sobre Marcio Censorino, véase App. *B. Civ.* 1,93. Sobre Calvisio Sabino, SYME 1939, 199 y 236. Combatió a las órdenes de César en Acaya: BROUGHTON, *MRR* II.

²⁴ Doscientos era el quórum para esta sesión (RYAN 1998, 14 y 26), pero teniendo en cuenta que iba a ser la última antes de la partida de César es probable que los asistentes fueran muchos más.

²⁵ Según Cic. *Phil.* 2,34 y *Fam.* 10,28 (febrero de 43) fue Trebonio quien retuvo a Antonio. Sobre su huida, véase Plu. *Vit. Ant.* 14,1; y App. *B. Civ.* 2,118. No sabemos a cuál de las casas de Antonio se refiere, podría ser la que había sido de Pompeyo, muy cerca del teatro o bien la de las Carinas, en el Esquilino. Cuando Antonio convoke al Senado el 17 de marzo «al lado de su casa», lo hará en el templo de la diosa Tierra, que estaba en el Esquilino.

²⁶ Cic. *Phil.* 2,28. RAMSEY 2003, 205, considera que Tulio casi con seguridad estaba presente, porque dice haberse alegrado *viendo* la muerte del tirano [Cic. *Att.* 14,14,4 (=SB 368)], por la vívida descripción de Cic. *Div.* 2,23 y porque en *Phil.* 2,34 declara haber visto cómo Trebonio retenía a Antonio fuera de la sede del Senado cuando iban a matar a César.

²⁷ Sobre el modo como César escribió los dos libros *de Analogia* (dedicado, por cierto, a Tulio), *inter tela uolantia*, Fronto, *Ep.* 172,9, vol. II, 28, Haines (= 217 Naber, *de bello Parthico*). «Lápiz», en el original, *graphium*, Suet. *Iul.* 82,2: es el instrumento afilado que se utilizaba para escribir en las tablillas enceradas.

²⁸ Esas tres misteriosas palabras de César pueden interpretarse de dos formas distintas: como una protección, devolviendo el mal a quien lo ha causado —en el sentido de «y peor para ti»—, y así las vemos usadas en algunas tablillas y mosaicos (RUSSELL 1980), o bien como una profecía, que es como aparece en Suet. *Galb.* 4,1, cuando a Galba, todavía un niño, el emperador Augusto le pellizca la mejilla diciéndole (en griego), «también tú, hijo, disfrutarás de nuestro poder» (así ARNAUD 1998). Dado que la profecía no es negativa, pues Galba ciertamente se convirtió en emperador, me inclino por interpretar las palabras de César en el primero de los dos sentidos.

²⁹ Más de sesenta: Suet. *Iul.* 80,4; en cambio, Nic. Dam. 59 dice que fueron más de 80. Sobre la adscripción política de cada uno de ellos, véase KLOTZ 1918, col. 255.

³⁰ Plu. *Vit. Bru.* 13; y Cass. Dio 44.13.

³¹ Cic. *Fam.* 10,33,4 y 11,31,1; *Phil.* 11,44; App. *B. Civ.* 2,113,474; y Cass. Dio 46,40,2; con MÜNZER, *RE XXII.1* (1953), col. 34-5 (núm. 17).

³² Cass. Dio 48,7,4 lo afirma, pero Suet. *Nero* 3,2 lo niega.

³³ HINARD 1985, 293-300.

³⁴ COWAN 2015 sostiene que, subrayando el hecho de que sólo una de las heridas fue mortal (Suet. *Iul.* 82), se ponía en cuestión el relato que presentaba un asesinato coral del dictador. En realidad, venía a decirse, sólo uno fue el asesino, aunque nunca sabremos su nombre.

³⁵ Cic. *Fam.* 12,14,6.

³⁶ Veintitrés heridas: Suet. *Iul.* 82,2; y Liv. *Per.* 116. En cambio, treinta y cinco heridas según Nic. Dam. 24.

³⁷ Ov. *Fast.* 3,523-696. Para la localización del santuario, cfr. PATTERSON, «Via Flaminia» *LTUR* vol. V, 136 (1999).

³⁸ Suet. *Iul.* 82,3.

³⁹ El texto clave es de septiembre del 44, cuando Tulio indica que a César se le había concedido el honor de un lecho sagrado (*puluinar*), una estatua, un pedimento para su casa y un flamen (Cic. *Phil.* 2,110-111; y Suet. *Iul.* 76). KOORBOTJIAN 2013, 30-39, considera que el pedimento y el lecho son anteriores al asesinato, pero el flamen y la estatua (divina, en tanto que se trata de un *simulacrum*) deben de ser póstumos. Resulta difícil fechar cada uno de estos elementos, pero, en líneas generales, acepto la propuesta de Koortbojian frente a WEINSTOCK 1971, quien defendía una divinización en vida de César. Esto último lo sostiene también, por ejemplo, ZECCHINI 2001, 58, entre otros.

⁴⁰ Ov. *Fast.* 3,697-710.

⁴¹ Sobre el *aedes Divi Iulii*, véase KOORBOTJIAN 2013, 42-45.

⁴² STORCH 1995.

⁴³ MOMIGLIANO 1941; las críticas a esta tesis han sido abundantes y decisivas. Véase CANFORA 1999, 326-331 (quien sugiere que el epicureísmo de Casio era muy superficial y que se convirtió a él, tras Farsalia, únicamente para lograr con mayor facilidad el perdón de César), y MAS 2018, 390-392.

⁴⁴ Epicur. *Max. Capit.* 14 (Diog. Laert. 10,143).

⁴⁵ Lucr. 3,995-1002 y 3,59-86, lo que no significa que Lucrecio defienda la monarquía, en esto estoy de acuerdo con BENFERHAT 2005, 91.

⁴⁶ Plu. *Mor. De tranq. anim.* 465F-466a.

⁴⁷ Lucr. 1,41-43.

⁴⁸ CASTNER 1991, 31.

⁴⁹ Cic. *Att.* 14,1,2 (= SB 355); y Plu. *Vit. Brut.* 6,7-8.

⁵⁰ Nep. *Att.* 18,3; con Cic. *Att.* 13,40,1 (= SB 343). El «dibujo» lo vio Tulio en una de las villas de Bruto; cfr. SHACKLETON BAILEY *ad loc.*

⁵¹ Panfleto: Quint. *Inst.* 9,3,95 (para la fecha del año 53, cfr. MEYER 1922, 210, n. 5). Clodio: Quint. *Inst.* 3,6,93.

⁵² Muerte del padre de Bruto: Plu. *Vit. Pomp.* 16,3-4; Liv. *Per.* 90; Val. Max. 6,2,8; y App. *B. Civ.* 2,16. Sangre de ciudadanos romanos: Sen. *Controv.* 10,1,8. Abrazo: Plu. *Vit. Pomp.* 64,3 y *Vit. Brut.* 4,3.

⁵³ Pl. *Resp.* 565d-566a.

⁵⁴ Cfr. Liv. 1,46-49 y 57-60.

⁵⁵ Cfr. DUNKLE 1967, quien apunta que la máscara del tirano en la tragedia griega tiene el ceño fruncido; y ERSKINE 1991, quien considera que el odio a la monarquía en Roma no se remonta a una fecha muy antigua, sino que es el resultado del encuentro con las monarquías helenísticas en la segunda mitad del siglo III a.C.

⁵⁶ Suet. *Iul.* 53.

⁵⁷ Bruto actuó movido por su credo estoico: SEDLEY 1997. Y, en el mismo sentido, TEMPEST 2017, 97. En contra, BRUNT 2013, 82, n. 102, opina que a Bruto y los demás los animaba el amor a la libertad y a la autoridad del Senado que caracterizaban a la constitución romana. De forma más inconcreta, STRAUSS 2016, 184, propone como motivos el deseo de libertad y de paz. SYME 1939, 59, invirtió el orden: fue más importante la defensa de sus intereses que palabras vacías como libertad o ley. Sin embargo, como señala Tempest, a Bruto no le iban nada mal las cosas con César.

⁵⁸ App. *B. Civ.* 2,119.

⁵⁹ HARDEN 1995, 90-91 y 97.

⁶⁰ Así, App. *B. Civ.* 2,120; con GABBA 1956, 144. Lo mismo cabe decir de Suetonio: abusó de su poder y por eso se considera que su muerte fue legítima (Suet. *Iul.* 76,1). Luego el biógrafo añade una larga lista de honores extravagantes, algunos divinos, en la que entremezcla algunos póstumos.

⁶¹ Suet. *Iul.* 77.

⁶² ... *quos contra me senatus, ne quid res publica detrimenti acciperet, armauit...*, Cic. *Att.* 10,8,8 (= SB 199), de 2 de mayo del 49. Claramente, el Senado «armó» a Tulio contra César (*me... armauit*) porque, en su condición de procónsul *cum imperio*, se hallaba legitimado por el SCU. Tal vez sea esta es la frase en donde más claramente afirma Tulio que el SCU fue una declaración de guerra contra César.

⁶³ Caes. *B. Civ.* 1,7.

⁶⁴ Cic. *Att.* 7,11,1 (= SB 134), de finales de enero de 49. La cita es Eur. *Phoen.* 506.

⁶⁵ Cic. *Off.* 3,82 (= Eur. *Phoen.* 534-535).

⁶⁶ Respectivamente Cic. *Att.* 8,11,2 (= SB 161), de 27 de febrero de 49; lo mismo en 10,4,5 (= SB 195) y 10,7 (= SB 198); 10,8,6 (= SB 199); y Cic. *Fam.* 5,21, 4,14,2 y 4,9,3.

⁶⁷ Cic. *Off.* 2,3; 3,19 y 32.

⁶⁸ Cic. *Off.* 3,85.

⁶⁹ Cic. *Off.* 2,78 y 3,20.

⁷⁰ Pl. *Resp.* 564a (la tiranía sólo puede nacer de la democracia); y Cic. *Rep.* 1,68-9.

⁷¹ Cic. *Off.* 2,27-29.

⁷² Cass. Dio. 44,4,5.

⁷³ Sall. *Hist.* 1,49,24R.

⁷⁴ La palabra no aparece ni una sola vez en las obras de César ni tampoco en los *pseudoepigrapha*, con la única excepción de [Caes.] *B. Hisp.* 42,5: es el discurso de César en Hispalis en el que reprocha a los provinciales no haber sido capaces de conservar la concordia en tiempo de paz; WEINSTOCK 1971, 263. En cuanto a las monedas, la primera vez que aparece la efigie de Concordia es en dos denarios del año 62 (RRC 415 y 417): dado que el *monetalis* (L. *Aemilius Lepidus Paullus*) era un partidario decidido de Tulio, CRAWFORD (*ad loc.*) piensa que podría ser un reflejo de la *concordia ordinum* defendida por este. En el año 52, un denario con cabeza laureada de Concordia en el anverso (RRC 436) puede hacer referencia a la deseada concordia en César y Pompeyo (así, CRAWFORD). En el año 48, un denario de D. Iu-

nius Brutus Albinus (*cos. des.* 43) muestra en el anverso cabeza de Pietas y en el reverso dos manos entrelazadas en torno a un caduceo, que se consideran símbolos de concordia (así *RRC* 450/2), pero caben otras interpretaciones (símbolo de la paz según WEINSTOCK 1971, 268, n. 7).

⁷⁵ La sugerencia es de WISEMAN 1994, 407, apoyándose en Suet. *Iul.* 44,1 y Cic. *Att.* 4,16,8. Tulio no se expresaría de modo tan neutro de haber creído que César pensaba derribar el templo de Concordia.

⁷⁶ App. *B. Civ.* 2,106; Cass. Dio 44,6,4; y Plu. *Caes.* 57,4. AKAR 2013, 395, considera, por el contrario, que el templo es una propuesta senatorial, que invita a César a que haga descansar la concordia, como se había hecho tradicionalmente, en la colaboración entre iguales, entre los *principes* del Senado, frente a la reinterpretación de César de una concordia que deriva del poder personal. Esta lectura pasa por alto el adjetivo «nueva» y, por otra parte, resulta difícil pensar en un abierto desafío del Senado a César en estos momentos.

⁷⁷ WEINSTOCK 1971, 309, con lám. 25.1, *RRC* 480/21.

⁷⁸ Dio Cass. 43,44,1.

⁷⁹ Véase la contraposición entre gobernar inspirando amor (*caritas*) o temor (*metus*) en los gobernados en Cic. *Off.* 2,29. Sobre *caritas* como rasgo definitorio de la monarquía: Cic. *Rep.* 1,55.

⁸⁰ Cic. *Att.* 15,4,2 (= SB 381): *animis enim usi sumus uirilibus; consiliis, mihi crede, puerilibus*. Cfr. 14,21,3 (= SB 375). Para LEVI 1933, I, 3-6, fue un grave error de los conjurados no impedir (mediante los gladiadores que tenía a sus órdenes D. Bruto como pretor) la huida de los senadores: debían haber forzado la celebración de la reunión y tomar las decisiones para restablecer la república.

⁸¹ MOMMSEN 1893, 201, n. 4, pensaba que Lépido habría cesado en el cargo en el mismo momento del asesinato del dictador, lo que hace difícil de justificar su mando sobre las tropas.

⁸² App. *B. Civ.* 2,118,496: cabe suponer que esta legión iba a servir de escolta a César en su camino hacia Macedonia para reunirse con el resto del ejército para la campaña pártica.

⁸³ Sobre el tesoro del santuario de *Ops*, la cifra es de Cic. *Phil.* 2,93, quien añade que una parte al menos procede de la venta de los bienes de los enemigos de César en la guerra civil. Desesperanza de Bruto: Cic. *Fam.* 11,1.

⁸⁴ Sobre estas conversaciones, véase, más extensamente, LEVI 1933, I, 17-23. Antonio recibió de Calpurnia los papeles de César la misma noche de los idus: Plu. *Vit. Ant.* 15,2; y Vell. Pat. 2,60,4.

⁸⁵ Cic. *Att.* 14,4,2 (= SB 368); y Cic. *Phil.* 2,89.

⁸⁶ Cic. *Att.* 14,10,1 (= SB 364); y 14,14,3 (= SB 368).

⁸⁷ Cic. *Phil.* 1,1,1.

⁸⁸ Vell. Pat. 2,59,1; App. *B. Civ.* 2,143; Cass. Dio 44,35,2; y Suet. *Iul.* 83,2.

⁸⁹ Sobre la precipitada marcha de Cleopatra, Cic. *Att.* 14,8,1 (= SB 362), de 16 de abril.

⁹⁰ Cass. Dio 44,51,1. WEINSTOCK 1971, 350-353, ha mostrado las semejanzas entre el funeral de César y el de Sila. Por su parte, FRASCHETTI 2005, 44-56, coincidiendo con él en que el planteamiento era inicialmente parecido, ha destacado las similitudes con el de Clodio, en cuanto a los desórdenes y al enterramiento en el centro de la ciudad, lo que estaba prohibido por las XII Tablas.

⁹¹ Curia tapiada: Suet. *Iul.* 88. La estatua de Pompeyo junto a la que cayó el cuerpo de César fue trasladada de lugar: Suet. *Aug.* 31,5.

⁹² Las fuentes latinas [Suet. *Iul.* 85; y Cic. *Att.* 14,15 (= SB 369), 1] mencionan una columna, pero para las griegas (App. *B. Civ.* 3,2,3; y Cass. Dio 44,51,1) se trata de un altar. Probablemente KOORTBOJIAN 2013, 26-27 tiene razón pensando que se erigieron ambas cosas, «altar y columna».

⁹³ Sobre el episodio de Amatio, cfr. Cic. *Att.* 14,8,1 (= SB 362); App. *B. Civ.* 3,2,3 y 3,3,6-8; Nic. Dam. 14,32-33; Cic. *Att.* 14,15,1 (= SB 369), de 1 de mayo; Val. Max. 9,15,1; y Liv. Per. 116 (quien lo llama Chamiates); con FRASCHETTI 2005, 59. El altar circular cuyos restos son aún hoy día observables en la exedra que hay delante del templo a *Divus Iulius* no es probablemente este, que fue derribado por Dolabela, sino otro posterior levantado por Octavio en el año 42; COARELLI 1992, 231-232.

⁹⁴ Se ha alejado el peligro, carta a Casio de primeros de mayo: Cic. *Fam.* 12,1,1. Publilio Siro: Cic. *Att.* 14,2,1 (= SB 356).

⁹⁵ Cic. *Att.* 14,5,3 (= SB 359).

⁹⁶ OSGOOD 2006, 39, insiste en la importancia de que quienes protagonizaron los años siguientes fueran jóvenes que no habían vivido la época silana. Sobre la fecha de nacimiento de Sexto Pompeyo, cfr. WELCH 2012b, 15, quien propone el año 66, lo que significa que apenas era tres años mayor que Octavio.

⁹⁷ Cic. *Att.* 14,10-12 (= SB 364-366).

⁹⁸ Gai. *Inst.* 2, 164-176: incluso aunque el plazo para deliberar (*cretio*) no figurase en el testamento, el pretor solía imponer uno. Cfr. BONFANTE 1974, VI, 232-234.

⁹⁹ Cfr. una breve discusión, con la bibliografía principal, en OSGOOD 2006, 31, n. 71. ALFÖLDI 1976, 22-24, acepta la argumentación de Mommsen, quien defendía la validez legal de esta adopción póstuma, pero acaba reconociendo que lo importante era el reconocimiento de las masas y de los soldados como sucesor legítimo del «dios Julio».

¹⁰⁰ Tradicionalmente se consideraba que Octavio se había quedado unas dos semanas en Campania antes de viajar a Roma (adonde habría llegado, hacia los primeros días de mayo, así, LEVI 1933, I, 65, n. 2, o, recientemente, PEREA 2015, 112: 6 o 7 de mayo). Sin embargo, TOHER 2004, 178, opina que desde Brundisio viajó directamente a Roma, a donde debió de llegar poco después del 11 de abril. A mi entender, Octavio no pudo haber aceptado la herencia ante el pretor urbano al llegar a Roma, entre el 11 y el 16 de abril, como quiere TOHER 2004, 182, porque Tulio, en su carta del 19 de abril [*Att.* 14,10,33 (= 364)], sabe por Balbo que Octavio *aceptará* la herencia. Por lo tanto, no lo había hecho entonces y tuvo que hacerlo más tarde, en mayo. Me parece correcta, en cambio, la idea de Toher de separar la herencia de la «adopción».

¹⁰¹ Cic. *Fam.* 12,4,1, principios de febrero del 43, 10,28,1; y *Phil.* 2,34.

¹⁰² Cic. *Fam.* 12,1,2, con una contraposición muy gráfica entre *aera* y *chirographa*.

¹⁰³ Cic. *Att.* 14,6 (= SB 360), de 12 de abril.

¹⁰⁴ *Lex Antonia de Actis Caesaris confirmandis*, de abril, que no respetó la *promulgatio trinum nundinum*, que venía a ratificar la potestad ya otorgada a Antonio por un SC tras la muerte de César de considerar como leyes ya aprobadas los proyectos del dictador; ROTONDI 1912, 430.

¹⁰⁵ Cic. *Att.* 14,12,1 (= SB 366); y 14,13,2 (= SB 367).

¹⁰⁶ App. *B. Civ.* 3,25,94; y Cic. *Phil.* 1,3 y 2,91; con RAMSEY 2003, 89. La distinción que hace LEVI 1933, I, 46, entre una dictadura militar (la abolida por Antonio) y la dictadura *rei publicae constituendae* no tiene sentido, por mucho que evoque la distinción schmittiana entre dictadura comisarial y soberana. El hecho de que el pue-

blo le ofreciese a Augusto la dictadura (RG 5) no quiere decir que no hubiese sido abolida con antelación.

¹⁰⁷ Cfr. SYME 1939, 115. A partir de TOHER 2004, JORDAN 2017 ha intentado hacer de la llegada de Octavio la clave del endurecimiento de la postura de Antonio, pero en este punto estoy de acuerdo con la crítica de MATIJEVIC 2018: con independencia del día exacto en que Octavio llegase a Roma, su importancia política tardó un tiempo en hacerse notar. No entiendo, con todo, por qué Matijevic da por hecho que las relaciones entre Antonio y otros cesarianos destacados como Hircio o Pansa eran malas en abril de 44.

¹⁰⁸ Cic. *Att.* 14,13,2 (= SB 367).

¹⁰⁹ Cic. *Att.* 14,16,3 (= SB 370); y 14,19,1 (= SB 372).

¹¹⁰ Cic. *Att.* 15,4,1 (= SB 381).

¹¹¹ ROTONDI 1912, 432.

¹¹² Cic. *Phil.* 1,19.

¹¹³ Cic. *Att.* 15,9-11 (= SB 387-389); y *App. B. Civ.* 3,6,19-20, quien, sin embargo, presenta esta comisión como un intento del Senado por protegerlos a ambos alejándolos de Roma. Lo mismo en *App. B. Civ.* 4,57,245-246.

¹¹⁴ Cic. *Phil.* 2,99. Cfr. MARTÍN 2001, *ad loc.*, n. 203, y RAMSEY 2003.

¹¹⁵ *App. B. Civ.* 3,43,175; con BOTERMANN 1968, 184-186 y 206, y OSGOOD 2006, 48.

¹¹⁶ Cic. *Att.* 16,1,1 (= SB 409) y 16,4,1 (= SB 411). La ley que cambió el nombre del mes se aprobó a principios del 44, para honrar a César, cuyo cumpleaños se celebraba el 13 de julio, aunque la fiesta luego se trasladó al 12 del mismo mes. Cfr. Cass. Dio 44,5,2; y Macrobius *Sat.* 1,12,34; con WEINSTOCK 1971, 152 y 156-157.

¹¹⁷ Cic. *Att.* 16,5,1 (= SB 410) y 16,2,3 (= SB 412); y *App. B. Civ.* 3,24 dice que los gritos de apoyo no fueron espontáneos, sino comprados.

¹¹⁸ WEINSTOCK 1971, 91.

¹¹⁹ Cic. *Fam.* 11,28,6.

¹²⁰ Mal augurio: Cic. *Nat. D.* 2,14. Las fuentes sobre este *sidus Iulium* hablan de estrella (*sidus*), no de un cometa *sidus crinitum* Aug. *De vita sua* fr. 6 Malcovati (= Plin. *HN* 2,94). Cfr. KOORTBOJIAN 2013, 27.

¹²¹ *Serv. Dan. Ad Verg. Ecl.* 9,47.

¹²² RAMSEY y LICHT 1997, 13. Las fuentes se remontan a un fragmento de la autobiografía que escribió el joven César en el año 45 conservado en Plin. *HN* 2,94. Véase también Sen. *QNat.* 7,17,2; Cass. Dio 45,6,4-7,1; y Obs. 68.

¹²³ «Primera escisión entre los cesarianos»: LEVI 1933, I, 107-108, para quien el discurso demostraba que el partido cesariano no secundaba unánimemente los planes de Antonio.

¹²⁴ Cic. *Fam.* 11,3, de 4 de agosto.

¹²⁵ Cic. *Att.* 16,7 (= SB 415).

¹²⁶ Cic. *Phil.* 2,30.

¹²⁷ Cic. *Phil.* 2,84-87.

¹²⁸ LEVI 1933, I, 123-124.

¹²⁹ KOORTBOJIAN 2013, 37-38.

¹³⁰ Cic. *Phil.* 6,12-15.

¹³¹ *App. B. Civ.* 3,43,178; y Cic. *Phil.* 3,10.

¹³² OSGOOD 2006, 49-50.

¹³³ Cic. *Att.* 16,8,1-2 (= SB 418).

¹³⁴ Cfr Cic. *Att.* 16,9 (= SB 419): *Varroni displicet consilium pueri*, y para la opinión de Ático: Cic. *Att.* 16,14,1-2 (= SB 425).

¹³⁵ Cic. *Phil.* 5,32.

¹³⁶ Tulio se define a sí mismo como *senatus dux* en carta a Bruto: Cic. *Ad Brut.* 1,2a,2 (= SB 6); y este reconoce que Tulio tiene tanta autoridad cuanto puede tenerla nadie en una república libre: Cic. *Ad Brut.* 1,4a,2 (= SB 11), de 15 de mayo del 43.

¹³⁷ Fulvia: Cic. *Phil.* 3,4; 2,113; y 6,4; con BABCOCK 1965, 22. Dolabela: Cic. *Phil.* 11,5-8. Estatua de César: Cass. Dio 47,29,3.

¹³⁸ Arqueros: Cic. *Phil.* 2,112 y 5,18; decuria de jueces: Cic. *Phil.* 1,19-20 y 5,12-16. Vende decretos falsos: Cic. *Phil.* 3,10 y 30; y 5,12; peor que Tarquinio o Aníbal: Cic. *Phil.* 3,9-11. Sacrilego, etc.: Cic. *Phil.* 3,12; 5,42; y 6,4.

¹³⁹ *Furiosus*: Cic. *Phil.* 13,39.

¹⁴⁰ Cic. *Phil.* 3,36; 6,29; y 10,20.

¹⁴¹ Cic. *Phil.* 13,34; 38; 42; y 45.

¹⁴² Cic. *Phil.* 7,4 y 13,23: *boni et locupletes*, en una carta en el año 60, declaraba Tulio sin complejos ni medias tintas: «pues como bien sabes, este es nuestro ejército, el de los ricos (*locupletes*)»; Cic. *Att.* 1,19,4 (= SB 19).

¹⁴³ Cic. *Phil.* 6,10; 13,2-3; y 13,26-27.

¹⁴⁴ Cic. *Phil.* 4,12-15; y 5,32.

¹⁴⁵ Cic. *Phil.* 13,47.

¹⁴⁶ Cic. *Ad Brut.* 2,2,5 (= 3 SB): *partes Caesarianae*. También para Asinio Polión las tropas de Antonio son *ueterani Caesaris partium*: Cic. *Fam.* 10,33,1. Cic. *Ad Brut.* 2,5,3 (= SB 5): *bonae in re publica partes*. Bruto emplea la misma denominación: *rei publicae partes*: Cic. *Ad Brut.* 1,8,2 (= SB 15).

¹⁴⁷ Vell. Pat. 2,73,2: a mi juicio, aquí el término «pompeyano» tiene un valor puramente político, es decir, remite a los enemigos de Marco Antonio. Es evidente que, en estos momentos, la mayoría de quienes ocupaban un puesto en el Senado habían sido puestos allí por César y, por esta razón, creo que CRISTOFOLI 2000 se equivoca al pensar en términos de reclutamiento. Es el mismo uso que hace Veleyo Patérculo (2,62,2) cuando habla de *partes Pompeianae* en marzo del año 43: son los que se oponen a Marco Antonio. Del mismo modo, para Suetonio *Aug.* 12, la senatorial en estos momentos es la *causa optimatum*.

¹⁴⁸ Cic. *Phil.* 8,19 y 10,6. Cfr. Caes. *B. Civ.* 3,26; y SYME 1939, 66 y 165.

¹⁴⁹ LEVI 1933, I, 167.

¹⁵⁰ SYME 1939, 67.

¹⁵¹ App. *B. Civ.* 3,51,211.

¹⁵² Cic. *Phil.* 6,14.

¹⁵³ LEVI 1933, I, 161-162. Cfr. Cass. Dio. 44,51,2-3; Cic. *Phil.* 1,3 y 2,91; y Liv. *Per.* 116. La supresión de la dictadura se hizo mediante un senadoconsulto seguido después, en junio, por una ley; RAMSEY 2003, 89.

¹⁵⁴ Cic. *Phil.* 5,32 y 34; 5,2; y 15,53. OSGOOD 2006, 51, subraya cuán excepcional es que el Senado y Tulio en particular no se opongan a un reparto de tierra. Sobre las medidas de excepción, véase LÓPEZ BARJA 2018b.

¹⁵⁵ Cic. *Phil.* 5,49.

¹⁵⁶ Cic. *Phil.* 11,17 y 20. Cfr. ARENA 2012, 192-200, quien subraya la contradicción entre los argumentos expuestos ahora por Tulio (tal concesión de un mando extraordinario va en contra de la tradición) y lo que él mismo había defendido en su discurso a favor de la ley Manilia: entonces proclamaba el valor de los precedentes sólo en tiempos de paz, mientras que en la guerra debía prevalecer lo más útil para la victoria.

- ¹⁵⁷ Cic. *Phil.* 3,14; y 11,28.
- ¹⁵⁸ Cic. *Phil.* 5,7-10.
- ¹⁵⁹ Cic. *Ad Brut.* 1,4,2 (= SB 10).
- ¹⁶⁰ Cic. *Ad Brut.* 1,2a,2 (= SB 6).
- ¹⁶¹ Cic. *Ad Brut.* 2,5,5 (= SB 5).
- ¹⁶² Cic. *Ad Brut.* 1,4a,3 (= SB 11); cfr. 1,4,2-3 (= SB 10).
- ¹⁶³ Cic. *Fam.* 10,30 y 33; Liv. *Per.* 119; Frontin. *Str.* 2,5,39; Suet. *Aug.* 10-11; App. *B. Civ.* 3,67-72, 274-295; y Cass. Dio 46,37. Las fuentes no coinciden en algunos detalles sobre cómo se desarrollaron los acontecimientos. Cfr. OSGOOD 2006, 51-54.
- ¹⁶⁴ Glicón: Cic. *Ad Brut.* 1,6,2 (= SB 12); y Octaviano muerto: *Fam* 10,33,4.
- ¹⁶⁵ Cic. *Ad Brut.* 1,3 (= SB 7).
- ¹⁶⁶ Cic. *Phil.* 14, 31-33 y 38; Cic. *Fam.* 10,33,4; Cass. Dio 46,40,2; y Cic. *Ad Brut.* 1,15,8 (= SB 23); Cic. *Phil.* 11,44; App. *B. Civ.* 2,113,474; con MÜNZER, *RE* XXII.1 (1953) col. 34-5, núm. 17.
- ¹⁶⁷ Val. Max. 5,2,10.
- ¹⁶⁸ *Quatio*: el proponente de la medida fue Tulio, quien la considera una jugada maestra por su parte, pese a que ni a Bruto ni a sus amigos les pareció bien; Cic. *Ad Brut.* 1,15,9 (= SB 23). Cfr. GELZER 1968, 356, n. 361; usado por la propaganda de Augusto: Vell. Pat. 2,62,5.
- ¹⁶⁹ Cass. Dio 46,40,6; con BOTERMANN 1968, 139 y 146. Estas cantidades son las que les prometió el joven César en diciembre, una promesa que luego asumió el Senado en enero de 43 y que ahora, en abril, confirma.
- ¹⁷⁰ Cic. *Fam.* 10,35,1.
- ¹⁷¹ OSGOOD 2006, 58. MITCHELL 1991, 322, sitúa la traición de Munacio Planco a la República un poco más tarde, en agosto, al ver que no le llegaban refuerzos.
- ¹⁷² Cic. *Ep. Brut.* 1,13 (= SB 20).
- ¹⁷³ Cic. *Ep. Brut.* 1,15,11 (= SB 23).
- ¹⁷⁴ Sigo aquí la interpretación de GELZER 1968, 362, n. 421, quien se apoya en Cass. Dio 46,31,3 (que da una tasa del 4 por 100 en vez del 1 por 100); Tulio se queja de que los ricos no aportan lo que deberían: Cic. *Fam.* 12,30,4, *Ad Brut.* 1,18,5 (= SB 24), de 27 de julio de 43. Más compleja es la interpretación de Cic. *ad Caes. Iun. Frag* 5 SB (Non. 411 L) *in singulas tegulas impositis sestertius <III> sescenties confici posse*, donde aparentemente Tulio dice que podrían conseguirse sesenta millones de sestercios si se pusiera un impuesto de tres sestercios por teja, pero la cronología de este fragmento es dudosa. SHACKLETON BAILEY lo sitúa en febrero del 43 por Cass. Dio 46,31,3, donde se mencionan ambos impuestos en el contexto del SCU contra Marco Antonio y los preparativos para la guerra de Mutina, pero con carácter general (no se circunscriben a senadores) y a razón de unos diez ases por teja, no doce como en la carta de Tulio a Bruto.
- ¹⁷⁵ Cic. *Ad Brut.* 1,11 (= SB 16), según la interpretación de SYME 1939, 171.
- ¹⁷⁶ BRUNT 1971, 482-485, y BOTERMANN 1968, 203.
- ¹⁷⁷ App. *B. Civ.* 3,90,370-371; y 3,91,373.
- ¹⁷⁸ App. *B. Civ.* 3,92,381. Cornuto desempeñaba las funciones de los cónsules tras la muerte de ambos: Cic. *Fam.* 10,12,3: *qui, quod consules aberant, consulare munus sustinebat, more maiorum.* *Fam.* 10,16,1; y Cic. *Phil.* 14,37. MÜNZER *RE* (45).
- ¹⁷⁹ App. *B. Civ.* 3,94,387 (el joven César da 2.5000 denarios a cada soldado). La nota de agradecimiento se ha conservado únicamente porque Nonio quiso recogerla para ilustrar la diferencia entre *ignoscere* y *concedere: quod mihi et Philippo uacatio*

nem das, bis gaudeo; nam et prateritis ignoscis et concedis futura; Cic. Ad Caesarem iun, frag. 15 (= 23B) Watt (= Non. p.702L).

¹⁸⁰ Cic. *Ad Brut.* 1,5,4 (= SB 9), de 5 de mayo.

¹⁸¹ Procónsules: Cass. Dio 46,45,3. En cuanto a la fecha, Cass. Dio 56,30,5; y Tac. *Ann.* 1,9,1 dan la del 19 de agosto. Por su parte, Suet. *Aug.* 31,2; y Macr. *Sat.* 1,32,5 lo sitúan también en agosto, aunque sin indicar el día. En cambio, Vell. Pat. 2,65,2 señala que fue el 22 de septiembre. Los historiadores prefieren el testimonio de la mayoría, lo cual dista de ser un argumento definitivo. WOODMAN 1983, 143, propone corregir el texto de Veleyo de modo que diga: «fue nombrado cónsul antes incluso de su veinte cumpleaños, el día 23 de septiembre».

¹⁸² Obs. 69; App. *B. Civ.* 3,94,388 (doce buitres); Suet. *Aug.* 95,2; y Cass. Dio 46,46,2 (seis buitres primero y luego doce).

¹⁸³ *Lex curiata*: App. *B. Civ.* 3,95. Sobre la *lex Pedia* (o tal vez *Pedia Iulia*), véase FERRARY 2019.

¹⁸⁴ App. *B. Civ.* 4,3.

¹⁸⁵ CANFORA 1980 sostiene que el edicto triunviral, en la cláusula recogida en App. *B. Civ.* 4,11,44, concedía a los esclavos la ciudadanía romana e inscripción en la tribu de su antiguo dueño (en vez de en las cuatro urbanas). Es una hipótesis verosímil, pero no hay que olvidar que el esclavo delator podía pertenecer a un dueño no romano, por lo que no extraña que se especifique que la ciudadanía que obtendría sería en ese caso la misma que tuviese su dueño.

¹⁸⁶ Plin. *HN* 34,6; por su parte Lactant. *Div. Inst.* 2,4,34-37 dice que Verres supo de la muerte de Tulio antes de morir él mismo, es decir, que en cierto modo pudo saborear una fría venganza.

¹⁸⁷ Suet. *Aug.* 70,2; con SCOTT 1933.

¹⁸⁸ Saufeyo: Nep. *Att.* 12,2. Impuesto y Hortensia: Cass. Dio 47,14,2-3; App. *B. Civ.* 4,32,136 y 4,34,146; y Val. Max. 8,3,3. Según Quint. *Inst.* 1,1,6, el discurso de Hortensia aún se seguía leyendo en su época.

¹⁸⁹ App. *B. Civ.* 4,8-11,31-44.

¹⁹⁰ HINARD 1985, 268 prefiere cifras algo más bajas: un total de 300 nombres entre senadores y *equites*, pero cfr. OSGOOD 2006, 63, n. 6. Las fuentes dan cifras variadas, algunas más elevadas, como App. *B. Civ.* 4,5,20 (300 senadores y 2.000 *equites*) y otras más bajas, como Flor. 2,16,3, 140 senadores. Por su parte, Liv. *Per.* 120 coincide con Apiano en el número de senadores, 300.

¹⁹¹ CRAWFORD 1969.

¹⁹² LEVI 1933, I, 229-231 sostiene que el triunvirato era un régimen provisional, tendente a reordenar el Estado, porque no se puede fundar un régimen nuevo sobre el odio de las proscripciones. SYME 1939, 192, naturalmente, intentó salvar a Antonio, por el que muestra obvias simpatías, rebajando la crueldad del edicto, que, en realidad, a su juicio, sólo quería expulsar a sus enemigos de Italia, impedir que se hicieran fuertes allí; de ahí que les dieran tiempo suficiente para ponerse a salvo. Los datos no respaldan el argumento exculpatorio. Más bien, como ha mostrado HINARD 1985, 306 y 316-317, subyace una «lógica terrorista» implacable: por las fuentes que tenemos sabemos que al menos cuarenta y siete proscritos fueron ejecutados y once se suicidaron. No fue un mero latrocinio sino una purga en toda regla.

¹⁹³ Arúspice: App. *B. Civ.* 4,4,15. Hermano de Lépido y tío de Antonio: App. *B. Civ.* 4,12,45.

¹⁹⁴ Lucan. 2,160-161.

¹⁹⁵ App. *B. Civ.* 4,29,124; y Val. Max. 9,5,4.

- ¹⁹⁶ Cfr. LOBUR 2008, 152-158, insistiendo particularmente en el modelo de Tulio.
- ¹⁹⁷ Salvio (ignoramos su *cognomen*, tribuno de la plebe en el 43, cfr. BROUGHTON *MRR II*: App. B. Civ. 4,17. Minucio Rufo (pretor): App. B. Civ. 4,17,68.
- ¹⁹⁸ Val. Max. 6,2,12.
- ¹⁹⁹ Nep. Att. 10,4.
- ²⁰⁰ Liv. *apud* Sen. *Suas.* 6,17.
- ²⁰¹ Plu. *Vit. Cic.* 47,6. En esta huida se muestra la debilidad interior de Tulio, la cual, junto con su ambición y su vanidad, conforman los rasgos esenciales de la biografía que le escribió Plutarco; HOMEYER 1977, 65.
- ²⁰² Elogios de Tulio: Cic. *Ad Brut.* 1,3 (= SB 7), 1. Dudas de Bruto: *Ad Brut.* 1,4a (= SB 11), 2-3.
- ²⁰³ Minerva: Obs. 68. Manta: App. B. Civ. 4,19,74; y Plu. *Vit. Cic.* 47,9-10. En Val. Max. 1,4,6 lo que hace el cuervo es arrancar la aguja de un reloj de sol y luego levanta con el pico la toga de Tulio. Sobre estos prodigios, cfr. MONTERO 2006, 81-83.
- ²⁰⁴ Cic. *Sest.* 47 y 143, y, de modo más específico, en *Rep.* 6,13.
- ²⁰⁵ En Tác. *Dial.* 17,2.
- ²⁰⁶ App. B. Civ. 4,20,77. Bruto dice haber leído los discursos «que tú llamas medio en broma *Filípicas*». Cic. *Ad Brut.* 2,3,4 (= SB 2).
- ²⁰⁷ App. B. Civ. 4,20,81.
- ²⁰⁸ Cremucio Cordo *apud* Sen. *Suas.* 6,19; otros dicen que fueron ambas manos las que cortaron los soldados, así Brutedio Nigro *apud* Sen. *Contr.* 6,20. Fulvia: Cass. Dio 47,8,4.
- ²⁰⁹ Plu. *Vit. Ant.* 22,6; Plin. *HN* 22,13; Plu. *Vit. Cic.* 49,6; y Cass. Dio 51,19,3-4.
- ²¹⁰ Se hace difícil determinar mínimamente los acontecimientos que rodearon al asesinato de Tulio. El mejor análisis es el de HOMEYER 1977, quien intenta establecer cuáles son las fuentes primarias, a su juicio, las *Historias* de Asinio Polión, las de Tíron (muerto en el 4 a.C.) y, por su parte, Nepote (muerto después del 27 a.C.). Sin embargo, no cabe duda de que el relato pronto pasó a ser de uso habitual en las escuelas de retórica, que a su vez contaminaron la versión de los historiadores. Véase WRIGHT 2001, ROLLER 1997 y PIGON 2018.
- ²¹¹ BORGIES 2016, 151-155.
- ²¹² Vell. Pat. 2,66,3-5; y Flor. 2,16,5.
- ²¹³ Sen. *Suas.* 6,24; claro que Asinio Polión, que se burla de su cobardía, tenía por costumbre criticar sólo a los muertos, porque ya no podían defenderse, Plin. *HN* praef. 31.
- ²¹⁴ Liv. 120, fr. 61 *apud* Sen. *Suas.* 6,22.
- ²¹⁵ Vell. Pat. 2,14,3.
- ²¹⁶ Nic. Dam. 36.
- ²¹⁷ Favonio, *erastes* de Catón: Plu. *Vit. Brut.* 12,3 y 34,4.
- ²¹⁸ Plin. *HN* 33,182 y 34,27; y Cic. *Off.* 3,80; con MARCO-PINA 2000.
- ²¹⁹ Sall. *Hist.* 1,36-37 R (= 44-45M); Plu. *Vit. Sull.* 32,4; y Asc. 84C. Cfr. KEAVENEY 2005, 129 (con cita de más fuentes en la nota).
- ²²⁰ Cic. *Fam.* 4,3,1.
- ²²¹ Luc. 2,173-220, traducción de Mariano Roldán. Cfr. entre otros Sen. *Dial.* 5,18,1; y Flor 2,9,26. Todavía August. *De Civ. D.* 3,28 habla de la brutal tortura, pero sin mencionar el nombre de la víctima.
- ²²² Sall. *Hist.* 2,85,6R (= 2,98M).
- ²²³ RIBERA I LACOMBA 1995, ALAPONT 2008; ALAPONT *et al.* 2009 y MASCEK 2018, 106. Conste aquí mi agradecimiento a mi colega Olalla López Costas, antropóloga fi-

sica, por su ayuda a la hora de interpretar esta información y conste también que en el texto seguramente soy algo más contundente de lo que ella misma, por prudencia científica, me aconsejaba.

²²⁴ FOUCAULT 2012, 11-14, 61 y 69.

²²⁵ Cesarianos: [Caes.] *B. Hisp.* 10,3; 12,2 y 3; 13,3; 20,5; y 27,5. Pompeyanos: [Caes.] *B. Hisp.* 15,6; 21,3; y 27,5. Mujeres y niños en Ategua: Val. Max. 9,2,4.

²²⁶ [Caes.] *B. Afr.* 85.

²²⁷ Gomfos: Caes. *B. Civ.* 2,80,7.

²²⁸ Cic. *Fam.* 8,14,2 y 8,17,2.

²²⁹ Asinio Polión: Cic. *Fam.* 10,31,2. Metelo Escipión: Caes. *B. Civ.* 1,4,3.

²³⁰ Cic. *Att.* 8,15 (= SB 165).

²³¹ Para lo que se refiere al destino de los *consulares* en la guerra civil sigo a BRUHNS 1978.

²³² Esta es la cuenta que hace BRUHNS 1978. Podríamos incluir a Ser. Sulpicio Rufus (cos. 51, muerto en el 43) si aceptamos que tomó partido a favor de los pompeyanos, lo que no está claro; cfr. Cic. *Att.* 13,10 (= SB 318), con el comentario de SHACKLETON BAILEY.

²³³ Captura en Corfinio: Caes. *B. Civ.* 1,23; y Cic. *Att.* 9,11A (= SB 178A); luego Tulio se lo encontró en su finca de Puteoli: Cic. *Att.* 9,11,1 (= SB 178); y 9,13,7 (= SB 180); y de nuevo en el campamento de Pompeyo: Cic. *Fam.* 6,21,1. Sobre su muerte, BRUHNS 1978, 117, n. 1.

²³⁴ *Dissensione in exercitu orta*, [Caes.] *B. Afr.* 95.

²³⁵ Cic. *Fam.* 4,11.

²³⁶ Cic. *Fam.* 4,12.

²³⁷ Cic. *Att.* 13,10 (= SB 318), de 18 de junio de 45.

²³⁸ En esta dirección apunta Val. Max. 9,11,4.

²³⁹ Cic. *Att.* 13,40,1 (= SB 343).

Capítulo 6. Fulvia

¹ Plu. *Comp. Dio Brut.* 7.

² LOBUR 2008, 64-66.

³ Sobre el foro de Augusto, cfr. GEIGER 2008.

⁴ Plu. *Vit. Cic.* 49,3. Augusto hizo fundir muchas estatuas suyas del periodo de las guerras civiles cuya arrogancia ya no casaba bien con el nuevo régimen. ZANKER 1992, 113.

⁵ Suet. *Gramm.* 30,6.

⁶ *RRC* 508/3. Sobre el *pileus*, LÓPEZ BARJA 2008, 40-42. Acuñaciones: ARENA 2012, 39-42.

⁷ TEMPEST 2017, 17.

⁸ OSGOOD 2006, 94-106.

⁹ BRUNT 1971, 487-489.

¹⁰ BRUNT 1971, 490-491, acepta la cifra de veintiocho legiones que da App. *B. Civ.* 5,5,21, entre las cuales figuran las dos legiones macedonias que combatieron por Marco Antonio en Mutina, reconstruidas tras el desastre. El mínimo de seis años de servicio para poder licenciarse es conjetural; BRUNT 1971, 490.

¹¹ App. *B. Civ.* 5,5,21 dice que estas veintiocho legiones suponían un total de 170.000 hombres, lo que parece una cifra excesiva, de 6.000 hombres por legión.

Como ya vimos, las legiones que Pompeyo puso en el campo de batalla de Farsalia tenían cada una poco más de 4.000 hombres. La cifra de 46.000 hombres es el cálculo que hace KEPPIE 1983, 60.

¹² Cass. Dio 48,7,4; App. *B. Civ.* 5,15,60 y 5,18,72; y Oros. 6,18,19.

¹³ Cass. Dio 48,9,4-5.

¹⁴ Medidas de César en el año 48; Suet. *Iul.* 38,2; y *supra* p. 84.

¹⁵ KEPPIE 1983, 64, y VOLPONI 1975, 107-109.

¹⁶ *RRC* 525 y 742. No hay certeza en cuanto a la fecha de estas acuñaciones, véase MASCHEK 2018, y KEPPIE 1983, 60, n. 62.

¹⁷ *Dirae* 84-85 y, para la *pertica impia*, véase el v. 45. Sobre los difíciles problemas filológicos que plantea este texto, véase SOLER RUIZ 1990.

¹⁸ Verg. *Ecl.* 1,71-73. De estas y otras alusiones, ya en la Antigüedad se dedujo que Virgilio se había visto realmente afectado por las confiscaciones en sus propiedades de Mantua, aunque la mayor parte de los estudiosos en la actualidad consideran que estos testimonios no son más que eso, inferencias a partir de textos literarios, que no debemos tomar como autobiográficos. Véase OSGOOD 2006, 113.

¹⁹ App. *B. Civ.* 5,19,77.

²⁰ Fulvia... *nihil muliebre praeter corpus gerens...*: Vell. Pat. 2,74,2.

²¹ DAREGGI 2012. En contra, VIRLOUVET 1994.

²² Gladiadores: Suet. *Aug.* 14,3; y App. *B. Civ.* 5,33,134.

²³ *Perusina fames* en Luc. 1,41; y App. *B. Civ.* 5,35,143-144.

²⁴ Macrob. *Sat.* 2,4,21.

²⁵ Mart. 11,20. Cabe dudar de la autoría de estos versos, pues bien podrían ser del propio Marcial, pero véase *infra* n. 27.

²⁶ Cass. Dio 49,32,3; y App. *B. Civ.* 5,7,31. Sobre Gláfira, véase ROLLER 2018, 49-53.

²⁷ App. *B. Civ.* 5,14,54; 5,32,128; y 5,66,278. Manio es un personaje casi desconocido, mencionado sólo por Apiano. BROUGHTON *MRR* II lo tiene por legado de Marco Antonio, mientras que GABBA 1970, 35, lo considera su *procurator*. Cfr. MÜNZER *RE* 14, col. 1147-48. Que se aluda en el poema a alguien tan secundario es un buen argumento en contra de que este sea un invento de Marcial.

²⁸ App. *B. Civ.* 5,66,278.

²⁹ VIRLOUVET 1994, 87.

³⁰ Luc. 1,115-119 y 8,100-105.

³¹ App. *B. Civ.* 5,19,75: al principio, Fulvia no quiere la guerra hasta que Lucio Antonio la convence usando a Cleopatra como argumento.

³² Suet. *Aug.* 68,1; con WILLIAMS 1999, 129-132.

³³ BENEDETTI 2012, núms. 31 a 33. Sobre *landica* (clítoris), Benedetti cita Gloss. III 351,53-453,71y 475,7; *Priap.* 87,5; Cic. *Fam.* 9,22 (= SB 189), 2; y *CIL* IV 10004 (grafito erótico de Pompeya). Ya hemos vistos los denodados esfuerzos de César por disimular su calvicie y lo mucho que le molestaba que se la recordasen; Suet. *Iul.* 45,2. En cuanto a Salvidieno Rufo, había elegido el rayo como emblema personal para subrayar su pasado cesariano (es posible que tuviese un papel destacado en Ale-sia). Cfr. ROHR VIO 2001, 135-136.

³⁴ Cass. Dio 48,10,4 y 48,10,3; y Flor. 2,16,2; cfr. Liv. *Per.* 125. Sobre la imagen de Fulvia como *uir militaris*, véase ROHR VIO 2015.

³⁵ App. *B. Civ.* 5,33,131-133. Cfr. la inscripción del monumento funerario de Manucio Planco en Gaeta; DESSAU *ILS* 886 (= *CIL* X, 6087).

³⁶ Vell. Pat. 2,74,3; y VOLPONI 1975, 114, n. 2.

³⁷ Estatuas en el foro a Lucio Antonio: Cic. *Phil.* 6,12-15. Demócrata: App. *B. Civ.* 5,19,74, «*demotikós*»; «*uomo di parte popolare*», traduce GABBA 1970, 255; «*homme du parti populaire*», según RODDAZ 1988, 323; y «*republicano*», traduce SANCHO ROYO. Mario: Cass. Dio 48,4,5.

³⁸ *Cognomen Pietas*: Cass. Dio 48,5,4; y *RRC* 516/1-5; con RODDAZ 1988, 324. Lucio Antonio enemigo de los veteranos: Cass. Dio 48,12,3. Tras Filipos, cuando comienzan las confiscaciones, los itálicos se dan cuenta de que con los asentamiento de veteranos se pretende establecerlos a modo de guarniciones, para que la democracia no renaciese y se pudiese cambiar la forma de gobierno (*metabole politeias*, App. *B. Civ.* 5,12,50). Lucio Antonio, hostil al triunvirato, defiende la democracia y el gobierno tradicional contra la monarquía (5,39,159-166).

³⁹ El discurso de Lucio Antonio en App. *B. Civ.* 5,42-44,176-187 plantea problemas de interpretación porque en él se nos muestra como devoto partidario del régimen republicano, dejando así bajo una incómoda luz a su oponente, al futuro emperador Augusto, por lo que no es probable que la autobiografía que este escribió en el año 25 en Tarraco (*de uita sua*) fuese en este punto la fuente de Apiano. Este dice haber encontrado el discurso en unos misteriosos *hypomnemata*, término con el que se suele traducir el latino *commentarii* (App. *B. Civ.* 5,45,191). GABBA 1970, XXI-XXII, siguiendo a Schwartz, considera que se trata de los *Acta diurna*, la versión «oficial» del discurso, que Lucio Antonio logró hacer constar en los archivos dadas las simpatías que despertaba entre algunos senadores. Naturalmente, habría sido Polión, según esta hipótesis, el eslabón intermedio entre los *acta diurna* y Apiano (GABBA 1970, XXXVII-XLII, quien no cree que las *Historias* de Polión concluyesen en Filipos, sino que llegarían al menos hasta el año 34). Gabba rechaza la idea de una dependencia de las *Historias* de Séneca el Viejo, que defiende, en cambio, WESTALL 2015. Sobre Polión véase *supra* páginas 45-48.

⁴⁰ Asinio Polión, después de la caída de Perusia, intenta recaudar dinero en Patavio para el joven César, pero la ciudad se niega (Macrob. *Sat.* 1,11,22). Cabe preguntarse si Asinio Polión, que conocía bien la ciudad y sus sentimientos, se refería a estas simpatías republicanas cuando reprochaba a Tito Livio, el historiador «pompeyano» (Tac. *Ann.* 4,34,2), su «patavinitas». Ciertamente, la anécdota (recogida en Quint. *Inst.* 1,5,56 y 8,1,3) se refiere a su acento a la hora de hablar latín, pero cabe sospechar que hubiera doble intención en el insulto.

⁴¹ Cass. Dio 48,8,5-9,3.

⁴² Flor. 2,16. Sin embargo, en opinión de GABBA 1970, XXVII, y 1971, las clases que se pusieron de parte de L. Antonio —el Senado y las clases medias itálicas— son las mismas que Tulio había querido llamar en su ayuda, sin conseguirlo. Esto supone pasar por alto los estrechos vínculos de Lucio Antonio con la tradición democrática y con su propio hermano, el triunviro.

⁴³ Cass. Dio 48,13,6. Suetonio *Aug.* 12,2 narra los mismos hechos, pero los relaciona con la guerra de Mutina, no Perusia. Durante la guerra de Perusia, Nursia se había rendido sin combatir, escarmentada del saqueo de Sentinum por Salvidieno (App. *B. Civ.* 5,30,116). PANCIERA 2006 sugiere que Nursia pudo ser una colonia fundada por Marco Antonio en el 43, a partir de una inscripción hallada en 1973 que él interpreta así: [*Colonia Concor*]dia Ant[onia] Ult[rix Nursia]. Panciera cree que después de Accio se disolvió la colonia (Nursia está atestiguada como municipio).

⁴⁴ MASHEK 2018, 95.

⁴⁵ *Perusinae arae*: Sen. *Clem.* 1,11,1. Tenemos los testimonios de Suet. *Aug.* 15 y Cass. Dio 48,14,3-4, que dicen que los muertos fueron senadores y *equites*. En cam-

bio, Apiano *B. Civ.* 5,48-49, 203-204, sostiene que sólo se castigó a los miembros del consejo de la ciudad y que el incendio que la destruyó fue fortuito. SYME 1939, 212, cree que la calumnia transformó estos asesinatos judiciales en una hecatombe. También GABBA 1970, 78-81, prefiere la versión apiana. Vell. Pat. 2,74,4 reconoce que se trató cruelmente a los perusinos, aunque lo atribuye a la cólera de los soldados vencedores, más que a una decisión del joven César. Apiano *B. Civ.* 5,49,208 señala que entre los muertos se encontraban, precisamente, sus principales enemigos, si bien echa la culpa también a los soldados.

⁴⁶ BRIQUEL 2012. La matanza de los romanos en Liv. 7,15,10. Puede aludir a estos hechos el fresco de la tumba François de Vulci, sólo unos pocos años posterior a esa matanza, en el que se representa la ejecución de los prisioneros troyanos a manos de Aquiles y en honor a Patroclo. Cfr. TORELLI 1996, 235.

⁴⁷ Campos: Cass. Dio 48,14,6. Cuerpos: Propercio 1,21; con OSGOOD 2006, 168-172.

⁴⁸ App. *B. Civ.* 5,54,229-230.

⁴⁹ Vell. Pat. 2,75-76,1.

Capítulo 7. Guerra civil y revolución

¹ Vell. Pat. 2,48,3 y 2,89,3; con WOODMAN 1983, 25; Liv. *Per.* 133: *imposito fine ciuilibus bellis altero et uicesimo anno*; Tac. *Ann.* 3,28,1-2: *continua per uiginti annos discordia*; RG 34,1: *In consulatu sexto et septimo, postquam bella ciuilia exstinxeram...*

² Cic. *Cael.* 47.

³ El *bellum plus quam ciuile* en Lucano 1,1. En Floro 2,9,1, el conflicto con Sila fue *bellum parricidale*.

⁴ Floro 2,10,1 habla de *bellum hostile* o bien 2,10,9 de *bellum externum*.

⁵ Cic. *Manil.* 28: *ciuile, Africanum, Transalpinum, Hispaniense mixtum ex ciuibus atque ex bellicosissimis nationibus, seruile, nauale bellum*. Algunos editores suprimen, considerándola una glosa, la frase *ex ciuibus atque ex bellicosissimis nationibus*, para la que los manuscritos dan diversas variantes. Clark, en su edición de OCT, escribe *ciuibus*, y recoge en el aparato las variantes *ciuilibus* y *ciuitatibus*.

⁶ A Floro 2,10,1 (= 3,22,1) también se le hizo difícil calificar la guerra sertoriana: *hostile potius an ciuile (sc. bellum) dixerim*.

⁷ BATSTONE 2010, 52.

⁸ Vell. Pat. 2,9,5: *opus belli ciuilis Sullanique*. L. Cornelio Sisena, pretor en el año 78, escribió unas *Historias* que abarcaban desde el comienzo de la guerra social hasta la muerte de Sila, desde una perspectiva optimata. Con ese sintagma, Veleyo se está refiriendo a la guerra social como *bellum ciuile*, lo que no es probable que venga de Sisena, como tampoco la referencia al *bellum Sullanum* ya que Sisenna era partidario de Sila. RAWSON 1985, 366, cree que esta equivalencia —*bellum sociale* = *bellum ciuile*— refleja un punto de vista itálico, pero BRISCOE 2013, 308, n. 20, piensa que puede atribuirse a falta de cuidado por parte de Veleyo. Para la propuesta de que Sila fue el inventor del término, cfr. LANGE-VERVAET 2019a.

⁹ Cfr. LÓPEZ BARJA 2019b.

¹⁰ Cic. *Cat.* 3,19; cfr. Sall. *Cat.* 47,2: *quem saepe ex prodigiis haruspices respondissent bello ciuili cruentum fore*.

¹¹ Para ROSENBERGER 1992, 43, al contrario, Tulio evita cuidadosamente denominar el episodio catilinario como guerra civil, pero no creo que para él fueran menos

graves o contundentes otras expresiones con las que lo calificó como *bellum domesticum* o incluso *bellum intestinum ac domesticum*; Cic. *Cat.* 2,1 y 2,28.

¹² Retrospectiva: Val. Max. 6,2,4.

¹³ Caes. *B. Civ.* 2,29,3 (pasaje muy corrompido) y 3,1,4; cfr. *ante bellum* en 3,1,2. *Corpus Caesarianum: B. Alex.* 34. Es imposible saber cuál era el título original de la obra. Me parece puramente especulativa la propuesta de KELSEY 1905, a saber, un título genérico, *C. Iulii Caesaris commentarii rerum gestarum*, en diez *uolumina*, que incluía tanto los siete libros del *Bellum Gallicum*, como el octavo, de Hircio, y los dos (no tres) del *Bellum Ciuile*. ROSENBERGER 1992, 176, considera que, al menos antes de Flavio Josefo, los libros no tenían títulos propiamente hablando, sino que eran más bien descripciones de su contenido. Los que han llegado a nosotros son creaciones de la Antigüedad Tardía o la Edad Media y, por tanto, no sirven para conocer la terminología antigua de la guerra.

¹⁴ ROSENBERGER 1992, 158.

¹⁵ Respectivamente, Plin. *HN* 10,110 (también Suet. *Iul.* 56,1: *bellum ciuile Pompeianum*); 33,144; y Flor. *Epit.* 2,9.

¹⁶ *Bellum Hispaniense* en Vell. Pat. 2,55,2; *bellum Pharsalicum* en Plin. *HN* 5,58.

¹⁷ Parece lógico que en Suet. *Iul.* 56,1 aparezca como *bellum ciuile Pompeianum*, pero más sorprendente que en Nep. *Att.* 7,1 se la nombra como *bellum Caesarianum*, lo que implica una posición contraria a César. Lo mismo hace Tulio al denominarla *Caesaris bellum* en Cic. *Att.* 14,13,2 (= SB 367), de 26 de abril del 44. Cfr. ROSENBERG 1992, 11 y 30.

¹⁸ Cic. *Phil.* 8,7.

¹⁹ LEVI 1933, I, 216-217: el triunvirato de Octavio, Antonio y Lépido nace de las masas militares, que son hombres de todas las regiones de Italia y todas las provincias del imperio, que representaban una fuerza política nueva, dispuesta a acabar con el egoísmo de la oligarquía romana; es una lucha contra la clase dirigente. Más adelante LEVI 1933, I, 258-259, vemos que el triunvirato es una prolongación de los cesarianos, que quieren una Roma universal, en la que participen las provincias, frente a los republicanos, tradicionalistas, defensores de los privilegios de la vieja clase dirigente. En opinión de SYME 1939, 8: «Italy and the non-political orders in society triumphed over Rome and the Roman aristocracy». A mi juicio, Levi ejerció una gran influencia en el *Roman Revolution* de Syme, y, a través de Levi, Gaetano Mosca, en especial, la noción de «clase política»; LÓPEZ BARJA 2016 y VIVAS GARCÍA 2017. GELZER 2014, 330, n. 100, donde indica las páginas relevantes de su biografía de César, reconoció también en César una visión amplia del imperio, abierta a la participación incluso de los provinciales, y opuesta a la cerrazón de sus enemigos. Caes. *B. Civ.* 3,57,4. Naturalmente, en este punto, Gelzer coincide con Mommsen y, en general, con todos los que defienden a César. En este sentido, la postura más divertida es la de CARCOPINO 2007, 568 y 624, quien ve con buenos ojos la apertura de Roma a las provincias (su «misión imperial»), pero no, en modo alguno, su orientalización, donde residía el peligro que Augusto no habría logrado evitar. Permitir la entrada de galos o hispanos, compartir con ellos el imperio, es correcto, pero ya no lo es tanto si hablamos de sirios o asiáticos.

²⁰ Así, especialmente, MEIER 1966, para quien precisamente la ausencia de una respuesta viable al asfixiante dominio de la oligarquía desembocó en una «crisis sin alternativa». Cfr. también GRUEN 1974, 384 y 504: fueron los conflictos entre oligarcas en el año 50 (en particular, los esfuerzos de algunos por atraerse a Pompeyo y enfrentarlo a César) los que precipitaron el desastre. Probablemente, los autores que

con más fuerza defendieron la rigidez y la fuerza de la clientela romana fueron GELZER 1912 y PREMIERSTEIN 1937, pero véase la crítica de BRUNT 1988.

²¹ «Empire, wealth and individual ambition had ruined the Republic long ago... After that, only a contest for supreme power», SYME 1939, 515; cfr también 351, 503 y 523.

²² DAVIDSON 2013, 468 y 672.

²³ ALFÖLDY 1993, 107. Para GALSTERER 1990, 12: «Here “revolution” clearly means the change in the composition of the ruling oligarchy and less overtly, a change in the way politics were conducted by the members of this new oligarchy».

²⁴ SYME 1958, 588-589.

²⁵ JAL 1963, 110, con referencia en nota a Gelzer, Premierstein Taylor y Harmand.

²⁶ MEIER 1966, y 1996, 492. Como es sabido, el cuarto libro dentro del segundo tomo de la *Römische Geschichte* de Mommsen, publicado en 1855, que abarca el periodo de los Gracos a Sila, lleva por título «La revolución».

²⁷ BRINTON 1965, 259. Para la crítica a la «crisis sin alternativa», véase LÓPEZ BARJA (2019a).

²⁸ ZAGORIN 1973. Conviene señalar que ya en el *De republica* de Tulio tienen aplicación política las metáforas astronómicas, en especial los términos *conuersio*, *conuertere*, que designan el movimiento circular de los astros y también el cambio constitucional. GALLAGHER 2001.

²⁹ KOSELLECK 1993, 73, y AGAMBEN 2015, 29.

³⁰ ARENDT 2004, 63.

³¹ ARENDT 2004, 44-45.

³² ECKSTEIN 1965, y ARMITAGE 2017, 201.

³³ SAMBANIS 2004. GONZÁLEZ CALLEJA 2013, 40-51, donde se hace una acertada crítica de la definición de Singer y Small. NEWMAN 2014.

³⁴ Cic. *Fam.* 5,12,4. En verdad, no había historiadores «profesionales» en la República romana, sino aristócratas que dedicaron parte de su tiempo libre a escribir historia, tal como lo subraya MAYORGAS 2011.

³⁵ Tuc. 1,76,2. Sobre el retorcimiento de este pasaje por parte de los neoconservadores norteamericanos (Donald Kagan en particular), puede verse LÓPEZ BARJA 2015.

³⁶ Sobre la tríada *dominatio-gloria-libertas*, véase Sall. *Hist.* 1,8R, y sobre la identificación *dominatio* = *pauci* y *libertas* = *plebs*, Sall. *Hist.* 3,15,27, y, en general, LÓPEZ BARJA 2019b.

³⁷ CONNOLLY 2015, 33. Cfr. KAPUST 2011, 54-55, quien argumenta que, en Salustio, la retórica, al ahondar en la división y el enfrentamiento entre los oradores, puede tener los mismos efectos beneficiosos para la comunidad que el *metus hostilis*. Sin embargo, para Salustio las divisiones internas no conducen a nada bueno.

³⁸ *Bicipitem quod incorporatum est posse dici Varro de uita populi romani lib. VIII aperuit: In spem adducebat non plus soluturos quam uellent; iniquus equestri ordini iudicia tradidit ac bicipitem ciuitatem fecit, discordiarum ciuiliū fontem* (fr. 425 Salvatore = fr. 114 Riposati = Nonio 728,19L). Que este *iniquus* se refiere a Cayo Graco lo podemos confirmar por Floro 2,5,3: *Iudiciaria lege Gracchi diuiserant populum Romanum et bicipitem ex una fecerant ciuitatem*. El plural que emplea —los hermanos Graco— debemos entenderlo como puramente retórico dado que a Tiberio no se la atribuye ninguna ley judiciaria.

³⁹ No se puede aceptar la interpretación que hace WISEMAN 2010, según la cual Varrón inculparía a la aristocracia, a su arrogancia y avaricia, por la destrucción de

la República (en línea con autores como Salustio o Lucrecio). No cabe duda de que la responsabilidad recae sobre este «inícuo», es decir, sobre el menor de los Graco. La crítica ciceroniana a las reformas de ambos Graco consistía precisamente en que iban contra la equidad, es decir, eran inicuas; ERSKINE 1990, 158-161, y GARCÍA FERNÁNDEZ 2010.

⁴⁰ D.S. 35 fr. 10,1 Goukowski = 34/35,25,1 Walton. Es probable que, al menos en este pasaje, Diodoro haya utilizado a Posidonio, debido al uso del término *sumpnoia* que es específico de la escuela estoica. Goukowski (en su edición de Diodoro Sículo, *Les Belles Lettres*, París, 2014, X-XX), que se muestra muy crítico con la idea de hacer de Posidonio fuente única de Diodoro, la admite para este pasaje en concreto (p. 336). La coincidencia en este punto con D.H. 2,11,3 es llamativa, aunque no encontremos aquí el término *sumpnoia*: en opinión de Dioniso de Halicarnaso, Cayo Graco destruyó la «armonía de la parte que gobierna» (πολιτεύματος ἄρμονία).

⁴¹ Pl. *Resp.* 545c-d.

⁴² Cic. *Fam.* 9,8,1. Cfr. Cic. *Att.* 13,12 (SB 320), 3; y *Att.* 13,16 (SB 323), 2. Sobre la adscripción filosófica de Varrón, véase Cic. *Acad.* 1,12; y August. *De Ciu. D.* 19,3. Sobre su trayectoria vital, FANTHAM 2003, quien a mi juicio se equivoca al considerar que el *Tricáranos* no era hostil al triunvirato (véase *supra* en el capítulo primero la nota 17).

⁴³ Cic. *Acad.* 1,17. TSOUNI 2018 ha insistido en el importante papel de Antíoco como sintetizador de la doctrina de una Academia antigua unificada (Platón y Aristóteles), asociándolo al hecho de que en aquellos años pudieron leerse en Roma por primera vez los escritos esotéricos de Aristóteles, traídos por Sila; Str. 13,1,54.

⁴⁴ En particular, se ha puesto de relieve la influencia que, en el varroniano *de uita populi Romani*, parece haber ejercido el *Bios Hellados* escrito por Jasón de Nysa, de orientación posidoniana; AX 2000.

⁴⁵ *Tum enim dixit duo corpora esse rei publicae, unum debile infirmo capite, alterum firmum sine capite; huic si ita de se meritum esset, caput se uiuo non defuturum*: Cic. *Mur.* 51. Plu. *Vit. Cic.* 14,7 reproduce también estas supuestas palabras de Catilina explicando que con ellas se refería al Senado y al pueblo. Para un análisis de la metáfora, véase LÓPEZ BARJA 2007, 99-100, y MEBANE 2016, 198, n. 29.

⁴⁶ Cic. *Off.* 1,85.

⁴⁷ *Ex cupiditatibus odia, discidia, discordiae, seditiones, bella nascuntur*: Cic. *Fin.* 1,44. Cfr. MOATTI 2018, 227, n. 2.

⁴⁸ Cic. *Att.* 1,17,9 (= SB 17), de 5 de diciembre del 61; 1,18,7 (= SB 18), de 20 de enero del 60; 2,1,8 (= SB 21), de junio del 60; 2,16,2 (= SB 36), de mayo del 59; *Planc.* 35, de abril del 52; con *Schol. Bob.*, 133 y 136 (Hildebrandt), a lo que hay que añadir Suet. *Iul.* 20,3; App., *B. Civ.* 2,13; y Cass. Dio 38,7,4.

⁴⁹ Participación en el negocio: cfr. Cic. *Vat.* 29. Lealtad a César de los publicanos Cic. *Att.* 7,7, de 18-21 de diciembre de 50 a.C.): *publicanos, qui numquam firmi, sed nunc Caesari sunt amicissimi...*

⁵⁰ Cic. *Off.* 3,88.

⁵¹ LÓPEZ BARJA 2013.

⁵² Sall. *Cat.* 61,8-9.

⁵³ Liv. *Per.* 79, año 87.

⁵⁴ HOBBS 1989, cap. XIII, 115.

⁵⁵ La acusación de «haberlo confundido todo» es recurrente: de Pompeyo a César, *turbare omnia ac permiscere uoluisse*, Suet. *Iul.* 30,2; de César, al senado pompeyano: *omnia diuina humanae iura permiscerentur*, Caes. *B. Civ.* 1,6; de Tulio a César:

qui omnia iura diuina et humana peruertit Cic. *Off.* 1,26. Salustio, que resume de ese modo la decadencia de Roma: *mutari ac misceri omnia cerneret* (Sall. *Cat.* 2,3) y *quae contentio diuina et humana cuncta permiscuit* (Sall. *Iug.* 5,2).

⁵⁶ Agustín de Hipona no disimuló el hecho: «El primer fundador de la ciudad terrena fue un fratricida», August. *De Ciu. D.* 15,5.

⁵⁷ Respectivamente (aquí sigo a JAL 1963, 86): *ius transeundi*: Cic. *Att.* 8,15,3; lictores: Cic. *Att.* 10,4,9 (= SB 195); comicios consulares: Cic. *Att.* 9,9,3 y 9,15,2; César sin senado ni magistrados: Cic. *Att.* 7,13,1. El problema planteado por las fasces de Curión es difícil de resolver. WESTALL 2017, 176, propone una fórmula mixta: con el laurel, Curión indicaba su subordinación a César, mientras que el número de seis lictores significaba que era el Senado quien lo había nombrado.

⁵⁸ Cic. *Att.* 11,7,1 (= SB 218).

⁵⁹ Cass. Dio 41,43,2; Cic. *Phil.* 13,26; y Lucan. 5,12-14 (aquí la excelente traducción de M. Roldán de la *Farsalia* que he usado en otras ocasiones me parece un tanto demasiado libre). Según WELCH 2012, la idea de designar a los enemigos de César, en conjunto, como «pompeyanos» es atribuible a M. Antonio y falsa por lo demás.

⁶⁰ ARMITAGE 2017, 57, en particular, ha subrayado el origen romano del concepto, *bellum ciuile*, porque en Grecia las cuestiones de legitimidad no son tan aparentes. Véanse las opiniones discrepantes, en diverso grado, de LANGE 2017, 136, y STRAUMANN 2017, 142.

⁶¹ FOUCAULT 2013, 26ss. Cfr. HOBBS 1989, cap. XIII. Tampoco para AGAMEN 2015, 61, la guerra civil se identifica con el estado de naturaleza.

⁶² AGAMEN 2004, 88, siguiendo en este punto a W. Benjamin. Sobre el nacimiento de la república, entendido como la sumisión de todos a un *ius* común, cfr. Cic. *Rep.* 1,53; y lo mismo en Liv. 1,8,1: los ritos religiosos y el *ius* son los que hacen nacer el *populus Romanus*; con LÓPEZ BARJA 2007, 204-207 y 304-306.

⁶³ Cic. *Cat.* 4,10; y *Phil.* 3,14 y 13,38. Cabe establecer algunos matices si, como opina ARENA 2020, la comunidad política se ha quebrado de modo definitivo en tiempos de la guerra contra los cesaricidas y, por esta razón, ya no es necesario convertir al ciudadano en *hostis*. Cfr., sin embargo, CORNWELL 2014.

⁶⁴ Cic. *Phil.* 13,5; *Cat.* 2,22; y *Sull.* 28 (*aeternum bellum*).

⁶⁵ *Bellum ciuile Mutinese cum M. Antonio (Fasti Amiternini)*; DEGRASSI 1947.

BIBLIOGRAFÍA

Para las abreviaturas de obras clásicas, referencias modernas (revistas y obras de referencia, diccionarios, etc.), así como autores antiguos, con carácter general, se han utilizado las recopiladas en el *Oxford Classical Dictionary*, 4.^a ed. (consultables con facilidad en línea en <https://oxfordre.com/classics/fileasset/images/ORECLA/OCD.ABBREVIATIONS.pdf>), complementadas, cuando hizo falta, por las del *Diccionario griego-español*, <http://dge.cchs.csic.es/1st/1st4.htm>, y las del *Oxford Latin Dictionary*, <https://oxfordre.com/classics/page/ocdabbreviations>.

- ACHARD, G. (1976), «*Ratio popularis* et funerales», *Les Études Classiques*, 43, pp. 166-178.
- ADAMS, J. (1978), «Conventions of Naming in Cicero», *CQ*, 28, pp. 145-166.
- AGAMBEN, G. (2004), *Estado de excepción. Homo sacer II,1*, Valencia.
- (2015), *Stasis. La guerra civil como paradigma político*, Turín.
- AKAR, P. (2013), *Concordia. Un idéal de la classe dirigeante romaine à la fin de la République*, París.
- ALAPONT MARTIN, L. (2008), «Evidencias de la ejecución y tortura pública de los soldados sertorianos en el pórtico del foro de “Valentia”», en C. ROCA DE TOGORES y F. RODES LLORET (eds.), *Actas de las Jornadas de Antropología física y forense*, Madrid, pp. 73-80.
- ALAPONT MARTÍN, L.; CALVO GÁLVEZ, M., y RIBERA I LACOMBA, A. (2009), *La destrucción de Valentia por Pompeyo (75 a.C.)*, Valencia.
- ALEXANDER, M. C. (1990), *Trials in the Late Roman Republic*, Toronto.
- ALFÖLDI, A. (1976), *Oktavians Aufstieg zur Macht*, Bonn.
- ALFÖLDY, G. (1993), «Two Príncipes: Augustus and Sir Ronald Syme», *Historia*, 81, pp. 101-122.
- ALLÉLY, A. (2012), *La declaration d'hostis sous la République romaine*, Burdeos.

- AMELA VALVERDE, L. (2013), «De nuevo sobre el denario de César con efante (RRC 443/1)», *Minerva. Revista de filología clásica*, 26, pp. 145-162.
- ARENA, V. (2012), *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic*, Cambridge.
- (2020), «The Notion of *Bellum Ciuile* in the Last Century of the Republic», en F. PINA POLO (ed.), *The Triumviral Period. Civil War, Political Crisis and Socioeconomic Transformations*, Sevilla-Zaragoza, pp. 101-126.
- ARENDET, H. (2004), *Sobre la revolución*, traducción de P. Bravo, Madrid.
- ARMITAGE, D. (2012), «What's the Big Idea? Intellectual History and the *Longue Durée*», *History of European Ideas*, 38.4, pp. 493-507.
- (2015), «Every Great Revolution Is a Civil War», en K. M. BAKER y D. EDELSTEIN (eds.), *Scripting Revolution: A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, Stanford, pp. 57-68 y 269-271.
- (2017), *Civil Wars. A History in Ideas*, Nueva York.
- ARNAUD, P. (1998), «Toi aussi, mon fils, tu mangeras ta part de notre pouvoir — Brutus le Tyran?», *Latomus*, 57, pp. 61-71.
- ASSMANN, J. (2011), *Historia y mito en el Mundo Antiguo. Los orígenes de la cultura en Egipto, Israel y Grecia* (2005), Madrid.
- AX, W. (2000), «Dikaiarchs *Bios Hellados* und Varros *De vita populi Romani*», *RbM*, 143, pp. 337-361.
- BABCOCK, C. L. (1965), «The Early Career of Fulvia», *AJPh*, 86, pp. 1-32.
- BARAZ, Y. (2012), *A Written Republic. Cicero's Philosophical Politics*, Princeton.
- BARGALI, B., y GROSSO, L. (1997), *I Fasti Ostienses, Documenti della storia di Ostia*, Roma.
- BATSTONE, W. (1999), «Caesar's Republican Rhetoric and the Veils of Autocracy», en G. URSO (ed.), *L'ultimo Cesare. Scritti riforme progetti coniare*, Cividale del Friuli, pp. 181-205.
- (2010), «Word at War. The Prequel», en B. W. BREED, C. DAMON y A. ROSSI (eds.), *Citizens of Discord. Rome and Its Civil Wars*, Oxford, pp. 45-71.
- BATSTONE, W., y DAMON, C. (2006), *Caesar's Civil War*, Oxford.
- BEARD, M. (2009), *El triunfo romano* (2007), Barcelona.
- (2014), *Laughter in Ancient Rome*, Berkeley-Londres.
- BELL, A. A. (1994), «Fact and exemplum in accounts of the deaths of Pompey and Caesar», *Latomus*, 53, pp. 824-836.
- BELLANDI, F. (2012), «Catulo e la política romana», en M. CITRONI (ed.), *Letteratura e civitas. Transizioni della Repubblica all'Impero. In ricordo di Emanuele Narducci*, Pisa, pp. 47-71.
- BENEDETTI, L. (2012), *Glandes Perusinae. Revisione e aggiornamenti*, Roma.
- BENEFERHAT, Y. (2005), *Cives Epicurei. Les épicuriens et l'idée de monarchie à Rome et en Italie de Sylla à Octave*, Bruselas.

- BERCHEM, D. van (1975), *Les distributions de blé et d'argent à la plèbe romaine sous l'Empire*, Nueva York (reimpr. de la edición de Ginebra, 1939).
- BERENT, M. (1998), «Stasis, or the Greek invention of Politics», *History of Political Thought*, 19, pp. 331-362.
- BINOT, C. (2001), «Le rôle de Scipion Nasica Sérapión dans la crise gracquienne, une relecture», *Pallas*, 57, pp. 185-203.
- BLOM, H. van der (2010), *Cicero's Role Models. The Political Strategy of a Newcomer*, Oxford.
- BLOM, H. van der; GRAY, C., y STEEL, C. (eds.) (2018), *Institution and Ideology in Republican Rome. Speech, Audience and Decision*, Cambridge.
- BONAMENTE, G. (ed.) (2012), «Augusta Perusia». *Studi storici e archaeologici sull'epoca del «Bellum Perusinum»*, Perugia.
- BONFANTE, P. (1963), *Corso di diritto romano*, vol. I, *Famiglia*, Milán.
- (1974), *Corso di diritto romano*, vol. VI, *Le successione*, Milán.
- BONNEFOND-COUDRY, M. (1989), *Le Sénat de la République romaine de la guerre d'Hannibal à Auguste: pratiques délibératives et prise de décision*, Roma.
- BORGIES, L. (2016), *Le conflit propagandiste entre Octavien et Marc Antoine. De l'usage politique de la uituperatio entre 44 et 30 a.C.n.*, Bruselas.
- BOTERMANN, H. (1968), *Die Soldaten und die römische Politik in der Zeit von Caesars Tod bis zur Begründung des Zweiten Triumvirats*, Múnich.
- BOTTERI, P. (1981), «Stasis: le mot grec, la chose romaine», *Métis*, 4.1, pp. 87-100.
- BREED, B. W.; DAMON, C., y ROSSI, A. (eds.) (2010), *Citizens of Discord. Rome and Its Civil Wars*, Oxford.
- BRINTON, C. (1965), *The Anatomy of Revolution*, Nueva York.
- BRIQUEL, D. (2012), «Le sacrifice humain attribué à Octave lors du siège de Pérouse», en G. BONAMENTE (ed.), «Augusta Perusia». *Studi storici e archaeologici sull'epoca del «Bellum Perusinum»*, Perugia, pp. 39-63.
- BRISCOE, J. (2013), «Sisenna», en T. J. CORNELL (ed.), *The Fragments of the Roman Historians*, Oxford, vol. I.
- BROWN, R. (2003), «The Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Ciuile* in the Late Republic», en C. DÉROUX (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History*, vol. 11, Bruselas, pp. 84-120.
- BRUHNS, H. (1978), *Caesar und die römische Obersicht in den Jahren 49-44 v. Chr.*, Gotinga.
- BRUNO, D. (2013), «Regione X. Palatium», en A. CARANDINI y P. CARAFA (dir.), *Atlante di Roma antica. Biografia e ritratti della città*, Milán, pp. 215-280.
- BRUNT, P. A. (1962), «The Army and the Land in the Roman Revolution», *JRS*, 52, pp. 69-86, o en *The Fall of the Roman Republic and Related Essays*, Oxford, 1988, pp. 240-280.
- (1971), *Italian Manpower*, Oxford.
- (1986), «Cicero's Officiu in the Civil War», *JRS*, 76, pp. 12-32.

- (1988), «Clientela», en *The Fall of the Roman Republic and Related Essays*, Oxford, pp. 382-442.
- (2013), *Studies in Stoicism*, Oxford.
- CABALLOS, A. (2006), *El Nuevo bronce de Osuna y la política colonizadora romana*, Sevilla.
- CADARIO, M. (2013), «Il vero volto di Cleopatra», en G. GENTILI (ed.), *Cleopatra. Roma e l'incantesimo dell'Egitto*, Milán, pp. 39-43.
- CADIOU, F. (2018), *L'armée imaginaire. Les soldats prolétaires dans les légions romaines au dernier siècle de la République*, París.
- CAIRNS, F., y FANTHAM, E. (2003), *Caesar against Liberty. Perspectives on his Autocracy*, Cambridge.
- CANFORA, L. (1980), «Proscrizioni e dissesto sociale nella Repubblica romana», *Klio*, 62, pp. 425-437.
- (1999), *Giulio Cesare. Il dittatore democratico*, Roma-Bari.
- (2015), *Augusto figlio di dio*, Bari.
- CARANDINI, A. (2010), *Le case del potere nell'antica Roma*, Bari.
- CARCOPINO, J. (2007), *Julio César. El proceso clásico de la concentración del poder* (1965), Madrid.
- CASTNER, C. (1991), *Prosopography of Roman Epicureans from the Second Century B.C. to the Second Century A.D.*, Frankfurt am Main.
- CHRISSANTOS, S. G. (2001), «Caesar and the Mutiny of 47 B.C.», *JRS*, 91, pp. 63-75.
- CLARK, A. J. (2007), *Divine Qualities. Cult and Community in Republican Rome*, Oxford.
- CLAUSS, J. J. (1990), «The Ignoble Consistency of M. Caelius Rufus», *Athenaeum*, 78, pp. 531-540.
- COARELLI, F. (1969), «Le Tyrannoctone du Capitole et la mort de Tiberius Gracchus», *MEFRA*, 81, pp. 137-160.
- (1992), *Il foro romano. Periodo repubblicano e augusteo*, 2.^a ed., Roma.
- (2010), «Gli spazi della vita sociale», en E. LO CASCIO (ed.), *Roma imperiale. Una metropoli antica*, Roma, pp. 221-247.
- COLLINS, J. H. (1959), «On the Date and Interpretation of the *Bellum Civile*», *AJPh*, 80, pp. 113-132.
- CONNOLLY, J. (2015), *The Life of Roman Republicanism*, Princeton.
- COOLEY, A. (2012), «Commemorating the War Dead of the Roman World», en P. LOW, G. OLIVER y P. J. RHODES (eds.), *Cultures of Commemoration. War Memorials Ancient and Modern*, Oxford, pp. 63-88.
- CORDIER, P. (1994), «M. Caelius Rufus, le preteur récalcitrant», *MEFRA*, 106, pp. 533-577.
- CORNELL, T. J. (ed.) (2013), *The Fragments of the Roman Historians*, Oxford.
- CORNWELL, H. (2014), «The Construction of one's Enemies in Civil War (49-30 BCE)», en R. WESTALL (ed.), *The Roman Civil Wars. A House Divided. Hermathena*, 196-197, pp. 41-68.

- CORTE, F. della (1979), «Mamurra carminibus procissus», *Maia*, 31, pp. 45-48.
- COURRIER, C. (2014), *La plèbe de Rome et sa culture (fin du 1^{er} siècle av.J.-C. - fin du 1^{er} siècle ap. J.-C.)*, Roma.
- COWAN, B. (2012), «Metre and meaning in CIL P 3109a», *Acta Classica*, 55, pp. 155-163.
- COWAN, E. (2015), «Caesar's One Fatal Wound. Suetonius *Divus Iulius* 82.3», *HSCPb*, 108, pp. 361-376.
- CRAWFORD, J. W. (1994), *M. Tullius Cicero: The Fragmentary Speeches. An Edition with Commentary*, Atlanta.
- CRAWFORD, M. (1969), «Coin hoards and the pattern of violence in the Late Republic», *PBSR*, 37, pp. 76-81.
- (1996), *Roman Statutes*, 2 vols., Londres.
- CRISTOFOLI, R. (2000), «Velleio Paterculo II 73,2 e il senato "pompeiano" del 43 a.C.», *RSA*, 20, pp. 109-120.
- (2008), *Antonio e Cesare, anni 54-44 a.C.*, Roma.
- DAREGGI, G. (2012), «Sulla tracce di Fulvia, moglie del triumviro M. Antonio», en G. BONAMENTE (ed.), «*Augusta Perusia*». *Studi storici e archeologici sull'epoca del «Bellum Perusinum»*, Perugia, pp. 107-115.
- DAVIDSON, N. (2013), *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona.
- DAVIS, P. J. E. (2017), *Architecture and Politics in Republican Rome*, Cambridge.
- DE LIGHT, L. (2012), *Peasants, Citizens and Soldiers. Studies in the Demographic History of Roman Italy 225B.C.-AD 100*, Cambridge.
- DEGRASSI, A. (1947), *Inscriptiones Italiae XIII. Fasti et elogium*, vol. I, *Fasti consulares et triumphales*, Roma.
- DRUMMOND, A. (2013), «Asinius Pollio», T. J. CORNELL (ed.), *The Fragments of the Roman Historians*, Oxford, núm. 56.
- DUNKLE, J. E. (1967), «The Greek Tyrant and Roman Political Invective of the Late Republic», *TAPhA*, 98, pp. 151-171.
- DUPLÁ, A. (1990), *Videant consules. Las medidas de excepción en la crisis de la República romana*, Zaragoza.
- (2010), «Nota sobre política y violencia legítima en el *pro Milone* ciceroniano», en C. FORNIS, J. GALLEGO, P. LÓPEZ BARJA y M. VALDÉS (eds.), *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*, Zaragoza, pp. 253-273.
- DURRY, E. (1950), *Éloge funèbre d'une matrone romaine. Éloge dit de Turia*, París.
- DYCK, A. R. (1998), «Narrative Obfuscation, Philosophical *Topoi*, and Tragic Patterning in Cicero's *Pro Milone*», *HSCPb*, 98, pp. 219-241.
- (2002), «The "Other" *Pro Milone* reconsidered», *Philologus*, 146, pp. 182-185.

- DYER, R. R. (1990), «Rhetoric and Intention in Cicero's *pro Marcello*», *JRS*, 80, pp. 17-30.
- ECKSTEIN, H. (1965), «On the Etiology of Internal Wars», *History and Theory*, 4.2, pp. 133-163.
- EECKE, M. ver (2008), *La république et le roi. Le mythe de Romulus à la fin de la République romaine*, París.
- EMBERGER, P. (2008), «Divided Nation - Children during the Civil War between Caesar and the Pompeian Party (49-44 BC)», *Childhood in the Past*, 1, pp. 49-61.
- ERSKINE, A. (1990), *The Hellenistic Stoa. Political Thought and Action*, Cornell.
- (1991), «Hellenistic Monarchy and Roman Political Invective», *CQ*, 41, pp. 106-120.
- FANTHAM, E. (2003), «Three Wise Men and the End of the Roman Republic», en F. CAIRNS y E. FANTHAM, *Caesar against Liberty. Perspectives on his Autocracy*, Cambridge, pp. 96-117.
- FAVRO, D. (1996), *The Urban Image of Augustan Rome*, Cambridge.
- FEDELI, P. (1990), «Un cadavere eccellente», en CICERO, *In difesa di Milone (Pro Milone)*, Venecia.
- FEENEY, D. (2007), *Caesar's Calendar. Ancient Time and the Beginnings of History*, Berkeley.
- FENTRESS, J., y WICKHAM, C. (2003), *Memoria social*, Madrid.
- FERRARY, J.-L. (2010a), «La législation comitiale en matière de création, d'assignation et de gouvernement des provinces», en N. BARRANDON y F. KIRBIHLER (eds.), *Administrer les provinces de la République romaine*, Rennes, pp. 33-44.
- (2010b), «À propos des pouvoirs et des honneurs décernés à Caesar entre 48 et 44», en G. URSO (ed.), *Cesare: precursore o visionario?*, Pisa, pp. 9-30.
- (2015), «Loi Licinia (Pompeia?) *sodalicioorum*», en J.-L. FERRARY y P. MOREAU (dirs.), *Lepor. Leges Populi Romani*, París, IRHT-TELMA, 2007, <http://telma.irht.cnrs.fr//outils/lepor/notice501/>, consultado el 3 de diciembre de 2015.
- (2019), «Loi Pedia (ou loi Iulia?) créant une *quaestio extraordinaria* pour juger les meurtriers de César et leurs complices (et réhabilitant Dolabella?)», en J.-L. FERRARY y P. MOREAU (dirs.), *Lepor. Leges Populi Romani*, París, IRHT-TELMA, 2007, <http://telma.irht.cnrs.fr//outils/lepor/notice574/>, consultado el 30 de enero de 2019.
- FERRINI, C. (1976), *Diritto penale romano*, Roma (reproducción anastática).
- FEZZI, L. (2017), *Il dado è tratto. Cesare e la resa di Roma*, Bari-Roma.
- FLAMBARD, J.-M. (1977), «Clodius, les collègues, la plèbe et les esclaves. Recherches sur la politique populaire au milieu du Ier. siècle», *MEFRA*, 89, pp. 115-153.

- (1981), «*Collegia compitalicia*: phénomènes associatifs, cadres territoriaux et cadres civiques dans le monde romain à l'époque républicaine», *Ktèma*, 6, pp. 143-166.
- FLOWER, H. I. (2006), *The Art of Forgetting. Disgrace and Oblivion in Roman Political Culture*, Chapel Hill.
- (2013), «Beyond the *contio*. Political, Communication in the Tribunate of Tiberius Gracchus», en C. STEEL y H. VAN DER BLOM (eds.), *Community and Communication. Oratory and Politics in Republican Rome*, Oxford, pp. 85-115.
- (2017), *The Dancing Lares and the Serpent in the Garden. Religion at the Roman Street Corner*, Princeton.
- FONTANELLA, F. (2012), *Politica e diritto naturale nel De legibus di Cicerone*, Roma.
- FOUCAULT, M. (2012), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión (1975)*, Madrid.
- (2013), *La société punitive. Cours au Collège de France, 1972-1973*, París.
- FRANKLIN, J. L., JR. (1987), «Pantomimist at Pompeii», *AJPh*, 108, pp. 95-107.
- FRASCHETTI, A. (2005), *Rome e il principe*, Bari.
- FRASSETTO, M. (2013), «Il caso di Laberio: un problema di cronología», *Politica antica*, 3, pp. 31-42.
- FREDERIKSEN, M. W. (1966), «Caesar, Cicero and the Problem of Debt», *JRS*, 56, pp. 128-141.
- FRIER, B. (1980), *Landlord and Tenant in Imperial Rome*, Princeton.
- GABBA, E. (1956), *Appiano e la storia delle guerre Civile*, Florencia.
- (1970), *Appiani Bellorum Civilium liber quintus*, edición, traducción y comentario, Florencia.
- (1971), «The Perusine War and Trimviral Italy», *HSCP*, 75, pp. 139-160.
- GAGLIARDI, L. (2011), *Cesare, Pompeo e la lotta per le magistrature, anni 52-50 a.C.*, Milán.
- GAGLIARDI, P. (1997), *Il dissenso e l'ironia. Per una rilettura delle orazioni «cesariane» di Cicerone*, Nápoles.
- GALLAGHER, R. L. (2001), «Metaphor in Cicero's *De re publica*», *CQ*, 51, pp. 509-519.
- GALSTERER, H. (1990), «A Man, a Book and a Method: Sir Ronald Syme's Roman Revolution after Fifty Years», en K. A. RAAFLAUB y M. TOHER (eds.), *Between Republic and Empire*, Berkeley, pp. 1-20.
- GARCEA, A. (2012), *Caesar's De Analogia*, Oxford.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, E. (2001), «*Doctrina transmarina*: la recepción de la filosofía griega en la Roma republicana», en *Del pensar y su memoria. Ensayos en homenaje a Emilio Lledó*, Madrid, pp. 299-312.
- (2010), «El regreso a la caverna: filosofía y política en época gracana», en G. BRAVO y R. GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *Teoría y praxis de la política en Roma*, Madrid, pp. 97-109.

- GARCÍA JURADO, F. (2018), *Virgilio. Vida, mito e historia*, Madrid.
- GARNSEY, P. (1988), *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World*, Cambridge.
- GEIGER, J. (2008), *The First Hall of Fame. A Study of the Statues in the Forum Augustum*, Leiden-Boston.
- GELZER, M. (1912), *Die Nobilität der römischen Republik*, Leipzig-Berlín, o en *Kleine Schriften*, vol. I, Wiesbaden, 1962, pp. 17-135.
- (1968), *Caesar. Politician and Statesman* (1921), Cambridge Mass.
- (1972), «Die drei Briefe des C. Asinius Pollio», *Chiron*, 2, pp. 297-312.
- (2014), *Cicero. Ein biographischer Versuch*, 2.^a ed., Stuttgart (1.^a ed., Wiesbaden, 1969).
- GENTILI, G. (ed.) (2008), *Giulio Cesare. L'uomo, le imprese, il mito*, Milán.
- (ed.) (2013), *Cleopatra. Roma e il incantesimo dell'Egitto*, Milán.
- GERZOVITZ, M., y KRIGER, N. (2013), «What is a Civil War? A Critical Review of ITS Definition and (Econometric) Consequences», *The World Bank Research Observer*, 28.2, pp. 159-161.
- GILDENHARD, I. (2006), «Reckoning with tyranny: Greek thoughts on Caesar in Cicero's Letters to Atticus in early 49», en S. LEWIS (ed.), *Ancient Tyranny*, Edimburgo, pp. 197-209.
- GILPIN FAUST, D. (2006), «Numbers on Top of Numbers. Counting the Civil War Dead», *The Journal of Military History*, 70.4, pp. 995-1009.
- GIOVANNINI, A. (2004), «Die Tabula Heracleensis: neue Interpretationen und Perspektiven. Teil I: die frumentationes», *Chiron*, 34, pp. 187-204.
- GIRARDET, K. M. (2000), «Caesars Konsulatsplan für das Jahre 49», *Chiron*, 30, pp. 679-710.
- GOHARY, L. (2010), «L'interregnum de 55 av. J.-C.», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 88, pp. 45-65.
- GOLDEN, G. K. (2013), *Crisis Management during the Roman Republic. The Role of Political Institutions in Emergencies*, Cambridge.
- GOLVIN, J. C. (1988), *L'amphitéatre romain*, París.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2013), *Las guerras civiles. Perspectiva de análisis desde las ciencias sociales*, Madrid.
- GOTTER, U. (1996), *Der Diktator ist Tot! Politik in Rom zwischen den Iden des März und der Begründung des zweiten Triumvirats*, Stuttgart.
- GOWING, A. M. (1992), *The Triumviral Narratives of Appian and Cassius Dio*, Ann Arbor.
- GRACIA, J. (2014), *José Ortega y Gasset*, Madrid.
- GRANINO CECERE, M. G. (2003), «Vestali non di Roma», *SEL*, 20, pp. 67-80.
- GRIFFIN, M. (ed.) (2009), *A Companion to Julius Caesar*, Oxford.
- GRILLO, L. (2012), *The Art of Caesar's Bellum Civile. Literature, Ideology and Community*, Cambridge.
- GRILLO, L., y KREBS, C. B. (eds.) (2018), *The Cambridge Companion to the Writings of Julius Caesar*, Cambridge.

- GROS, P. (2011), *L'Architecture romaine*, vol. II, París.
- GRUEN, E. (1974), *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley.
- HABICHT, C. (1990), *Cicero the Politician*, Baltimore-Londres.
- HACKER, D. J. (2011), «A Census-Based Count of the Civil War Dead», *Civil War History*, 57.4, pp. 307-348.
- HARDEN, J. D. (1995), «Liberty Caps and Liberty Trees», *Past and Present*, 146, pp. 66-102.
- HELLEGOUARC'H, J. A. (1972), *Le Vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*, 2.^a ed., París.
- HERMANSEN, G. (1978), «The Population of Imperial Rome: the Regionaries», *Historia*, 27, pp. 129-168.
- HILLMAN, T. P. (1988), «Strategic Reality and the Movements of Caesar, January 49 BC», *Historia*, 37, pp. 248-252.
- HIN, S. (2013), *The Demography of Roman Italy*, Cambridge.
- HINARD, F. (1985), *Les proscriptions de la Rome républicaine*, Roma.
- HOBBS, T. (1989), *Leviatán. La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, traducción de Carlos Mellizo, Madrid.
- HODGSON, L. (2017), *Res publica and the Roman republic*, Oxford.
- HOLLIDAY, P. J. (1997), «Roman Triumphal Painting: Its Function, Development, and Reception», *The Art Bulletin*, 79.1, pp. 130-147.
- HÖLKEKAMP, K.-J. (2006), «Konsens und Konkurrenz. Die politische Kultur der römischen Republik in neuer Sicht», *Klio*, 88, pp. 360-396.
- (2013), «Friends, Romans, countrymen: addressing the Roman people and the rhetoric of inclusion», en C. STEEL y H. VAN DER BLOM (eds.), *Community and Communication. Oratory and Politics in Republican Rome*, Oxford, pp. 11-28.
- HOMEYER, H. (1977), «Die Quellen zu Cicero's Tod», *Helikon*, 17, pp. 56-96.
- HORSFALL, N. (1974), «The Ides of March: Some New Problems», *Greece and Rome*, 21, pp. 191-199.
- JAL, P. (1963), *La guerre civile à Rome. Étude littéraire et morale*, París.
- JEHNE, M. (1999), «Caesar und die Krise von 47 v.Chr.», en G. URSO (ed.), *L'Ultimo Cesare. Scritti riforme progetti coniure*, Cividale del Friuli, pp. 151-173.
- JEPPESSEN-WIGELSWORTH, A. (2013), «Political Bedfellows: Tullia, Dolabella, and Caelius», *Arethusa*, 46, pp. 65-85.
- JORDAN, B. (2017), «The Consular *provinciae* of 44 BCE and the Collapse of the Restored Republic», *Hermes*, 145, pp. 174-194.
- KALYVAS, S. N. (2010), *La lógica de la violencia en la guerra civil* (2006), Madrid.
- KAPLOW, L. (2012), «Creating *popularis* history: Sp. Cassius, Sp. Maelius and Cn. Manlius in the political discourse of the Late Republic», *BICS*, 55, pp. 101-109.
- KAPUST, D. J. (2011), *Republicanism, Rhetoric, and Roman Political Thought. Sallust, Livy, and Tacitus*, Cambridge.

- KEAVENEY, A. (2005), *Sulla. The Last Republican*, 2.^a ed., Oxford.
- (2007), *The Army in the Roman Revolution*, Abingdon.
- KELSEY, F. W. (1905), «The Title of Caesar's Work on the *Gallic and Civil Wars*», *TAPA*, 36, pp. 211-238.
- KEPPIE, L. (1983), *Colonisation and Veteran Settlement in Italy 47-14 B.C.*, Roma.
- KLOTZ, A. (1918), «Julius (Caesar)», *RE*, X.1, cols. 186-275.
- KOORTBOJIAN, M. (2013), *The Divinization of Caesar and Augustus. Precedents, Consequences, Implications*, Cambridge.
- KORNEMANN, E. (1896), «Die historische Schriftstellerei des C. Asinius Pollio. Zugleich ein Beitrag zur Quellenforschung über Appian und Plutarch», *Jahrbücher für classische Philologie, Supplementband*, 22, pp. 555-692.
- KOSELLECK, R. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona (ed. original, Frankfurt, 1979).
- KRAMINICK, I. (1972), «Reflections on Revolution: Definition and Explanation in Recent Scholarship», *History and Theory*, 11.1, pp. 26-63.
- KREBS, C. (2018), «More than Words: the *Commentarii* in their Propagandistic Context», en L. GRILLO y C. B. KREBS (eds.), *The Cambridge Companion to the Writings of Julius Caesar*, Cambridge, pp. 29-42.
- LAFFI, U. (1990), «Di nuovo sulla datazione del *fragmentum Atestinum*», *Athenaeum*, 78, pp. 167-175.
- LANGE, C. H. (2013), «Triumph and Civil War in the Late Republic», *PBSR*, 81, pp. 57-90.
- (2017), «*Stasis and Bellum Civile: A Difference in Scale?*», *Critical Analysis of Law*, 4/2, pp. 129-140.
- LANGE, C. H., y VERVAET, J. (eds.) (2014), *The Roman Republican Triumph. Beyond the Spectacle*, Roma.
- (2019a), «Sulla and the Origins of the Concept of *Bellum Civile*», en C. H. LANGE y J. VERVAET, *The Historiography of Late Republican Civil War*, Leiden, pp. 17-28.
- (2019b), *The Historiography of Late Republican Civil War*, Leiden.
- LEACH, E. W. (1999), «Ciceronian Bi-Marcus: Correspondence with M. Terentius Varro and L. Papirius Paetus in 46 B.C.E.», *TAPhA*, 129, pp. 139-179.
- LEVI, M. A. (1933), *Ottaviano capoparte. Storia politica di Roma durante le ultime lotte di supremazia*, 2 vols., Florencia.
- LIBERO, L. de (1998), «Der Raub des Staatsschatzes durch Caesar», *Klio*, 80, pp. 111-133.
- LINDSAY, H. (2009), «The man in Turia's life, with consideration of inheritance issues, infertility, and virtues in marriage in the 1st c. BC», *JRA*, 22, pp. 183-198.
- LINTOTT, A. W. (1974), «Cicero and Milo», *JRS*, 64, pp. 62-78.

- (1999), *Violence in Republican Rome*, Oxford.
- (2008), *Cicero as Evidence*, Oxford.
- LO CASCIO, E. (1990), «Le professiones della *Tabula Heracleensis* e le procedure del *census* in età cesariana», *Athenaeum*, 68, pp. 287-318.
- (1997), «Le procedure di recensus della tarda repubblica al tardo antico e il calcolo della popolazione di Roma», en C. VIRLOUVET (ed.), *La Roma impériale. Démographie et logistique*, Roma, pp. 3-76.
- (2001), «Recruitment and the Size of the Roman Population from the Third to the First Century BCE», en W. SCHEIDEL (ed.), *Debating Roman Demography*, Leiden, pp. 111-137.
- LOBUR, J. A. (2008), *Consensus, Concordia and the Formation of Roman Imperial Ideology*, Nueva York.
- LÓPEZ BARJA, P. (2004), «Formaciones sociales de clase en la República Tardía», *Athenaeum*, 92, pp. 509-518.
- (2007), *Imperio legítimo. El pensamiento político romano en tiempos de Cicerón*, Madrid.
- (2008), *Historia de la manumisión en Roma*, Madrid.
- (2013), «Conflicto versus consenso: de Cicerón a Aristóteles pasando por Carl Schmitt», en R. CID y E. GARCÍA (eds.), *Debita verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*, Oviedo, pp. 171-182.
- (2015), «Leo Strauss y la Antigüedad neocon», en L. SANCHO ROCHER (ed.), *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Zaragoza, pp. 187-210.
- (2016), «Conflicto ideológico y guerra civil en la Tardía República: causa, memoria y miedo», en N. RUIZ DE LOS LLANOS, M. RUBIO y C. RIESZNER (comps.), *Actas del XXIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos. Ciudadanía y poder político en el mundo clásico*, Salta, pp. 33-48.
- (2018a), «The *Quinquatrus* of June, Marsyas and *Libertas* in the Late Roman Republic», *CQ*, 68, pp. 143-159.
- (2018b), «Cicero: *Bellum iustum* and the Enemy Criminal Law», en M. BERGSMO (ed.), *Philosophical Foundations of International Criminal Law. Correlating Thinkers*, Bruselas, pp. 57-84.
- (2019a), «The *Bellum ciuile Pompeianum*. The War of Words», *CQ*, 69, pp. 700-714.
- (2019b), «Sallust as a Historian of Civil War», en C. H. LANGE y F. VERVAET (eds.), *The Historiography of Late Republican Civil War*, Leiden, pp. 160-184.
- LORAUX, N. (2012), *La invención de Atenas. Historia de la oración fúnebre en la ciudad clásica* (1993), Buenos Aires-Madrid.
- LORETO, L. (1994), *Il piano di guerra dei Pompeiani e di Cesare dopo Farsalo (giugno-ottobre 48 a.C.). Uno studio sulla grande strategia della guerra civile*, Ámsterdam.

- LOTT, J. B. (2004), *The Neighborhood of Augustan Rome*, Cambridge.
- MARCO SIMÓN, F., y PINA POLO, F. (2000), «Mario Gratidiano, los *compita* y la religiosidad popular a fines de la República», *Klio*, 82, pp. 157-158.
- MARINONE, N. (2004), *Cronologia Ciceroniana*, edición de E. MALASPINA, 2.ª ed., Roma-Bolonia.
- MARSHALL, A. J. (1972), «The *lex Pompeia de provinciis* (52 B.C.) and Cicero's *imperium* in 51-50 B.C.: Constitutional Aspects», *ANRW*, 1.1, pp. 887-921.
- MARTÍN, J. C. (2001), traducción y notas a CICERÓN, *Filípicas*, Madrid.
- MAS, S. (2018), *Epicuro, epicúreos y el epicureísmo en Roma*, Madrid.
- MASCHEK, D. (2018), *Die römische Bürgerkriege. Archäologie und Geschichte einer Krisenzeit*, Darmstadt.
- MATIJEVIC, K. (2018), «Nochmals zur Verteilung der Provinzen nach Caesars Ermordung und zur Bedeutung Octavians für Politik des Antonius im April/Mai 44 v.Chr.», *Hermes*, 146, pp. 219-232.
- MAYORGAS, A. (2007), *La memoria de Roma: oralidad, escritura e historia en la República romana*, Oxford.
- (2011), «La figura del historiador en la República romana», *Studia Historica*, 29, pp. 65-95.
- MCCONNELL, S. (2014), *Philosophical Life in Cicero's Letters*, Cambridge.
- MCDERMOTT, W. C. (1979), «In Ligarianam», *TAPhA*, 101, pp. 317-347.
- (1983), «The *columnae solidae* of Mamurra», *Maia*, 35, pp. 13-14.
- MEBANE, J. (2016), «Pompey's Head and the Body Politic in Lucan's *De bello civili*», *TAPA*, 146, pp. 191-215.
- MEIER, C. (1965), «Populares», *RE*, suppl. X, cols. 549-615.
- (1966), *Res publica amissa. Eine Studie zu Verfassung und Geschichte der späten römischen Republik*, Wiesbaden.
- (1996), *Caesar* (1982), Londres.
- MELCHIOR, A. (2008), «Twinned Fortunes and the Publication of Cicero's Pro Milone», *CPb*, 103, pp. 282-297.
- MEYER, E. (1922), *Caesars Monarchie und das Principat des Pompeius*, 3.ª ed., Stuttgart.
- MIGNONE, L. M. (2016), *The Republican Aventine and Rome's Social Order*, Ann Arbor.
- MITCHELL, T. (1991), *Cicero: The Senior Statesman*, New Haven.
- MOATTI, C. (2018), *Res publica. Histoire romaine de la chose publique*, París.
- MOMIGLIANO, A. (1941), «Epicureans in Revolt», *JRS*, 31, pp. 149-157.
- MOMMSEN, T. (1881), «Ein zweites Bruchstück des rubrischen Gesetzes vom Jahre 705 Roms», *Hermes*, 16, pp. 24-41, o en T. MOMMSEN, *Ges. Schr.*, I, pp. 175-191.
- (1893), *Droit public romain*, París.
- MONTERO, S. (2006), *Augusto y las aves. Las aves en la Roma del Principado: prodigio, exhibición y consumo*, Barcelona.

- MONTERROSO CHECA, A. (2010), *Theatrum Pompei. Forma y arquitectura del modelo teatral de Roma*, Roma.
- MORGAN, L. (1997), «*Levi quidem de re... Julius Caesar as Tyrant and Pedant*», *JRS*, 87, pp. 23-40.
- (2000), «The Autopsy of C. Asinius Pollio», *JRS*, 90, pp. 51-69.
- MORLEY, N. (2013), «Population Size and Social Structure», en P. ERDKAMP (ed.), *The Cambridge Companion to Ancient Rome*, Cambridge.
- MORRELL, K. (2018), «Cato, Pompey's Third Consulship and the Politics of Milo's Trial», en H. VAN DER BLOM, C. GRAY y C. STEEL (eds.), *Institution and Ideology in Republican Rome. Speech, Audience and Decision*, Cambridge, pp. 165-180.
- MORSELLI, C., «Forum Iulium», *LTUR*, II, s.v.
- MORSTEIN-MARX, R. (2007), «Caesar's Alleged Fear of Prosecution and his *Ratio Absentis* in the Approach of the Civil War», *Historia* 56, pp. 159-178.
- (2009), «*Dignitas* and *res publica*: Caesar and Republican Legitimacy», en K.-J. HÖLKESKAMP (ed.), *Eine politische Kultur (in) der Krise? Die «letzte Generation» der römischen Republik*, Múnich, pp. 115-140.
- (2012), «Political Graffiti in the Late Roman Republic: Hidden Transcripts and Common Knowledge», en C. KUHN (ed.), *Politische Kommunikation und öffentliche Meinung in der antiken Welt*, Heidelberg, pp. 191-217.
- MUNDY, J. (2011), «Deconstructing Civil Wars: Beyond the New Wars Debate», *Security Dialogue*, 42, pp. 279-295.
- NEWMAN, E. (2014), *Understanding Civil Wars. Continuity and Change in Intrastate Conflict*, Londres-Nueva York.
- NICOLET, C. (1971), «Les variations des prix et la "théorie quantitative de la monnaie", à Rome, de Cicéron à Pline l'Ancien», *Annales ESC*, 26, pp. 1203-1227.
- (1987), «La table d'Heraclée et les origines du cadastre romain», *L'Urbs. Espace urbain et histoire*, Roma, pp. 1-25.
- NIPPEL, W. (1988), *Aufrubr und «Polizei» in der römischen Republik*, Stuttgart.
- NORTH, J. A. (2008), «Caesar at the Lupercalia», *JRS*, 98, pp. 144-160.
- NÓTÁRI, T. (2010), «Notwehr oder Tyrannenmord? Tatbestandsbehandlung und forensic Taktik in Ciceros *Pro Milone*», *RIDA*, 43, pp. 331-354.
- NOUSEK, D. L. (2008), «Turning Points in Roman History: the Case of Caesar's Elephant Denarius», *Phoenix*, 62, pp. 290-307.
- OAKLEY, S. (2013), «C. Licinius Macer», en T. J. CORNELL (ed.), *The Fragments of the Roman Historians*, vol. I, Oxford, pp. 320-331.
- OSGOOD, J. (2006), *Caesar's Legacy. Civil War and the Emergence of the Roman Empire*, Cambridge.

- (2014), *Turia. A Roman Woman's Civil War*, Oxford.
- (2016), «The Topography of Roman Assassination, 133 BCE-222 CE», en W. RIESS y G. G. FAGAN (eds.), *The Topography of Violence in the Greco-Roman World*, Ann Arbor, pp. 209-230.
- ÖSTENBERG, I. (2009), *Staging the World. Spoils, Captives and Representations in the Roman Triumphal Procession*, Oxford.
- (2013), «Veni vidi vici and Caesar's Triumph», *CQ*, 63, pp. 813-827.
- PANAYOTAKIS, C. (2010), *Decimus Laberius. The Fragments*, Cambridge.
- PANCIERA, S. (2006), «Storia locale dell'Italia romana. Nursia colonia Antoniana?», *Epigrafi, epigrafia, epigrafisti. Scritti vari editi e inediti*, Roma, pp. 969-974.
- PAPI, E. (1998), «Domus est quae nulli uillarum marum cedat (Cic. *Fam.* 6,18,5). Osservazioni sulle residenze del Palatino alla metà del I secolo a.C.», en M. CIMA y E. LA ROCCA (eds.), *Horti Romani (Atti del Convegno Internazionale)*, Roma, pp. 45-70.
- PEER, A. (2015), *Julius Caesar's Bellum Civile and the Composition of a New Reality*, Farnham.
- PEREA YÉBENES, S. (2015), «Los inicios de César (Octavio) como jefe militar: el año 44, de Apolonia a Roma, según la obra *Bios Kaisaros* de Nicolás de Damasco», *Studia Historica*, 33, pp. 97-133.
- PIGON, J. (2018), «The Historian Bruttidius Niger on the Death of Cicero (Seneca the Elder, *Suasoriae* 6.20-21)», *Athenaeum*, 106, pp. 149-167.
- PINA POLO, F. (2006), «The Tyrant Must Die: Preventive Tyrannicide in Roman Political Thought», en F. MARCO SIMÓN, F. PINA POLO y J. REMESAL (eds.), *Repúblicas y ciudadanos: modelos de participación cívica en el mundo antiguo*, Barcelona, pp. 71-101.
- (2019), «Losers in the Civil War between Caesarians and Pompeians», en K.-J. HÖLKESKAMP y H. BECK (eds.), *Verlierer und Aussteiger in der Konkurrenz unter Anwenden. Agonalität in der politischen Kultur des antiken Rom*, Stuttgart, pp. 147-168.
- POWELL, A., y WELCH, K. (eds.) (2012), *Sextus Pompeius*, Londres.
- PREMERSTEIN, A. von (1937), *Vom Werden und Wesen des Prinzipats*, Múnich.
- RAAFLAUB, K. (1974), *Dignitatis Contentio: Studien zur Motivation und Politischen Taktik im Bürgerkrieg zwischen Caesar und Pompeius*, Múnich.
- (2018), «Caesar, Literature and Politics at the End of the Republic», en L. GRILLO y C. B. KREBS (eds.) (2018), *The Cambridge Companion to the Writings of Julius Caesar*, Cambridge, pp. 13-28.
- RAMSEY, J. T. (ed.) (2003), edición y comentario a CICERO, *Philippics I-II*, Cambridge.
- (2004), «Did Julius Caesar Temporarily Banish Mark Antony from His Inner Circle?», *CQ*, 54, pp. 161-173.
- (2008), «At What Hour Did the Murderers of Julius Caesar Gather on the Ides of March 44 B.C.?», en St. HEILEN *et al.* (eds.), *In Pursuit of Wis-*

- senschaft: Festschrift für William M. Calder III zum 75. Geburtstag*, Olms, pp. 351-363.
- (2016), «How and Why was Pompey made sole consul in 52 B.C.?», *Historia*, 65, pp. 298-324.
- RAMSEY, J. T., y LICHT, A. L. (1997), *The Comet of 44 B.C. and Caesar's Funeral Games*, Chicago.
- RAMSEY, J. T., y RAAFLAUB, K. A. (2017), «Chronological Tables for Caesar's Wars (58-45 BCE)», *Histos*, 11, pp. 162-217.
- RAUBITSCHKE, A. E. (1954), «Epigraphic Notes on Julius Caesar», *JRS*, 44, pp. 65-75.
- RAWSON, E. (1985), *Intellectual Life in the Late Roman Republic*, Londres.
- RIBERA I LACOMBA, A. (1995), «La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo», *JRA*, 8, pp. 19-40.
- ROBB, M. A. (2010), *Beyond Populares and Optimates. Political Language in the Late Republic*, Stuttgart.
- RODDAZ, J. M. (1988), «Lucius Antonius», *Historia*, 37, pp. 317-346.
- RODRIGUEZ PANTOJA, M. (2010), «Dos poemas "políticos" atribuidos a Virgilio: *Catalepton* 3 y 8», *Estudios Clásicos*, 138, pp. 39-48.
- ROHR VIO, F. (2001), *Le voce del dissenso. Ottaviano Augusto e i suoi oppositori*, Padua.
- (2015), «*Dux femina*: Fulvia in armi nella polemica politica di età triumvirale», en T. M. LUCHELLI y F. ROHR VIO (eds.), *Viri Militares. Rappresentazione e propaganda tra Repubblica e Principato*, Trieste, pp. 61-89.
- ROLLER, D. W. (2018), *Cleopatra's Daughter and Other Royal Women of the Augustan Era*, Oxford.
- ROLLER, M. B. (1997), «Color-Blindness: Cicero's Death, Declamation and the Production of History», *CPh*, 92, pp. 109-130.
- ROSENBERGER, V. (1992), *Bella et expeditiones. Die antike Terminologie der Kriege Roms*, Stuttgart.
- ROSILLO LÓPEZ, C. (2006-2007), «El funcionamiento de un pulso político: discurso, endeudamiento y política en el *de aere alieno*, *de ui et de ambitu* de Clodio», *Espacio, Tiempo y Forma*, 19-20, pp. 161-175.
- (2010), *La corruption à la fin de la République romaine*, Stuttgart.
- ROSIVACH, V. (1980-1981), «Caelius' Adherence to the Caesarian Cause», *Classical World*, 74, pp. 201-212.
- ROSSI, A. (1999-2000), «The Camp of Pompeius: Strategy of Representation in Caesar's *bellum ciuile*», *CJ*, 95, pp. 239-256.
- ROTONDI, G. (1912), *Leges publicae populi Romani*, Milán (reimpr. 1966).
- RUEBEL, J. S. (1979), «The Trial of Milo in 52 B.C.: A Chronological Study», *TAPA*, 109, pp. 231-249.
- (1996), «Caesar's *dignitas* and the Outbreak of the Civil War», *Syllecta Classica*, 7, pp. 133-141.

- RUSSEL, A. (2012), *The Politics of Public Space in Republican Rome*, Cambridge.
- RUSSELL, J. (1980), «Julius Caesar's Last Words: a reinterpretation», en B. MARSHALL (ed.), *Vindex humanitatis: Essays in Honour of John Huntley Bishop*, Armindale, pp. 123-128.
- RYAN, F. X. (1998), *Rank and Participation in the Republican Senate*, Stuttgart.
- SABLAYROLLES, R. (1996), *Libertinus miles. Les cohortes de uigiles*, Roma.
- SAMBANIS, N. (2004), «What is a Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition», *The Journal of Conflict Resolution*, 48.6, pp. 814-858.
- SANTANGELO, F. (2016), «Performing Passions, Negotiating Survival: Italian Cities in the Late Republican Civil Wars», en H. BÖRM, M. MATHEIS y J. WIENAND (eds.), *Civil War in Ancient Greece and Rome*, Stuttgart, pp. 127-148.
- (2018), «Teophanes of Mytilene, Cicero and Pompey's Inner Circle», en H. VAN DER BLOM, C. GRAY y C. STEEL (eds.), *Institution and Ideology in Republican Rome*, Oxford, pp. 128-146.
- SCHEIDEL, W. (2004), «Human Mobility in Roman Italy I: The Free Population», *JRS*, 94, pp. 1-26.
- SCHWARTZ, J. (1948), «Sur quelques anecdotes concernant César et Cicéron», *REA*, 50, pp. 264-271.
- SCOTT, K. (1933), «The Political Propaganda of 44-30 B.C.», *MAAR*, 11, pp. 7-50.
- SEAGER, R. (2002), *Pompey the Great. A Political Biography*, 2.^a ed., Oxford.
- SEADLEY, D. (1997), «The Ethics of Brutus and Cassius», *JRS*, 87, pp. 41-53.
- SEEMAN, L. (2019), «Die Tyrannenmörder auf dem Kapitol», *Historia*, 68.1, pp. 95-114.
- SEHLMAYER, M. (1999), *Stadrömische Ehrenstatuen der republikanischen Zeit*, Stuttgart.
- SETTLE, J. N. (1963), «The trial of Milo and the other *Pro Milone*», *TAPA*, 94, pp. 268-280.
- SHACKLETON BAILEY, D. R. (1960), «The Roman Nobility in the Second Civil War», *CQ*, 10, pp. 253-267.
- SHERK, R. K. (1984), *Rome and the Greek East to the Death of Augustus*, Cambridge.
- SIMELON, P. (1985), «À propos des émeutes de M. Caelius Rufus et de P Cornelius Dolabella (48-47 a.C.)», *Les Études Classiques*, 53, pp. 387-405.
- SISANI, S. (2016), «Le Istituzioni municipali: legislazione e prassi tra il I secolo a.C. e l'età Flavia», en *L'Italia dei Flavi (Atti Roma 2012)*, Roma, pp. 9-55.
- SKINNER, M. B. (2011), *Clodia Metelli. The Tribune's Sister*, Oxford.
- SMALL, M., y SINGER, J. D. (1982), *Resort to Arms: International and Civil Wars 1816-1980*, Beverly Hills.

- SMITH, C. J. (2012), «The *Feriae Latinae*», en J. RASMUS BRANDT y J. W. IDDENG (eds.), *Greek and Roman Festivals. Content, Meaning and Practice*, Oxford, pp. 267-288.
- SOLER RUIZ, A. (1990), *Apéndice virgiliano*, Madrid (BCG 141).
- SOLIN, H. (1981), «Caesar und P. Clodius Pulcher in Terracina», *ZPE*, 43, pp. 357-361.
- SORDI, M. (1990), «Cicerone e il primo epitafio romano», en M. SORDI (ed.), *Dulce et decorum est pro patria mori. La morte in combattimento nell'antichità*, Milán, pp. 170-179.
- STANTON, G. R. (2003), «Why did Caesar Cross the Rubicon?», *Historia*, 52.1, pp. 67-94.
- STARK, R. (1996), *The Rise of Christianity. A Sociologists reconsiders History*, Princeton.
- STEEL, C. (2012), «The *lex Pompeia de provinciis* of 52 B.C.: A Reconsideration», *Historia*, 61.1, pp. 83-93.
- STEEL, C., y BLOM, H. van der (eds.) (2013), *Community and Communication. Oratory and Politics in Republican Rome*, Oxford.
- STOCKTON, D. (1971), *Cicero, A Political Biography*, Oxford.
- STONE, A. M. (1980), «Pro Milone. Cicero's Second Thoughts», *Antichthon*, 14, pp. 88-91.
- STORCH, R. H. (1995), «Relative Deprivation and the Ides of March: Motives for Murder», *The Ancient History Bulletin*, 9, pp. 45-52.
- STRAUMANN, B. (2017), «Roman Ideas on the Loose», *Critical Analysis of Law*, 4.2, pp. 141-151.
- STRAUSS, B. (2016), *La muerte de César* (2015), Madrid.
- SUMI, G. S. (1997), «Power and Ritual: The Crowd at Clodius' Funeral», *Historia*, 46.1, pp. 80-102.
- (2015), *Ceremony and Power. Performing Politics in Rome between Republic and Empire*, Ann Arbor.
- SYME, R. (1938), «The Allegiance of Labienus», *JRS*, 28, pp. 113-125.
- (1939), *The Roman Revolution*, Oxford.
- (1944), reseña de M. GELZER, *Caesar der Politiker und Staatsmann*, *JRS*, 24, pp. 92-103, o en R. SYME, *Roman Papers*, vol. 1, Oxford, 1979, pp. 148-181.
- (1958), *Tacitus*, Oxford.
- (1964), *Sallust*, Berkeley-Los Angeles.
- TARPIN, M. (2002), *Vici et pagi dans l'Occident romain*, Roma.
- (2015), «La *coloniae lege Pompeia*: una storia impossibile?», en G. CRESCI MARRONE (ed.), *Trans Padum... usque ad Alpes. Roma tra il Po e le Alpi: dalla Romanizzazione alla romanità*, Roma, pp. 197-215.
- TATUM, W. J. (1990), «P. Clodius Pulcher and Tarracina», *ZPE*, 83, pp. 299-304.

- TAYLOR, L. R. (1949), *Party Politics in the Age of Caesar*, Berkeley.
- TEMPEST, K. (2017), *Brutus. The Noble Conspirator*, Yale.
- TOHER, M. (2004), «Octavian's Arrival in Rome, 44 B.C.», *CQ*, 54, pp. 174-184.
- TORELLI, M. (1996), *Historia de los etruscos*, Barcelona.
- TREGGIARI, S. (1970), «A New Collina», *Historia*, 19, pp. 121-122.
- TSOUNI, G. (2018), «The "Academy" in Rome: Antiochus and his vetus Academia», en G. M. MÜLLER y F. MARIANI ZINI (eds.), *Philosophie in Rom - römische Philosophie?*, Berlín, pp. 139-149.
- TURNER, A. J. (2019), «The Lost Historians of Late Republican civil War», en C. H. LANGE y F. VERVAET, *Historiography of the Roman Civil Wars*, Leiden, pp. 87-110.
- TYRRELL, R. Y., y PURSER, L. C. (1914), *The Correspondence of M. Tullius Cicero*, Dublín-Londres.
- URSO, G. (ed.) (1999), *L'ultimo Cesare. Scritti riforme progetti coniuere*, Cividale del Friuli.
- (ed.) (2009), *Cesare: precursore o visionario*, Cividale del Friuli.
- VERBOVEN, K. (1997), «*Caritas Nummorum*. Deflation in the Roman Republic?», *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte*, 16,2, pp. 40-54.
- (2003), «54-44 BCE: Financial or Monetary Crisis?», en E. LO CASCIO (ed.), *Credito e Moneta nel mondo romano*, Bari, pp. 49-68.
- VILLE, G. (1981), *La gladiature en Occident*, Roma.
- VIRLOUVET, C. (1994), «Fulvia la pasionaria», en A. FRASCHETTI (ed.), *Roma al femminile*, Bari, pp. 71-94.
- (1995), *Tessera frumentaria: les procédures de la distribution de blé public à Rome*, Roma.
- VIVAS GARCÍA, G. A. (2017), «El Ottaviano Capoparte de Mario Attilio Levi y su influencia en The Roman Revolution de Ronald Syme», *Gerión*, 35, pp. 279-297.
- VOISON, J. L. (1983), «Le triomphe africain de 46 et l'idéologie césarienne», *Ant. Afr.*, 19, pp. 7-33.
- VOLPONI, M. (1975), *Lo sfondo italico della lotta triumvirale*, Génova.
- WALLACE-HADRILL, A. (1990), «Roman Arches and Greek Honours: The Language of Power at Rome», *PCPhS*, 216, pp. 143-181.
- WEINSTOCK, S. (1971), *Divus Iulius*, Oxford.
- WELCH, K. E. (1995), «Fulvia and the Ghost of Clodius in 47 B.C.», *Greece and Rome*, 42, pp. 182-201.
- (2012a), «Both Sides of the Coin: Sextus Pompeius and the so-called Pompeiani», A. POWELL y K. WELCH (eds.), *Sextus Pompeius*, Londres, pp. 1-30.
- (2012b), *Magnus Pius. Sextus Pompeius and the Transformation of the Roman Republic*, Swansea.
- (ed.) (2015), *Appian's Roman History. Empire and Civil War*, Swansea.

- WESTALL, R. (1996), «The Forum Iulium as Representation of Emperor Caesar», *MDAI(R)*, 103, pp. 84-118.
- (2015), «The Sources for the *Civil Wars* of Appian of Alexandria», en K. E. WELCH (ed.), *Appian's Roman History. Empire and Civil War*, Swansea, pp. 125-168.
- (2017), *Caesar's Civil War. Historical Reality and Fabrication*, Leiden.
- (2019), «Fragmentary Historians and the Roman Civil Wars», en C. H. LANGE y F. VERVAET (eds.), *Historiography of the Roman Civil War*, Leiden, pp. 54-86.
- WHITE, P. (2010), *Cicero in Letters. Epistolary Relations of the Late Republic*, Oxford.
- WILDE, M. de (2013), «The Dictatorship and the Fall of the Roman Republic», *ZSS*, 130, pp. 1-39.
- WILLIAMS, C. A. (1999), *Roman Homosexuality. Ideologies of Masculinity in Classical Antiquity*, Oxford.
- WISEMAN, T. P. (1985), *Catullus and his World. A Reappraisal*, Cambridge.
- (1994), «Caesar, Pompey and Rome, 59-50 B.C.», en J. CROOK, A. LINTOTT y E. RAWSON (eds.), *Cambridge Ancient History*, vol. IX, *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 B.C.*, Cambridge, pp. 368-423.
- (2010), «The Two-Headed State: How Romans Explained Civil War», en B. W. BREED, C. DAMON y A. ROSSI (eds.), *Citizens of Discord. Rome and Its Civil Wars*, Oxford, pp. 25-44.
- (2012), «Where did they live (e.g., Cicero, Octavius, Augustus)?», *JRA*, 25, pp. 657-672.
- WISTRAND, M. (1979), *Cicero Imperator. Studies in Cicero's Correspondence, 51-47 B.C.*, Goteborg.
- WOODMAN, A. J. (1983), *Velleius Paterculus. The Caesarian and Augustan Narrative (2,41-93)*, Cambridge.
- WOOLF, G. (2007), *Et tu, Brute? A Short History of Political Murder*, Londres.
- WRIGHT, A. (2001), «The Death of Cicero. Forming a Tradition: The Contamination of History», *Historia*, 50, pp. 436-452.
- ZAGORIN, P. (1973), «Theories of Revolution in Contemporary Historiography», *Political Science Quarterly*, 88, pp. 23-52.
- ZANKER, P. (1992), *Augusto y el poder de las imágenes*, Madrid.
- ZEVI, F. (2016), «I Fasti di Privernum», *ZPE*, 197, pp. 287-309.
- ZECCHINI, G. (1990), «C. Giulio Cesare e il Galata morente», en M. SORDI (ed.), *Dulce et decorum est pro patria mori. La morte in combattimento nell'Antichità*, Milán, pp. 246-259.
- (2001), *Cesare e il mos maiorum*, Stuttgart.
- ZINN, C. (1960), «Elemente des Humors in augusteischer Dichtung», *Gymnasium*, 67, pp. 41-56 y 152-155.

PALABRA DE AUTOR

Tal vez el origen de *Entre tiranos* esté en un azar, el de haberme topado con un ejemplar de *Ottaviano capoparte* en una librería de viejo de Buenos Aires. El libro de Levi sigue siendo una maravilla que, por diversas razones, no ha encontrado el reconocimiento que, a mi juicio, merece. Tras este primer golpe de fortuna, su núcleo se forjó algunos años después, durante la estancia de tres meses del año 2016, en University College London, que pude realizar gracias a una ayuda del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte para el proyecto que presenté, denominado «Revolución, guerra civil (52-42 a.C.) y republicanismo cívico» (PRX15/00145). La cordial hospitalidad de Valentina Arena me permitió trabajar con plena comodidad en la Senate House de Londres, en los tormentosos meses del referéndum sobre el Brexit, e impartir una conferencia sobre «Taking Sides in the Civil War (49-44 BC): Fear, Memories and High-Sounding Words» en el Institute of Advanced Studies en UCL.

He podido presentar y debatir diversos aspectos sobre el problema de la guerra civil de César en foros distintos, como las reuniones bianuales de la red *Libera Res Publica* en Sevilla (2015), Girona (2017) y Palma de Mallorca (2019), o el Seminario permanente *Barbaricum* de la Complutense de Madrid (2018). También he contado con lectoras atentas de algunos de los capítulos del libro, como Ana Mayorgas u Olalla López Costas, a quienes hago constar aquí mi agradecimiento, extensible de modo muy especial a Vaida Urbonaité, con quien he podido leer pausadamente tantas páginas de historia de Roma en el idioma de Mommsen.

Ames, febrero de 2020.

ÍNDICE DE NOMBRES*

- Accio, L. (tragediógrafo), 137
Adamclissi (altar), 192n.67
Afranio, L. (cos. 60), 92; muerte, 162
Agamben, Giorgio, 229nn.61-62
Agustín de Hipona, 229n.56
Alejandría, 83, 94
Alquileres (en Italia), 79, 84-85, 167
Amatio, 132, 139, 216n.93
Ampio Balbo, T. (praetor 59), 102, 125, 200n.111, 207n.159
Ana Perena, 122
Aneo Lucano, M., 103, 158, 160, 170, 185-186
Anio, P. (trib. militum 87), 34
Anio Escápula, 209n.207
Anio Milón, T. (praetor 55), asesinato en Bovilas, 11-12; condena y exilio, 31; deudas, 22; juicio, 25-28; muerte, 79-80
Antíoco de Ascalón, 182
Antistio Veto, C. (trib. plebis 56), 147
Antistio, L. (trib. plebis 58), 68
Antonio, C. (praetor 44, hermano del triunviro), 133, 155
Antonio, L. (hijo del triunviro), 173
Antonio, L. (cos. 41, hermano del triunviro), 139, 211n.15; ideología, 224nn.38-39; Perugia, 168, 170, 173
Antonio, M. (cos. 99), 34
Antonio, M. (triunviro), 44-45, 116, 133, 185; acusa a Milón, 27; augur, 51; con Cleopatra, 169-170; con la cabeza de Cicerón, 156; cónsul, 129-132; contra Décimo Bruto, 134; contra Octavio, 139; en Brundisio, 140; enfrentamiento con Dolabela, 85, 88; Filipos, 166; funeral de César, 131; guerra de Mutina, 146-148, 187; lupercos, 117-118; proscripciones, 150-155; ruptura con César, 204n.86; su casa, 212n.25; tribuno de la plebe, 53-55, 65-66; triunvirato, 151
Antonio Antilo, M. (hijo del triunviro), 144, 173
Antonio Híbrida, C. (cos. 63), 38, 76
Apiano de Alejandría, 45
Apolonia, 118, 131

* Los personajes romanos figuran alfabetizados según el *nomen*.

- Apuleyo Deciano, C. (trib. plebis 98), 37
- Apuleyo Saturnino, L. (trib. plebis 103 y 100), 17, 37, 125
- Aquila (general de Tolomeo XIII), 82, 94
- Arco triunfal, 206n.143
- Arendt, Hannah, 180
- Ariárates, 169
- Arimino, 55
- Aristogitón, 36
- Arquelao, rey de Capadocia, 169
- Arsinoe, 95
- Asinio Polión, C. (cos. 40), 41, 43-46, 69, 147, 148, 157, 161, 224n.40; cifras de bajas, 209n.199; como fuente de Apiano y Plutarco, 194n.12; Perugia, 169-171
- Atalo I del Pérgamo, 100
- Ategua, 160
- Atenas, 36, 57, 162; amnistía, 130
- Atia (madre de C. Octavio), 131
- Ático, *véase* Pomponio
- Augusto, *véase* Octavio
- Aurelio Cota, C. (cos. 75), 206n.132
- Aurelio Cota, M. (cos. 74), 206n.132
- Auspicios, 105
- Bajas en combate (número), 112-114, 210n.208 y 209
- Benevento, 150
- Bononia, 150, 167
- Bovilas, 11, 22, 26, 49
- Brundisio, 61-62, 110, 198n.78
- Caín, 185-186
- Calendario, 20, 94; guerra civil, 187; mes de julio, 217n.116; reforma juliana, 93, 179; *véase también* mes intercalar y *fasti*
- Calidio, M. (praetor 57), 17
- Calpurnia (esposa de César), 129, 215n.84
- Calpurnio Bíbulo, M. (cos. 59), 162
- Calpurnio Pisón Cesonino, L. (cos. 58), 102, 130, 138, 143
- Calvisio Sabino, C. (cos. 39), 119, 157, 212n.23
- Camelopardal (jirafa), 97
- Camisards*, 40
- Canuleyo, C. (veterano VII legión), 111
- Capua, 56, 150
- Carruca, 160
- Cascelio, A. (praetor?), 154
- Casio, E. (cos. 502, 493 y 486), 40
- Casio Longino, Q. (praetor 44), 54, 121; en Italia tras los idus, 134-136; epicúreo, 123; muerte, 167
- Catulo, *véase* Valerio Catulo
- Causinio Escolá, C., 12
- Cayeta, 154
- Cecilio Cornuto, M. (praetor 43), 147, 149
- Cecilio Metelo Escipión, Q. (cos. 52), 161; consulado, 14-15, 32, 46; en África, 91-92, 94, 95; estatua de Nasica, 35-36; muerte, 162; suegro de Pompeyo, 19
- Cecilio Metelo Céler, Q. (cos. 60), 46, 201n.8
- Cecina, A., 102, 207n.159
- Celio Rufo, M. (praetor 48), 20, 23-24, 31, 39, 51, 55, 73, 76-79, 85, 157, 161; muerte, 80
- celtas, 206n.135
- censo, 111, 112
- Cesetio Rufo, P., 153
- Cinna, *véase* Helvio
- Claudia (hija de P. Clodio), 170
- Claudio, A. (senador), 17, 27
- Claudio Marcelo, C. (cos. 50), 49, 52-53, 102

- Claudio Marcelo, C. (cos. 49), 50; muerte, 162
- Claudio Marcelo, M. (cos. 51), 17, 40, 48, 71, 102-103; muerte, 162-163
- Claudio Pulcro, A. (cos. 54), 195n.12
- Claudio Pulcro, A. (cos. 38), 162; legiones «apianas», 51-52
- clemencia, 127-128
- Cleopatra, 84, 94, 131, 133, 175, 215n.89; con Marco Antonio, 169-170
- Clodia (hermana de P. Clodio), 27, 39, 76, 157, 175
- Clodio Pulcro, P. (aed. 56), amistad con Plocio Galo, 35; ataques de Cicerón, 31-32; funeral, 15-16; grafito, 38; juicio por su asesinato, 25-27; muerte, 11, 29, 36; residencia en el Palatino, 12, 40, 157
- Cloelio, Sex., 13, 30-31; perdonado por Marco Antonio, 134
- colonias, 167
- cometa, 137-138, 217n.120
- Compitales, 38-40, 85, 203n.63
- Compsa, 80-81
- Concordia, 214n.74
- Corduba, 109, 112
- Corfinio, 59-60, 110
- Cornelia (mujer de Fausto Sila), 162
- Cornelia (mujer de Pompeyo), 82, 83, 170
- Cornelio Balbo, L. («el mayor», cos. 40), 69, 107, 207n.164
- Cornelio Balbo, L. («el menor»), 61
- Cornelio Cinna, L. (cos. 87), 158, 184
- Cornelio Cinna, L. (praetor 44), 130
- Cornelio Dolabela, P. (cos. 44), 36, 57; elegido cónsul, 118, 131; propuesta de cancelación de deudas, 85-86, 88; tras los idus de marzo, 129, 132, 133, 134, 136, 139, 141, 144, 145
- Cornelio Escipión Nasica, P. (cos. 138), 35-36
- Cornelio Léntulo Crure, C. (cos. 49), 50, 56, 162
- Cornelio Léntulo Espínter, P. (cos. 57), 112, 121; muerte, 162
- Cornelio Sila, Fausto (hijo del dictador), 17, 92; muerte, 162
- Cornelio Sila (dictador), L., 18, 38, 41, 57, 58, 60, 125, 127, 153, 176; *Memorias*, 176
- Cornelio Sila, P. (cos. design. 66), 12, 88
- Cornelio Sisena, L. (historiador), 176, 225n.8
- Cornelio Tácito (historiador), 175
- Cosconio, C. (praetor 54?), 88
- Crastino (centurión de César), 71
- Demócratas, 33-34, 66, 72, 101, 125, 144-145, 172, 191n.56
- Diodoro Sículo, 182-183, 228n.40
- Dirraquio, 64, 81, 109, 110, 160, 161
- Domicio Enobarbo, Cn. (cos. 32), 121, 167
- Domicio Enobarbo, L. (cos. 54), 24, 51; en Corfinio, 59-60, 196n.52; muerte, 161
- elefantes, 96, 97, 198n.90, 206n.126
- Elio Tuberón, Q., 102
- Emilio Escauro, M. (praetor 56), 12
- Emilio Filemón, M. (liberto), 24
- Emilio Lévido, M^p. (cos. 66), 14
- Emilio Lévido, M. (cos. 78), 124
- Emilio Lévido, M. (triumviro), 64, 116, 118, 129, 147-148; *magister equitum*, 212n.17, 215n.81;

- pontífice máximo, 130; proscripciones, 150-154; triunvirato, 151
 Emilio (Lépido) Paulo, L. (cos. 50), 49, 194n.6, 214n.74
 Emilio Paulo, M. (cos. 115), 192n.64
 Ennio, 76
 Epicuro, 123, 152
 erario de Saturno, 75
 Esceva (centurión cesariano), 111
 Escribonio Curión, C. (trib. plebis 50), 77, 110; *fascēs*, 229n.57; huída, 55; muerte, 78; partidario de César, 48; reunión con Cicerón, 65, 185; teatro móvil, 32
 esclavos, 17, 112, 122
 Espartaco, 81
 Espurina (arúspice), 117
 Etna, 138

 Fabio Máximo, Q. (cos. 45), 105
 Farnaces, 88, 94
 Farsalia, 81-82, 95, 98, 100, 103, 109, 110, 124, 161
Fasti, Amiternini, 229n.65; *Caprenses*, 205n.115; *Consulares*, 211n.4; *feriarum Latinarum*, 198n.80; *Priuernates*, 212n.17; *Triumphales*, 211n.7; véase también calendario
 Fausta (mujer de Milón), 17
 Favonio, M. (praetor), 158
 Ferias latinas, 67, 116
 Filipo (liberto de Pompeyo), 83
 Filipos (batalla), 156, 166
 Filón de Larisa, 182
 Floro (historiador), 176
 Formias, 63, 154, 155
 Foucault, Michel, 159, 186
 Fufcio Fangon, C., 212n.23
 Fufio Caleno, Q. (cos. 47), 21, 143
 Fulvia, 13, 27, 48, 55, 141, 144, 153, 157, 204n.86; con la cabeza de Cicerón, 156; en la guerra de Perusia, 168-172; matrimonio con M. Antonio 88-89; muerte, 173
 Furio Camilo, M. (dictador), 95

 Gades, 52
 Galia, Cisalpina, 51, 53, 58, 71-72, 115, 134, 144, 165; ciudadanía romana, 199n.105; Transalpina, 59
 gladiadores, 61, 97
 Gláfrica, 169
Glandes, 170-171
 Glicón, 146
 Gomfos, 160
 Goya y Lucientes, Francisco de, 187
 guerra civil, 176-177
 Granonio, N. (centurión pompeyano), 112

 Helvio Cinna (trib. plebis), 131
 Hircio, A. (cos. 43), 53, 129, 143, 144, 146, 170; muerte, 147
 Hobbes, 185-186
 Horacio Flaco, Q. (poeta), 45
 Hortensia, 152
 Hortensio, Q. (cos. 69), 17, 21, 51, 101
 Hortensio Hortalo, Q. (praetor 45), 156

 Ilerda, 110
 impuestos, 152, 219n.174, 220n.188
Interrex, 14, 16-18
 Isis, 85

 Jenofonte, *Hierón*, 104
 jirafa, 97
 Juba, rey de Numidia, 82, 84, 87, 92, 94, 95, 100, 103
 Juba (futuro Juba II), 95

- Julia (hija de César), 19, 97, 131, 170
- Julio César, C. (dictador perpetuo), 42, 44, 46; *de Analogia*, 212n.27; *Anticatón*, 106; apoteosis, 122, 137, 172, 213n.39; asalta el erario de Saturno, 75; asesinato, 115-124; *bellum ciuile*, 226n.13; campaña de África, 91-92, 160; campaña de Italia, 56, 58-60, 63-64; campaña pártica, 118-119; causa cesariana, 68-73, 184; censo del 46, 112-113; colonias, 112; dictador, 117; escolta, 116; Farsalia, 81-82; foro de César, 98-99; funeral, 15, 130-131; guerra civil, 177, 187; guerra de Hispania, 160; homosexual pasivo, 190n.20; honores, 105-106; *imperator*, 208n.178; juicios a pompeyanos, 103; mandato en las Galias, 20, 53-54; motín de Placentia, 66; motín de Campania, 88; padre de la patria, 139; publicanos, 52, 183-184; reforma del calendario, 93; reunión con Cicerón en Puteoli, 107; Rubicón, 55; temor a ser encausado, 161; tirano, 124-125; triunfo, 94-97, 98-100, 105; triunvirato, 18, 45; trofeos de Mario 38; últimas palabras, 212n.28; visión imperial, 200n.106, 226n.19
- Julio César, L. (mensajero en el 49), 55-56
- Julio César Estrabón, C. (aed. cur. 90), 34
- Junio Bruto Albino, D. (cos. design. 43), 121, 129, 131, 134, 141; guerra de Mutina, 146-147; *monetalis*, 214n.74
- Junio Bruto, L. (cos. 509), 19, 123
- Junio Bruto, M. (praetor 82), 60, 213n.52
- Junio Bruto, M. (praetor 44), 19, 29, 102, 123, 133, 154, 155, 156, 162; abandona Italia, 138; asesinato de César, 120-121; correspondencia con Cicerón, 145, 147; en Farsalia, 81-82; en Italia tras los idus, 134-136; estoicismo, 214n.57; estatua en Mediolano, 165; moneda con su efigie, 166; muerte, 167
- Junio Bruto Damasipo, 92
- Laberio, D. (mimografo), 89-91, 101, 104
- Labieno, T. (trib. plebis 63), 37, 43, 52, 70, 82, 92, 104, 199n.96
- lamprea, 96
- Lanuvio, 26, 135
- Lares, 38
- legiones, 222nn.10-11; apianas, 51, 59; de César, 58-59, 196n.48, 209n.202; Marcia, 140, 145, 146, 147, 149; motín de Campania, 88; para la campaña pártica, 136
- Lesbia, véase Clodia
- Leuctra, 195n.10
- Levi, Mario Attilio, 177-178
- Ley, *Antonia de actis Caesaris confirmandis*, 216n.104; Diez Tribunos, 54; Hircia, 201n.18; Julia *de bonis cedendis*, 201n.6; Licinia Pompeya, 53, 195n.26; Pedia, 150, 153, 165; Plautia, 23, 190n.33; Pompeya *de prouinciis*, 21-22, 54, 67; Pompeya *de ui*, 24-25; Roscía, 72; Ticia, 151; Vatinia, 53, 136
- Liberalia*, 104
- Libitina, 14
- Licaón, 116, 124

- Licinio Craso, L., 12
 Licinio Craso, M. (cos. 70 y 55), 19
 Licinio Macro, C. (praetor 68), 35
 Ligario, P., 92
 Ligario, Q., 102-103
 Livia Drusila, 173
 Livio, T. (historiador), 157, 175
 Livio Druso, M. (tr. plebis 91), 15, 35
 Lucano (poeta), véase Aneo Lucrecio Caro, M.
 Lucrecio Caro, T. (poeta), 123, 213n.45
 Lucrecio Vespilón, Q. (cos. 19), 80, 202n.29
ludi, Apollinares, 137; *Victoriae Caesaris*, 137
 Luis XVI, 180
 Lupercales, 117
 Lutacio Catulo, Q. (cos. 102), 35, 40, 158
- Macedonia, 134, 136
 Magio, N., 197n.61
 Magio Quilón, P., 162
 Mamurra, 91
 Manio (agente de Marco Antonio), 169
 Marcial, véase Valerio
 Marcio Censorino, L. (cos. 39), 120, 141, 157, 212n.23
 Marcio Filipo, L. (cos. 56), 133, 143
 Mario, C. (cos. 107, 104-100, 86), 34-35, 37-38, 158, 171
 Mario Gratidiano, M. (trib. plebis 86), 17, 35, 37, 40, 158, 160
 Marsias, 49-50
 Masilia, 66, 94
 Matio, C., 137
 Meier, Christian, 179
 Melio, Espurio (trib. plebis 436), 123
 mes intercalar, 18, 48
- Minerva, 155
 Minucio Rufo (praetor 43), 151, 153, 221n.197
 Mommsen, Theodor, 42
 Munacio Planco, L. (cos. 42), 171, 223n.35
 Munacio Planco Bursa, T. (trib. plebis en 52), 13, 21, 31-32, 136, 142, 148
 Munda, 62, 100, 104, 109, 113, 160, 208n.172
 Mutina, 146, 150, 187
- Napoleón, 140
 Narbo Martius, 111
 Neapolis, 115
Nékyia, 196n.39
 NIAC, 181
 Nicomedes, rey de Bitinia, 96
 Nigidio Figulo, P. (praetor 58), 102, 207n.159
 Novocomo, 71
 Nursia, 172, 224n.43
- Octavio, Cn. (cos. 165), estatua en los *rostra*, 13
 Octavio, Cn. (emperador Augusto), 44, 95, 116; adopción por César, 133, 150, 216n.99; cometa, 137; ejército privado, 139; Filipos, 166; foro de Augusto, 165-166; Fulvia, 169-170; guerra de Mutina, 146-148; heredero de César, 131; llegada a Italia, 133, 216n.100, 217n.107; marcha sobre Roma, 149-150; obtiene el *imperium*, 144; Perugia, 168-171; proscripciones, 150-154; triunvirato, 151; triple triunfo, 175
 Opimio, L. (cos. 121), 127
 Opio, C., 107, 207n.165

- optimates, 33-34, 47, 52, 64, 72, 101, 144-145, 184
- Ortega y Gasset, José, 73
- Ovidio, P. (poeta), 115
- Papirio Carbón, Cn. (praetor 81), 60
- Papirio Peto, L., 101
- Parilia*, 104
- Patavio, 178
- Pedio, Q. (cos. 43), 80, 105, 131, 150
- Perperna, M. (cos. 92), 67
- Perusia, 168-172
- Petreyo, M. (pretor fecha incierta), 92, 94
- pileus*, 166, 195n.11
- Pinario, L., 131
- Placentia, motín, 66
- Platón, 63, 124, 125; cambio constitucional, 182
- Plautio Hipseo, P. (cand. consulado 52), 14
- Pletorio Rustiano, 92
- Plocio Galo, L., 35
- Plutarco, 45
- Pompeya, 65
- pompeyanos, 218n.147, 229n.59
- Pompeyo, Cn. (hijo de Magno), 87, 104, 125, 160
- Pompeyo, Sex. (hijo de Magno), 44, 82, 104, 133, 134, 135, 150, 216n.96; bloqueo de Italia, 167, 168, 173
- Pompeyo Estrabón, Cn. (cos. 89, padre de Magno), 184
- Pompeyo Magno, Cn. (cos. 70, 55, 52), 16, 52, 125, 170, 176, 177; alianza con optimates, 20, 47-48; anillo, 202n.47; *annona*, 112; cónsul único, 18-19, 32, 175; defensa de la república, 69; derrota y muerte, 81-83; *domus rostrata*, 191n.52; estrategia contra César, 56-57; grave enfermedad, 49, 51; «jovenzuelo verdugo», 53; juicio de Milón, 23-24, 30-31; subasta de sus bienes, 203n.53; teatro, 33, 118, 122; toma de Valentia, 158
- Pompeyo Rufo, Q. (trib. plebis en 52), 13, 31
- Pomponio Ático, T., 57, 65, 70, 123, 130, 135, 140, 152; proscrito, 154
- Poncio Aquila, L. (trib. plebis 45), 105, 121; muerte, 147
- Popilio Lenas, C. (trib. militum 43), 155
- populares, véase demócratas
- Porcia (esposa de M. Bruto), 120, 123, 136
- Porcio Catón, M. (cos. 195), 191n.59
- Porcio Catón, M. (pr. 54), 17, 24, 27, 35, 45, 81, 82, 87, 103, 123, 125, 157; y los publicanos, 183; su muerte, 92-93, 94
- Porta Colina, 120
- Posidonio, 183, 228n.40
- Potino, 94
- Preneste, 171
- prodigios, 47, 81, 82, 84, 115, 153, 155; durante las ferias latinas, 67
- proscripciones, 60, 66, 151-154, 220nn.185 y 192
- Publilio Siro (mimógrafo), 132
- publicanos, 52, 57
- Quinctio Escápula, T. (oficial pompeyano), 112
- Quinquatrus*, 48; minúsculas, 49-50
- reclutamiento, 113
- Regio, 150

- retórica, 35 (escuelas)
 revolución, 178-179
 Roma, Atrio de la Libertad, 26, 44;
 bajas durante la guerra, 113-114;
 barrio Yugario, 49; Campo de
 Marte, 118, 122; Capitolio, 84,
 106, 129; Celio, 39, 90; circo
 Flamínio, 122; Circo máximo,
 97; Jano, 175; Palatino, 40, 117,
 153, 154, 157; *Regia*, 98, 129;
 roca Tarpeya, 86, 132
 Rómulo, 150, 185-186
 Roscio Fabato, L. (praetor 49), 55-
 56
 Rubicón, 55, 175
- Salustio Crispo, C. (historiador),
 21, 44, 50, 88, 93; prólogo
 de las *Historias*, 181; cambio
 constitucional, 183-184
 Salvidieno Rufo, Q., 169, 171,
 223n.33
 Salvio (trib. plebis 43), 151, 154,
 221n.197
 Saufeyo, L., 152
 Saufeyo, M., 31, 191n.48f
 Sempronio Graco, C. (trib. plebis
 123), 15, 35, 37, 125, 127; ley
 judiciaria, 182
 Sempronio Graco, Tib. (trib. plebis
 133), 15, 35-37, 125, 172
 Senado, 101, 162; centuriones en el
 Senado, 212n.23; contra Lucio
 Antonio, 172; contra Marco An-
 tonio, 134, 138, 141, 145; contra
 Octavio, 149; incendio de la
 curia, 13-6; quórum, 212n.23;
 reconstrucción, 118; tamaño,
 212n.19; tapiada, 215n.91; Sena-
 doconsulta último (SCU), 16,
 54, 72, 79, 86, 125, 144-145,
 186214n.62
- Septimio, L., 82
 Sergio Catilina, L. (pr. 68), 38, 76,
 81, 158, 176, 183
 Sertorio, Q. (praetor), 159
 Servilia (madre de Junio Bruto), 96,
 105, 136
 Servilio Ahala, C. (mag. equitum
 439), 19, 123
 Servilio Isáurico, P. (cos. 48), 79,
 145
 Sición, 173
sidus Iulium, 217n.120
 Siria, 134
 Sisena, véase Cornelio
 Sitio, P., 94, 162
 Sócrates, 57
 Sulpicio, P. (trib. plebis 88), 15, 35
 (Sulpicio?) Galba (praetor), 88
 Sulpicio Rufo, Ser. (cos. 51), 18, 48,
 64, 143, 162-163
Stata Mater, 39-40
 Syme, Ronald, 177-178, 226n.19
- Tácito, véase Cornelio
 Tapso, 91, 95, 103, 109
 Tarento, 87
 Tarquinia, 172
 Tarquinio el Soberbio, 124, 141
 Tarracina, 38, 192n.77
 Templo, Castor, 13, 132; Cibeles,
 39; Concordia, 127, 215nn.75-
 76; *Divus Iulius*, 122, 213n.41;
Fides 36; *Fortuna Respiciens*, 84;
 Furrina, 37; Jano, 99; Júpiter
 Capitolino, 16-17, 37, 49, 94,
 96, 98; Minerva en Aventino,
 49; *Ops* 36, 215n.83; Quirino,
 67, 106, 198n.81; Saturno, 25;
Tellus, 40, 130, 212n.25; *Venus*
Genetrix, 98, 137
 Teófanos de Mitilene, 41
 Terencia (mujer de M. Tulio), 87-88

- Terencio Varrón, M., 81, 140, 189n.17, 197n.65, 207n.149, 207n.156, 208n.180; *Tricéfalo*, 18, 194n.13; ciudad bicéfala, 182-183, 227n.38
- Tesalónica, 185
- tesorillos, 153
- Teuta, reina de Iliria, 13
- Ticio, Sex. (trib. plebis 99), 37
- Timomaco de Bizancio, 99
- tiranía, 125-128, 141, 214n.55
- Tirón, 156
- Tolomeo XII Auletes, 77
- Tolomeo XIII, 82, 84, 88, 94
- Tolomeo XIV, 94
- Trebiano, 207n.159
- Trebonio, C. (cos. 45), 78-79, 212n.25-26; muerte, 141, 144
- Triunfo, 25, 33, 44, 54-56, 94-96, 99, 100, 102, 105-106, 147, 171, 175, 201n.15, 202n.47, 206nn.126 y 143; *ouatio*, 116, 219n.168
- Tucidides, 68, 181
- Tulia (hija de M.), 87, 157
- Tulio Cicerón, M. 12, 17, 166, 176; *Catilinarias*, 176; *de aere alieno Milonis*, 190n.29; *Discurso en favor de Milón*, 28-31; *Discurso en favor de Marcelo*, 102-103, 207n.164; *Discurso en favor de Ligario*, 102-103, 207n.164; *Sobre el orador*, 34, 37; *Del supremo bien y del supremo mal*, 35; *Filípicas*, 139, 141-142, 145, 146, 171, 221n.206; *Sobre la adivinación*, 155; *Sobre la República*, 42, 62, 64; alianza con Octavio, 140, 144; asesinato de César, 120; acusa a César de ambicionar la tiranía, 125-126; cambio constitucional, 181, 183; correspondencia, 42-43; defensa de Celio, 76; juicio de Milón, 26; Farsalia, 81; guerra civil, 177, 185-187; guerra de Mutina, 146-149; huida de Italia, 65-66; libertad de palabra, 101; muerte, 154-157; oposición a Marco Antonio, 133-143; proscrito, 151; nombre, 43; neutralidad, 55-56, 62; relación con César, 20, 63-64, 106-107, 208n.184; con Laberio, 91; relación con Marcelo, 162-163; residencia en el Palatino, 12, 40, 157; reunión con César en Puteoli, 107; reunión con Octavio, 133; reunión con Bruto, 138; solicita el perdón de César, 87; toma de partido, 69, 161
- Tulio Cicerón, M. (hijo de M.), en Farsalia, 81; en Filipos, 166; proscrito, 151; anuncia la derrota de Marco Antonio, 156; cónsul en el año 30, 165
- Tulio Cicerón, Q. (praetor 62, hermano de M.), 87; muerte, 157
- Tulio Cicerón, Q. (sobrino de M.), 70, 87; muerte, 157
- Turia, 80, 202n.29
- Turios, 80-81
- Turrano, C. (praetor 44), 151
- Túsculo, 154
- Urso (hoy Osuna), 44
- Útica, 93
- Valentia, 158, 160
- Valerio Catulo, C. (poeta), 71-72, 90-91, 101, 205n.95
- Valerio León, P., 27
- Valerio Marcial, C. (poeta), 83
- Valerio Mesala, M. (cos. 53), 88, 212n.17

- Valerio Mesala Corvino, M. (cos. 31), 165
 Valerio Nepote, P., 27
 Valerio Triario, C., 35
 Veleyo Patérculo, 175, 176
 Ventidio Baso, P. (cos. 43), 77, 91, 127, 147, 148; Perugia, 169-171; vida, 201n.15
 Venusia, 150
 Vercingetórix, 20, 94, 95
 Verres, C. (praetor 74), 152, 156, 220n.186
 Vertot, René-Aubert, 179
 Vesta, 122
 Vestal Máxima, 130
 Vestales, albanas, 27
 Vibio Pansa, C. (cos. 43), 143, 144, 146; muerte, 147
 Victoria (diosa), 106
Vicus, 193n.80 y 84
 Vilio Anális, L. (praetor 43), 151
 Vipsanio Agripa, M., 169
 Virgilio, P. (poeta), 115, 138, 203n.49, 223n.18; *Dirae* (pseudovirgilianas), 168
 Volcacio Tulo, L. (cos. 66), 64, 168
 Vulcanio (arúspice), 138
 Zenón de Citio, 202n.47